# Retorno de las estrellas

Stanislaw Lem

SHOUT
SHARE
IT

- Stanislav Lem
- PRESENTACIÓN
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII

# Stanislav Lem
# Retorno de las estrellas

# *PRESENTACIÓN*

*El retorno imposible*

*El tema — incluso el título — de esta novela es un tópico de la ciencia ficción: el astronauta que parte hacia un objetivo lejano y a su regreso, a causa de la contracción relativista del tiempo, se encuentra con que el mundo que dejara al partir pertenece al pasado.*

*Desde Cuando el durmiente despierte, de H. G. Wells, el asombro del hombre contemporáneo ante su futuro (al que puede llegar mediante hibernación, máquina del tiempo o contracción einsteiniana), constituye un tema recurrente del género.*

*Pero, como suele ocurrir con Lem, en sus manos un tema aparentemente familiar se reviste desde el primer momento de una luz insólita e inquietante. Algo tan obvio como los problemas de adaptación de un astronauta que, tras una ausencia de diez años, se encuentra con que en la Tierra ha pasado más de un siglo, da lugar a la más desazonadora reflexión sobre la fragilidad de nuestros valores y la soledad e indefensión del hombre, no sólo entre las estrellas, sino entre sus propios semejantes.*

*Una vez más Lem nos ofrece el relato en primera persona de un astronauta, recurso al parecer tan caro al autor como maleable en sus manos (recordemos al paradójico Ijon Tichy de Diarios de las estrellas y al protagonista de La fiebre del heno). Y es que el símbolo del astronauta no podría ser más adecuado, si de lo que se trata es de meditar — ya sea de forma jocosa o dramática — sobre la incesante búsqueda del hombre más allá de sus condicionamientos inmediatos.*

*Retorno de las estrellas es en cierto modo una antiodisea, en la medida en que la épica clásica expresa el mito del eterno retorno y Lem lo impugna: no hay Penélope que desteja el tapiz de la historia, ni siquiera de la historia individual, y el viajero que es cada hombre deberá hacerse a la idea de que el horizonte es inalcanzable, tanto hacia adelante como hacia atrás.*

CARLO FRABETTI

# I

No llevaba nada, ni siquiera un abrigo. Dijeron que no era necesario. Me permitieron conservar el jersey negro, menos mal. Y logré quedarme con la camisa; pensaba que me costaría un poco acostumbrarme a prescindir de ella. En el mismo pasillo, bajo el casco de la nave, donde nos agolpábamos, Abs rne alargó la mano con una sonrisa de complicidad.

— Ten cuidado…

Ya había pensado en ello; no le estrujé la mano. Me sentía completamente tranquilo. El quiso decir algo más, pero se lo impedí dando media vuelta, como si no hubiese advertido nada, y subí los peldaños hacia el interior. La azafata me condujo entre los asientos hasta la parte delantera. Yo no quería ir en primera clase, y pensé que ya la habrían puesto al corriente. El asiento se abrió sin ruido. Ella me ajustó el respaldo, me sonrió y se fue. Tomé asiento. Cojines blandísimos, como en todas partes. Los respaldos eran tan altos que apenas podía ver a los otros pasajeros. Ahora ya aceptaba sin resistencia la policromía de los vestidos femeninos. Sin embargo, continuaba viendo insensatamente en los hombres un disfraz de carnaval y había esperado en secreto que aparecerían algunos con trajes normales; un reflejo necio. Todos se sentaron en seguida; ninguno llevaba equipaje, ni siquiera una cartera o un paquete. Las mujeres tampoco. De repente Rae pareció que éstas nos superaban en número, Delante de mí había dos mulatas con chaquetones de piel que imitaban las plumas del papagayo; debía de imperar la moda de los pájaros. Más allá, un matrimonio con un niño.

Después de los cegadores? elenóforos del andén y los túneles, después de la insoportable luz propia de las plantas callejeras, la luz del techo convexo parecía un resplandor suave. Coloqué las manos sobre las rodillas, pues en cierto modo me estorbaban. Ocho hileras de asientos grises, una fragancia de abetos, la quietud de conversaciones ahogadas. Esperé el anuncio del despegue, una señal cualquiera, la orden de colocarse el cinturón de seguridad. No ocurrió nada. Por el techo mate empezaron a pasar sombras confusas, parecidas a siluetas de pájaros de papel. «¿Qué diablos significan estos pájaros? — pensé, desconcertado —. ¿O no significan nada?» Estaba como petrificado en mi tensa atención, procurando no hacer nada incorrecto.

Aquello duraba ya cuatro días. Desde el primer momento. Siempre me quedaba rezagado frente a los acontecimientos, y la tentativa constante de comprender una situación o un diálogo fue transformando poco a poco mi tensión en un sentimiento que se

parecía mucho a la desesperación. Estaba firmemente convencido de que los deriás sentían lo mismo. Pero no hablábamos de ello, ni siquiera cuando nos encontrábamos solos. Sólo hacíamos bromas sobre nuestro exceso de fuerza, y era cierto que debíamos tener mucho cuidado: al principio, cuando quería levantarme, saltaba hasta el techo, y todo lo que agarraba con la mano se me antojaba como de papel. Entonces aprendí bastante de prisa a controlar mi propio cuerpo. Al saludar ya no estrujaba la mano de nadie, aunque por desgracia esto era lo menos importante.

Mi vecino de la izquierda, corpulento, bronceado, de ojos un poco demasiado brillantes — tal vez llevaba lentes de contacto —, desapareció de pronto porque los lados de su asiento se ensancharon: los brazos se elevaron y se unieron hasta formar una especie de capullo en forma de huevo. Otros desaparecieron igualmente en cabinas similares, que recordaban sarcófagos esponjados. ¿Qué hacían allí dentro? Cada vez que mi mirada recaía en semejantes apariciones, intentaba — si no tenían que ver directamente conmigo — desviar la vista.

Interesante: a los que nos miraban embobados, tras enterarse de lo que somos en realidad, les contemplaba serenamente. Su asombro me importaba poco, aunque en seguida comprendí que no había en él ni un ápice de admiración. Resultaban mucho más desagradables los que cuidaban de nosotros: los colaboradores de ADAPT. El doctor Abs era quien despertaba en mí mayor repugnancia, ya que me trataba como trata un médico a un paciente anómalo, simulando — por otra parte, de modo muy convincente — que se las tenía que haber con una persona completamente normal. Cuando esto era imposible, hacía frases ingeniosas. Yo ya estaba harto de su actitud jovial. Cualquier transeúnte — imaginaba yo — habría considerado a Olaf y a mí como sus iguales, si alguien le hubiera interrogado al respecto; lo extraño no éramos nosotros mismos, sino nuestro pasado: éste sí era extraordinario. Sin embargo, el doctor Abs, como todos los colaboradores de ADAPT, conocía la verdad: que somos realmente distintos.

Esta diferencia no era una distinción sino un obstáculo: en la comprensión, en el diálogo más sencillo, incluso en el acto de abrir una puerta, ya que hace cincuenta sesenta años — ya no lo recuerdo con exactitud — que los picaportes dejaron de existir.

El despegue se produjo de manera inesperada. La gravedad no cambió en absoluto, al interior herméticamente cerrado no llegó ni un solo sonido, por el techo seguían fluyendo rítmicamente las sombras. Tal vez a causa de la rutina de mi viejo instinto, supe en un momento determinado que volábamos por el espacio; pues fue una certidumbre y no una suposición.

Pero había otra cosa que me interesaba. Reposaba en posición casi supina, con las piernas estiradas, inmóvil. Me lo permitieron con excesiva facilidad; ni siquiera. Oswamm se pronunció demasiado en contra. Los argumentos aducidos por él y por Abs no pudieron convencerme — yo mismo hubiera encontrado unos mejores —. Sólo insistieron en que cada uno de nosotros debía volar solo. Y ni siquiera se tomaron a mal que yo impusiera mi rebeldía a Olaf, quien de otro modo habría aceptado quedarse allí por más tiempo. Esto me dio que pensar. Esperaba complicaciones, algo que invalidara mi plan en el último momento. Pero no sucedió nada parecido, y ahora yo estaba volando. Este último viaje terminaría dentro de un cuarto de hora.

Era evidente que no les había cogido de sorpresa ni mi plan, ni la posición que adopté para lograr una salida más rápida. Ya tenían catalogado este tipo de reacción; era una conducta estereotipada, propia de tipos impetuosos como yo y que en sus tablas psicotécnicas tenían su correspondiente número ordinal. Me permitían volar…, ¿por qué? ¿Porque la experiencia les decía que no sería capaz de llevarlo a cabo? Pero ¿por qué no, cuando toda esta escapada «independiente» consistía en volar de una estación a otra, donde alguien del ADAPT terrestre ya estaría esperando, y todo cuanto yo debía hacer se reducía a encontrar a esa persona en el lugar convenido?

Entonces ocurrió algo. Oí levantarse unas voces. Me incorporé en el asiento. Dos hileras delante de mí, una mujer empujó a la azafata, quien a causa de un movimiento defensivo lento y automático, retrocedió entre los asientos. La mujer repitió: «¡No lo permitiré! ¡No me dejaré tocar por ésta! — » No pude ver su rostro. Su vecino la agarró por el hombro y le habló en tono conciliador. ¿Qué significaba esta escena? Los otros pasajeros no le prestaron atención. Me invadió una vez más la sensación de una extrañeza inverosímil. Miré a la azafata, que se había detenido junto a mí y me sonreía como antes. No era la sonrisa superficial de una cortesía obligada, ni pretendía minimizar el incidente. La azafata no fingía serenidad; la sentía realmente.

— ¿Le gustaría beber algo? ¿Prum, extran, morr, sidra?

Una voz melodiosa. Negué con la cabeza. Quería decirle algo amable, pero sólo se me ocurrió la consabida pregunta:

— ¿Cuándo aterrizaremos?

— Dentro de seis minutos. ¿Desea comer algo? No tiene por qué apresurarse; se puede quedar aquí después del aterrizaje.

— No, gracias.

Se alejó. En el aire, justo delante de mi rostro y contra el fondo del respaldo delantero, centelleó, como escrita con el extremo encendido de un cigarrillo, la palabra STRATO. Me incliné hacia delante para ver cómo había surgido este letrero, y me estremecí. Mi

respaldo se curvó y me rodeó elásticamente. Yo ya sabía que los muebles se adaptan a cualquier cambio de posición, pero no dejaba de olvidarlo. No era agradable; más o menos, como si alguien siguiera a cada uno de mis movimientos. Quise volver a mi posición anterior, pero lo hice con demasiada energía. El asiento me interpretó mal y se abrió como una cama. Me caí de espaldas. ¡Qué idiota! ¡Más control! La palabra STRATO osciló y se fundió en otra:

TERMINAL. Ninguna sacudida, ningún aviso ni pitido. Nada. Se oyó un sonido lejano como el de una corneta de postillón, se abrieron cuatro puertas ovaladas al extremo de los pasillos entre los asientos, y en el interior sonó un bramido sordo e inmenso: el bramido del mar. Las voces de los pasajeros que se levantaban de sus asientos se hundieron sin dejar rastro en ese bramido. Yo permanecí sentado, pero ellos salieron, y las hileras de sus siluetas, contra el telón de fondo de las luces exteriores, se iluminaron de color verde, lila, púrpura — un baile de máscaras —. Ya habían salido todos. Mecánicamente, me estiré el pullover. Era una sensación tonta estar así, con las manos vacías. Por la puerta abierta entraba un aire fresco. Me volví. La azafata se encontraba ante el tabique, sin tocarlo con la espalda. En su rostro había la misma sonrisa alegre, ahora dirigida hacia las hileras de asientos vacíos, que ya empezaban a plegarse lentamente, como flores carnosas, unos más de prisa y otros más despacio; era el único movimiento en medio del bramido retardado y penetrante, parecido al del mar, que entraba por las aberturas ovaladas. «¡No me dejaré tocar por ésta!» De repente noté algo maligno en su sonrisa. En la salida dije:

— Hasta la vista.

— Siempre a su servicio.

El significado de estas palabras, que sonaban de modo muy peculiar en boca de una mujer joven y bonita, me pasó desapercibido mientras le daba la espalda y me asomaba a la puerta.

Quería poner el pie en los peldaños de la escalerilla, pero no había peldaños. Entre el cuerpo de metal y el borde del andén se abría un vacío de un metro. Como no estaba preparado para semejante trampa, perdí el equilibrio, salté torpemente y, ya en el aire, sentí que una fuerza invisible me sostenía desde abajo, por lo que floté sobre el vacío hasta que fui depositado con toda suavidad sobre una superficie blanca que cedió elásticamente bajo mis pies. En este vuelo mi expresión no debió de ser muy inteligente y sentí miradas divertidas, o al menos así me lo pareció; entonces me volví con rapidez y eché a andar por el andén. El vehículo con el que había venido descansaba en un lecho profundo, separado del borde del andén por un vacío completamente descubierto. Como por casualidad me acerqué a este vacío y sentí por segunda vez la presión invisible, que no me dejaba

abandonar la superficie blanca. Deseé buscar el origen de aquella fuerza extraña, pero de improviso tuve la sensación de despertarme: me encontraba en la Tierra.

La oleada de transeúntes me absorbió: seguí avanzando a empellones entre el gentío. Pasó un buen rato antes de que me apercibiera de las gigantescas proporciones de aquel vestíbulo.

Pero ¿era acaso un vestíbulo? No había paredes; una explosión blanca y brillante de alas inverosímiles, mantenidas en el aire, y, entre ellas, columnas que no eran de ningún material sino que surgían de una vorágine.

¿Altas y enormes cascadas de un líquido más denso que el agua, iluminadas desde dentro por focos de colores? No. ¿Verticales túneles de cristal por los que volaban hacia arriba enormes cantidades de vehículos engullidos? No lo sabía. Empujado por la apresurada multitud, intenté llegar a un espacio vacío, pero allí no había espacios vacíos. Como pasaba por una cabeza a la gente que me rodeaba, vi alejarse ahora al vehículo vacío — no, éramos nosotros los que avanzábamos junto con todo el andén —. Desde arriba caían haces de luz y la multitud refulgía y se irisaba. Una superficie en la que todos nos agolpamos empezó a elevarse. Abajo, lejos ya, vi franjas blancas dobles, llenas de gente, con negros espacios huecos a lo largo de las naves inmóviles — había docenas de naves como la nuestra-; el andén movible describió una curva, aceleró el ritmo y ascendió a superficies más altas. Por encima revoloteaban alargadas y veloces sombras — su corriente de aire despeinaba a los ocupantes de la superficie —, que temblaban sobre viaductos increíbles, desprovistos de todo apoyo, con largas hileras de señales luminosas; entonces la plataforma que nos sostenía se dividió en tramos invisibles y mi parte se deslizó a través de espacios interiores llenos de gente sentada y de pie, rodeada de pequeñas luces intermitentes, como si fuera un policromo fuego de artificio.

Yo no sabía adonde mirar. Delante de mí había un hombre vestido con algo aterciopelado que centelleaba como el metal bajo el reflejo de la luz. Daba el brazo a una mujer ataviada de color escarlata; su vestido tenía un estampado de grandes ojos, casi como de pavo real, y estos ojos pestañeaban. No, no era una ilusión: los ojos de su vestido se abrían y cerraban de verdad. La plataforma sobre la que me hallaba detrás de esta pareja, entre docenas de otras personas, aceleró la marcha todavía más. Entre superficies de cristal empañado se abrían pasajes iluminados por luces de colores, de techos transparentes, sobre los que caminaban sin interrupción centenares de pies por el piso inmediato superior; el bramido incesante se extinguía o retumbaba de nuevo cuando miles de voces y sonidos humanos, incomprensibles para mí, pero importantes para los otros, volvían a

ser engullidos por un túnel en este viaje de destino desconocido. Más abajo, en otras superficies, pasaban como una exhalación vehículos que yo no conocía — tal vez aviones —, ya que ascendían o descendían verticalmente y penetraban en el espacio de tal modo que yo temía instintivamente un pavoroso choque, pues no veía ningún cable, ningún carril, suponiendo que se tratara de transbordadores aéreos.

Cuando estos nebulosos huracanes de la velocidad se interrumpían por un solo instante, bajo ellos aparecían majestuosas y gigantescas plataformas atestadas de gente, como pistas de aterrizaje voladoras, que se movían en diferentes direcciones, se cruzaban, quedaban suspendidas, y por una ilusión de la perspectiva parecían traspasarse mutuamente. Era difícil fijar la vista en algo estable, porque toda la arquitectura del entorno daba la impresión de consistir exclusivamente en movimiento, en transformaciones. Incluso lo que al principio tomé por un techo flotante consistía en pisos colocados uno sobre otro. De pronto, en todas las curvas del interior del túnel por el que volábamos, en las facciones de la gente, filtrado a través de los techos de cristal y las enigmáticas columnas y reflejado por las superficies plateadas, se introdujo un resplandor púrpura, como si en algún lugar de la lejanía, en el centro de esta inmensa estructura, se hubiera producido una explosión atómica. El verde de las centelleantes luces de neón se hizo difuso, la leche de los soportes en forma de parábola se tiño de rosa. Contemplé esta invasión repentina de un resplandor rojo en el aire como indicio de una catástrofe. Pero nadie hizo el menor caso de este cambio, y ni yo mismo hubiera podido decir cuándo cesó.

En los bordes de nuestro andén aparecieron círculos verdes de veloz rotación, como anillos de neón suspendidos en el aire. Entonces una parte de la gente se dirigió hacia el desvío de otro andén o un plano inclinado; vi que podían cruzarse sin peligro las líneas verdes, como si no fueran materiales.

Durante un rato me dejé llevar con apatía por el blanco andén, hasta que se me ocurrió la idea de que tal vez ya estaba fuera de la estación y este paisaje inverosímil de cristal de diversas formas, que se elevaba constantemente como dispuesto a volar, era la propia ciudad, aunque la otra, la que había abandonado, seguramente sólo existía en mi memoria.

— Perdone — dije, dando una palmada al hombre de traje aterciopelado —, ¿dónde estamos?

Los dos me miraron. Sus rostros, levantados hacia mí, expresaban sorpresa. Abrigué la vaga esperanza de que la única causa fuese mi estatura.

— En el poliducto — contestó el hombre —. ¿Qué contacto tiene

usted?

No comprendí absolutamente nada. — ¿Estamos…, estamos todavía en la estación? — Claro… — me respondió, aunque algo vacilante. — Y… ¿dónde se encuentra el Círculo Interior? — Ya lo ha pasado. Tendrá que repetir. — El mejor ráster lo encontrará en Merid — intervino entonces la mujer. Todos los ojos de su vestido parecían contemplarme con desconfiada sorpresa. — ¿Ráster? — repetí, desconcertado. — Sí, allí — dijo, indicando una elevación vacía, visible a través del círculo verde que se acercaba flotando; en los lados de la elevación había rayas plateadas y negras, como el fuselaje cómicamente pintado de una nave ladeada. Le di las gracias y salí del andén, pero por un punto equivocado, ya que la velocidad casi me paralizó las piernas. Me recuperé, recobré el equilibrio y di media vuelta de un modo que ya no sabía en qué dirección debía moverme. Reflexioné sobre lo que podía hacer. Entretanto, el lugar de mi trasbordo se había alejado bastante de la elevación plateada y negra que me indicara la mujer; ya no podía encontrarla. Como la mayoría de los transeúntes que me rodeaban se dirigían hacia un plano inclinado que conducía hacia arriba, yo les imité. Una vez allí, vi en el aire una inscripción luminosa, inmóvil y gigantesca: DUKT CENTR (las otras letras escapaban a la vista, eran demasiado gigantescas). Fui transportado sin ruido a un andén de un kilómetro de longitud, del que en ese mismo momento despegaba una nave con forma de huso, que al elevarse mostró su casco agujereado por las luces. Tal vez este enorme lugar era también un andén, y yo me encontraba en el ráster. A mi alrededor todo estaba desierto, así que ni siquiera podía hacer preguntas. Me hallaba en el camino hacia la dirección contraria. Una parte de mi «andén» consistía en espacios planos sin paredes delanteras. Vi al acercarse una especie de boxes bajos y mal iluminados que contenían hileras de vehículos. Los tomé por coches. Pero cuando los dos que estaban más cerca salieron y, antes de que yo tuviera tiempo de apartarme, pasaron por mi lado, vi mientras desaparecían en la perspectiva de curvas parabólicas, que no tenían ruedas, ventanillas ni puertas y eran aerodinámicos como enormes gotas negras. «Coches o no — pensé —, esto parece ser un aparcamiento.» ¿Quizá el de los rasters? Pensé que lo mejor sería esperar hasta que llegara alguien; entonces podría irme con él o al menos me explicaría algo. Pero mi andén, un poco elevado como el ala de un avión imposible, permanecía desierto. Sólo los vehículos negros se iban deslizando por las guías de metal uno a uno o varios a la vez, alejándose siempre en la misma dirección. Fui hacia el borde del andén, hasta que volvió a entrar en acción la fuerza invisible y elástica que garantizaba la seguridad. El andén pendía realmente del aire, sin ningún apoyo. Cuando levanté la cabeza, vi otros similares,

flotando inmóviles en el espacio, con las luces apagadas; en otros, en cambio, se encendían las luces al aterrizar las naves. No eran cohetes, ni siquiera proyectiles como el primero que me trajo de la Luna.

No me movía hasta que contra el fondo de algún vestíbulo — aunque ignoraba si era realidad o un reflejo — vi unas letras de fuego que se balanceaban rítmicamente en el aire:

SOAMO SOAMO SOAMO; una pausa, un resplandor azul y luego NEONAX NEONAX NEONAX. Tal vez nombres de estaciones, tal vez propaganda de productos. No me sugerían absolutamente nada.

«Ya es hora de encontrar a este hombre», pensé, me volví, hallé un 'andén que fluía en la dirección contraria y fui por él hacia abajo. Resultó que no era el mismo plano, ni siquiera el vestíbulo del que me había elevado; lo supe porque carecía de grandes columnas. Quizá se habían trasladado a otra parte; todo me parecía posible.

Me encontraba en una selva de surtidores; más allá había una sala blanca y rosa, llena de mujeres. Al pasar alargué la mano como por casualidad hacia el chorro del surtidor iluminado, quizá porque era agradable ver algo que me resultara un poco conocido. Pero no tuve ninguna sensación, porque de ese surtidor no manaba agua. Al poco rato me pareció oler una fragancia de flores. Me llevé la mano a la nariz. La mano olía a mil jabones de tocador.

Involuntariamente, me la froté contra el pantalón. Ya estaba ante la sala donde sólo había mujeres. No tenía el aspecto de ser la antesala de un lavabo de señoras, pero tampoco lo sabía seguro y, como no quería preguntar, di media vuelta. Un joven, disfrazado con algo que parecía mercurio líquido sobre los hombros, que terminaba en unas mangas anchas y le ceñía las caderas, hablaba con una muchacha rubia que se apoyaba contra el surtidor. Llevaba un vestido claro muy corriente, lo cual me prestó algo de valor. Sostenía un ramo de flores de color rosa pálido, ocultó en él la cara y sonrió al joven con los ojos. En el último momento, cuando me hallaba junto a ellos y ya había abierto la boca, vi que la muchacha se comía las flores. Esto me hizo enmudecer unos instantes. Ella masticaba tranquilamente las hojas tiernas. Levantó la vista y me miró. Su mirada era impasible. Pero yo ya me había acostumbrado a esto y pregunté dónde se encontraba el Círculo Interior.

El joven pareció desagradablemente sorprendido, incluso enfadado de que alguien osara interrumpir su diálogo. Por lo visto yo había hecho algo inaudito.

Me miraron de arriba abajo, como para cerciorarse de si mi altura se debía a alguna clase de zancos. El no dijo una sola palabra.

— ¡ Oh, allí! — gritó la muchacha —. ¡ El ráster de Wuka, su ráster; aún puede cogerlo, de prisa!

Corrí en la dirección indicada, sin saber hacia dónde; todavía no

tenía ni idea del aspecto de ese maldito ráster. Diez pasos más allá observé un embudo plateado que bajaba de las alturas; podía ser el pedestal de una de las gigantescas columnas que antes me habían asombrado tanto; ¿serían columnas voladoras?

La gente se apresuraba hacia allí desde todas direcciones. Y de improviso choqué contra alguien. No me tambaleé, sólo me quedé como petrificado; el otro, un hombre grueso, vestido de luminoso color naranja, se cayó. Entonces ocurrió en él algo increíble: su piel o su traje pareció marchitarse, ¡y se arrugó como un globo agujereado! Permanecí junto a él, desconcertado; tan perplejo que ni siquiera fui capaz de murmurar una disculpa. Se levantó, me miró de soslayo, pero no dijo nada. Dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas.

Mientras caminaba se tocó algo en el pecho; y su traje volvió a hincharse y adquirió un color naranja vivo…

El lugar que me indicara la muchacha estaba vacío. No había ni embudo ni ráster. Tras esta aventura renuncié a la búsqueda del Círculo Interior y de cualquier otro contacto. Decidí buscar la salida de la extraña estación. Así pues, elegí al azar la dirección indicada por una oblicua flecha azul, que señalaba hacia arriba. Sin gran excitación atravesé con el cuerpo dos inscripciones luminosas sucesivas: DISTRITOS LOCALES. Me encontré en una escalera automática bastante repleta de gente. El piso siguiente tenía la tonalidad del bronce oscuro, rayado por signos de exclamación en oro. Sobre el techo fluían pasillos y las paredes eran abatibles. Pasillos sin techumbre, que desde abajo parecían pulgares luminosos. Daba la impresión de que uno se acercaba a espacios habitados; el ambiente tenía una lejana similitud con un sistema de gigantescos vestíbulos de hotel. Ventanas pequeñas, tubos de níquel a lo largo de las paredes, nichos para funcionarios — tal vez eran agencias de cambio, tal vez oficinas de correos —. Seguí caminando.

Ya estaba casi convencido de que así no llegaría nunca a una salida. Contando con la duración aproximada del viaje hacia arriba, tenía que encontrarme todavía en la parte flotante de la estación. En cualquier caso, continué por el mismo camino.

De pronto me quedé solo. Placas de color frambuesa con estrellas centelleantes, hileras de puertas. La siguiente estaba sólo entornada. Miré hacia dentro: un hombre alto y ancho de hombros hacía en ese momento lo mismo que yo, pero en el lado opuesto. Era yo mismo en el espejo. Abrí un poco más la puerta; porcelana, tubos plateados, níquel: los lavabos.

Estuve a punto de reír, pero en el fondo estaba aturdido. Me volví rápidamente: otro pasillo, franjas verticales, blancas como la leche. La barandilla de la escalera automática era blanda y cálida; no conté los pisos que pasaba de largo. Cada vez había más gente subiendo por la

escalera. Se detenían junto a cajas esmaltadas que a cada paso emergían de la pared: una presión con el dedo, y en la mano les caía algo que se metían en el bolsillo, tras lo cual continuaban su camino. Ignoro por qué hice exactamente lo mismo que el hombre vestido de lila que iba delante de mí: una tecla con una pequeña concavidad para la yema del dedo, una presión, y me cayó directamente en la mano alargada un tubito de color, medio transparente, que parecía calentado. Lo agité, me lo acerqué a los ojos; ¿una especie de píldora? No. ¿Un tapón de corcho? No tenía ninguna clase de tapón. ¿Para qué servía? ¿Qué hacían con él los demás? Se lo metían en el bolsillo. La inscripción de la máquina automática rezaba: LARGAN.

Estaba quieto, la gente daba empujones. De repente me sentí como un mono a quien se da una pluma o un encendedor; por una décima de segundo me invadió una cólera ciega y apreté los dientes. Pestañeando y un poco inclinado, seguí a la muchedumbre. El pasillo se ensanchó, convirtiéndose en una sala. Letras de fuego: REAL AMMO REAL AMMO.

Entre los transeúntes, por encima de sus cabezas, vislumbré a gran distancia una ventana.

La primera ventana. Panorámica, inmensa.

Como un firmamento nocturno horizontal. Lleno hasta el horizonte de una niebla incandescente. Galaxias de colores, apretadas luces en espiral. Resplandores como de incendios temblando sobre rascacielos, calles: un hervidero de perlas luminosas y encima, vertical, el destello de neones, plumeros y relámpagos, ruedas, aviones y botellas de fuego, las cerbatanas rojas de las señales de las torres, soles momentáneos y el reguero de sangre de los anuncios, mecánicos, violentos.

Me quedé mirando y oyendo tras de mí el movimiento rítmico de centenares de pies. La ciudad se desvaneció como por ensalmo, y apareció un rostro enorme, de tres metros.

— Hemos incluido el resumen de las crónicas de los años setenta en el ciclo «Visiones de antiguas capitales». El transtel amplía ahora su campo con los estudios de los cosmolitos…

Quería irme de allí. No era una ventana, sino una pantalla de televisión. Aceleré el paso y empecé a sudar. ¡Abajo! ¡Más de prisa! Dorados ángulos de luz, y en su interior una muchedumbre, espuma en las copas, un líquido casi negro que no era cerveza y tenía un brillo verdoso de veneno. Y la juventud, chicos y chicas, abrazados en grupos de seis y de ocho, venían hacia mí por toda la anchura del pasillo. Tuvieron que soltarse para dejarme pasar. Me estremecí. Sin darme cuenta, entré en la cinta transportadora. Vi muy cerca de mí unos ojos asombrados; una espléndida muchacha morena, cubierta con algo que brillaba como metal fosforescente. La sustancia la ceñía

como una segunda piel: iba como desnuda. Rostros — blancos, amarillos-; algunos negros altos, pero yo era más alto todavía. Me abrieron paso.

Arriba, detrás de cristales abovedados, revoloteaban unas sombras, tocaban orquestas invisibles. Y allí seguía el singular paseo, por oscuros pasillos; formas femeninas sin cabeza: los plumones que cubrían sus hombros brillaban tanto que sólo se les veía el cuello, como un tallo blanco, y sus cabellos titilaban; ¿unos polvos luminosos? El estrecho pasillo me condujo hasta una hilera de estatuas grotescas, porque se movían; una especie de calle ancha que discurría por la parte superior de los lados, se estremecía de risa. Se divertían; ¿qué encontrarían tan gracioso? ¿Estas esculturas?

Figuras gigantescas bajo la luz cónica de unos reflectores; una luz roja como el rubí, espesa como un jarabe, extrañamente concentrada, fluía de ellos. Continué sin rumbo, con los ojos muy cerrados, ausente… Un pasillo verde y empinado, grotescos pabellones, pagodas a las que se entraba cruzando pequeños puentes, locales limpios y reducidos, el olor de algo asado, fuerte, penetrante, hileras de llamas de gas detrás de unos cristales; tintineo de copas, metálico, insistente, sonidos incomprensibles. El gentío que me había empujado hasta allí chocó contra otros grupos; entonces todos se unieron y subieron a un vagón abierto por ambos lados. No, es que era transparente, como de cristal fundido; incluso los asientos, aunque blandos, parecían cristal. Yo no tenía idea de cómo había subido; ya estábamos en marcha. El coche iba a gran velocidad, la gente gritaba más que el altavoz, el cual no cesaba de repetir: «Plano Meridional, Plano Meridional, ¡contactos con Spiro, Átale, Blekk, Frossom!» Atravesado por haces de luz, todo el coche parecía derretirse, las paredes se deslizaban por los lados, rayadas con estrías de llamas y colores, arcos parabólicos y blancos andenes.

«Forteran, Forteran, contactos con Galee, contactos de los rasters exteriores, Makra», anunció el altavoz. El coche se detuvo y reemprendió la marcha, y yo descubrí algo asombroso: no se sentía ni el freno ni la aceleración, como si la inercia hubiera sido eliminada. ¿Cómo era posible? Lo comprobé doblando ligeramente las rodillas en tres paradas consecutivas. Tampoco en las curvas se notaba nada. La gente subía y se apeaba; en la plataforma delantera estaba una mujer con un perro. Jamás había visto un perro como ése: enorme, de cabeza redonda, muy feo; en sus ojos nardos y tranquilos se reflejaban las guirnaldas de luz que dejábamos atrás.

RAMBRENT, RAMBRENT. Centellearon tubos de neón blancos y azulados. Escaleras de luz cristalina, fachadas negras. La luz se inmovilizó poco a poco, el coche se detuvo. Me apeé y quedé desconcertado.

Por encima del letrero de la parada, grabado en forma de anfiteatro, se elevaba, dividida en diversos planos, la bien conocida estructura; me encontraba todavía en la estación, sólo que en otro lugar del mismo vestíbulo gigantesco. Fui hasta el borde de la depresión geométrica — el vagón ya se había marchado — y de nuevo me quedé atónito: no estaba abajo, tal como me parecía, sino mucho más arriba, a unos cuarenta pisos sobre las cintas de las aceras vistas en las profundidades, sobre los plateados andenes en perpetuo movimiento; largos y silenciosos aparatos penetraban entre ellos. La gente salía por numerosas trampas, como si estos monstruos, estos peces de brillante cromado expulsaran a intervalos regulares porciones de hueva negras y policromas. Sobre todas estas cosas divisé, a través de la niebla de la lejanía, unas letras de oro movidas como por una vela invisible:

GLENIANA ROON, LLEGADA HOY EN UN MI-MORFICO REAL, HONRA EN UN ORATORIO LA MEMORIA DE RAPPER KERX POLITER. EL DIARIO DE LA TERMINAL INFORMA: HOY EN AM-MONLEE PETIFARQUE CONSIGUIÓ LA SISTOLIZACION DEL PRIMER ENZOM. EMITIREMOS LA VOZ DEL GRAN GRAVISTICO A LAS VEINTISIETE HORAS. VICTORIA DE ARRAKER: ARRAKER REPITIÓ SU MARCA COMO PRIMER OBLITERADOR DE LA TEMPORADA EN EL ESTADIO TRANSWAAL.

Seguí mi camino. De modo que incluso habían cambiado la medición del tiempo. El género metálico de los vestidos femeninos, al ser enfocado por la luz de los gigantescos caracteres que flotaban como hileras de funámbulos incandescentes sobre el océano de cabezas de la multitud, tembló de repente con pequeñas llamas. Yo caminaba sin darme cuenta, y algo dentro de mí seguía repitiendo: «De modo que han cambiado hasta el tiempo.» Esto era el colmo. Iba con los ojos abiertos y no veía nada. Sólo quería una cosa: salir de allí, salir de aquella maldita estación y encontrarme bajo el cielo abierto, en un espacio libre donde se pudiera sentir el viento y contemplar las estrellas.

Me atrajo una avenida de luces alargadas; en la piedra transparente del techo apareció otra inscripción; una llama puntiaguda, encerrada en alabastro, trazaba las letras: TELETRANS TELEPORT TELETHON. Por una puerta arqueada — con un arco imposible, sin goznes, parecido al negativo de un espolón de cohete — entré en una sala cubierta con fuego helado. En los nichos de la pared, centenares de cabinas. La gente entraba y salía corriendo y tiraba al suelo pedazos de papel; no, no eran telegramas sino otra cosa, con los bordes perforados; otras personas pisaban estos papeles rotos. Quise salir y entré por equivocación en una habitación oscura; se oyó un zumbido, se encendió algo parecido a un flash y de una hendidura

enmarcada en metal resbaló un rollo de papel brillante. Lo tomé, lo abrí, y una cabeza humana de labios entreabiertos y un poco torcidos y delgados me miró con ojos deslumbrados: ¡era yo mismo! Volví a doblar el papel y el fantasma de plástico desapareció.

Levanté con cuidado los bordes — nada —, un poco más, y apareció de nuevo, como por arte de magia, una cabeza como seccionada del tronco, de expresión no muy inteligente, flotando sobre el papel. Contemplé mi propio rostro unos momentos; ¿qué era, una foto tridimensional? Guardé el rollo en el bolsillo y me fui. La cueva dorada parecía cerrarse sobre las cabezas de la gente, un techo de magma ardiente, irreal, pero voraz como un fuego verdadero. Nadie lo miraba. El gentío se apresuraba de una cabina a otra, letras verdes danzaban en último término, columnas de números fluían hacia abajo desde pequeños discos, más cabinas, persianas en lugar de puertas, que se enrollaban con la rapidez del rayo cuando alguien se acercaba. Por fin encontré una salida.

Un corredor con el suelo inclinado, como muchas veces en el teatro. De las paredes surgían conchas estilizadas, arriba se sucedían sin interrupción las palabras: INFOR INFOR INFOR.

Fue en la Luna donde vi por primera vez un infor, y lo tomé por una flor artificial.

Acerqué mucho la cara a la copa verde claro, la cual, aun antes de que yo abriera la boca, se inmovilizó, expectante.

— ¿Cómo puedo salir de aquí? — pregunté, no muy ingenioso.

— ¿Hacia dónde? — repuso inmediatamente una voz cálida.

— A la ciudad.

— ¿A qué barrio?

— Es igual.

— ¿A qué plano?

— Es igual. ¡ Quiero salir de la estación!

— Meridional, ráster: ciento seis, ciento diecisiete, cero ocho, cero dos. Triducto, plano AF, AG, AC, ronda del plano de los mitos, doce y dieciséis, el plano nadir conduce a todas las direcciones meridionales. Plano central; olider, local; rojo, lejano; blanco, A, B y W. Plano ulder, cercano, todas las escalas hacia arriba, a partir de la tercera… — recitó, cantarína, una voz de mujer.

Tenía deseos de arrancar el micrófono de la pared, aquel micrófono vuelto hacia mí con tanta solicitud. Me alejé. «¡Idiota! ¡Eres un idiota!», iba repitiendo a cada paso. EX, EX, EX, rezaba una inscripción que se deslizaba sobre mí, envuelta en una niebla amarilla como el limón. ¿Será tal vez exit? ¿La salida?

Una inscripción enorme: EXOTAL. Me encontré de pronto en una fuerte corriente de aire, muy cálida, que hizo aletear mis pantalones. Me hallaba bajo el cielo abierto. Pero la oscuridad nocturna,

rechazada por la gran cantidad de luces, pendía muy lejos en el espacio.

Un restaurante gigantesco; me-sitas cuya superficie brillaba en diversos colores, por lo que los rostros, iluminados desde abajo, se ocultaban tras sombras profundas y misteriosas. Asientos bajos. Copas llenas de un líquido negro con espuma verdosa. Farolillos que despedían pequeñas chispas, no, parecían más bien luciérnagas. Grandes cantidades de mariposas nocturnas. Un caos de luces extinguía las estrellas. Cuando levanté la cabeza, vi solamente una vacuidad negra. No obstante, de modo sorprendente, su ciega existencia me infundió algo de valor. Me detuve y contemplé la escena.

Alguien me rozó al pasar; aspiré un perfume, fuerte y suave a la vez. Por mi lado pasó una pareja, la muchacha se volvió hacia el hombre, sus hombros y pechos desaparecieron en una nube aterciopelada, él la tomó en sus brazos. Empezaron a bailar. «Al menos bailan — pensé-; ya es algo.» La pareja dio un par de pasos, una pista de mercurio pálido los elevó junto con otras parejas y sus sombras de un rojo oscuro se movieron bajo su disco gigantesco, que giraba lentamente; la pista no se apoyaba en nada, ni siquiera tenía un eje. Giraba, colgada del aire, al son de la música.

Avancé entre las mesas. La blanda masa de plástico sobre la que caminaba, se endureció ahora como si fuera una roca. Traspasé una cortina de luces y me encontré en una gruta rocosa.

Era grande como diez o cincuenta naves de iglesias góticas, llena de estalactitas. Infiltraciones venosas de minerales como perlas rodeaban las salidas de la gruta. Había gente sentada, con las piernas colgando en él vacío, y entre sus rodillas ardían llamas trémulas, mientras debajo se extendía serenamente el espejo negro de un lago subterráneo, en el que se reflejaban las rocas.

Allí, sobre pequeñas balsas descuidadamente montadas, había más gente, y todos miraban hacia el mismo lado.

Fui hasta el borde del agua y vi una bailarina en la otra orilla, sobre la arena. Me pareció que iba desnuda, pero la blancura de su cuerpo no era natural. Con pasos pequeños e inseguros, corrió hacía el agua, y cuando su reflejo apareció en ella, abrió repentinamente los brazos e inclinó la cabeza; era el final, pero nadie aplaudió. La bailarina se mantuvo inmóvil unos segundos, y después caminó por la orilla, siguiendo su borde irregular. Estaba a unos treinta pasos de mí cuando le ocurrió algo. ¡ Vi su rostro sonriente y cansado, que de pronto se oscureció; su silueta empezó a temblar y desapareció. — ¿Un plave para el señor? — preguntó a mis espaldas una voz cortés. Me volví; nadie, sólo una mesita ovalada que se movía sobre patas cómicamente torcidas; las copas, llenas de un líquido espumoso,

colocadas sobre sendas bandejas, tintineaban. Un brazo me alargó cortésmente la bebida, mientras otro agarraba el plato, que tenía una abertura para | el dedo; parecía una paleta pequeña y cóncava.

Era un autómata; vi a través del cristal su corazón de transistores.

Me alejé de los sumisos brazos de escarabajo, cargados de bocados exquisitos que opté por despreciar. Abandoné la gruta artificial con los dientes apretados, como si acabara de sufrir una humillación incomprensible. Crucé la terraza, entre las mesas en forma de: S, bajo las avenidas de farolillos sombreadas por el polvo ligero de las luciérnagas moribundas, negras y doradas.

Junto a la orilla, rodeada de plantas amarillentas como piedras humedecidas por la niebla, sentí por fin el aire puro, fresco y verdadero. Cerca de mí había una mesa desocupada. Me senté, incómodo, ¡ de espaldas a la gente. Contemplé la noche. Abajo la oscuridad se ensanchaba, inesperada y sin forma.; Sólo en la lejanía, a mucha distancia, ardían en los bordes unas luces finas, oscilantes e inseguras, como | si no fueran eléctricas. Y aún más lejos se elevaban j en el cielo espadas de luz, frías y delgadas; no sabía . si eran casas o una especie de mástiles. Las habría tomado por haces de reflectores si no hubieran estado cubiertas por una delicada red — tal sería el aspecto de un gigantesco cilindro de cristal con la parte inferior hundida en la tierra, lleno de lentes ya cóncavas, ya convexas —. Tenían que ser increíblemente altos; a su alrededor había una lluvia de luces temblorosas, envueltas por una guirnalda de reflejos anaranjados y casi blancos. Esto era todo, así se veía la ciudad; traté de encontrar calles, de adivinarlas, pero la oscura y muerta superficie de allí abajo se extendía por doquier, sin que la iluminara ninguna chispa.

— ¿Kol…? — oí, y no por primera vez, aunque al principio no me había dado por aludido. Antes de que pudiera volverme del todo, el asiento lo hizo por mí. Ante mí se encontraba una muchacha de unos veinte años, vestida con algo azul claro, muy ceñido. Los hombros y el pecho se perdían entre unas plumas azul oscuro, que hacia abajo eran cada vez más transparentes. Su hermoso y esbelto vientre era como una escultura de metal animado. En las orejas llevaba algo luminoso, tan grande que no dejaba ver el pabellón del oído. Sus labios pequeños, abiertos en una sonrisa insegura, estaban pintados, los agujeros de la nariz eran rojos por dentro; ya había observado que la mayoría de mujeres se pintaban así.

Agarró con ambas manos el respaldo del asiento que había frente a mí y preguntó:

— ¿Cómo te va, kol?

Se sentó.

Tuve la impresión de que estaba algo bebida.

— Esto es aburrido — comentó momentos después —, ¿no crees? ¿Nos vamos, kol?

— Yo no soy kol… — contesté.

Apoyó los codos en la mesa y movió la mano que sostenía una copa a medio llenar. El extremo de una cadenita de oro que llevaba en el dedo estaba sumergido en el líquido. Se inclinó más hacia delante. Sentí su aliento. Si estaba bebida, no era de alcohol.

— ¿Qué dices? — replicó —. Lo eres, tienes que serlo. Todo el mundo es un kol. ¿Qué te parece? ¿Nos vamos?

Si al menos pudiera saber qué significaba esto.

— Bueno — dije.

Se levantó. Yo también me levanté de aquel asiento horriblemente bajo.

— ¿Cómo lo haces? — interrogó.

— ¿Qué?

Me miró los pies.

— Pensé que estabas de puntillas…

Sonreí sin decir nada. Se acercó, me tomó del brazo y volvió a asombrarse.

— ¿Qué tienes ahí?

— ¿Dónde, aquí? Nada.

— Pues cantas — afirmó, tirando ligeramente de mí. Caminamos entre las mesas, y yo reflexioné sobre lo que podría significar «cantas»…, ¿tal vez «mientes»?

Me llevó hasta una pared de un dorado oscuro, donde refulgía un signo parecido a una caja de violín. Al acercarnos, la pared se abrió. Sentí una ráfaga de aire caliente.

La estrecha y plateada escalera discurría hacia abajo. Nos detuvimos. Ella no me llegaba ni al hombro. Tenía una cabeza pequeña, cabellos negros con reflejos azulados y un perfil quizá demasiado enérgico, pero era bonita. Sólo esas ventanas de la nariz de color escarlata…

Su mano esbelta me agarraba con fuerza, y sus uñas verdes se hundían en la lana gruesa de mi jersey. Sonreí involuntariamente, con las comisuras de los labios, al pensar que mi chaqueta había estado en todas partes y casi nunca la habían tocado unos dedos de mujer.

Por un pasillo abovedado que respiraba luces — del rosa al carmín y del carmín al rosa —, llegamos a la calle. Es decir, yo creí que era la calle, pero la oscuridad circundante se aclaraba cada vez más como en un repentino amanecer. En la lejanía se veían pasar siluetas largas y aplanadas, como coches. Pero yo ya sabía que no había coches. Tenía que ser otra cosa. De haber estado solo, habría podido seguir esta calle hasta una avenida más ancha; a lo lejos brillaban las letras AL CENTRO. Sin embargo, esto no significaba

probablemente el centro de la ciudad. Me dejé llevar. Fuera cual fuese el fin de esta aventura, por fin había encontrado una guía, y pensé en el pobre diablo que, tres horas después de mi llegada, seguía buscándome por esta ciudad-estación, preguntando en todos los infors.

Pasamos por delante de locales ya casi vacíos y de escaparates donde grupos de maniquíes representaban siempre la misma escena. Me habría gustado detenerme para ver qué hacían, pero la muchacha caminaba de prisa, taconeando, hasta que vio un rostro de neón, de mejillas rojas y palpitantes, que se lamía los labios con una lengua cómicamente larga; entonces exclamó:

— ¡Oh, bones! ¿Quieres un bon?

— ¿Y tú? — pregunté.

— Claro que sí.

Entramos en una sala pequeña y luminosa. En lugar de techo tenía largas hileras de llamas, que parecían de gas: desde arriba nos alcanzó de repente una oleada de calor; seguramente era gas. En las paredes había pequeñas concavidades con pupitres; cuando nos acercamos a una de ellas, surgieron de ambos lados unos asientos. Parecían salir de la pared, al principio incompletos, como capullos, que después se abrían en el aire, tomaban forma y se inmovilizaban. Nos sentamos el uno frente al otro; la muchacha golpeó con dos dedos la superficie de metal de la mesa y de la pared saltó una pequeña mano metálica; soltó ante cada uno de nosotros un plato de postre y, en dos rapidísimos movimientos, los llenó de una masa blanca, que a su vez fue cubierta por una espuma marrón; entonces los platos también se oscurecieron. La muchacha enrolló el plato, que en realidad no lo era, y empezó a comer como si se tratara de un pastel.

— Ah — dijo con la boca llena —, no sabía que estaba tan hambrienta.

Hice lo mismo que ella. El sabor del bon no me recordaba nada de lo que había comido en mi vida. Al morder, era crujiente como una galleta, pero en seguida se deshacía y derretía en la lengua; la masa marrón de que estaba relleno era muy picante. Pensé que no me costaría acostumbrarme a los bones.

— ¿Quieres más? — pregunté cuando hubo terminado. Ella sonrió y negó con la cabeza. Al salir, metió un momento las manos en un pequeño nicho embaldosado que despedía vapor.

La imité. Un viento cosquilleante me rodeó los dedos; cuando retiré las manos, estaban secas y limpias.

Entonces subimos por una escalera automática. Yo ignoraba si aún continuábamos en la estación, pero me avergonzaba preguntarlo. Me condujo hasta una pequeña cabina practicada en la pared; no estaba muy iluminada y tuve la impresión de que encima pasaban trenes, ya que el suelo temblaba. Durante una décima de segundo

reinó la oscuridad, algo respiró profundamente bajo nuestros pies, como si un monstruo metálico vaciara sus pulmones, y entonces volvió a haber luz y la muchacha empujó la puerta.

Era realmente una calle. Estábamos completamente solos. Al borde de ambas aceras crecían pequeños arbustos podados; un poco más lejos había una apretada hilera de vehículos negros y aplanados. Un hombre salió de la sombra y se metió en uno de ellos; no le vi abrir ninguna puerta, desapareció simplemente y, sin embargo, el vehículo partió a tal velocidad, que el hombre debía ir casi echado en el asiento. No vi ninguna casa, sólo una carretera lisa, cubierta de franjas de metal mate; en los cruces temblaban luces rojas y anaranjadas, que pendían sobre el empedrado y recordaban un poco los modelos de reflectores del tiempo de la guerra.

— ¿Adonde vamos? — inquirió la muchacha, que seguía apoyándose en mi brazo. Aminoró el paso. Un rayo de luz roja le cruzó la cara.

— A donde tú quieras.

— Entonces iremos a mi casa. No vale la pena tomar un glider; estamos muy cerca.

Seguimos andando. Tampoco allí se veía ninguna casa, y el viento, que venía de la oscuridad reinante detrás de los arbustos, soplaba como si nos halláramos en un espacio libre.

¿Alrededor de la estación, directamente al centro? Se me antojó algo singular. El viento llevaba consigo un ligero aroma de flores, que aspiré con avidez. ¿Lilas? No, no era de lilas.

Entonces encontramos una acera deslizante y nos colocamos en ella; una pareja cómica.

Las luces se quedaban atrás, muchas veces nos pasaba algún vehículo como metal negro fundido: no tenían ventanillas ni ruedas, ni siquiera faros, y, sin embargo, iban a una velocidad extraordinaria, como ciegos. Las luces movibles salían de hendiduras estrechas y verticales, practicadas en el suelo. No pude averiguar si tenían algo que ver con el tráfico y su regulación.

Por el cielo invisible sonaba de vez en cuando un pitido lastimero. De pronto la muchacha bajó de la acera rodante, para subir en seguida a otra que ascendía abruptamente. De improviso me encontré muy arriba; el recorrido duró tal vez medio minuto y terminó en una galería llena de flores perfumadas, como si hubiéramos llegado a la terraza o al balcón de una casa oscura. La muchacha entró en esta galería. Yo, acostumbrado ya a la oscuridad, vislumbré con los ojos de un ave nocturna las grandes siluetas de las casas contiguas; no tenían ventanas, estaban muertas. No había luces pequeñas, ni llegaba hasta mí el menor ruido, aparte del rumor causado por el paso de los vehículos negros que circulaban por la calle. Me asombraba esta

oscuridad intencionada, como también la falta de anuncios tras la orgía de neones de la estación.

Pero no tuve tiempo para reflexionar.

— Ven, ¿dónde estás? — le oí decir en un murmullo. Sólo veía la mancha blanca de su rostro.

Rozó la puerta con la mano, y la puerta se abrió, pero no conducía a la vivienda, y el suelo acompañó nuestros pasos.

«Aquí no hay modo de caminar — pensé —. Resulta cómico que aún tengan piernas.» Pero se trataba de una ironía inútil, debida a mi desconcierto constante y a la sensación de irrealidad que no me abandonaba desde hacía muchas horas.

Nos hallábamos en un gran pasillo o corredor, ancho y casi oscuro — sólo brillaban los ángulos de la pared, con rayas de color luminoso —. En el punto más oscuro, la muchacha volvió a posar la mano extendida sobre la pequeña placa de metal de la puerta, y entró delante de mí.

Pestañeé: el recibidor, fuertemente iluminado, estaba casi vacío. Ella fue hacia la puerta siguiente; cuando yo me acerqué a la pared, ésta se abrió de repente y mostró una concavidad, llena de botellas metálicas. Fue tan inesperado que retrocedí involuntariamente.

— No asustes a mi armario — dijo ella, ya desde otra habitación.

La seguí.

Los muebles parecían hechos de una sustancia vidriosa: sillas pequeñas, un sofá bajo, mesitas; por el material medio trasparente se movían con lentitud verdaderos enjambres de luciérnagas; muchas veces se perseguían, otras se fundían de nuevo en un pequeño arroyo, y en el interior de los muebles parecía circular una sangre luminosa, verde pálido, con reflejos rosados.

— ¿Por qué no te sientas?

Ella estaba de pie en un nivel más bajo. El asiento se abrió para albergarme. Esto no me gustaba nada. El vidrio no era tal vidrio; tenía la impresión de estar sentado sobre almohadones rellenos de aire. Y cuando miré hacia atrás, pude ver el suelo a través del respaldo curvado de mi asiento.

Al entrar, la pared que estaba frente a la puerta se me antojo de cristal, y me pareció ver una segunda habitación y varias personas en ella, como si se celebrase una fiesta, sólo que estas personas eran de tamaño mayor del normal. De improviso comprendí que se trataba de una pantalla de televisión que abarcaba toda la pared. El sonido estaba desconectado; ahora, desde mi asiento, vi un enorme rostro femenino, exactamente como si esta mujer gigante de cutis oscuro nos mirase por la ventana de la habitación; sus labios se movían, hablaba, y las joyas — grandes como los escudos de antiguos guerreros — que cubrían los lóbulos de sus orejas refulgían de brillantes.

Me incorporé algo en el sillón. La muchacha, con una mano en la cadera — su vientre era efectivamente como una escultura de metal azulado —, me contemplaba con atención. Ya no daba la impresión de estar bebida; quizá sólo me lo había parecido.

— ¿Cómo te llamas? — quiso saber.

— Bregg. Hal Bregg. ¿Y tú?

— Nais. ¿Qué edad tienes?

«Extraña costumbre — pensé-; pero, qué remedio, debe de ser lo normal.» — Cuarenta años. ¿Por qué?

— Por nada. Pensaba que tenías cien.

Sonreí.

«Si quieres, puedo tenerlos. Lo gracioso es que es la verdad», me dije.

— ¿Qué te apetece?

— ¿De beber? Nada, gracias.

— Como quieras.

Se dirigió a la pared, donde se abrió algo parecido a un pequeño bar. Su cuerpo tapó la abertura. Cuando se volvió, llevaba una pequeña bandeja con vasos y dos botellas. Destapó una y llenó uno de los vasos de un líquido igual que la leche. — Gracias — dije —, para mí no…

— ¡No te iba a dar nada! — se sorprendió.

Comprendí que había cometido un error, aunque ignoraba cuál, así que murmuré algo y tomé el vaso. Ella se sirvió de la otra botella. El líquido era aceitoso, incoloro, formaba ligeras burbujas bajo la superficie y se oscureció en seguida, como por efecto del contacto con el aire.

Ella se sentó, rozó el vaso con los labios y preguntó como de pasada:

— ¿Quién eres?

— Kol — repuse. Levanté el vaso para observarlo; aquella leche no tenía ningún olor. No probé la bebida.

— No, en serio — dijo —. Pensaste que quería gastarte una broma, ¿verdad? Pues no. Sólo fue un kals. Estaba con el seis, ¿sabes? Pero acabó siendo muy aburrido. Me harté…, y ya me iba cuando tú te sentaste a la mesa.

Ahora ya comprendía algo; al parecer me había sentado a su mesa sin darme cuenta, mientras ella estaba…, ¿bailando, quizá? Callé diplomáticamente.

— Desde lejos parecías tan… — no pudo encontrar la expresión adecuada.

— ¿Sólido…? — sugerí. Sus párpados temblaron. ¿Tendría también allí una piel metálica? No, era pintura. Levantó la cabeza.

— ¿Qué quiere decir eso?

— Pues…, hum…, digno de confianza…

— Hablas de un modo muy cómico. ¿De dónde eres?

— De muy lejos.

— ¿Marte?

— Aún más lejos.

— ¿Vuelas?

— Ya he volado.

— ¿Y ahora?

— Nada. He vuelto.

— ¿Volverás a volar?

— No lo sé. Creo que no.

La conversación languideció un poco. Se me antojó que la muchacha ya estaba arrepentida de su invitación algo atolondrada, y traté de facilitarle las cosas.

— ¿Acaso deseas que me vaya? — pregunté, todavía con la bebida intacta en la mano.

— ¿Por qué? — se sorprendió.

— Creía que… era tu deseo.

— No — dijo ella —, quieres decir… No, ¿por qué? ¿No quieres beber?

— Sí, ahora beberé.

Era leche, en efecto. [A esta hora, en estas circunstancias! Estaba tan desconcertado que ella lo observó.

— ¿Qué pasa? ¿Está mala?

— La…, esta leche… — murmuré. Mi expresión debía ser la de un completo idiota.

— ¿Qué? ¿Qué es leche? Esto es brit…

Me limité a suspirar.

— Escucha, Nais…, ahora me iré. Sí, será lo mejor.

— Pero, entonces, ¿por qué has bebido? — inquirió.

La miré en silencio. El lenguaje en sí no había cambiado mucho, pero yo no entendía absolutamente nada. Nada. Son ellos los que han cambiado.

— Como quieras — dijo por fin —. Nadie te retiene. Pero ahora… — Estaba confusa. Bebió su limonada, como yo llamaba en mi mente su burbujeante bebida; y de nuevo me quedé sin saber qué decir. ¡Qué difícil era todo!

— Háblame de ti — le propuse —. ¿Quieres?

— Claro… ¿Y después me contarás cosas de ti mismo?

— Sí.

— Estoy en el Kawut desde hace dos años. Pero últimamente me he dejado ir un poco, ya no plastificaba con regularidad, y…, bueno, eso. Mi seis no es interesante, mejor dicho, no lo tengo… Es cómico…

— ¿Qué?

— No tenerlo…

De nuevo esta oscuridad. ¿De quién hablaba? ¿Qué era lo que no tenía? ¿Padres?

¿Amante? ¿Amigos? Abs tenía razón al decir que no conseguiría arreglármelas sin ocho meses en el ADAPT. Pero ahora quería mucho menos que antes volver contrito a la escuela.

— ¿Y qué más? — pregunté, y como aún tenía el vaso en la mano, tomé otro trago de aquella leche. Los labios de Nais dibujaron una sonrisa burlona. Apuró su vaso, tiró de la aterciopelada cobertura de su hombro y la desgarró; no se desabrochó ni se desnudó, sino que simplemente fue tirando hacia abajo y soltó los jirones como si fueran basura.

— Al fin y al cabo, ya nos conocemos un poco — me dijo. Parecía más libre. Sonrió. Había momentos en que era maravillosamente bella, sobre todo cuando pestañeaba y su labio inferior dejaba ver los dientes brillantes. Su rostro tenía algo de egipcio. Una gata egipcia. El cabello algo más que negro; y cuando arrancó el terciopelo de los hombros y el pecho, vi que no era tan delgada como me pareció al principio. Pero ¿por qué se había desgarrado el vestido? ¿Acaso tenía un significado? — . ¡Ahora habla tú! — exclamó, mirándome por encima del vaso.

— Está bien — contesté, y me sentí tan nervioso como si de mis palabras dependiera Dios sabe qué —. Era…, era piloto. La ultima vez que estuve aquí…, ¡no te asustes!

— No. ¡Habla!

Sus ojos brillaban de atención.

— Hace ciento veintisiete años. Yo tenía treinta, entonces. La expedición… Era piloto de la expedición a Fomalhaut. Una distancia de veintitrés años luz. Entre ida y vuelta, volamos ciento veintisiete años en tiempo de la Tierra y diez años en tiempo de a bordo. Hemos regresado hace cuatro días… El Prometeo, mi nave, se quedó en la Luna. Hoy he llegado de allí. Eso es todo.

Me miró. No dijo nada. Sus labios se movieron, se abrieron y volvieron a cerrarse. ¿Qué había en sus ojos? ¿Asombro? ¿Admiración? ¿Temor?

— ¿Por qué no dices nada? — pregunté. Tuve que carraspear.

— Y… así, ¿cuántos años tienes realmente?

Sonreí, pero no fue una sonrisa amable.

— ¿Qué significa «realmente»? Biológicamente, tengo cuarenta años, pero tal como se mide el tiempo en la Tierra, ciento cincuenta y siete…

Un largo silencio, y de pronto:

— ¿Había mujeres allí?

— Espera — contesté —. ¿Tienes algo de beber?

— ¿Cómo dices?

— Algo fuerte, ya sabes. Alcohol…, ¿o es que ya no se bebe?

— Muy contadas veces… — repuso en voz baja, como si sus pensamientos estuvieran en otra parte. Dejó caer lentamente las manos, que tocaron el azul metálico de su vestido —. Te daré…

angheno, ¿quieres? ¡Oh, claro, no sabes qué es!

— No, no lo sé — respondí con inesperada terquedad. Ella fue hacia el bar y volvió con una botella pequeña y panzuda. Me sirvió un poco. Tenía algo de alcohol, no mucho, pero sí algo, y el sabor era singular, muy seco —. No te enfades — dije, apurando el vaso y sirviéndome otra vez.

— No me enfado. Aún no me has respondido. ¿Acaso no quieres?

— ¿Por qué no? Voy a hacerlo. En total éramos veintitrés, en dos naves. La segunda nave se llamaba Ulises. Cada una tenía cinco pilotos y el resto eran científicos. No había ninguna mujer.

— ¿Por qué?

— A causa de los niños — expliqué —. No es posible criar niños en semejantes naves. Y aunque lo fuera, a nadie le gustaría. No se puede volar hasta que se han cumplido treinta años. Hay que tener dos carreras y cuatro años de entrenamiento, doce en total. En resumen, las mujeres ya suelen tener hijos a los treinta años. Y además había… otras consideraciones.

— ¿Y tú? — interrogó.

— Yo estaba solo. Elegían hombres solteros. Bueno…, voluntarios.

— ¿Y tú querías ir?

— Sí, claro.

— Y sin…

Enmudeció. Sabía qué quería decir, pero callé.

— Debe de ser terrible… volver así… — dijo casi en un murmullo. Se estremeció. Entonces me miró de repente, con las mejillas cubiertas de rubor —. Escucha, lo que he dicho antes era una broma, de verdad…

— ¿A propósito de los cien años?

— Sí. Sólo lo he dicho por decir algo, no tenía ninguna…

— Cállate — murmuré —. Más disculpas como ésta y sentiré de verdad el peso de todo este tiempo.

Guardó silencio. Procuré no mirarla. En el interior de la segunda e inexistente habitación cantaba sin ruido una gigantesca cabeza de hombre; sólo veía una garganta rojiza, temblorosa por el esfuerzo, y unas mejillas relucientes. Todo el rostro se movía a un ritmo inaudible.

— ¿Qué harás? — inquirió ella en voz baja.

— No lo sé, todavía no lo sé.

— ¿De modo que no tienes planes?

— No. Dispongo de… una especie de prima, ¿sabes? Por todo este tiempo. La depositaron a mi nombre en el banco cuando despegamos… ni siquiera sé a cuánto asciende. No sé absolutamente nada. Escucha…, ¿qué significa Kawut?

— ¿Kawuta? — corrigió ella —. Es… como un estudio, plastificar, nada especial en sí, pero muchas veces ayuda a entrar en el real…

— Ya, espera…, ¿qué haces en realidad?

— Plastificar…, vaya, ¿no sabes de qué se trata?

— No.

— Cómo decírtelo…, es muy sencillo, se hacen vestidos, abrigos, en fin, todo…

— ¿ Modistería?

— ¿Qué es eso?

— ¿Coses algo?

— No te comprendo.

— ¡Por todos los cielos negros y azules! ¿Creas modelos de vestidos?

— Pues… sí, en cierto sentido. Pero no los creo, los hago…

Abandoné el tema.

— ¿Y qué es un real?

Esto la impresionó de verdad. Por primera vez me miró como si fuera un ser de otro mundo.

— El real es…, el real — repitió, desconcertada —. Se trata de las… historias que se contemplan…

— ¿Eso? — pregunté, señalando la pared de cristal.

— ¡Oh, no! Esto es visión…

— Pues ¿qué es? ¿Un cine? ¿Un teatro?

— No. Sé lo que era el teatro y que existió una vez. Lo sé: en el teatro salían personas reales.

El real es artificial, pero de modo que no puede distinguirse. A no ser que se entrara dentro de ellas…

— ¿Entrar dentro?

La cabeza del gigante se movía ahora al ritmo de sus ojos; vaciló y me miró, como si la observación de esta escena le divirtiera muchísimo.

— Escucha, Nais — dije de improviso —, o me voy, porque ya debe de ser muy tarde, o…

— Lo segundo me gustaría más.

— Aún no sabes lo que voy a decir.

— Entonces, dilo.

— Está bien. Querría preguntarte sobre algunas otras cosas. Ya conozco un poco las grandes, las importantes: pasé cuatro días en el ADAPT de la Luna. Se trataba de cosas muy extraordinarias. Pero ¿qué

hacéis vosotros… cuando no trabajáis?

— Hay muchas posibilidades — repuso —. Se puede viajar, de verdad o con el mut. O divertirse, ir al real, bailar, jugar a toreo, nadar, volar… todo lo que se te antoje.

— ¿Qué es el mut?

— Algo parecido al real, pero que puede abarcarlo todo. Se pueden escalar montañas, ir a todas partes; lo verás por ti mismo, es imposible explicarlo. Pero creo que ibas a hacerme otra pregunta, ¿verdad?

— Sí. ¿Qué pasa… entre las mujeres y los hombres?

Sus párpados palpitaron.

— Lo mismo de siempre. ¿Qué podía cambiar en esto?

— Todo. Cuando me marché…, te lo ruego, no lo tomes a mal…, una muchacha como tú no habría podido llevarme a su casa a estas horas.

— ¿De verdad? ¿Por qué?

— Porque habría tenido un sentido determinado.

Guardó silencio unos momentos.

— ¿Y cómo sabes que ahora ya no tiene este sentido?

Mi mueca la divirtió. La miré y dejó de reír.

— Nais…, ¿qué significa esto…? — tartamudeé —. Invitas a un tipo completamente desconocido y…

Calló.

— ¿Por qué no contestas?

— Porque no comprendes nada. No sé cómo explicártelo. No quiere decir nada, ¿entiendes…?

— Ya. No quiere decir nada — repetí, levantándome. No podía seguir sentado allí, y casi salté… sin darme cuenta. Etta se estremeció —. Perdona — murmuré, y empecé a pasear por el cuarto. Tras la pantalla de cristal se veía un parque bajo el SD! matutino; por una avenida, entre árboles de hojas de un tono rosa pálido, paseaban tres muchachos en mangas de camisa, y las camisas brillaban como armaduras —. ¿Hay matrimonios?

— Naturalmente.

— ¡Entonces no entiendo nada! Explícame esto. Dime: ves a un hombre que te gasta, y, sin conocerle, inmediatamente…

— ¿Qué hay que explicar aquí? — interrumpió ella, enojada —. ¿De verdad en tu tiempo…, entonces…, una chica no podía llevar a un hombre a su habitación?

— Sí, claro que podía, y también con la idea de…, pero no a los cinco minutos de haberle visto…

— Entonces, ¿después de cuántos minutos?

La miré. La pregunta era completamente en serio. Claro, no podía saberlo; me limité a encogerme de hombros.

— No sólo se trataba de tiempo, sino que…, sino que primero tenía que ver algo en él, conocerle, amarle, y entonces iban a…

— Espera — me dijo —, por lo visto… No entiendes nada. Yo te he dado brit.

— ¿Qué es brit? Ah, esa leche… ¿Y jué?

Soltó una carcajada y se retorció de risa. Entonces se contuvo de repente, me miró y enrojeció como un tomate.

— Así que pensaste que yo…, pensaste que…, ¡ah, no…!

Me senté. Los dedos me temblaban, tenía que entretenerme con algo. Saqué del bolsillo un cigarrillo y lo encendí.

Ella abrió mucho los ojos.

— ¿Qué es eso?

— Un cigarrillo. ¿Acaso no fumas?

— Lo veo por primera vez; de modo que esto es un cigarrillo. ¿Cómo puedes inhalar así el humo? No, espera, lo otro es mucho más importante. El brit no es leche. Ignoro qué contiene, pero a un extraño se le da siempre brit.

— ¿A un hombre?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque entonces se porta, tiene que portarse, bien. Mira, tal vez un biólogo podría explicártelo.

— Al diablo con el biólogo. ¿Quieres decir que el hombre que toma brit no puede hacer nada?

— Naturalmente.

— ¿Y si se niega a beber?

— ¿Cómo puede negarse?

Aquí terminó toda posibilidad de entendimiento.

— No puedes obligarle — aduje con paciencia.

— Sólo un loco no querría beber — repuso lentamente —. No he sabido nunca de un caso semejante.

— ¿Así que es una costumbre?

— No sé qué contestar a eso. ¿No es también una costumbre no ir desnudo por la calle?

— Sí. Bueno, en cierto modo. Uno puede desnudarse en la playa.

— ¿Quedarse desnudo? — inquirió con interés repentino.

— No, con un traje de baño; aunque en mi tiempo había semejantes grupos de personas. Se llamaban nudistas.

— No sé. No, es otra cosa. Yo creía que todos erais…

— No. ¿De modo que esta bebida es… como ir vestido? ¿Igual de necesario?

— Sí. Cuando… dos personas están juntas.

— Ya…, ¿y después?

— ¿Cómo, después?

— ¡La segunda vez!

Esta conversación era completamente idiota y me sentía incómodo manteniéndola, ¡pero de algo tenía que enterarme!

— ¿Después? Depende. A muchos se les da siempre brit.

— ¿Como si fueran calabazas?

— ¿Qué es eso?

— Nada. Y cuando una muchacha visita a alguien, ¿qué pasa?

— Entonces él lo bebe en su casa.

Me miró casi con compasión. Pero yo insistí:

— ¿Y si no tiene?

— ¿Brit? ¿Cómo no va a tenerlo?

— Pues porque se le haya terminado. O puede fingirlo.

De nuevo empezó a reír.

— Conque era eso…, ¿creías que guardo todas esas botellas en mi casa?

— ¿Ah, no? ¿Dónde, entonces?

— No tengo la menor idea de su procedencia. ¿Había en tu tiempo cañerías de agua?

— Sí — contesté de mal humor. Claro, también era posible que no las hubiera; quizá yo había subido al cohete directamente desde la selva. Estuve furioso unos momentos, pero me dominé en seguida; al fin y al cabo, no era culpa suya.

— En tal caso, ya sabías el camino que sigue el agua antes de…

— Ya entiendo, no hace falta que termines la frase ¿De modo que se trata de una medida de precaución tan importante? ¡Muy cómico!

— No me lo parece en absoluto — replicó —. ¿Qué es eso tan blanco que llevas debajo de la chaqueta de lana?

— Una camisa.

— ¿Qué es eso?

— ¿No has visto nunca una camisa? Es ropa blanca, de nylon.

Me subí la manga y se la enseñé.

— Interesante — opinó.

— Otra costumbre — repliqué, desorientado. De hecho, en el ADAPT me habían aconsejado que no me vistiera como cien años atrás, pero yo no hice caso. Era preciso reconocer que tenían razón: para mí el brit era lo mismo que para ella una camisa. Al fin y al cabo, nadie obligaba a la gente a llevar camisa y, sin embargo, todos la llevaban. Con el brit pasaba lo mismo —. ¿Cuánto dura el efecto del brit? — quise saber.

Se ruborizó un poco.

— ¿Tanta prisa tienes? Aún no lo sabemos seguro.

— No he dicho nada malo — me defendí —. Sólo quería saber… ¿Por qué me miras así? ¿Qué tienes? ¡Nais!

Se levantó con lentitud. Se quedó detrás del respaldo.

— ¿Cuánto tiempo has dicho? ¿Ciento veinte años?

— Ciento veintisiete. ¿Por qué?

— ¿Fuiste…, fuiste… betrizado?

— ¿Qué es eso?

— ¿Lo fuiste o no?

— No tengo la menor idea de qué es eso. Nais…, ¿qué tienes?

— No, seguro que no — dijo en un susurro —. De otro modo lo sabrías…

Quise acercarme a ella. Levantó los dos brazos.

— ¡ No te acerques! ¡No! ¡ No! ¡Te lo ruego!

Retrocedió hasta la pared.

— Tú misma has dicho que el brit…, ya me siento. Mira, ya estoy sentado, tranquilízate.

¿Qué es esta historia del be…? ¿Cómo era?

— No lo sé con exactitud. Pero se betriza a todo el mundo. En seguida después del nacimiento.

— ¿Cómo?

— Se les inyecta algo en la sangre.

— ¿A todos?

— Sí. Porque…, sin eso, el brit… no produce efecto alguno. ¡No te muevas!

— No seas ridícula. — Apagué el cigarrillo —. No soy una fiera salvaje… No te enfades, pero me parece que aquí estáis todos un poco locos. Este brit… es como querer esposar a toda la humanidad sólo porque tal vez uno de sus miembros puede ser un ladrón. Hay que tener un poco de confianza…

— Tú sí que estás loco. — Parecía algo más repuesta, pero no se sentó —. ¿Por qué, entonces, te ha indignado tanto que reciba a extraños en mi habitación?

— Esa es otra cosa muy diferente.

— No veo la diferencia. ¿Así que es seguro que no te betrizaron?

— Seguro que no.

— ¿Y ahora? ¿Después de tu regreso?

— No tengo idea. Me pusieron diversas inyecciones. ¿Por qué es tan importante?

— Lo es. Inyecciones, ¿eh? Me alegro. — Se sentó.

— He de pedirte algo — dije tan serenamente como pude —. Tienes que explicarme…

— ¿Qué?

— Tu miedo. ¿Temías que me lanzara sobre ti, o qué? ¡Esto no tiene sentido!

— No. Pensándolo racionalmente, no. Pero ha sido muy fuerte, ¿sabes? Como un shock.

Nunca había visto un hombre que no…

— ¿Acaso se nota?

— Ya lo creo que se nota. ¡Y cómo!

— Dímelo. ¿Corno?

Guardó silencio.

— Nais…

— Pero…

— ¿Qué pasa?

— Tengo miedo…

— ¿De decirlo?

— Sí.

— Pero ¿por qué?

— Lo comprenderías si te lo dijera. Porque, verás, el brit no puede betrizarte. El brit sólo tiene… un efecto secundario. Se trata de otra cosa. — Palideció y sus labios temblaron.

«¡Vaya mundo! — pensé —. ¡Vaya mundo éste!» — No puedo. Tengo un miedo espantoso.

— ¿De mí?

— Sí.

— Te juro…

— No, no… Te creo, pero… No. ¡No puedes comprenderlo!

— ¿Por qué no me lo explicas?

Algo en mi voz debió ayudarla a vencer su temor. Su rostro se serenó. Vi en sus ojos la magnitud del esfuerzo.

— Es… para que… no se pueda… matar.

— ¡ Increíble! ¿A las personas?

— A nadie.

— ¿Ni a los animales?

— Ni a ellos. A nadie…

Entrelazaba y separaba los dedos sin dejar de mirarme, como si con — estas palabras me hubiese liberado de una cadena invisible y entregado un cuchillo con el que podía degollarla.

— Nais — dije con voz muy queda —, Nais, no tengas miedo. De verdad… no tienes nada que temer.

Trató de sonreír.

— Escucha…

— Dime.

— ¿No has sentido nada?

— ¿Qué debía sentir?

— Imagínate que haces lo que acabo de decirte.

— ¿Matar? ¿Quieres que lo imagine?

Se estremeció.

— Sí…

— Bien, ¿y qué?

— ¿No sientes nada?

— No. Pero sólo es una idea, y no tengo la menor intención…

— Pero ¿puedes? ¿No? ¿Puedes hacerlo? No — susurró con los labios, como si hablara consigo misma —, no estás betrizado…

Ahora comprendí el significado de todo aquello, y al fin me di cuenta de que debía de ser un gran shock para ella.

— Algo muy importante — concedí, y añadí casi en seguida-: Pero tal vez sería mejor que los hombres dejaran de hacerlo sin semejantes métodos artificiales…

— No lo sé. Quizá sí — repuso, y suspiró profundamente —. ¿Sabes ahora por qué tenía miedo?

— Sinceramente, no mucho. Tal vez un poco. Pero no podías pensar que yo te…

— ¡Qué extraño eres! Casi como si no fueras… — Se interrumpió.

— ¿Como si no fuera un hombre?

Sus párpados temblaron.

— No quería ofenderte, pero cuando se sabe que nadie, ¿comprendes? nadie puede pensarlo siquiera, jamás, y entonces llega de repente alguien como tú, la sola posibilidad de que… pueda existir…

— ¡Pero es imposible que todos…, ¿cómo se dice…? hayan sido betrizados!

— ¿Por qué? ¡Todos lo han sido, ya te lo he dicho!

— No, no puede ser — insistí —. ¿Qué me dices de la gente que tiene profesiones peligrosas?

Bien han de…

— No hay profesiones peligrosas.

— ¡Vamos, Nais! ¿Y los pilotos? ¿Y los diversos equipos de salvamento? ¿Y los que luchan contra el agua y el fuego?

— No hay tales personas — dijo.

Creí haberla oído mal.

— ¿Qué?

— No las hay — repitió —. Esas cosas las hacen los robots.

Ahora se produjo un silencio. Pensé que no me resultaría fácil digerir este nuevo mundo. Y al mismo tiempo se me ocurrió una idea que ya era asombrosa por el hecho de que jamás la habría tenido si alguien me hubiese descrito semejante situación, aunque sólo fuera como una posibilidad teórica: esta intervención que anulaba en el hombre los instintos asesinos se me antojaba una… mutilación.

— Nais — dije —, ya es muy tarde. Me voy.

— ¿Adonde?

— Lo ignoro. ¡Ah, sí! En la estación debía esperarme un hombre de ADAPT. ¡Lo había olvidado por completo! No pude encontrarle allí, ¿sabes? Así que buscaré en el hotel…

¿Existen todavía?

— Sí. ¿De dónde procedes?

— De aquí. Nací aquí.

Tras estas palabras volví a tener una sensación de irrealidad, y ya no estaba seguro ni de la ciudad de aquel tiempo — que sólo existía en mí —, ni de esta ciudad fantasmal en cuyas habitaciones se introducían cabezas de gigantes. Por un segundo pensé que tal vez me encontraba a bordo y todo aquello no era más que una pesadilla especialmente clara sobre mi regreso.

— Bregg. — Su voz me llegó como desde lejos. Me estremecí; había olvidado su presencia.

— Sí, dime.

— Quédate aquí.

— ¿Qué?

Guardó silencio.

— ¿Quieres que me quede?

Siguió callando. Me acerqué a ella, la agarré por los hombros, inclinándome sobre el asiento, y la levanté. Permaneció inerte. Su cabeza cayó hacia atrás y los dientes le brillaron; yo no quería poseerla, sólo quería decir: «Es verdad que tienes miedo», y ella debía contestarme que no era cierto. Nada más. Mantenía los ojos cerrados y de pronto vi el blanco bajo las pestañas, me incliné sobre su rostro y escruté de cerca los ojos vidriosos, como si quisiera conocer y compartir su miedo. Jadeando, ella intentó librarse de mis brazos; no lo advertí hasta que empezó a gemir: «¡No, no!», y entonces la solté. Estuvo a punto de caerse.

Se quedó quieta junto a la pared, cubriendo parte de un rostro mofletudo que llegaba hasta el techo y que decía tras el cristal cosas inaudibles, abriendo exageradamente la boca y mostrando la carnosa lengua.

— Nais… — murmuré. Dejé caer los brazos.

— ¡No te acerques!

— Tú misma has dicho…

Su mirada era demente.

Crucé la habitación. Me siguió con los ojos, como si yo…, como si ella estuviera prisionera en una jaula…

— Ya me voy — dije. No hubo respuesta. Yo quería añadir algo, unas palabras de disculpa, de agradecimiento, para no marcharme de este modo, pero no pude hablar. Si sólo hubiera tenido miedo de mí como una mujer teme a un desconocido, miedo de mí como hombre, pero esto era otra cosa. La miré y me sentí dominado por una gran cólera. Agarrar esos blancos y desnudos hombros y sacudirlos…

Di media vuelta y salí: la puerta exterior cedió bajo mi presión, el gran pasillo estaba casi oscuro. No pude encontrar la salida a la terraza, pero vi cilindros iluminados por una luz tenue y azulada: los

cristales de los ascensores. Me acerqué a uno que ya se movía hacia arriba: tal vez bastaba poner el pie en el umbral. El ascensor bajó durante mucho rato. Pasé alternativamente por lugares oscuros y techos transversales: blancos con el centro rojo, como capas de grasa sobre músculos. Pronto dejé de contarlos, el ascensor seguía bajando, era un viaje hasta el fondo de la tierra. Como si hubiese ido a parar al interior de una cañería estéril y el gigantesco edificio, transformado en sueño y seguridad, tuviese que librarse ahora de mí. Se abrió una parte del cilindro transparente y salí.

Las manos en los bolsillos, oscuridad, pasos largos y firmes. Inspiré al aire fresco con avidez, sentí aletear las ventanas de mi nariz y palpitar lentamente el corazón, bombeando sangre. Por los lisos carriles del arroyo pasaban luces, que eran absorbidas por vehículos silenciosos; no había un solo transeúnte. Entre las siluetas negras vi un letrero luminoso. «Tal vez un hotel», pensé. Pero se trataba de una acera iluminada. Me dejé transportar hacia arriba.

Sobre mi cabeza pasaron las vigas blancuzcas de unas construcciones; en alguna parte de la lejanía, sobre los perfiles negros de los edificios, ondeaban rítmicamente las letras luminosas de un periódico. De pronto la acera entró conmigo en una habitación iluminada y desapareció.

Unos anchos peldaños llevaban hacia abajo, plateados como una cascada silenciosa. La soledad me ponía nervioso; desde que dejara a Nais no había visto una sola persona. La cinta rodante era muy larga. Abajo refulgía una calle muy ancha, a ambos lados se abrían pasajes entre las casas; bajo un árbol de follaje azul — quizá no era un árbol verdadero — vi una pareja, me acerqué y la pasé de largo. Se estaban besando. Me deslicé hacia unos apagados sonidos musicales: algún restaurante nocturno o un bar, al que nada separaba de la calle. Había en él unas cuantas personas. Decidí entrar y preguntar por el hotel. De improviso choqué con todo el cuerpo contra un obstáculo invisible. Era un cristal totalmente transparente. La entrada estaba al lado. Dentro alguien se echó a reír, señalándome a su acompañante. Entré. Un hombre que vestía un jersey negro — parecido a mi chaqueta de punto, pero provisto de un cuello voluminoso — estaba sentado ante una mesa.

Tenía un vaso en las manos y me miraba. Me detuve ante él. La risa se desvaneció de sus labios aún entreabiertos. Me quedé allí, en medio del silencio. Sólo la música seguía sonando, como detrás de una pared. Una mujer emitió un débil y extraño sonido; miré a mi alrededor, a los rostros impasibles, y me marché. Hasta que estuve en la calle no me acordé de que quería preguntar por un hotel.

Entré en un pasaje. Estaba lleno de escaparates: agencias de viaje, tiendas de deportes, maniquíes en diversas posiciones. En realidad no

eran escaparates; todo se encontraba en la calle, a ambos lados de la acera elevada, que se deslizaba por el centro. Un par de veces tomé por personas las sombras que se movían en el fondo. Una de ellas — una muñeca casi tan alta como yo, de mejillas abultadas como en una caricatura — tocaba la flauta. La contemplé largo rato. Tocaba con tanta naturalidad que sentí deseos de dirigirle la palabra. Más allá había unas salas de juego donde giraban grandes círculos multicolores, y unos tubos plateados que pendían sueltos bajo el techo, chocaban entre sí con el sonido de unas campanillas de trineo; espejos semejantes a prismas lanzaban destellos. Pero todo estaba vacío. Al final del pasaje brillaba la inscripción AQUÍ HAHAHA. Se desvaneció. Al acercarme, las palabras AQUÍ HAHAHA llamearon de nuevo y volvieron a desaparecer, como disipadas por el viento.

Cuando se encendieron otra vez, vi la entrada. La crucé bajo una cortina de aire caliente.

Dentro había dos de los coches sin ruedas, lucían algunas lámparas, y entre ellas gesticulaban muy animadamente tres hombres, como si se pelearan. Me acerqué a ellos.

— Hola.

Ni siquiera me miraron. Continuaron hablando, tan de prisa que no entendí casi nada.

«Pues bien, resuella, pues bien, resuella», piaba el más bajo, que era barrigudo. En la cabeza llevaba una gorra alta.

— Señores, estoy buscando un hotel. ¿Hay por aquí…?

No me hicieron el menor caso, como si no existiera. Me encolericé. Sin añadir nada más, me planté entre ellos. El siguiente — vi un brillo mortecino en el blanco de sus ojos y sus labios en movimiento — ceceó: «¿Qué? ¿Que resuelle? ¡Resuella tú!» Exactamente como si me hablase a mí.

— ¿Por qué se hacen los sordos? — pregunté. De pronto sonó donde yo estaba, como si saliera de mí, de mi pecho, un grito estridente. «¡Me las pagarás! ¡ Y en seguida!» Retrocedí de un salto, y el dueño de aquella voz, el gordo de la gorra, se adelantó. Quise agarrarle por el hombro, pero mis dedos le atravesaron y se cerraron en el aire. Me quedé como alelado, y ellos continuaron hablando. De pronto me pareció que alguien me contemplaba desde la oscuridad que reinaba más arriba de los coches; me acerqué al límite de la luz y vi manchas pálidas, rostros; por lo visto arriba había una especie de terraza.

Deslumbrado, no veía muy bien, pero lo suficiente para comprender el espantoso ridículo en que me había puesto.

Eché a correr como si me persiguieran. La calle siguiente ascendía hacia arriba y terminaba en la cinta rodante. Esperaba que tal vez hubiera allí un infor, y subí por la dorada escalera automática. Llegué

a una plaza en cuyo centro había una columna alta y transparente, como de cristal, y algo bailaba en su interior: formas de color púrpura, marrón y lila, que no me recordaban nada; abstracciones vivientes y al mismo tiempo extraordinarias esculturas.

Los colores cambiaban alternativamente, se concentraban, se convertían en una forma cómica; estas transformaciones, aunque carentes de rostros, cabezas, brazos o piernas, tenían una expresión completamente humana. Al poco rato comprendí que el lila se parecía a un fanfarrón — presumido, orgulloso y cobarde a la vez-; cuando se desintegró en un millón de burbujas danzantes, el color pasó al azul. El azul era angelical, modesto, recogido, pero con hipocresía, como si alardeara de sí mismo. No $é el rato que pasé contemplando aquel espectáculo. Jamás había visto nada semejante. Yo era el único espectador; el tráfico de los vehículos negros se intensificó. Ni siquiera sabía si estaban ocupados o vacíos, porque no tenían ventanas. De la plaza redonda se bifurcaban seis calles, unas hacia arriba, otras hacia abajo, y sus perspectivas, con un mosaico de luces de colores, se extendían a lo largo de varios kilómetros. No se veía un infor por ninguna parte. Me sentía ya bastante cansado, y no sólo físicamente; me parecía que no me quedaban fuerzas para más impresiones. Perdí varias veces el sentido de la orientación, aunque no llegué a notar somnolencia; e ignoro cuándo o cómo fui a parar a la gran avenida. En la esquina espacié mis pasos, levanté la cabeza y vi en las nubes el reflejo de la ciudad. Titubeé, porque tenía la sensación de encontrarme bajo tierra. Después seguí andando en un mar de luces inquietas y escaparates carentes de cristales, entre maniquíes que gesticulaban, giraban como peonzas, realizaban enérgicos ejercicios gimnásticos, tendían la mano hacia relucientes objetos e hinchaban algo; no les dirigí una sola mirada. A lo lejos paseaban dos personas; no estaba seguro de que no fueran muñecos, por lo que no quise correr tras ellos. Las casas se separaban y vi una gran inscripción: PARK TERMINAL, y una flecha luminosa de color verde.

La escalera automática empezaba en un pasaje entre las casas y se introducía repentinamente en un túnel plateado. Una especie de pulso dorado palpitaba en las paredes del túnel, como si bajo su máscara de mercurio fluyese realmente un metal precioso; sentí un aliento cálido, todo se extinguió; me encontraba en un pabellón acristalado. Tenía forma de concha, el techo arrugado emitía un verde apenas perceptible, que era la luz de venas muy finas, como la luminiscencia de una única hoja trémula y ampliada. Detrás de ellas había oscuridad y letras diminutas que se deslizaban por el suelo: PARK TERMINAL…, PARK TERMINAL.

Salí. Era realmente un parque. Los árboles susurraban con un sonido prolongado, invisibles en la oscuridad. No sentí nada de viento,

que debía soplar mucho más arriba; las voces solemnes y regulares de los árboles me rodeaban como una cúpula invisible. Por primera vez me sentí solo, pero no como entre la muchedumbre; me agradaba. Sin embargo, en el parque debía de haber mucha gente; escuché murmullos, en numerosas ocasiones brilló la mancha de una cara y una vez incluso rocé a alguien al pasar. Las copas de los árboles estaban entrelazadas, por lo que las estrellas sólo podían verse en sus huecos. Recordé que había subido para llegar a este parque; ya en la plaza de los colores danzantes había tenido un cielo sobre mi cabeza, aunque nublado. ¿Cómo era posible, entonces, que ahora, un piso más arriba, viera un cielo estrellado? No podía explicármelo.

Los árboles se iluminaron, y aun antes de verla, sentí el olor del agua, el olor del pantano, del cenagal y de hojas mojadas; me quedé inmóvil.

La arboleda rodeaba el lago como una corona oscura. Oí el susurro de los juncos y la crin vegetal; y muy lejos, en la otra orilla, se levantaba como un gigante un macizo de rocas traslúcidas, una montaña medio transparente sobre los planos de la noche. Una luz fantasmal llegaba de los peñascos cortados a pico, muy pálida, azulada; bastiones sobre bastiones de cristal semejante a estaño congelado, abismos…, y aquel coloso rutilante e inverosímil proyectaba su largo y pálido reflejo en las negras aguas del lago.

Permanecí inmóvil extasiado, mientras el viento traía fluidos y tenues sonidos musicales.

Pero al forzar la vista, vislumbré en el gigante pisos y terrazas, y en ese momento comprendí que por segunda vez volvía a tener delante la estación, la gigantesca terminal. Por ella me había extraviado el día anterior y tal vez ahora la miraba desde el fondo del oscuro espacio que tanto me había asombrado, en el mismo sitio donde conociera a Nais.

¿Era todavía arquitectura o ya una ingeniería de las montañas? Debían haber comprendido que al traspasar ciertos límites es preciso renunciar a la simetría, a la forma proporcionada y sólo se puede aprender de lo gigantesco; ¡dóciles alumnos de los planetas!

Seguí la orilla del lago. El coloso casi parecía guiarme con su vuelo inmóvil y centelleante. Sí, desde luego era osado planear semejante estructura y darle el horror de un abismo y la brutalidad y aspereza de las simas y las altas cumbres sin caer en una imitación mecánica, sin perder algo, sin falsear. Volví al muro de árboles. El azul pálido de la terminal se iba ennegreciendo y aún aparecía entre las ramas, pero en seguida quedó oculto tras la espesura. Aparté con ambas manos las zarzas cimbreantes, las espinas se clavaban en mi chaqueta de lana y me arañaban los pantalones, y un rocío sacudido desde arriba cayó como una lluvia sobre mi rostro.

Me metí un par de hojas en la boca y las mastiqué; eran jóvenes, amargas, y por primera vez desde mi regreso pensé que ya no quería, ni buscaba, ni necesitaba nada más, era suficiente caminar a ciegas por la oscuridad de esta susurrante espesura. ¿Fue así como lo había imaginado durante diez años?

Los arbustos se dividieron. Una avenida pequeña y tortuosa. Diminutos guijarros crujían bajo mis pies, despidiendo una luz débil; me gustaba más la oscuridad. Seguí andando, precisamente hacia donde se dibujaba, bajo una estructura pétrea y redonda, una silueta humana. No sabía la procedencia de la luz que la rodeaba. El lugar estaba desierto, con bancos todo alrededor, sillones pequeños, una mesa volcada y una arena más profunda y densa en la que se hundían mis piernas, y cuyo calor sentía pese al frescor de la noche.

Bajo la bóveda, que descansaba sobre columnas rotas y tambaleantes, había una mujer que parecía estar esperándome. Ya veía su rostro y unas trémulas chispas en los pequeños discos de brillantes que cubrían sus orejas, y su vestido blanco, que en la sombra refulgía como la plata. No era posible. ¿Un sueño? Me hallaba escasamente a unas docenas de pasos de ella cuando empezó a cantar. Bajo los árboles ciegos su voz sonaba débil, casi infantil, y yo no comprendía las palabras…, tal vez no había. Tenía la boca entreabierta, como si quisiera beber, y en su expresión no había ninguna señal de esfuerzo, nada que no fuera deleite, como si viese algo que nadie puede ver y le dedicase una canción. Tuve miedo de que me viera y acorté el paso. Ahora ya me encontraba en la franja de la luz que rodeaba la estructura de piedra.

Su voz adquirió más fuerza, invocaba a la oscuridad, inmóvil, con los brazos caídos, como si se hubiera olvidado de sí misma, como si no tuviera nada más que la voz con la que paseaba y en la que se perdía; parecía que iba a expresarlo todo, renunciar a todo y despedirse con la conciencia de que con el último tono lánguido no sólo se extinguiría la canción. Yo no sabía si tal cosa era posible.

Enmudeció, y yo continué oyendo su voz. De improviso oí detrás de mí unos pasos ligeros: una muchacha corría hacia la mujer, seguida de otra persona; bajó los escalones con una risa breve y gutural, pasó a través de la mujer y se alejó corriendo. El hombre que la seguía pasó junto a mí como una silueta negra y ambos desaparecieron. Oí por segunda vez la atractiva risa de la muchacha y me quedé petrificado sobre la arena, sin saber si reír o llorar; la cantante inexistente tarareaba en voz baja. No quería oírla. Volví a la oscuridad con el rostro crispado, como un niño a quien acaban de demostrar la falsedad de un cuento.

Equivalía a una profanación. Me alejé, y su voz continuó persiguiéndome.

Doblé un recodo de la avenida y vi el débil fulgor de los setos vivos; húmedas guirnaldas de hojas colgaban sobre una verja de metal. La abrí. Daba la impresión de que allí había más luz. Los setos terminaban junto a una gran pradera de cuya hierba se levantaban bloques de piedra; uno de éstos se movió, se irguió, y vislumbré las pálidas llamas de dos ojos. Me quedé como petrificado. Era un león.

Se levantó pesadamente, primero sobre las patas delanteras; ahora veía todo su cuerpo, sólo a cinco pasos de mí; tenía una melena rala y sucia. Se enderezó con dos lánguidos movimientos de hombros y, sin el menor ruido, empezó a dirigirse hacia mí.

Yo ya me había repuesto. «Vamos, vamos, no pretendas inspirarme miedo», me dije. No podía ser auténtico; sería un fantasma, como mi cantante, como la gente que había visto junto a los coches negros. Abrió las fauces, en cuya oscuridad centellearon los colmillos, con el ruido de un cerrojo. A un solo paso de distancia, sentí su aliento fétido…

Resopló, salpicándome con gotas de saliva, y sin darme tiempo a horrorizarme, me rozó las caderas con su enorme cabeza, ronroneó, se frotó contra mí, y sentí un estúpido cosquilleo en el pecho…

Me rozaba con la piel gruesa y colgante de la papada. Sin darme apenas cuenta, empecé a empujarle y estirarle de los pelos. El incrementó su ronroneo. A sus espaldas aparecieron los ojos brillantes de otro león, no, de una leona, que le empujó con el hombro. De la garganta del león surgió un gruñido, no un rugido, y trató de alejar a la leona con la pata. Ella no se apartó, y resopló con furia.

«Esto acabará mal», pensé. Iba desarmado, y los leones eran tan auténticos y reales como los que había conocido. Sentía el penetrante olor de sus cuerpos. La leona seguía resoplando y el león desasió de pronto de mis manos su tosca melena, volvió hacia ella su enorme cabeza y rugió; la leona se tendió en el suelo.

«Ahora me largo» les dije sin voz, sólo con los labios. Empecé a retroceder lentamente hacia la verja; el momento no era nada agradable. Pero el león parecía haberse olvidado de mí. Se tendió pesadamente, de nuevo parecido a un bloque de piedra, y la leona se quedó junto a él, empujándole con el hocico.

Cuando hube cerrado la verja tras de mí, tuve que luchar contra el pánico con todas mis fuerzas. Tenía la garganta seca y las rodillas temblorosas. De pronto mi carraspeo se convirtió en una risa demente cuando recordé que le había dicho: «Vamos, vamos, no pretendas inspirarme miedo», firmemente convencido de que se trataba de una ilusión.

Las copas de los árboles se dibujaban en el cielo cada vez con más precisión; amanecía.

Me alegraba no saber cómo saldría del parque, que entretanto se

había quedado totalmente vacío. Pasé junto a la estructura redonda donde antes se me apareciera la cantante; en la próxima avenida encontré un robot que recortaba el césped. No sabía nada de un hotel, pero me indicó el camino del siguiente ascensor. Subí un par de pisos y me asombré al salir a una calle del plano inferior, donde volvía a tener el cielo sobre mi cabeza.

En cualquier caso, mi capacidad de asombro ya estaba agotada. Había visto demasiadas cosas. Caminé un rato más, y recuerdo que me senté junto a un surtidor, que tal vez no lo era.

Volví a levantarme y seguí caminando a la luz del amanecer hasta que frente a mi vista rígida fulguraron unos grandes cristales luminosos que anunciaban con letras de fuego: ALCARON HOTEL.

En la blanca recepción, que recordaba la bañera volcada de un gigante, había un robot estilizado y medio transparente, de largos y delgados brazos. Sin preguntarme nada, me alargó un libro, yo me inscribí en él y subí en el ascensor, provisto de una pequeña tarjeta triangular. Alguien — ignoro realmente quién — me ayudó a abrir la puerta, o mejor dicho, la abrió por mí. Paredes de hielo, en las que circulaban minúsculas llamas. Cuando me acerqué a la ventana, un asiento surgido de la nada se situó tras de mí. De arriba cayó una superficie plana, que se convirtió en una mesa. Pero lo que yo quería era una cama. No la encontré ni traté de buscarla. Me tendí sobre la alfombra de espuma y me dormí inmediatamente a la luz artificial de aquella habitación sin ventanas, ya que lo que al principio tomara por una ventana era, naturalmente, una pantalla de televisión, por lo que me adormecí con la impresión de que tras la placa de cristal un rostro gigantesco hacía muecas, meditaba sobre mí, reía, hablaba, disparataba… El sueño me liberó como la muerte: incluso el tiempo se detuvo en él.

# II

Me palpé el pecho con los ojos todavía cerrados: llevaba puesta la chaqueta de punto; si había dormido sin desnudarme, significaba que tenía guardia. «¡Olaf!», quise gritar, y me incorporé de repente.

Esto era un hotel y no el Prometeo. Lo recordé todo: el laberinto de la estación, la muchacha y su temor, las rocas azules de la terminal sobre el lago negro, la cantante, los leones…

Mientras buscaba el cuarto de baño, encontré la cama por casualidad: estaba en la pared y cayó como un cuadrado nacarado y mórbido cuando apreté un determinado lugar. En el cuarto de baño no había bañera ni grifo alguno, nada, sólo placas luminosas en el techo y una pequeña concavidad — tapizada de espuma — para los pies. No parecía existir una ducha. Me sentí como un hombre de Neandertal.

Me desnudé rápidamente y me quedé con la ropa en la mano, porque no había ninguna percha: sólo un armarito en la pared, por lo que lo tiré todo dentro. Al lado, tres botones: azul, rojo y blanco. Apreté el blanco: la luz se extinguió. Entonces pulsé el rojo. Algo rumoreó, no agua, sino una ráfaga de viento que olía a ozono y a algo más: me envolvió completamente, sobre la piel centellearon gotas espesas y luminosas que se convirtieron en espuma y se volatilizaron; no sentí ninguna humedad, sólo una gran cantidad de agujas blandas y eléctricas que dieron masaje a mis músculos. Para probar, apreté el botón azul, y el viento cambió y fue como si me penetrara: una sensación extremadamente singular.

«Una vez acostumbrado — pensé —. puede resultar agradable.» En el ADAPT de la Luna no tenían nada semejante: los cuartos de baño eran corrientes. No sé por qué. Ahora la sangre circulaba mejor, me sentía maravillosamente, sólo que ignoraba con qué debía lavarme los dientes. Al fin renuncié. En la pared había una pequeña puerta con la inscripción:

«Albornoces». Miré en su interior. No se veía rastro de albornoces, sólo tres botellitas de metal. Pero como no estaba mojado, no necesitaba secarme.

Abrí el armario donde había echado la ropa y me sorprendí: estaba vacío. Era una suerte que hubiera dejado los calzoncillos encima del armario. Me los puse, volví a la habitación y empecé a buscar el teléfono para averiguar qué había ocurrido con mi ropa. Me parecía todo muy complicado. Por fin descubrí el teléfono junto a la ventana, como yo seguía llamando a la pantalla de televisión. Saltó de la pared cuando empecé a lanzar maldiciones; por lo visto reaccionaba a la voz. Era una manía idiota, ocultarlo todo en las paredes. Contestó

la recepción. Pregunté por mi ropa:

— La ha enviado a la lavandería, señor — dijo una suave voz de barítono —. Le será devuelta dentro de cinco minutos.

«Menos mal», pensé. Me senté ante la mesa, cuya superficie se extendió solícitamente bajo mis codos en cuanto me apoyé sobre ella. ¿Cómo lo lograban? Uno no debe interesarse por cosas semejantes; la mayoría de personas utilizan la tecnología de su civilización sin comprenderla.

Me quedé sentado allí, desnudo, sólo en calzoncillos, reflexionando sobre diversas posibilidades. Podía acudir al ADAPT. Si sólo se tratara de aprender técnicas y costumbres, no lo pensaría dos veces. Pero ya había observado en la Luna que intentaban al mismo tiempo inculcar en todos una actitud determinada. Disponían de una escala de valores establecida, y cuando alguien no la aceptaba como propia, le tachaban — como siempre en general — de retrógrado, víctima de resistencias inconscientes y la rutina de hábitos antiguos. Yo no tenía la menor intención de renunciar a mis hábitos y resistencias mientras no estuviera convencido de que lo que me ofrecían era mejor. Las experiencias de la noche pasada no habían influido en esta decisión mía. No quería ninguna escuela, ninguna rehabilitación, y menos tan sumisa y repentinamente. Era interesante que no me hubieran impuesto esta «betrización». Tendría que descubrir el motivo.

Podía buscar a uno de ellos: Olaf. Esto ya sería una clara trasgresión de las recomendaciones del ADAPT. Porque no daban ninguna orden, sólo repetían continuamente que actuaban por mi bien y que yo podía hacer lo que quisiera: incluso saltar directamente de la Luna a la Tierra — esto lo dijo el agudo doctor Abs —, si tanta prisa tenía. A mí no me importaba el ADAPT, pero con ello podía molestar a Olaf. En cualquier caso, le escribiría.

Tenía su dirección. En cuanto al trabajo, ¿debía buscarme un empleo? ¿Como piloto? Y entonces qué…, ¿hacer vuelos regulares Marte-Tierra-Marte? Sabía hacerlo bien, pero…

De pronto se me ocurrió la idea de que tenía dinero. En realidad no era dinero, se llamaba de otro modo, pero yo no comprendía la diferencia, ya que a cambio se podía obtener todo.

Pedí comunicación con la ciudad; en el auricular vibraba una canción lejana. El teléfono no tenía números ni disco; ¿tal vez habría que mencionar el nombre del banco? Lo tenía anotado en un pedazo de papel, y éste se hallaba… en el traje. Miré hacia el cuarto de baño: el traje ya estaba en el armarito, recién limpio, y en los bolsillos encontré todos mis objetos personales, incluido el trozo de papel.

El banco no era un banco; se llamaba Omnilox. Pronuncié este nombre, y con tanta rapidez como si estuvieran esperando mi llamada,

una voz profunda contestó:

— Omnilox al habla.

— Mi nombre es Bregg — dije —, Hal Bregg. Creo que tengo una cuenta en su casa… Me gustaría saber a cuánto asciende.

Un clic, y otra voz más aguda preguntó:

— ¿Hal Bregg?

— Sí.

— ¿Quién abrió esta cuenta?

— El Vekom, Vuelo Espacial, por orden del Instituto Planetológico y la Comisión de Vuelos Espaciales de la ONU. Pero ya hace de ello ciento veintisiete años…

— ¿Tiene usted algún comprobante?

— No, sólo un papel del ADAPT de la Luna, del director Oswanim…

— En regla. La cuenta asciende a veintiséis mil cuatrocientos siete iten.

— ¿Iten?

— Sí. ¿Desea algo más?

— Me gustaría disponer de algo de di…; es decir, de cierta cantidad de iten.

— ¿En qué forma? ¿Desea tal vez un kalster?

— ¿Qué es esto? ¿Un talonario?

— No. Podrá pagar inmediatamente en metálico.

— ¿Ah, sí? Está bien.

— ¿Por qué cantidad quiere abrir el kalster?

— ¿Qué sé yo? Cinco mil…

— Cinco mil. Muy bien. ¿Se lo mandamos al hotel?

— Sí. Un momento…; he olvidado el nombre de este hotel.

— ¿Nos llama usted desde allí?

— Sí.

— Se llama Alearon. En seguida le enviamos el kalster. Sólo una pregunta más: ¿no le ha cambiado la mano derecha?

— No. ¿Por qué?

— Por nada. En caso contrario, habríamos tenido que cambiar el kalster.

— Gracias — dije, y colgué. Veintiséis mil…, ¿cuánto sería? No tenía la menor idea. Algo empezó a zumbar. ¿Una radio? Era el teléfono. Descolgué el auricular.

— ¿Bregg?

— Sí, soy yo — repuse. El corazón empezó a latirme más de prisa. Había reconocido su voz —.

¿Cómo has sabido dónde estoy? — pregunté, ya que ella guardaba silencio.

— Por el infor. Bregg…, Hal…, quería explicarte…

— No hay nada que explicar, Nais.

— Estás enfadado, y lo comprendo…

— No estoy enfadado.

— De verdad, Hal. Ven a mi casa. ¿Vendrás hoy?

— No. Por favor, Nais, ¿cuánto es veinte mil y pico de iten?

— ¿Qué quieres decir, cuánto es? Hal, debes venir.

— Dime…, ¿cuánto tiempo se puede vivir con esa cantidad?

— El tiempo que quieras, la vida no cuesta nada. Pero dejemos eso. Hal, si quisieras…

— Un momento. ¿Cuántos iten gastas al mes?

— Depende. 'A veces veinte, a veces cinco, muchas veces nada.

— Aja. Muchas gracias.

— ¡Hal! Escúchame.

— Te escucho.

— No debemos acabar así…

— No acabamos nada — contesté —, ya que nada ha empezado. Muchas gracias por todo, Nais.

Colgué el auricular. ¿Conque la vida no costaba nada? Esto era lo que de momento me interesaba más. ¿Significaba acaso que algunos servicios eran gratis?

Nuevamente el teléfono.

— Bregg al habla.

— Aquí recepción. Señor Bregg, Omnilox le envía el kalster. Se lo hago llevar a la habitación.

— Gracias. ¡Oiga!

— ¿Dígame?

— ¿Se cobra la habitación?

— No, señor.

— ¿Absolutamente nada?

— Absolutamente nada, señor.

— Y… ¿hay un restaurante en el hotel?

— Sí, cuatro. ¿Desea que le suban el desayuno?

— Sí, por favor, y… ¿hay que pagar por la comida?

— No, señor. Ya tiene arriba el kalster. Dentro de un momento llegará el desayuno.

El robot cortó la comunicación y no tuve tiempo de preguntarle dónde debía buscar el dichoso kalster. No tenía la menor idea de su aspecto. Al levantarme del escritorio, éste, abandonado, se empequeñeció y arrugó instantáneamente, y entonces observé que una especie de pulpito surgía de la pared cercana a la puerta; sobre él, cubierto por una materia transparente, un objeto plano que parecía una pitillera pequeña. En un lado había una hilera de minúsculas perforaciones marcadas con la cifra. Debajo, dos botones diminutos: uno y cero. Lo contemplé, sorprendido, y finalmente comprendí que la

cantidad de. se descontaba según el sistema dual. Apreté el uno, y en la mano me cayó un minúsculo triángulo de plástico con el número perforado. De modo que aquello era una pequeña impresora o perforadora de dinero; el número superior disminuyó en una unidad.

Ya estaba vestido y a punto de irme cuando me acordé del ADAPT. Llamé y expliqué que no había podido encontrar a su hombre en la terminal.

— Ya estábamos inquietos a su respecto — dijo una voz de mujer —, pero esta mañana hemos sabido que se encontraba en el Alearon…

Sabían dónde estaba. ¿Por qué no me habían podido encontrar en la estación? No podía ser de otro modo: me dejaron vagar intencionadamente para que comprendiera lo prematuro de mi «rebelión» en la Luna.

— Su servicio de información es fabuloso — dije con cortesía —. Ahora voy a dar un vistazo a la ciudad. Les llamaré más tarde.

Salí de la habitación; los pasillos, plateados y movibles, fluían conjuntamente con las paredes: una novedad para mí. Bajé en el ascensor; vi bares en todos los pisos, uno verde, como sumergido en agua. Cada piso tenía su propio color dominante, plata, oro. Pronto me resultó excesivo. ¡ Al cabo de un solo día! Era extraño que les gustase. Tenían preferencias cómicas. Pero entonces recordé la imagen nocturna de la terminal.

«Tengo que procurarme algo de ropa.» Salí a la calle con esta decisión. El día era nublado, cubría el cielo una ligera neblina y a menudo salía el sol. Por primera vez vi desde un bulevar — cuyo centro era ocupado por una doble hilera de palmeras gigantes, de hojas rosadas como lenguas — el panorama de la ciudad. Los edificios se elevaban aislados como islas, y sólo raramente hendía el cielo una construcción esbelta, como un rayo congelado de material líquido, de altura inverosímil. Seguramente estas estructuras alcanzaban un kilómetro de altitud.

Sabía — alguien me lo había dicho en la Luna — que ahora ya no se construían y que este desafió a la altura había perecido de muerte natural poco después de su aparición. Eran el monumento a una época de la arquitectura, pues aparte de sus' inmensas proporciones, sólo niveladas por la esbeltez, no ofrecían nada a la vista. Tenían el aspecto de tubos marrones y dorados, blancos y negros, plateados o a rayas transversales, que sostenían las nubes o pretendían abrazarlas. Y las superficies de aterrizaje que proyectaban hacia el cielo, sostenidas en el aire mediante soportes semejantes a tubos, parecían pequeñas estanterías de libros.

No podían compararse con las casas nuevas, sin ventanas pero mucho más bellas, porque ahora era posible adornar todas las paredes. La ciudad entera semejaba una inmensa exposición de arte, un festival

de maestros del color y la forma. No puedo afirmar que me gustaran todos los adornos de aquellos edificios de veinte o treinta pisos de altura; pero a pesar de mis ciento cincuenta años, no era un tipo excesivamente anticuado. Lo que más me gustaba eran las casas divididas por jardines — tal vez eran palmares —, porque los edificios partidos así parecían flotar sobre cojines de aire, ya que las paredes de estos jardines colgantes eran de cristal; el efecto era de una gran ligereza, y al mismo tiempo la construcción exhibía unas rayas irregulares de un verde aterciopelado.

Sobre los bulevares, a lo largo de aquellas carnosas palmeras que tanto me desagradaban, se movían dos hileras de coches negros. Ya sabía que se llamaban gliders. Encima de las casas se veían también otras máquinas, éstas voladoras, que no eran ni helicópteros ni aviones y que parecían lápices afilados por los dos extremos.

En las aceras había poca gente, no tanta como cien años atrás. El tráfico había disminuido mucho, y sobre todo la cantidad de transeúntes, tal vez gracias a los múltiples planos: porque bajo la ciudad que ahora estaba viendo se elevaban pisos subterráneos con calles, plazas y tiendas; el infor de la esquina acababa de decirme que el piso Serean era el mejor para ir de compras. Debía de tratarse de un infor genial, o tal vez yo ya sabía hacerme comprender mejor; el caso es que me dio un librito de plástico con cuatro páginas desplegables: un plano para circular por la ciudad. Si quería ir a alguna parte, bastaba apretar el nombre impreso en plata — calle, piso, plaza — y en el plano se iluminaba inmediatamente toda la red de comunicaciones necesarias. También se podía ir con su glider. O con un raster. Finalmente, se podía ir a pie, por lo que había cuatro mapas. Pero ya me había dado cuenta de que las caminatas — incluso sobre aceras rodantes y en ascensores — podían requerir muchas horas.

El Serean era el tercer piso. Y una vez más me sorprendió la vista de la ciudad: en lugar de salir bajo tierra, desemboqué en la calle por un túnel. Bajo el cielo, a plena luz del sol, crecían grandes niños en medio de una plaza, en la lejanía se dibujaban algunos rascacielos azules, y en el lado opuesto, tras un pequeño estanque en el que chapoteaban unos niños, que navegaban en bicicletas multicolores, había un rascacielos blanco, sombreado por las Franjas verdes de las plantas que tenía un singular remate, refulgente como el cristal. Lamenté que no hubiera nadie a quien pedir una explicación de este enigma. De repente me acordé — o, mejor dicho, me lo recordó el estómago — de que aún no había desayunado. Había olvidado por completo que iban a dármelo en el hotel. Quizá también le pasó por alto al robot de la recepción.

Así pues, al infor: ahora ya no daría un solo paso sin averiguar

exactamente el cómo y el porqué de las cosas. Además, el infor podía encargarme también un glider, aunque de momento no me atrevía a pedirlo porque ignoraba cómo subir a él. No importaba, ya rne enteraría más adelante. Tenía tiempo.

En el restaurante eché un vistazo a la carta y vi que para mí era como un texto chino. Pedí con gran decisión el desayuno…, un desayuno completamente normal.

— ¿Ozot, kress o herma?

Si el camarero hubiera sido un ser humano, le habría dicho que me trajera lo que más le gustase a él. Pero era un robot, y todo le daba igual.

— ¿No hay café? — pregunté, alarmado.

— Claro. ¿Kress, ozot o herma?

— Café y… bueno…, lo que mejor le va al café es este… he…

— Ozot — dijo y se alejó.

Menos mal.

Debía de tenerlo todo dispuesto, pues volvió inmediatamente con una bandeja, tan cargada que temí una tomadura de pelo. Pero al mismo tiempo pensé que, aparte de los bons que comiera la víspera, y el vaso del famoso brit, no me había llevado nada a la boca desde mi llegada.

Lo único que me recordaba algo conocido era el café, que sabía a pez bien hervida. La nata tenía diminutos puntos azules y decididamente no procedía de una vaca. Lamenté no poder ver a nadie comiéndose todo aquello, pero la hora del desayuno había pasado hacía mucho rato y me encontraba completamente solo. Había platitos en forma de hoz que contenían una masa humeante de la cual sobresalía algo que recordaba las cerillas, y el relleno se parecía a una manzana asada, aunque, naturalmente, no se trataba de manzanas ni de cerillas. Y lo que tomé por copos de avena empezó a hincharse en cuanto lo toqué con la cuchara. Lo comí todo, pues estaba terriblemente hambriento. El deseo de comer algo de panadería — de la que no había ni rastro — me acometió de nuevo cuando el robot apareció y se quedó esperando a cierta distancia.

— ¿Qué le debo? — pregunté.

— Nada, gracias — repuso. Se parecía más a un mueble que a un muñeco. Tenía un único ojo redondo, de cristal. Algo se movía en su interior y no pude evitar mirarle el vientre. Ni siquiera había que dar propina. Dudé de si me comprendería si le preguntaba por un periódico. Tal vez ya no existían, por lo que me fui con la idea de hacer algunas compras. Lo primero que vi fue una agencia de viajes; sentí una inspiración y entré.

La gran sala plateada con consolas de color esmeralda — empezaba a estar harto de estos colores — estaba casi vacía. Cristales

esmerilados, enormes fotos en color del Cañón del Colorado, el Cráter de Arquímedes, las rocas de Deimos, Palm Beach, Florida: todo estaba hecho de modo que parecía verse el fondo, incluso las olas se movían, como si no fueran fotos sino ventanas abiertas a un espacio real.

Me dirigí a la ventanilla con la leyenda: TIERRA.

Allí, naturalmente, había un robot. Esta vez, dorado. O mejor dicho, bañado en oro.

— ¿En qué puedo servirle?

Tenía una voz profunda. Cerré los ojos y habría podido jurar que me hablaba un hombre grueso, de cabellos oscuros.

— Me gustaría algo primitivo — dije —. Acabo de llegar de un largo viaje, de un larguísimo viaje, y no deseo confort excesivo. Querría tranquilidad, árboles, agua; también podrían ser montañas. Pero deseo algo primitivo y anticuado. Como hace cien años. ¿Tienen algo así?

— Si usted lo desea, debemos tenerlo. Montañas Rocosas. Fort Plum. Mallorca. Las Antillas.

— Más cerca — dije —. A unos… mil kilómetros de distancia, más o menos.

— Klavestra.

— ¿Dónde está eso?

Observé que podía hablar perfectamente con los robots. No se maravillaban de nada. Un invento muy sensato.

— Es un viejo poblado minero próximo al Pacífico. Minas sin explotar desde hace unos cuatrocientos años. Excursiones muy interesantes por las galerías subterráneas. Cómodas comunicaciones en ulder y glider. Sanatorios con atención médica, villas de alquiler con jardín, piscina, estabilización climática; el centro local de nuestra agencia organiza toda clase de diversiones, excursiones, juegos, veladas. Hay real, mut y stereon.

— Sí, tal vez me convendría algo así — opiné —. Una villa con jardín. Y además agua. Una piscina, ¿puede ser?

— Por supuesto, señor. Piscina con trampolines, lagos artificiales con grutas subacuáticas, un centro magnífico, provisto de todos los equipos para bucear, espectáculos subacuáticos…

— Dejemos estos espectáculos. ¿Cuánto cuesta?

— Cien iten al mes. Pero si la comparte con otra persona, solamente cuarenta.

— ¿Compartirla?

— Las villas son muy espaciosas, señor. De doce a dieciocho habitaciones: servicio automático, cocina individual, comidas locales o exóticas a elección…

— Ya. En tal caso, quizá…; está bien. Me llamo Bregg. La tomaré. ¿Cómo se llama ese lugar? ¿Klavestra? ¿Pago ahora?

— Como desee.

Le alargué el kalster.

Entonces resultó que yo ignoraba que nadie más que yo podía poner en movimiento el kalster. El robot, naturalmente, tampoco se extrañó de esta ignorancia mía. Los robots empezaban a gustarme cada vez más. Me enseñó qué debía hacer para que del centro sólo cayera una ficha con el correspondiente número impreso. El número de la ventanita que había encima y que indicaba el estado de la cuenta disminuyó en la misma cantidad.

— ¿Cuándo puedo marcharme?

— Cuando lo desee. A cualquier hora.

— Pero… pero… ¿con quién compartiré la villa?

— Con los Marger. Una pareja.

— ¿Puedo saber qué clase de gente son?

— Sólo puedo decirle que se trata de un matrimonio joven.

— Hum. ¿No les estorbaré?

— No, porque está por alquilar la mitad de la villa. Usted ocupará todo un piso.

— Bien. ¿Cómo he de ir?

— Lo mejor es con el ulder.

— ¿Cómo hay que hacerlo?

— Le reservaré el ulder para el día y la hora que usted prefiera.

— Entonces, le llamaré desde el hotel. ¿Es posible?

— Claro que sí. El alquiler no empezará a ser efectivo hasta que usted se instale en la villa.

Cuando salí ya tenía un plan difuso. Compraría libros y diversos artículos deportivos.

Sobre todo, libros. También tendría que suscribirme a revistas especializadas, sociología, física. Seguramente se había progresado mucho en estos cien años. Ah, y además necesitaría ropa.

Pero de nuevo algo torció mis proyectos. En la esquina, sin dar crédito a mis ojos, vi un automóvil. Un automóvil auténtico. Quizá no igual que los que recordaba: la carrocería estaba modelada en ángulos agudos. Pero era un verdadero automóvil, con neumáticos, puertas, volante, y detrás había otros modelos, tras un enorme escaparate en el que se leía en grandes letras ANTIGÜEDADES. Entré. El propietario — o vendedor — era un ser humano. «Lástima», pensé.

— ¿Puedo comprar un coche?

— Claro. ¿Cuál le gustaría?

— ¿Cuánto cuestan?

— Entre cuatrocientos y ochocientos iten.

«Un precio respetable — pensé —. Pero, bueno, por las antigüedades hay que pagar.» — ¿Y funcionan?

— Naturalmente No se pueden conducir por todas partes, ya que

hay prohibiciones locales, pero en general es posible.

— ¿Y el combustible? — pregunté con cautela, pues no tenía idea de lo que ocultaba la carrocería.

— Con eso no tendrá dificultades. Una sola carga basta para toda la duración del coche.

Incluyendo los parastatos, naturalmente.

— Magnífico — dije —. Querría algo estable, resistente. No ha de ser muy grande, pero sí rápido.

— Entonces yo le recomendaría este Giabile, o aquel otro modelo…

Me llevó a una gran sala, entre hileras de coches. Relucían como si fueran realmente nuevos.

— Como es natural — observó el vendedor —, no pueden compararse con el glider. Pero hoy día el coche ya no es un medio de locomoción.

«Pues ¿qué es?», quise preguntar, pero callé.

— Está bien — dije —. ¿Cuánto cuesta éste? — y señalé una limusina azul pálido con faros plateados y muy hundidos.

— Cuatrocientos ochenta iten.

— Pero me gustaría que me lo entregasen en Klavestra — dije —. He alquilado una villa allí. En la agencia de viajes de esta misma calle pueden darle la dirección exacta…

— Muy bien, señor. Podemos enviarlo con el ulder, con portes pagados.

— ¿Ah, sí? Yo mismo debo ir en un ulder…

— Entonces dígame la fecha y lo llevaremos a su ulder. Será lo más sencillo. A menos que usted prefiera…

— No, no. Lo haremos como usted ha dicho.

Pagué el coche — ya me entendía muy bien con el kalster — y salí de la tienda de antigüedades. Allí se olía por doquier a laca y goma. Estos olores me parecían magníficos.

Con la ropa no me fue tan bien. Ya no existía casi nada de las prendas que yo conocía.

Aclaré también el misterio de las enigmáticas botellas de los armarios del hotel, rotuladas ALBORNOCES. No sólo éstos, sino trajes, calcetines, chaquetas de punto, ropa interior: todo se rociaba. Comprendí que esto debía de gustar a las mujeres: manejar unos frascos llenos de un líquido que inmediatamente se solidificaba en tejidos de estructura lisa c tosca: terciopelo, piel o metal elástico. De este modo creaban un nuevo modelo para cada ocasión. Naturalmente, esto no lo hacían todas las mujeres por sí mismas; había salones especiales de plastificación (¡así que éste era el trabajo de Nais!). Por otra parte, esta moda tan ceñida no me atraía demasiado; sólo el proceso de vestirse con ayuda de las botellas se me antojaba

inútilmente trabajoso. Había muy pocas prendas confeccionadas, y no eran de mi tamaño; incluso la medida mayor era cuatro tallas demasiado pequeña para mi estatura. Al final me decidí por ropa blanca de botella, pues observé que mi camisa no resistiría mucho tiempo.

Por supuesto que podía recuperar del Prometeo el resto de mi ropa, pero allí tampoco tenía trajes ni camisas blancas; con tales prendas no habría podido hacer gran cosa en la constelación de Fomalhaut. Por lo tanto, compré algunos pares de pantalones que parecían de dril para trabajar en el jardín, ya que sólo éstos eran relativamente anchos y podían alargarle; pagué por todo ello un ¡ten, que era el precio de los pantalones; el resto era gratis.

Lo hice enviar todo al hotel y, por pura curiosidad, me dejé convencer para una visita al salón de modas. Allí me recibió un tipo con cara de artista, que me miró y coincidió conmigo en que yo debía llevar cosas más bien anchas; observé que no estaba muy encantado conmigo. Yo tampoco lo estaba con él. El asunto terminó con unas chaquetas de punto, que me arregló allí mismo. Me hizo levantar los brazos y dio vueltas a mi alrededor, operando con cuatro frascos a la vez. El líquido — en el aire, blanco como la espuma — se secaba casi inmediatamente. Así surgieron chaquetas de diversos colores, una con rayas negras y rojas en el pecho; observé que lo más difícil era confeccionar las mangas y el cuello, para lo que se necesitaba verdadera práctica.

Enriquecido con esta experiencia, que por otra parte no me costó nada, volví a encontrarme en la calle, bajo el sol de mediodía. Se veían menos glider, pero en cambio sobre los tejados volaba una gran cantidad de vehículos que parecían cigarros. La multitud descendía a los pisos inferiores por las escaleras automáticas. Todos tenían prisa, sólo yo disponía de tiempo. Durante una hora me calenté al sol bajo un rododendro salpicado de hojas ya muertas, y entonces volví al hotel.

En el vestíbulo me procuré una pequeña máquina de afeitar. Cuando empecé a afeitarme en el cuarto de baño, observé que debía inclinarme un poco para verme en el espejo, y recordaba que antes me había mirado manteniéndome tieso. La diferencia era mínima: pero hacía un momento, al quitarme la camisa, había observado algo singular: la camisa parecía haberse acortado, como si se hubiera encogido. Me miré con más atención. Las mangas y el cuello no habían cambiado. Dejé la camisa sobre la mesa; su aspecto era el mismo de antes.

Sin embargo, cuando me la puse, apenas me llegaba hasta la cintura. Era yo quien había cambiado, no la camisa. «De modo que he crecido.» Esta idea era absurda, pero no dejó de inquietarme. Llamé al

infor del hotel y pedí la dirección de un médico, de un especialista en medicina espacial. Mientras me fuera posible, no quería recurrir al ADAPT. Tras un silencio, como si el autómata del teléfono tuviera alguna duda, oí la dirección. El médico vivía en la misma calle, a unas manzanas de distancia.

Fui a verle. Un robot me condujo a una gran habitación sumida en la penumbra. No había nadie más que yo.

El médico entró al cabo de un rato. Parecía salido de una foto de familia del estudio de mi padre. Era bajo, pero no delgado, canoso, y llevaba una pequeña barba blanca y gafas de montura de oro, las primeras gafas que veía en un rostro humano después de mi aterrizaje. Se llamaba doctor Juffon.

— ¿Hal Bregg? — preguntó —. ¿Es usted?

— Sí.

Guardó silencio y me miró largo rato.

— ¿Qué le duele?

— En realidad nada, doctor, sólo que… — y le conté mis singulares observaciones.

Sin decir una palabra, me abrió una puerta. Entré en un pequeño consultorio.

— Desnúdese, por favor.

— ¿Del todo? — pregunté cuando sólo conservaba los pantalones.

— Si.

Contempló mi desnudez.

— Ya no hay hombres semejantes — murmuró para su coleto. Me escuchó el corazón, colocando sobre mi pecho un fríe auricular.

«Así seguirá siendo dentro de mil años», pensé, y esta idea me causó un pequeño placer.

Midió mi estatura y después me hizo echar. Miró con mucha atención la cicatriz que tengo bajo la clavícula derecha, pero no dijo nada. Me examinó durante casi una hora.

Reflejos, capacidad pulmonar, electrocardiograma; todo. Mientras yo me vestía, se sentó ante un pequeño escritorio negro. El cajón que abrió para hurgar en él, rechinó. Después de todos aquellos muebles que se movían como poseídos en torno a las personas, este antiguo escritorio me gustó mucho.

— ¿Cuántos años tiene?

Le expliqué mis circunstancias a este respecto.

— Tiene el organismo de un hombre de treinta años — comentó —. ¿Ha hibernado?

— Sí.

— ¿Mucho tiempo?

— Un año.

— ¿Por qué?

— Volvimos con una presión reforzada. Tuvimos que echarnos en el agua. Amortización, doctor, ya sabe. Y como resulta muy antipático pasar todo un año tendido en el agua y despierto…

— Claro. Pensaba que había hibernado más tiempo. Puede deducir tranquilamente este año.

No tiene cuarenta, sino treinta y nueve.

— Y… ¿lo otro?

— No es nada, Bregg. ¿Cuánta tuvieron?

— ¿Aceleración? Dos g.

— Ya. Usted ha pensado que seguía creciendo, ¿verdad? No, no está creciendo. Muy sencillo: son los discos. ¿Sabe qué son?

— Sí, unos cartílagos de la columna vertebral.

— Exacto. Ahora que ha salido de esa presión, se relajan. ¿Cuánto mide?

— Cuando despegué medía un metro noventa y" siete.

— ¿Y después?

— No tengo ni idea. No me medí; tenía otras ocupaciones.

— Ahora mide dos metros y dos centímetros.

— Una bonita historia — dije —. ¿Y esto continuará?

— No, probablemente se detendrá aquí… ¿Cómo se siente?

— Bien.

— Todo se antoja demasiado ligero, ¿verdad?

— Ahora ya menos. En el ADAPT de la Luna nos dieron unas pildoras para disminuir la tensión muscular.

— ¿Les desgravitaron?

— Sí, durante los tres primeros días. Creían que esto era demasiado poco después de tantos años, pero por otro lado no querían mantenernos encerrados por más tiempo.

— ¿Y cuáles son sus impresiones?

— Pues… — vacilé — muchas veces… me siento como un hombre de Neandertal recién llegado a la ciudad.

— ¿Qué piensa hacer ahora?

Le hablé de la villa.

— Puede que no sea tan mala idea — opinó —, pero…

— ¿Sería mejor el ADAPT?

— No puedo afirmarlo. Usted… escuche, ¡yo me acuerdo de usted!

— ¿Cómo es posible? Usted aún no…

— Ya lo sé. Pero oí hablar de usted a mi padre. Yo tenía entonces doce años.

— Ah, ya habían pasado muchos años desde nuestra salida — contesté —, ¿y aun así seguían pensando en nosotros? Es extraño.

— Yo no lo creo. Lo extraño es que les olvidaran. Usted ya sabía cómo sería el regreso, pero, naturalmente, no podía imaginárselo.

— Lo sabía.

— ¿Quién le ha enviado a verme?

— Nadie. Es decir…, el infor del hotel. ¿Por qué?

— Es gracioso — repuso —. En realidad, no soy médico, ¿sabe?

— Entonces, ¿cómo es que…?

— No practico desde hace cuarenta años. Me ocupo de la historia de la medicina espacial.

Porque ya es historia, Bregg, y aparte del ADAPT ya no hay trabajo para los especialistas.

— Perdone, yo no sabia…

— Bobadas. Al contrario, tendría que estarle agradecido. Usted es una prueba viviente contra las tesis de la escuela de Millman sobre la influencia perjudicial de la gravitación acentuada en el organismo. Ni siquiera tiene un agrandamiento del ventrículo izquierdo, ni hay un solo indicio de dilatación pulmonar… y su corazón es magnífico. Pero esto ya lo sabe, ¿verdad?

— Sí, ya lo sé.

— Como médico, no tengo nada más que decirle, Bregg, pero como… — titubeó.

— ¿Sí?

— ¿Cómo se orienta usted en… nuestra vida actual?

— Nebulosamente.

— Tiene canas, Bregg.

— ¿Acaso esto es importante?

— Sí. Las canas significan edad. Ahora no encanece nadie antes de los ochenta años, Bregg, e incluso entonces es poco frecuente.

Comprendí que tenía razón; casi no había visto personas ancianas.

— ¿Y cómo es eso? — pregunté.

— Hay preparados especiales, medicamentos, que retardan las canas. También es posible recuperar el color original del cabello, aunque esto es un poco más difícil.

— Ya — dije —, pero ¿por qué me habla de este tema?

Observé que estaba indeciso.

— Las mujeres, Bregg — repuso entonces, brevemente.

Me estremecí.

— ¿Quiere decir que tengo el aspecto de un… anciano?

— De un anciano, no. más bien de un atleta…, pero al fin y al cabo, no se pasea desnudo. En especial cuando está sentado, su aspecto es…, bueno, una persona corriente le tomará por un anciano rejuvenecido. Rejuvenecido por una operación hormonal o algo similar.

— ¡Qué se le va a hacer! — concluí.

Ignoraba por qué me sentía tan fatal bajo su mirada serena. Se quitó las gafas y las" dejó sobre el escritorio. Tenía los ojos azules y un

poco llorosos.

— Hay muchas cosas que no comprende, Bregg. Si tuviera que continuar siendo un asceta hasta el fin de su vida, tal vez su «¡qué se le va a hacer!» vendría a cuento, pero… esta sociedad a la que ha regresado no siente ningún entusiasmo hacia aquello por lo que usted ha sacrificado algo más que su vida.

— No hable así, doctor.

— Digo lo que pienso. Sacrificar la propia vida… ¿qué más da? La gente lo ha hecho durante siglos…, pero renunciar a todos los amigos, a los padres, parientes, conocidos, y a las mujeres… ¡Porque usted ha renunciado a ellas, Bregg!

— Doctor…

La palabra casi se me atragantó. Me apoyé con los codos sobre el viejo escritorio.

— Excluyendo a un puñado de profesionales, esto no importa a nadie, Bregg. ¿Lo sabe?

— Sí. Me lo dijeron en la Luna…, sólo que… lo expresaron con más suavidad.

Ambos guardamos silencio durante un rato.

— La sociedad a la cual ha vuelto está estabilizada. Vive tranquila. ¿Comprende? El romanticismo de los primeros vuelos espaciales ya ha pasado. Es casi una analogía de la historia de Colón. Su expedición fue algo extraordinario, pero ¿quién se interesó doscientos años después de él por los capitanes de veleros? Sobre el regreso de usted hubo una noticia de dos líneas en el real.

— Doctor, esto no significa nada.

Su compasión empezaba a ofenderme más que la indiferencia de los otros. Pero esto no podía decírselo.

— Ya lo creo que sí, Bregg, aunque usted no quiera reconocerlo. Si se tratara de otra persona, me callaría, pero a usted debo decirle la verdad. Está solo. El nombre no puede vivir solo. Sus intereses, todo aquello con lo que ha regresado, forman una pequeña isla en un océano de ignorancia. Dudo que haya muchas personas a quienes apetezca escuchar lo que usted puede contarles. Yo pertenezco a ellas, pero tengo ochenta y nueve años…

— No tengo nada que contar — repliqué, indignado —. Por lo menos, nada sensacional. No hemos descubierto ninguna civilización galáctica, y además yo era sólo un piloto. Dirigía la nave. Alguien tenía que hacerlo.

— ¿Conque sí? — dijo en voz baja, arqueando sus canosas cejas.

Exteriormente, yo estaba tranquilo, pero me dominaba una violenta cólera.

— ¡Sí, y mil veces sí! Y esta indiferencia de ahora, si le interesa saberlo, sólo me importa a causa de los que se han quedado allí…

— ¿Quién se ha quedado? — preguntó, muy sereno.

Me apacigüé.

— Muchos, Arder, Venturi, Ennesson. Doctor, ¿por qué…?

— No se lo pregunto por mera curiosidad. Créame, a mí tampoco roe gustan las palabras rimbombantes, pero esto ha sido casi como mi propia juventud. Por ustedes me he dedicado a este estudio. En nuestra inutilidad nos hemos convertido en iguales. Como es natural, usted puede no reconocerlo. No profundizaré en ello. Pero me gustaría saberlo. ¿Qué ocurrió con Arder?

— No se sabe con exactitud — repuse. De pronto, todo me daba igual. ¿Por qué no debía hablar de ello? Miré fijamente el barniz negro y astillado del escritorio. Nunca me habría imaginado que llegaríamos a esto —. Conducíamos dos sondas sobre Arturo — continué —. Perdí el contacto con él. No podía encontrarlo. La avería era de su radio, no de la mía. Volví cuando se me terminó el oxígeno.

— ¿Le esperó?

— Sí. Es decir, describí círculos en torno a Arturo. Durante seis días. Exactamente ciento cincuenta y seis horas.

— ¿Solo?

— Sí. Tuve mala suerte, porque aparecieron nuevas manchas en Arturo y perdí completamente el contacto con el Prometeo. Con mi nave. Intermitencias. Solo, sin radio, no pudo volver. Me refiero a Arder. Porque en las sondas la radiogoniometría está acoplada a la radio. Sin mí no podía volver, y no apareció. Gimma me llamó, y tenía razón. Más tarde calculé para pasar el rato las posibilidades de que yo volviera a encontrarle con el radar…; no lo recuerdo con exactitud, pero era como de una en un trillón. Espero que hiciera lo mismo que Arne Ennesson.

— ¿Qué hizo Arne Ennesson?

— Perdió la focalización del haz. Su empuje se debilitó. Aún podía mantenerse en órbita…, unas veinticuatro horas, según mi estimación…, giraría en espiral y finalmente caería sobre Arturo, así que prefirió precipitarse cuanto antes contra la estrella. Ardió casi delante de mis ojos.

— ¿Cuántos pilotos había además de usted?

— En el Prometeo, cinco.

— ¿Cuántos han vuelto?

— Olaf Staave y yo. Sé lo que piensa, doctor, que es una heroicidad. También yo lo pensaba cuando leía libros acerca de hombres semejantes. Pero no es cierto. ¿Me oye? Si hubiera podido, habría dejado solo a Arder y regresado inmediatamente, pero no podía. El tampoco habría regresado; nadie lo habría hecho. Gimma tampoco…

— ¿Por qué… reniega usted de sí mismo? — inquirió en voz baja.

— Porque existe una diferencia entre el hecho heroico y la necesidad. Hice lo que habría hecho cualquiera. Doctor, para comprenderlo hay que estar allí. El hombre es una burbuja llena de líquido. Basta un empuje defocalizado o unos campos desmagnetizados para que se produzca una vibración y al momento la sangre se coagule. Fíjese bien: no hablo de causas exteriores como meteoros sino de las consecuencias de defectos. Cualquier estupidez, un alambre quemado de la radio es suficiente, y entonces ocurre. Si en semejantes expediciones y circunstancias también los hombres fallaran, todo se reduciría a un simple suicidio, ¿comprende? — Cerré los ojos un instante —. Doctor, ¿ahora ya no vuelan? ¿Cómo es posible?

— ¿Volaría usted?

— No.

— ¿Por qué?

— Se lo diré. Ninguno de nosotros habría volado si hubiera sabido cómo son las cosas allí.

Esto no lo sabe nadie. Nadie que no haya estado allí. Éramos un puñado de animales muertos de miedo y desesperación.

— ¿Cómo concuerda esto con lo que ha dicho antes?

— No tiene que concordar. Ocurrió así. Teníamos miedo. Doctor, mientras esperaba a Arder, girando en torno a aquel sol, pensé en diversas personas y hablé con ellas, con ellas y conmigo mismo, y al final llegué a creer que volaban conmigo. Todos nos salvábamos como podíamos. Reflexione, doctor. Ahora estoy aquí con usted, he alquilado una villa y comprado un coche antiguo, quiero aprender, leer, nadar…, pero llevo todo eso dentro de mí. Aquel espacio, aquel silencio, y los gritos de Venturi pidiendo socorro mientras yo, en lugar de salvarle, retrocedía a plena propulsión.

— ¿Por qué?

— Yo pilotaba el Prometeo. El reactor de Ennesson cayó; podía hacernos estallar a todos.

Pero no explotó, de modo que no nos habría destruido. Quizá aún habríamos tenido tiempo de recuperarle, pero yo no tenía derecho a arriesgarlo todo. El caso de Arder fue al revés. Yo quería salvarle y Gimma me llamó porque temía que pereciéramos ambos.

— Bregg…, dígame, ¿qué esperaban ustedes de nosotros? ¿De la Tierra?

— Lo ignoro. No lo he pensado nunca. Era como hablar de la vida después de la muerte o del paraíso, y asegurar que lo habrá, pero sin poder imaginarlo. No hablemos más de eso. Yo quería hacerle una pregunta: ¿qué es la… betrización?

— ¿Qué sabe de ella?

Se lo dije, pero no mencioné las circunstancias ni por quién me

había enterado.

— Sí — contestó —, así es más o menos como lo ve la mayoría de la gente.

— ¿Y qué hay de mí?

— La ley prevé una excepción para ustedes, ya que betrizar a los adultos es una intervención que puede ser perjudicial e incluso peligrosa para la salud. Además se es de la opinión, que no carece de fundamento, de que ustedes ya han superado la prueba… de una actitud moral. Y por otra parte… no son muchos.

— Otra cosa, doctor. Ha mencionado a las mujeres. ¿Por qué me ha dicho eso? Pero tal vez le estoy robando demasiado tiempo…

— No, no me roba el tiempo. ¿Que por qué lo he dicho? ¿Con qué personas se puede intimar, Bregg? Padres, hijos, amigos, mujeres. Usted no tiene padres ni hijos. Amigos no puede tener.

— ¿Por qué?

— No pienso en sus camaradas, aunque no sé si desearía moverse en su círculo y recordar…

— ¡Dios mío, no!

— ¿Entonces? Usted vive dos épocas. En la pasada vivió su juventud, y no tardará en conocer la actual. Si añadimos los diez años, su experiencia no puede compararse con la de sus coetáneos. Por consiguiente, no puede hablarse de equivalencia en sus relaciones.

¿Acaso quiere vivir entre ancianos? Lo único que le queda son las mujeres. Solamente las mujeres.

— Preferiría una sola — murmuré.

— Hoy día es difícil encontrarla.

— ¿Por qué?

— Es una era de bienestar que, traducido al idioma del erotismo, significa falta de consideración. Porque no se puede tener amor ni mujeres… por dinero. Las cuestiones materiales han dejado de existir.

— ¡Y a eso llama usted falta de consideración!

— Sí. Usted piensa seguramente, porque he hablado del amor mercenario, que se trata de prostitución clandestina o declarada. No. Esos tiempos ya han pasado. Antes la mujer era deslumbrada por el éxito. El hombre se imponía a ella por la cantidad de sus ingresos, su capacidad profesional, su posición en la sociedad. En una sociedad igualitaria esto ya no es posible. Salvo escasas excepciones. Si usted fuera realista, por ejemplo…

— Soy realista.

El médico sonrió.

— Ahora esta palabra tiene otro significado. Se refiere a un actor que trabaja en el real. ¿Ha estado ya en el real?

— No.

— Vaya a ver un par de melodramas y comprenderá los criterios

actuales sobre la elección erótica. Lo más importante es la juventud. Por eso luchan tanto por ella. Las arrugas, las canas, sobre todo el encanecimiento prematuro despiertan sentimientos tales como hace unos siglos… la lepra.

— Pero ¿por qué?

— Le resultará difícil de comprender. Los argumentos de la razón son impotentes ante las costumbres establecidas. Usted ignora todavía que han desaparecido muchos elementos que antes eran decisivos en el erotismo. La naturaleza no admite lagunas: otros elementos tenían que venir a sustituirlos. Tomemos como ejemplo lo que usted conoce tan bien: el riesgo.

Ahora ya no existe, Bregg. El hombre no puede imponerse a la mujer por su bravura, mediante una acción intrépida. Y sin embargo, la literatura, el arte, toda la cultura ha vivido durante siglos de este tema: el amor enfrentado a las decisiones extremas. Orfeo fue hasta los infiernos a buscar a Eurídice. Otelo mató por amor. La tragedia de Romeo y Julieta… En la actualidad ya no hay tragedias. Ni siquiera una remota posibilidad de que las haya. Hemos eliminado el infierno de las pasiones, y el resultado ha sido que el cielo ha dejado de existir al mismo tiempo. Ahora todo es tibio, Bregg.

— ¿Tibio?

— Sí. ¿Sabe qué hace incluso el más desgraciado de los amantes? Se porta con sensatez.

Ninguna violencia, ninguna rivalidad…

— ¿Quiere…, quiere usted decir que todo esto… ha desaparecido? — pregunté. Por primera vez sentí un terror supersticioso hacia semejante mundo. El anciano médico guardó silencio —.

Doctor, no es posible. ¿Cómo… puede ser realmente así?

— Pues así es. Y usted debe aceptarlo, Bregg, como el aire, como el agua. He dicho que es difícil encontrar una mujer. Para toda la vida es casi imposible. El término medio de relaciones tiene una duración de siete años. Por otra parte, esto ya es un progreso. Hace medio siglo apenas llegaba a cuatro…

— Doctor, no quiero hacerle perder demasiado tiempo. ¿Qué me aconseja?

— Lo que ya le he dicho: recuperar el color de sus cabellos…, sí, ya sé que suena a algo trivial. Pero es importante. Me avergüenza tener que darle este consejo, pero no depende de mí. ¿Qué puedo hacer yo…?

— Se lo agradezco. De verdad. Y ahora una última pregunta: dígame, por favor, qué aspecto tengo…, con el telón de fondo de estas calles, a los ojos de los transeúntes… ¿Qué ven en mí?

— Bregg, usted es diferente. Para empezar, su complexión. Como

la de los personajes de la Ilíada. Proporciones de la antigüedad…, esto puede ser incluso una ventaja, aunque supongo que sabe lo que ocurre a los que se diferencian demasiado de los demás.

— Sí, lo sé.

— Es un poco demasiado alto…, no recuerdo haber visto hombres así ni siquiera en mi juventud. Ahora tiene el aspecto de un hombre muy alto y mal vestido, pero no se trata del traje. Sus músculos son demasiado desarrollados. ¿Lo eran ya antes de su viaje?

— No, doctor. Es culpa de las dos g, ya sabe.

— Es posible…

— Siete años. Siete años de doble carga. Mis músculos tenían que agrandarse: los músculos del vientre y del pecho. También sé qué cuello tengo. De otro modo me habría ahogado como una rata. Trabajaban incluso mientras dormía, incluso durante la hibernación. Todo pesaba el doble. Esta es la razón.

— ¿Y los otros…? Perdone la pregunta, pero mi curiosidad profesional me impulsa a formularla… No ha habido jamás una expedición tan larga, ¿sabe?

— Cómo no voy a saberlo. ¿Los otros? Olaf casi tanto como yo. Esto depende del esqueleto; yo siempre fui más ancho. Arder era más alto que yo, medía más de dos metros. Vaya con Arder… ¿Qué decía? Los otros…, bueno, yo era el más joven y tenía mayor facultad de adaptación. Al menos, así lo afirmaba Venturi… ¿Conoce usted los trabajos de Janssen?

— ¿Si los conozco? Para nosotros ya son clásicos, Bregg.

— ¿Ah, sí? Es gracioso, era un doctor pequeño y vivaz… Con él resistí setenta y nueve g durante un segundo y medio, ¿sabe?

— ¡ Qué me dice!

Sonreí.

— Lo tengo por escrito. De eso hace ciento treinta años; ahora cuarenta ya son demasiados para mí.

— Bregg, ¡ahora nadie aguanta más de veinte!

— ¿Por qué? ¿Tal vez a causa de la betrización?.

Calló. Tuve la impresión de que sabía algo que no quería decirme. Me levanté.

— Bregg — me interpeló —, ya que hablamos de esto: ¡tenga cuidado!

— ¿De qué?

— De usted mismo y de los demás. El progreso nunca llega de balde. Nos hemos librado de mil peligros y conflictos, pero hubo que pagar por ello. La sociedad se ha ablandado. Y usted es… puede ser… duro. ¿Me comprende?

— Sí, le comprendo — repuse y pensé en el hombre que reía en el restaurante y que enmudeció cuando me acerqué a él —. Doctor —

dije de repente —, por la noche encontré un león.

Mejor dicho, dos leones. ¿Por qué no me hicieron nada?

— Ya no hay fieras, Bregg… La betrización… ¿Los vio durante la noche? ¿Y qué hizo?

— Les acaricié el cuello — expliqué, y le. enseñé cómo lo hice —. Pero la comparación con la Ilíada ha sido una exageración, doctor. Pasé mucho miedo. ¿Qué le debo?

— Ni se le ocurra pensar en ello. Y si alguna vez tiene deseos de volver…

— Gracias.

— Pero no lo aplace demasiado — dijo casi para su coleto, cuando yo ya salía. Hasta que llegué a la escalera no comprendí el significado: tenía casi noventa años.

Volví al hotel. En el vestíbulo había una peluquería. Naturalmente, el peluquero era un robot. Me hice cortar el pelo. Me había crecido demasiado, sobre todo detrás de las orejas. En las sienes era donde tenía más canas. Cuando terminó, tuve la impresión de que mi aspecto era menos salvaje. Me preguntó con voz melodiosa si quería oscurecerme el cabello.

— No.

— ¿Aprex?

— ¿Qué es eso?

— Contra las arrugas.

Vacilé. Me sentí absolutamente imbécil, pero tal vez el médico tenía razón.

— Bueno — accedí por fin. Me cubrió todo el rostro con una capa de una jalea de olor penetrante, que se endureció como una máscara. Permanecí bajo las toallas, contento de que ahora mi rostro fuera invisible.

Entonces subí al piso superior. En la habitación ya estaban los paquetes de ropa líquida; me quité el traje y fui al cuarto de baño. Allí había un espejo.

Sí. Verdaderamente, podía asustar. No sabía que tuviera el aspecto de un luchador de feria.

Potentes músculos pectorales, un torso decididamente atlético. Cuando levanté el brazo y se hinchó el músculo del pecho, vi mi cicatriz, del ancho de una mano. Quise ver también la cicatriz que tenía bajo el omoplato, por la que me llamaban afortunado, ya que si la astilla se hubiese introducido sólo tres centímetros más a la izquierda, me habría destrozado la columna vertebral. Me golpeé con el puño el vientre plano como una tabla.

— Eres un animal — interpelé al espejo. Ansiaba darme un baño, une verdadero y no en un viento de ozono, y me alegré al pensar en la piscina de la villa. Quería ponerme alguna de las prendas nuevas, pero

no podía separarme de mis viejos pantalones, así que me puse la chaqueta blanca, aunque la mía negra, de codos desfilachados, me gustaba mucho más, y bajé al restaurante.

La mitad de las mesas estaban ocupadas. Crucé tres salas y llegué a| la terraza; desde allí se veían los grandes bulevares con sus interminables hileras de gliders; bajo las rkubes, como una cordillera, azul por el aire, se levantaba la Estación Terminal.

Encargué la comida.

— ¿Cuál? — preguntó el robot, que quería traerme una carta.

— Cualquiera — dije —. Una comida normal.

Cuando empecé & comer me di cuenta de que todas las mesas en torno a mí estaban desocupadas.

Involuntariamente, buscaba la soledad. Ni siquiera me apercibía de ello. Tampoco me fijé en lo que comía. Perdí el sentido de la seguridad y dudé de que mis planes fueran buenos.

Vacaciones… como si quisiera recompensarme a mí mismo porque a nadie más se le había ocurrido. El camarero se acercó en silencio.

— ¿Es usted el señor Bregg?

— Tiene una visita en su habitación.

En seguida pensé en Nais. Apuré el líquido oscuro y espumoso y me levanté, sintiendo unas miradas fijas en mi espalda. No estaría mal poder quitarme diez centímetros de estatura con una sierra. En mi habitación se hallaba una mujer joven a la que no había visto nunca, vestida con algo gris y aterciopelado y una estola roja sobre los hombros.

— Soy del ADAPT — dijo — y hoy he hablado con usted.

— ¿Era usted, entonces?

Estaba algo molesto. ¿Qué querrían de mí ahora?

Se sentó. Yo también me senté, lentamente.

— ¿Cómo se encuentra?

— Perfectamente He ido a ver al médico y me ha examinado. Todo va como una seda. He alquilado una villa y me propongo leer un poco.

— Muy sensato. A este respecto, Klavestra es lo ideal. Tendrá montañas, tranquilidad…

Ya sabían que iba a Klavestra. ¿Acaso me perseguían, o qué? Me quedé inmóvil y esperé la continuación.

— Le he traído algo, de nuestra parte.

Me indicó un pequeño paquete que había sobre la mesa.

— Es la última novedad, ¿sabe? — explicó con vivacidad, aunque un poco forzada —. Cuando se acueste, sólo tiene que poner en marcha el aparato… y de este modo, sencillamente y sin ningún esfuerzo, se enterará en pocas noches de muchísimas cosas útiles.

— ¿En serio? Magnífico — dije. Ella sonrió y yo la imité, como un alumno dócil —. ¿Es usted psicólogo?

— Sí. Ha acertado… — Ahora titubeó. Observé que quería decirme algo más.

— Sí, dígame…

— ¿No se enfadará conmigo?

— ¿Por qué habría de enfadarme?

— Porque…, verá…, viste usted algo…

— Ya lo sé. Pero voy a gusto con estos pantalones. Quizá, con el tiempo…

— Oh, no, no se trata de los pantalones. La chaqueta de punto…

— ¡La chaqueta! — me asombré —. Me la han hecho hoy mismo y al parecer es la última moda.

¿O no?

— Sí. Pero la ha esponjado en exceso… ¿Me permite?

— Sí, claro — repuse en voz muy baja. Se inclinó hacia mí, me tocó el pecho con los dedos y exclamó quedamente:

— ¿Qué tiene ahí?

— Nada…, aparte de mí mismo — contesté con una sonrisa mordaz.

Entrelazó los dedos y se levantó. Mi serenidad, acompañada de una satisfacción malévola, se disolvió de improviso.

— Siéntese otra vez, se lo ruego.

— Pero… le pido mil perdones, pero yo…

— No hay de qué. ¿Hace tiempo que trabaja en el ADAPT?

— Este es el segundo año.

— Así que… ¿éste es el primer paciente? — Me señalé a mí mismo con el dedo. Ella enrojeció un poco —. ¿Puedo preguntarle algo?

Parpadeó. ¿Acaso pensaba que iba a pedirle una cita?

— Por supuesto…

— ¿Cómo hacen para que pueda verse el cielo desde todos los planos de la ciudad?

Se animó.

— Es muy sencillo. La televisión…, como antes la llamaban. En los techos hay pantallas que transmiten todo cuanto hay sobre la superficie, la imagen del cielo, de las nubes…

— Pero estos niveles no son muy altos — observé — y sin embargo, hay en ellos casas de cuarenta pisos…

— Una ilusión — sonrió —. Sólo una parte de estas casas es real; su prolongación es una imagen. ¿Comprende?

— Sí, eso puedo comprenderlo, pero no su utilidad.

— Es para que los habitantes de los distintos planos no se sientan perjudicados en ningún aspecto…

— Ya — contesté —. No es mala idea…, y otra cosa más. Quiero conseguir libros. ¿Puede recomendarme alguno de su rama? O mejor aún, compilaciones…

— ¿Quiere estudiar sicología? — se sorprendió.

— No, pero me gustaría saber lo que han hecho aquí durante este tiempo.

— Entonces yo le recomendaría el Mayssen — dijo.

— ¿Qué es eso?

— Un libro de texto.

— Querría algo más completo. Compendios, monografías… Cosas de primera mano…

— Quizá resultarían demasiado difíciles.

Sonreí amigablemente.

— Y quizá no. ¿En qué estriba esa dificultad?

— La psicología se ha matematizado mucho…

— Yo también. Hasta el punto en que lo interrumpí hace cien años. ¿Se necesita algo más?

— Pero usted no es matemático, ¿verdad?

— De profesión, no. Pero he estudiado. En el Prometeo. Allí había mucho tiempo libre, ¿sabe?

Asombrada y confusa, no dijo nada más. Me dio un papel con diversos títulos de libros.

Cuando se hubo ido, volví a la mesa y me senté pesadamente. Incluso ella, una colaboradora del ADAPT… ¿Matemáticas? Claro. Un hombre salvaje. «Los odio a todos — pensé —. Los odio, los odio.» No sabía a quién me refería al pensarlo. A todos, supongo. Sí, sencillamente a todos. Me habían engañado. Me enviaron allí sin saber lo que hacían, y mi deber era no regresar, como Venturi, como Arder y Thomas, pero yo había vuelto para que me tuvieran miedo. Para vagar como un reproche viviente que nadie quiere aceptar. «Ya no sirvo», pensé. Si al menos pudiera llorar. Arder podía. Decía que nadie ha de avergonzarse de sus lágrimas. Era posible que hubiese mentido al médico. No se lo había dicho nunca a nadie, pero no estaba seguro de si lo habría hecho por otro. Tal vez sí.

Por Olaf, más tarde. Pero no estaba completamente seguro. ¡Arder! ¡ Cómo nos habían destrozado, y cómo habíamos creído en ellos y sentido sobre y fuera de nosotros a la Tierra, a una Tierra que existía, que creía y pensaba en nosotros! Ninguno hablaba de ello. ¿Para qué?

No hay por que hablar de lo evidente.

Me levanté. No podía seguir sentado. Me paseé de un extremo a otro.

Basta. Abrí la puerta del cuarto de baño; ni siquiera había agua para refrescarse la cabeza.

Por otra parte, vaya idea. Sencillamente histérica.
Volví a la habitación y empecé a hacer el equipaje.

# III

Pasé toda la tarde en la librería. No había libros en ella; hacía casi medio siglo que no se imprimían. Y yo los esperaba tanto después de los microfilmes en que consistía la biblioteca del Prometeo. No existían. Ya no se podía curiosear en las estanterías, sopesar gruesos tomos en la mano, saborear bien su volumen, que predecía la duración del placer de su lectura. La librería recordaba un laboratorio electrónico. Los libros eran pequeños cristales de contenido acumulado, y se leían con ayuda de un optón. Este incluso se parecía a un libro, aunque sólo tenía una página entre las tapas. Al tocar esta hoja, aparecían por orden las páginas del texto, una tras otra. Pero, según me dijo el robot vendedor, los optones se usaban muy poco. El público prefería los lectones, que leían en voz alta, y era posible elegir la voz, el ritmo y la modulación preferida. Solamente se imprimían en páginas de plástico, que imitaban el papel, algunas publicaciones científicas de audiencia muy reducida. Por ello pude meter en un bolsillo todas mis compras, aunque se trataba de trescientos títulos. Los libros parecían un puñado de granos cristalinos. Escogí varias obras históricas y sociológicas, algo sobre estadística, demografía y psicología: de esto último, lo que me había recomendado la chica del ADAPT. Algunos manuales más voluminosos de matemáticas, que naturalmente no eran voluminosos por su tamaño, sino por su contenido. El robot que me atendió era él mismo una enciclopedia: según me dijo, estaba en comunicación directa mediante! Catálogos electrónicos con todas las obras del mundo. En la librería sólo se encontraban «ejemplares» únicos de libros, y cuando alguien los necesitaba, el contenido de la obra requerida se fijaba en un pequeño cristal.

Los originales — matrices de cristal — no podían verse: estaban detrás de placas de acero esmaltadas, de color azul pálido. Así pues, el libro se imprimía, por así decirlo, cada vez que alguien lo necesitaba. Habían dejado de existir los problemas de edición, de tirada o de que un libro se agotase. Era realmente un gran éxito. Pero yo lo sentía por los libros. Cuando me enteré de que había tiendas de libros antiguos de papel, las busqué y encontré una. Tuve una decepción: apenas había literatura científica. Novelas, algunos libros para niños y un par de años de viejas revistas.

Compré (sólo había que pagar por los libros viejos) unos cuentos de cuarenta años atrás para saber a qué llamaban cuento hoy en día, y entonces fui a una tienda de artículos deportivos. Aquí mi decepción no conoció límites. El atletismo ligero consistía únicamente en algunas

Disciplinas: carrera pedestre, salto, lanzamiento de disco, natación, pero casi nada de lucha. El boxeo ya n existía, y lo que se llamaba lucha era verdaderamente ridículo: una especie de apiñamiento en lugar de una competición noble. En la sala de proyección de la tienda vi un campeonato y creí que reventaba de cólera. En algunos momentos me eché a reír como un loco. Pregunté por la lucha libre americana, el judo y el jiu-jitsu, y ni siquiera sabían de qué les hablaba. Era comprensible, ya que el fútbol también había muerto como disciplina deportiva porque se producían demasiados choques y lesiones Aún se jugaba a hockey, ¡pero de qué clase! Los jugadores llevaban unas prendas tan hinchadas que parecían balones gigantescos. Los dos equipos que se enfrentaban elásticamente tenían un aspecto bufo; era una farsa más que un juego. Los saltos de trampolín no sobrepasaban los cuatro metros de altura. En seguida pensé en mi — ¡mi! — piscina y compré un trampolín plegable para colocarlo sobre el que encontraría en Klavestra.

Todo este retroceso del deporte era consecuencia de la betrización. No lamentaba la desaparición del toreo, las peleas de gallos y otras luchas sangrientas; nunca había sido aficionado al boxeo profesional. Pero esta tibia decocción de ahora no me atraía en absoluto.

La irrupción de la técnica en el deporte sólo me parecía tolerable en el turismo. Habían adelantado mucho, sobre todo en los deportes subacuáticos. Contemplé diversas especies de aparatos de inmersión, pequeños torpedos electrónicos con los que se podía navegar por el fondo de los lagos, hidroplanos, hidrotes, que se movían sobre un cojín de aire comprimido, microgliders acuáticos, todos ellos provistos de dispositivos especiales para evitar accidentes.

Las carreras, que incluso disfrutaban de una gran popularidad, no eran a mi juicio un deporte:

naturalmente, no participaban caballos ni automóviles sino vehículos dirigidos automáticamente, aunque aún existían las apuestas. Los tradicionales deportes competitivos habían perdido mucha importancia. Me explicaron que los límites de resistencia del cuerpo humano ya habían sido alcanzados y que sólo podían mejorar estos récords hombres anormales, una especie de monstruos de fuerza y velocidad. En honor a la verdad, tuve que darles la razón. Por otra parte, el hecho de que se hubieran popularizado tanto las restantes disciplinas atléticas era muy encomiable. Sin embargo, después de esta inspección de tres horas, salí de la tienda bastante deprimido.

Me hice enviar a Klavestra los artículos elegidos. Tras breve reflexión decidí prescindir del glider; quería comprarme un yate. Pero no había ningún barco de vela auténtico, sólo unos malogrados barcos que garantizaban hasta tal punto el equilibrio que era difícil

comprender qué clase de satisfacción podía procurar esta navegación a vela.

Cuando volví al hotel, estaba atardeciendo. Del oeste se aproximaban unas nubes rojizas y esponjosas, el sol ya había desaparecido, la luna estaba en cuarto creciente y en el cenit lucía un segundo satélite, grande y artificial. A gran altura sobre los tejados pululaban los aviones.

El número de transeúntes había disminuido, y aumentado en cambio el tráfico de gliders, y las luces en forma de haz, cuyo significado aún no conocía, alumbraban el arroyo con sus largas franjas. Volví por un camino distinto y descubrí de improviso un espacioso jardín. Al principio se me antojó un parque. ¿El parque de la Terminal? Pero ésta refulgía muy lejos, tras la montaña de cristal de la estación, en la parte norte y más elevada de la ciudad.

La vista era de una belleza extraordinaria, pues mientras todo estaba sumido en la oscuridad, interrumpida únicamente por las luces callejeras, las diversas partes de la Terminal centelleaban como picos nevados bajo el arrebol alpino.

El parque era muy frondoso. Numerosas especies nuevas de árboles, sobre todo palmeras, cactus luminosos y sin pinchos. En un alejado rincón de una de las avenidas principales encontré un castaño que al menos debía de tener doscientos años. Ni tres tipos como yo habrían podido rodear su tronco. Me senté en un pequeño banco y contemplé el cielo durante largo rato. Qué inocuas parecían las estrellas que brillaban y temblaban en las invisibles corrientes de la atmósfera, la cual protegía de ellas a la Tierra. Pensé en ellas como «estrellitas», por primera vez en tantos años. Allí arriba nadie osaría llamarlas así; habríamos considerado un loco a quien lo hiciera. Estrellitas, efectivamente, estrellitas voraces. Sobre los árboles ya oscuros se elevó en la lejanía un fuego de artificio, y súbitamente vi a Arturo con estremecedora realidad. Las montañas de fuego sobre las que yo había volado, mientras los dientes me castañeteaban de frío, y la escarcha del refrigerador se fundía y goteaba, totalmente roja por la herrumbre, sobre mi mono. Tomé pequeñas muestras con un aspirador corona y escuché el pitido de los compresores por si sus revoluciones disminuían. Una avería de sólo un segundo, un atasco, lo convertiría todo, coraza, aparatos y a mí mismo, en una invisible nube de vapor. Una gota de agua que cae sobre una placa ardiente no desaparece tan de prisa como un hombre en semejantes circunstancias.

Al castaño ya casi no le quedaban flores. No me gustaba el perfume de sus capullos, pero ahora me recordaba cosas pertenecientes a un pasado lejano. Sobre los setos continuaba brillando el resplandor de fuegos artificiales, se oían ruidos, el sonido de diversas orquestas, y cada minuto el viento traía el grito coral de

los participantes en algún espectáculo, tal vez los pasajeros de un tren de montaña. Pero mi rincón estaba casi vacío.

De improviso salió de una avenida transversal una silueta alta, vestida de oscuro. El verde ya se había convertido en gris y no vi el rostro del hombre hasta que, caminando a paso muy lento, levantando apenas los pies del suelo, se acercó y se detuvo a pocos pasos de mí. Tenía las manos ocultas en unas cavidades en forma de embudo practicadas en dos delgados bastones, que terminaban en pequeñas peras negras. Se apoyaba en ellos no como un paralítico, sino como un hombre totalmente agotado. No me veía a mí ni ninguna otra cosa; la risa, los gritos corales, la música y el fuego de artificio parecían no existir para él. Permaneció así alrededor de un minuto, respirando con esfuerzo, y su rostro me pareció tan viejo a la luz intermitente del fuego de artificio, que los años le robaban toda expresión, además de que sólo era piel y huesos. Cuando quiso caminar de nuevo y echó hacia delante sus singulares muletas o prótesis, una de ellas le resbaló; yo salté del banco para sostenerle, pero él ya había recobrado el equilibrio. Era una cabeza más bajo que yo, pero alto para un hombre moderno; me dirigió una mirada luminosa.

— Discúlpeme — murmuré. Iba a irme, pero me quedé; en sus ojos había algo parecido a una orden.

— Le he visto en alguna parte, pero ¿dónde? — me dijo con una voz inesperadamente fuerte.

— Lo dudo — contesté, moviendo la cabeza — Acabo de llegar de un… viaje muy largo.

— ¿De dónde?

— De Fomalhaut.

Sus ojos se iluminaron.

— ¡Arder! ¡Tom Arder!

— No — dije —, pero estábamos juntos.

— ¿Y él?

— Pereció.

Respiró con fuerza.

— Ayúdeme… a… sentarme.

Le rodeé los hombros. Bajo la ropa negra y resbaladiza no había más que huesos. Le posé lentamente en el blanco y me quedé en pie junto a él.

— Siéntese…

Obedeció. Seguía jadeando con los ojos entreabiertos.

— No es nada…, la emoción — susurró. Al cabo de un momento levantó la vista —. Soy Roemer — dijo sencillamente.

Me quedé sin aliento.

— ¿Cómo? ¿Es realmente… usted? ¿Qué edad…?

— Ciento treinta y cuatro años — dijo con sequedad —. Entonces

tenía… siete.

Podía acordarme de él. Fue a vernos con su padre, un matemático genial, ayudante de Geonides, creador de nuestra teoría de vuelo. En aquella ocasión, Arder mostró al niño la gran sala de pruebas, los centrifugadores, y en mi memoria quedó grabado así: un niño de siete años, muy vivaz, de ojos oscuros como los de su padre; Arder le levantó en el aire para que el niño pudiera ver el interior de la cámara de gravitación donde me hallaba yo.

Ambos guardamos silencio. Este encuentro era en cierto modo inquietante. En la oscuridad contemplé con dolor y casi ávidamente la terrible vejez de su rostro. Tenía un nudo en la garganta. Quería sacar un cigarrillo del bolsillo, pero no podía hacerlo de tanto que me temblaban los dedos. — ¿Qué le ocurrió a Arder?

Se lo expliqué.

— ¿Y qué encontraron ustedes? ¿Nada?

— Nada. Allí desaparece todo, ya sabe usted…

— Le he tomado por él…

— Lo comprendo. La altura y todo lo demás… — le disculpé.

— Sí. ¿Qué edad tiene usted ahora? Biológicamente…

— Cuarenta años.

— Yo podría… — murmuró.

Comprendí qué quería decir.

— No lo lamente — dije con convicción —, no lo lamente. No lamente absolutamente nada, ¿me comprende?

Me miró a la cara por primera vez.

— ¿Por qué?

— Porque aquí no tengo nada que hacer — le dije —. Nadie me necesita. Y yo no necesito… a nadie.

Fue como si no me oyera.

— ¿Cómo se llama?

— Bregg. Hal Bregg.

— Bregg… — repitió —, Bregg… No, no puedo acordarme. ¿Estaba usted allí?

— Sí, en Apprenous, cuando su padre trajo las correcciones descubiertas por Geonides un mes antes del lanzamiento… Resultó que los coeficientes de refracción en las masas oscuras de polvo eran demasiado bajos… Ignoro si esto le dice a usted algo. — Inseguro, me interrumpí.

— Claro, naturalmente — repuso con singular entonación —. Mi padre. Sí, claro. ¿En Apprenous? Pero ¿qué hacía usted allí? ¿Dónde estaba?

— En la cámara de gravitación de Janssen. Usted fue allí en compañía de Arder, quien le subió hasta el pequeño puente, desde donde contempló cómo me daban cuarenta g. Cuando bajé, me

sangraba la nariz… Usted me dio su pañuelo…

— ¡Ah! ¿Era usted?

— Sí.

— Tenía la impresión de que el hombre de la cámara… era de cabellos oscuros.

— Sí. Mis cabellos no son rubios, sino grises. A esta hora no se puede distinguir muy bien.

Hubo otro silencio, más largo que el anterior.

— Usted debe de ser profesor, ¿no? — pregunté para romper el silencio.

— Lo era. Ahora… no soy nada. Desde hace veintitrés años. Nada. — Y repitió una vez más, en un susurro-: Nada.

— Hoy he comprado libros, y entre ellos hay una topología de Roemer. ¿Es de usted o de su padre?

— Mía. ¿Es usted matemático?

Me miró con interés renovado.

— No — repuse —, pero disponía de mucho tiempo… allí arriba. Todos hacíamos lo que queríamos. A mí las matemáticas me ayudaron.

— ¿Qué quiere decir?

— Teníamos gran cantidad de microfilmes: literatura, novelas, todo cuanto podíamos desear.

¿Sabe que nos llevamos trescientos mil títulos? El padre de usted ayudó a Arder a completar la parte matemática..

— Eso sí que lo sé.

— Al principio lo considerábamos una especie de… distracción. Para matar el tiempo. Pero al cabo de dos meses, cuando se interrumpió definitivamente la comunicación con la Tierra y nosotros volábamos aparentemente inmóviles en relación con las estrellas, entonces, verá usted, leer que un tal Peter fuma nerviosamente mientras piensa si Lucy vendrá o no, y al fin ésta entra, estrujando los guantes…, uno empieza riéndose y puede acabar montando en cólera. Resumiendo, desde entonces nadie más tocó una novela.

— Así pues, ¿se decantó por las matemáticas?

— No. Al menos, no en seguida. Al principio me dediqué a los idiomas, y no los dejé hasta el fin, aunque sabía que era casi inútil: si regresaba, no serían más que dialectos arcaicos.

Pero Gimma y Thurber me atrajeron hacia la física. Creían que podía ser de utilidad. Así que la estudié, junto con Arder y Olaf Staave, los únicos que no éramos científicos…

— Pero usted tenía un título universitario.

— Sí, licenciado en teoría de la información de la cosmodromía, y además tenía el diploma de ingeniero nuclear, pero todo esto era puramente profesional y no teórico. Ya sabe usted lo que un ingeniero

conoce de las matemáticas. Así pues, me dediqué a la física. Pero yo quería algo más, algo propio. Y fue entonces cuando llegaron las matemáticas puras. Nunca tuve dotes para las matemáticas, absolutamente ningunas en este sentido. Nada…, excepto testarudez.

— Sí — dijo en voz baja —, hay que tenerla para… volar.

— Y aún más para ser miembro de la expedición — añadí —. Y ¿sabe qué me ocurrió con las matemáticas? No pude comprenderlo hasta que llegué allí. Porque están por encima de todo.

Las obras de Abel o Kronecker son tan buenas hoy como hace cuatrocientos años, y siempre lo serán. Es cierto que surgen nuevos caminos, pero los viejos siguen sirviendo. No se cubren de hierbajos. Allí…, allí está la eternidad. Sólo las matemáticas no tienen miedo de ella. Allí comprendí lo definitivas que son. Y fuertes. No había nada semejante. Y también fue bueno que me resultaran tan difíciles. Me esforzaba, y cuando no podía dormir, repetía los problemas en que había trabajado durante el día…

— Interesante — opinó.

En su voz no había ningún interés. Yo no sabía siquiera si me escuchaba. En el interior del parque se elevaban columnas de fuego, fuego rojo y verde, acompañado de numerosos gritos de alegría. Aquí donde estábamos, bajo los árboles, reinaba la oscuridad. Enmudecí. Pero no pude soportar este silencio.

— Para mí tenía el valor de la autoconservación — proseguí —. La teoría de la cantidad…, todo cuanto hicieron Mirea y Averin con la herencia de Cantor, ya sabe. Esas operaciones con cantidades por encima de lo finito, fuera de lo finito, esas continuas que se podían dividir con exactitud, tan fuertes… era magnífico. El tiempo que pasé dedicado a ello se me antoja tan actual como si hubiera sido ayer.

— Y no fue tan inútil como cree — murmuró. De modo que me escuchaba —. ¿Ha oído hablar de los trabajos de Igalla?

— No. ¿De qué tratan?

— De la teoría del anticampo discontinuo.

— No sé nada del anticampo. ¿Qué es?

— La retroniquilación. De ella surgió la parastática.

— No he oído nunca esos términos.

— Claro, sólo hace sesenta años que se introdujeron. Por otra parte, al principio fue una introducción a la gravitología.

— Veo que me tendré que esforzar mucho — observé —. La gravitología es la teoría de la gravitación, ¿no?

— Algo más. No se puede expresar más que con las matemáticas. ¿Conoce usted a Appiano y Froom?

— Sí.

— Entonces no tendrá ninguna dificultad. Se trata de evoluciones de metagenes en una cantidad N dimensional, configurativa y

degenerada.

— ¿Qué dice usted? Skriabin demostró que no hay otros metagenes que los variables.

— Sí, fue una demostración muy hermosa. Pero esto es discontinuo, ¿sabe?

— ¡Imposible! Entonces se habría…, ¡se habría abierto todo un mundo!

— Sí — repuso lacónicamente.

— Recuerdo un trabajo de Mianikovsky… — empecé.

— Oh, eso se ha quedado muy atrás. Por lo menos, va en la misma dirección.

— ¿Cuánto tiempo necesitaré para aprender todo cuanto se ha hecho entretanto? — pregunté.

Calló durante un rato.

— ¿Para qué lo necesita?

No supe qué contestar.

— No volará más, ¿verdad?

— No — repuse —. Soy demasiado viejo para ello.

Ya no podría resistir semejantes aceleraciones… y, además, no querría volver a volar.

Tras estas palabras nos sumimos definitivamente en el silencio. La repentina emoción, con que había hablado de las matemáticas se desvaneció en seguida. Y ahora, sentado junto a él, sentí el peso de mi propio cuerpo y su inútil estatura. Aparte de las matemáticas no teníamos nada que decirnos y ambos lo sabíamos muy bien. De improviso, la emoción con que había hablado del papel salvador de las matemáticas durante el viaje se me antojó una falsedad. Me había engañado a mí mismo atribuyéndome la modestia y la aplicación de un piloto heroico que entre las nieblas cósmicas se dedicaba a estudios teóricos sobre el infinito. Totalmente falso. Porque, a fin de cuentas, ¿qué era? ¿Acaso un náufrago que vagara durante meses por los mares y, para no volverse loco, contara miles de veces las fibras leñosas en que consistía su balsa, podía alardear de ello al posar los pies en tierra firme? ¿Alardear de su voluntad de salvarse? Claro que no. ¿Acaso le importaba a alguien? ¿Qué interés podían tener las cosas con que había llenado mi desgraciado cerebro durante aquellos diez años, y por qué debían ser más importantes que lo que me llenaba los intestinos? «Es preciso acabar con este juego de heroicidades ascéticas — pensé —. Eso podré permitírmelo cuando tenga el mismo aspecto que él. Ahora debo pensar en el futuro.» — Ayúdeme a levantarme — murmuró.

Le llevé hasta el glider que estaba en la calle. Caminamos con extremada lentitud. En los espacios claros entre los setos nos seguían las miradas de la gente. Antes de subir al glider, se volvió e intentó

despedirse de mí. Ni él ni yo encontramos una sola palabra. Hizo un movimiento incomprensible con la mano, levantó como una espada una de sus maletas, movió la cabeza y subió, y el oscuro vehículo se puso en marcha silenciosamente.

Desapareció, y yo permanecí allí con los brazos caídos hasta que el glider negro fue engullido por muchos otros. Entonces me metí las manos en los bolsillos y continué andando, sin poder encontrar una respuesta a la pregunta de quién de nosotros había hecho la mejor elección.

El hecho de que en la ciudad que un día abandonara no quedase piedra sobre piedra me parecía bien. Como si entonces hubiera vivido en otra Tierra, entre seres completamente distintos; existió y tocó a su fin; y ésta era nueva. No había ningún resto, ninguna ruina que pudiera poner en tela de juicio mi edad biológica. Había olvidado casi por completo esta compensación terrena, tan contraria a la naturaleza, cuando una improbable casualidad me reunió con alguien a quien abandonara siendo él todavía un niño. Todo el rato que pasé a su lado, contemplando su rostro seco como el de una momia, me sentí culpable, y fui consciente además de que él lo sabía.

«Qué improbable casualidad», repetí varias veces, casi sin pensarlo, hasta que se me ocurrió que tal vez él había acudido a aquel lugar por la misma razón que yo: allí había un castaño, un árbol todavía más viejo que nosotros dos juntos. Yo no tenía idea de hasta dónde habían logrado dilatar las fronteras de la vida, pero intuí que la edad de Roemer debía de ser una excepción: era probablemente el último o uno de los últimos hombres de su generación.

«Si no hubiera volado, ahora ya no viviría», pensé. Por primera vez la expedición me ofreció un aspecto inesperado: como si hubiera sido una trampa, un engaño monstruoso a los demás. Caminaba casi sin saber adonde, a mi alrededor crecía el clamor de la multitud, que me empujaba y llevaba consigo; y de repente, como si despertara, me detuve.

Reinaba un estrépito indescriptible: bajo una mezcla de gritos y sonidos musicales surcaban el cielo cohetes que se deshacían en haces policromos; sus bolas de fuego caían sobre las copas de los árboles vecinos. Y a todo esto se añadía, a intervalos regulares, un grito estridente, de mil voces, corno si en las cercanías se encontrara una montaña rusa; pero busqué en vano el perfil de su armazón.

En el centro del parque había un gran edificio con murallas y torres, como una fortaleza de la Edad Media: las frías llamas de neón que lamían el techo formaban de vez en cuando las palabras CASTILLO DE MERLIN. La multitud que me había traído hasta allí se movía ahora en dirección a la pared carmesí de un pabellón muy singular, ya que recordaba un rostro humano: sus ventanas eran ojos

ardientes, y la enorme y sonriente boca, llena de dientes, se abría para tragar la siguiente porción de gente, que desaparecían entre la alegría general: el número de personas devoradas era cada vez el mismo: seis. Al principio quise apartarme de la gente y marcharme, pero no era nada sencillo. Como al fin y al cabo no tenía nada más que hacer, se me ocurrió pensar que tal vez ésta no era la peor manera de pasar la tarde.

Entre los que me rodeaban no había personas solas como yo: dominaban las parejas, chicos y chicas, hombres y mujeres, todos iban de dos en dos. Cuando me encontré en la hilera reclamada por un destello de los gigantescos dientes y la oscuridad carmesí de las misteriosas fauces, sentí una ligera timidez. No sabía si podía unirme a las seis personas ya preparadas para entrar. En el último momento me salvó una mujer, que estaba junto a un muchacho vestido con mayor extravagancia que todos los demás: cogió mi mano y me llevó consigo sin ceremonias.

Oscureció casi por completo: sentí la mano fuerte y cálida de la desconocida, el suelo empezó a rodar, la luz se intensificó y nos encontramos en una espaciosa gruta. Había que dar los últimos pasos para llegar arriba, sobre trozos de roca y entre deterioradas columnas de piedra. La desconocida me soltó la mano; en fila india pasamos agachados por la estrecha salida de la cueva.

Aunque ya estaba acostumbrado a las sorpresas, ahora me quedé atónito. Nos hallábamos junto a la vasta orilla de un río gigantesco, bajo los rayos ardientes del sol tropical. La remota orilla opuesta era como una jungla. En el agua inmóvil había botes, o más bien piraguas, que eran troncos de árbol vaciados; contra el fondo de las aguas de un gris verdoso, que se ondulaban morosamente, destacaban en poses hieráticas unos negros gigantescos, desnudos, brillantes de aceite y cubiertos por un tatuaje blanco como la cal; cada uno de ellos se apoyaba, a bordo de su bote, en un remo de pala.

Uno de ellos se alejaba de la orilla; su negro tripulante espantaba a golpes de remo y con gritos penetrantes a los cocodrilos adormilados en el fango, semejantes a troncos, que entonces daban media vuelta y, abriendo con impotencia sus fuertes fauces, se deslizaban hasta el agua. Éramos siete los que bajábamos por la escarpada orilla. Los cuatro primeros se aposentaron en el siguiente bote, los negros clavaron los remos con visible esfuerzo y empujaron la vacilante embarcación hasta que ésta pudo girar; yo permanecí un poco rezagado, detrás de la pareja a quien debía la decisión y también el inminente viaje. En seguida apareció otro bote, de unos diez metros de eslora; los remeros negros nos gritaron algo, lucharon con la corriente y alcanzaron la orilla con gran destreza. Salíamos a la primitiva embarcación, levantando nubes de polvo que olía a madera

carbonizada. El joven del fantástico traje — una piel de tigre, que representaba a un tigre entero, ya que la parte superior del cráneo de la fiera, que le colgaba por la espalda, podía servirle en un momento dado para cubrirse la cabeza — ayudó a su pareja a sentarse. Tomé asiento frente a ellos; cuando hacía un rato que navegábamos, ya no estaba seguro de haber paseado por el parque hacía pocos minutos, en plena noche. El gigantesco negro lanzaba cada dos segundos, desde la afilada proa del bote, un grito salvaje, dos hileras de espaldas relucientes se inclinaban, los remos pagaya se sumergían breve y enérgicamente en el agua, hasta que el bote rozó el fondo, se deslizó de nuevo hacia delante y de pronto llegó a la corriente principal del río.

Sentí el fuerte olor del agua cálida, del cieno y de las plantas podridas que flotaban a nuestro alrededor, muy cerca de los costados del bote, que sólo sobresalían un palmo del agua. Las orillas se alejaron; los típicos arbustos, verdes y grises, como cenicientos, desfilaban a ambos lados y de las márgenes quemadas por el sol se deslizaban a menudo los cocodrilos, semejantes a troncos resucitados. Uno de ellos se mantuvo largo rato detrás de la popa, levantando con lentitud la cabeza alargada sobre la superficie, hasta que el agua le cubrió los ojos saltones y sólo la nariz, oscura como una piedra del río, quedó rozando apenas la superficie grisácea. Bajo las espaldas de los remeros negros, que se balanceaban rítmicamente, se veían las altas oleadas del río en los lugares donde tenía que pasar sobre obstáculos subacuáticos; el negro que iba a proa emitía entonces un grito diferente, gutural, los remeros empezaban a remar con fuerza hacia un lado y todos gritaban al unísono. El bote se desviaba. Yo no habría sabido decir cuándo los tonos profundos y sordos de los negros, al reanudar el ritmo de los remos, se convertían en una canción lúgubre y monótona que acababa en un lamento y cuyo estribillo eran las furiosas oleadas del agua surcada por los remos.

Así navegábamos, como trasladados de algún modo al corazón de África, por el río gigantesco, entre las estepas de un verde grisáceo. La jungla se fue alejando poco a poco y desapareció bajo las masas temblorosas de aire caliente. El piloto negro establecía el ritmo.

En la lejanía pacían en la estepa los antílopes, y una vez pasó una manada jirafas, trotando lenta y pesadamente entre nubes de polvo. Y de improviso sentí sobre mí la mirada de la mujer y se la devolví.

Su belleza me asombró. Ya había observado antes que era bonita, pero fue una impresión pasajera que no retuvo mi atención. Ahora estaba demasiado cerca de ella para mantener mi primera apreciación: no era bonita sino sencillamente hermosa. Tenía el cabello oscuro con un brillo cobrizo, un rostro blanco, de una serenidad inimaginable, y una boca oscura e inmóvil. Me había hechizado. Hechizado no como

mujer, sino más bien como esta tierra silenciada por el sol. Su belleza tenía aquella perfección que yo había temido siempre. Tal vez era consecuencia de haber vivido demasiado poco en la Tierra y pensado demasiado en ella.

En cualquier caso, ahora tenía ante mí a una de esas mujeres que parecen hechas de otro barro que los simples mortales, aunque esta mentira magnífica sólo se origina en una determinada armonía de las facciones y permanece enteramente en la superficie. Pero ¿quién piensa en esto mientras la-mira?

Sonreía sólo con los ojos; sus labios conservaban la expresión de una indiferencia burlona.

No hacia mí, sino hacia sus propios pensamientos.

Su compañero estaba sentado en uno de los bancos adosados al tronco y tenía la mano izquierda colgando sobre la borda, de modo que las puntas de los dedos tocaban el agua. Sin embargo, no miraba hacia allí, ni tampoco el panorama del África salvaje que se deslizaba ante nosotros; aburrido, como en la sala de espera del dentista, parecía eternamente apático y desinteresado.

Ante nosotros aparecieron unas piedras grises esparcidas por todo el río. El piloto empezó a gritar con la voz penetrante de un conjurador. Los negros se pusieron a remar con más fuerza, y cuando las piedras resultaron ser hipopótamos, el bote ya había ganado impulso y la manada de animales quedó a nuestras espaldas. Tras el rítmico golpeteo de los remos, un ruido sordo apagó la ronca canción de los remeros; era imposible determinar de dónde venía.

A lo lejos, en el punto donde el río desaparecía entre las orillas cada vez más escarpadas, vimos de repente dos arcos iris gigantescos que flotaban el uno hacia el otro.

— ¡Age! ¡Annai! ¡Annai Agee! — rugió el piloto como enloquecido. Los negros redoblaron los golpes de remo, el bote volaba como si tuviera alas, y la mujer alargó la mano y buscó, sin mirar, la mano de su compañero.

El piloto vociferaba. La piragua corría a una velocidad asombrosa. La proa se elevó, nos deslizamos desde la cresta de una ola enorme y en apariencia inmóvil, y entre las hileras de torsos negros, que trabajaban a un ritmo demente, vi un pronunciado recodo del río; el agua, repentinamente oscura, rompía contra un saliente rocoso. La corriente se dividió, nos desviamos hacia la derecha, donde el agua se arremolinaba con blancas coronas de espuma.

El brazo izquierdo del río desapareció como si lo hubieran cortado, y sólo un gran estruendo y columnas de espuma dejaban adivinar que las rocas ocultaban una cascada.

La rodeamos y llegamos al otro brazo del río, pero tampoco aquí reinaba la calma. La piragua saltaba ahora como un caballo entre las

rocas negras, que detenían una verdadera pared de aguas tumultuosas. Nos acercamos a la orilla; los negros del costado derecho cesaron de remar y apoyaron sobre su pecho los mangos romos de las pagayas, y la piragua, rebotando de las rocas, se situó en el centro del río. La proa se elevó, y el piloto mantuvo el equilibrio por puro milagro.

Pronto me quedé empapado de las frías salpicaduras. La piragua se estremecía como una cuerda de violín y de pronto se hundió de proa. Este salvaje descenso por el río era sumamente inquietante: a ambos lados se levantaban rocas negras cubiertas de un hervidero de espuma. Con un ruido sordo, la piragua rozó unos peñascos y salió disparada como una flecha blanca hacia la corriente de ensordecedora velocidad. Miré hacia arriba y vislumbré frondosas copas de sicómoros; entre sus ramas saltaban pequeños monos. Tenía que agarrarme con fuerza a la borda, tan violentas eran las sacudidas que nos lanzaban sobre las crestas. Las rugientes masas de agua nos dejaron completamente empapados.

Nos empinamos todavía más — ¿o era más bien una caída? — . Las rocas de la orilla se iban quedando atrás como pájaros monstruosos que llevaran un remolino de agua en las alas:

estruendo, estruendo. Contra el fondo del cielo se perfilaban las siluetas de los remeros como vigilantes de esta catástrofe de la naturaleza. Navegábamos directamente hacia una columna de rocas, ante nosotros se elevaba una masa de agua, que se dividió, volamos hacia un obstáculo y oí un grito de mujer.

Los negros luchaban desesperadamente, el piloto levantó los dos brazos, vi su boca abierta para gritar, pero no oí ninguna voz; bailaba sobre la proa, y entonces la piragua viró hacia un lado, la ola rebotada nos sostuvo, durante un segundo nos mantuvimos sobre ella, y de repente, como si no sirviera de nada el porfiado trabajo de las pagayas, el bote dio media vuelta y empezó a retroceder, cada vez con más ímpetu.

Inopinadamente, las dos hileras de negros tiraron los remos y desaparecieron; saltaron sin pensarlo al agua desde ambos costados del bote. El piloto fue el último en ejecutar el salto mortal.

La mujer gritó por segunda vez; su compañero se afianzó con ambas piernas contra la borda opuesta y ella corrió hacia él; contemplé, verdaderamente hechizado, este espectáculo de aguas fragosas y refulgentes arcos iris; el bote chocó contra algo…, un grito, un grito espantoso…

Atravesado en esta rugiente cascada que nos arrastraba consigo, un árbol flotaba en la superficie, un gigante del bosque que había caído desde arriba y formaba una especie de puente. Mis dos compañeros de viaje cayeron al fondo de la piragua. Durante una fracción de segundo pensé en imitarles. Sabía que todo esto — los

negros, el viaje entero, la cascada africana — era sólo una ilusión asombrosa, pero quedarme sentado sin hacer nada, mientras la proa del bote ya empujaba el tronco embreado y medio sumergido del árbol gigante, estaba más allá de mis fuerzas. Rápido como un relámpago, me eché en el suelo y levanté al mismo tiempo un brazo, que pasó a través del tronco sin tocarlo; como lo esperaba, no lo rocé siquiera. Pese a ello, persistió la idea de que sólo un milagro había podido salvarnos de la catástrofe. Aún no había terminado: la próxima ola gigantesca levantó la piragua, que se inundó y dio media vuelta; durante unos segundos giró, atraída hacia el centro del remolino.

Si la mujer gritó, no la oí, como tampoco podía oír nada: sentía los crujidos y chirridos del bote en todo mi cuerpo, el sentido del oído quedaba como anulado por el estruendo de la cascada; la piragua, lanzada hacia arriba por una fuerza sobrehumana, se empotró en unas rocas. Los otros dos saltaron a los peñascos inundados de agua y treparon hacia arriba, y yo les seguí.

Nos encontrábamos sobre unas peñas entre dos brazos de agua de estremecida blancura.

La margen derecha estaba bastante lejos; a la izquierda conducía un puente, anclado en las hendiduras de las rocas, suspendido muy cerca de las olas que rugían en el centro de aquella caldera infernal. El aire era helado por la niebla y las salpicaduras de agua. El puente, estrecho, sin barandillas, resbaladizo por la humedad, pendía sobre un vacío lleno de estruendo; había que poner los pies sobre las tablas podridas, que colgaban de cuerdas deshilachadas, y dar unos pasos hasta la orilla. Los otros dos se arrodillaron y dieron la impresión de pelearse acerca de quién pasaría primero. Naturalmente, no oí nada. El aire parecía endurecido por el fragor incesante.

Al fin el muchacho se levantó y me dijo algo, señalando hacia abajo. Vi la piragua: su parte desguazada bailaba sobre una ola y de pronto desapareció, absorbida por el remolino. El joven de la piel de tigre estaba ahora menos indiferente o soñoliento que al principio del viaje, pero en cambio parecía enfadado, como si hubiera venido hasta aquí contra su voluntad.

Agarró a la mujer por los hombros, y yo pensé que estaba loco: por lo visto tenía la intención de tirarla directamente al abismo de aguas atronadoras. La mujer le dijo algo; en sus ojos vi brillar la indignación. Puse una mano en el hombro de cada uno de ellos, como para indicarles que me dejaran pasar, y coloqué un pie en el puente, que se columpiaba y estremecía; avancé muy despacio, guardando el equilibrio con los hombros, y perdiéndolo un poco una o dos veces. De improviso el puente tembló de tal manera que casi me caí. Era la mujer, que sin esperar a que yo hubiera pasado, entró en el puente; por miedo de caerme, di un gran salto hacia delante, aterricé en el

saliente más pronunciado de una roca y en seguida me volví.

La mujer no cruzó: volvió sobre sus pasos. El joven empezó a cruzar, asiéndola de la mano. Las misteriosas formas dé la niebla, nacida de la cascada, constituían con sus fantasmas blancos y negros el telón de fondo de sus pasos inseguros. El ya estaba muy cerca de mí; le alargué la mano, pero al mismo tiempo la mujer tropezó, y el puente empezó a oscilar. Tiré del muchacho de tal modo que antes le hubiera arrancado el brazo que permitido que se cayera; el fuerte impulso le lanzó a dos metros detrás de mí, de rodillas; pero había soltado la mano de ella.

La mujer aún estaba en el aire cuando salté, con los pies por delante; salté en dirección a las olas que rompían entre la orilla y la pared de rocas más próxima. Reflexioné sobre ello después, cuando tuve tiempo. En el fondo sabía que tanto la cascada como el viaje por el río eran ilusiones. Como prueba tenía el tronco de árbol, a través del cual había pasado la mano.

Pese a ello, salté, como si la mujer pudiera efectivamente perder la vida. Incluso sé todavía que de un modo instintivo estaba preparado para el choque con el agua fría, cuyas salpicaduras seguían cayendo sobre nuestros rostros y vestidos.

No sentí nada aparte de una fuerte corriente de aire, y aterricé en una espaciosa sala sobre las rodillas ligeramente dobladas, como si hubiera saltado desde un metro de altura como máximo. Oí un coro de carcajadas.

Me hallaba sobre un suelo blando, como de plástico, y a mi alrededor había mucha gente, muchos con la ropa todavía húmeda. Tenían la cabeza levantada y se desternillaban de risa.

Les seguí con la mirada, y fue muy desagradable.

Ni rastro de cascadas, rocas o cielo africano. Vi únicamente un techo luminoso y debajo…

una piragua que acababa de entrar, más bien una especie de decorado, ya que sólo recordaba una embarcación por los lados y por encima; en el fondo había una construcción de metal.

Sobre ella estaban echadas cuatro personas, pero a su alrededor no había nada, ni negros, ni rocas, ni río; sólo de vez en cuando volaban, proyectados por tubos ocultos, finos chorros de agua. Algo más lejos se encontraba algo parecido a un globo amarrado, que no se apoyaba en nada: el obelisco de rocas donde había terminado nuestro viaje. Desde allí un puente conducía a un saliente de piedra que sobresalía de una pared metálica. Un poco más arriba había una pequeña escalera con barandilla y una puerta. Esto era todo. La piragua que contenía a las cuatro personas se balanceó, se elevó y de repente volvió a bajar sin el menor ruido. Sólo oí las expresiones de alegría que acompañaban a las diferentes etapas del viaje de la

cascada, que en realidad no existía. Al cabo de un momento la piragua chocó contra las rocas, sus ocupantes saltaron y tuvieron que cruzar el puente.

Debían haber transcurrido unos veinte segundos después de mi salto. Busqué a la mujer con los ojos. Me estaba mirando. Yo me sentía algo desconcertado y no sabía si debía acercarme a ella. La gente ya empezaba a irse, y un momento después me encontré a su lado.

— Siempre me pasa lo mismo — dijo —, ¡siempre me caigo!

La noche en el parque, los fuegos artificiales y la música no parecían del todo reales.

Salimos mezclados con la multitud, todavía excitada; vi al acompañante de la mujer, que se abría paso hacia ella. No pareció consciente de mi presencia.

— Vamos a Merlín — propuso la mujer en voz tan alta que tuve que oírlo, pese a que no era ésta mi intención. Una nueva oleada de gente nos aproximó de nuevo. Volví a encontrarme a su lado —. Tiene todo el aspecto de una huida — observó, sonriendo —. No te dan miedo las brujerías, ¿verdad?

Le habló a él, pero mirándome a mí. Naturalmente, yo podía sortear a los que me precedían, pero, como siempre en tales situaciones, lo que más temía era hacer el ridículo.

Ellos continuaron andando, se abrió un hueco, otras personas decidieron de pronto visitar asimismo el castillo de Merlín, y cuando yo tomé la misma dirección, separado de ellos por unas cuantas personas, me asaltó la duda de si me habría equivocado.

Les seguí los pasos. En el césped había recipientes con brea ardiendo; su luz mostraba empinados bastiones de ladrillos. Cruzamos el puente que franqueaba el foso y pasamos bajo los dientes de una verja. Entonces nos envolvió la penumbra y el frío de un corredor de piedra, del que partía una escalera de caracol resonante de pasos humanos. El pasillo de arriba, de techo ojival, estaba mucho menos transitado. Conducía a una galería desde la que se veía el patio, por el cual corría con estrépito una manada de caballos cubiertos con gualdrapas, montados por unos tipos vociferantes que iban en pos de una especie de monstruo negro; seguí adelante con indecisión, sin saber adonde iba, entre personas que poco a poco empezaba a distinguir. Vislumbré brevemente entre las columnas a la mujer y su acompañante.

En los nichos de la pared había armaduras vacías; al fondo se abrió una puerta guarnecida de cobre que parecía hecha para gigantes. Entramos en una sala adornada con damasco rojo e iluminada por antorchas, cuyo humo resinoso irritaba la nariz.

En una de las mesas se atiborraba un bullicioso grupo de piratas y caballeros andantes.

Los asadores, lamidos por las llamas, giraban con enormes pedazos de carne; en los rostros relucientes de sudor se proyectaba un resplandor rojizo, los huesos crujían entre las mandíbulas de los comensales cubiertos por 'armaduras, que muchas veces se levantaban de la mesa y se paseaban entre nosotros.

En la sala contigua había muchos gigantes dedicados al juego de bolos, estos últimos reemplazados por calaveras; todo el conjunto me pareció ingenuo y vulgar. Permanecí junto a los jugadores, que eran de mi misma estatura; alguien me embistió por detrás y gritó involuntariamente. Me volví y le miré a los ojos: era un muchacho, que murmuró una disculpa y se alejó con rapidez y con una expresión embobada. La mirada de la mujer de cabellos oscuros que me había atraído hasta este castillo encantado me explicó lo sucedido:

el muchacho había intentado pasar a través de mí, tomándome por un irreal camarada de Merlín.

El propio Merlín nos recibió en un ala alejada del castillo, rodeado de cortesanos enmascarados que, inmóviles, le asistían en sus artes mágicas. Pero yo ya estaba harto de todo ello y contemplé sus hechicerías con indiferencia. El espectáculo fue breve y los presentes ya empezaban a irse cuando Merlín, magnífico con su melena plateada, nos cortó el camino y nos indicó en silencio una puerta forrada de crespón que había en el extremo opuesto.

Sólo invitó a franquearla a nosotros tres. El no nos siguió. Nos encontramos en una sala no muy grande, pero alta de techo, una de cuyas paredes era un espejo que llegaba hasta el suelo de baldosas blancas y negras. Por ello la habitación parecía de tamaño doble del real, y daba la impresión de contener a seis personas en un tablero de ajedrez.

No había muebles; sólo una esbelta urna de alabastro con un ramo de flores semejantes a orquídeas, pero que tenían cálices extraordinariamente grandes. Cada flor era de un color diferente de las otras. Nos detuvimos ante el espejo.

De pronto mi imagen me miró. Este movimiento no era el reflejo de mi propia persona; yo estaba inmóvil. El otro — alto, fornido- miró primero lentamente a la mujer de cabellos oscuros, y luego a su acompañante. Ninguno de nosotros se movió; sólo nuestras imágenes, independizadas de modo incomprensible, vivían y representaban en silencio una pantomima.

El joven del espejo se acercó a la mujer y la miró a los ojos; ella negó con la cabeza, tomó las flores de la urna, las separó con los dedos y eligió tres: una blanca, una amarilla y una negra. Le dio a él la blanca y se acercó a mí con las otras dos. A mí… en el espejo. Me alargó las dos flores. Yo cogí la negra. Entonces ella volvió a su sitio y los tres — allí, en la sala del espejo — adoptaron exactamente las

mismas posiciones en que nosotros nos habíamos inmovilizado. Al ocurrir esto, las flores que sostenían nuestros dobles desaparecieron. Ahora eran normales reflejos que repetían todos los gestos.

La puerta de la pared opuesta se abrió: bajamos por una escalera de caracol. Los nichos, columnas y bóvedas se confundían con el plata y el blanco de los corredores de plástico.

Seguimos adelante en silencio, ni solos ni acompañados; esta situación me oprimía cada vez más, pero ¿qué podía hacer? ¿Presentarme en una ceremonia propia del savoir vivre del siglo pasado?

Sones de música lejana. Estábamos en una especie de bastidores de un escenario invisible.

En el interior había un par de mesas vacías y sillas apartadas. La mujer se detuvo y preguntó a su acompañante:

— ¿No vas a bailar?

— No me apetece — repuso él. Era la primera vez que yo oía su voz.

Era apuesto, pero en cierto modo insensible, de una pasividad extraña, como si nada en el mundo le inspirase interés. Tenía una boca maravillosa, casi femenina. Me miró, y después la miró a ella. No dijo nada más.

— Bueno, pues vete, si quieres… — instó ella. El apartó la cortina que servía de pared y se fue.

Yo le seguí.

— ¡Escuche! — oí a mis espaldas.

Me detuve. Tras la cortina sonaron unos aplausos.

— ¿No quiere sentarse?

Me senté sin decir nada. El perfil de la mujer era magnífico. Sus orejas estaban cubiertas por discos cuajados de perlas.

— Soy Aen Aenis.

— Hal Bregg.

Pareció asombrada. No de mi nombre, que nada podía decirle, sino más bien de que yo escuchara su nombre con tanta indiferencia. Ahora podía contemplarla de cerca. Su belleza era perfecta y, en cierto modo, despiadada, así como sus movimientos, tranquilos, mesurados y negligentes. Llevaba un vestido gris rosado, más gris que rosa, que era como un fondo para su rostro blanco y sus manos blancas.

— ¿No le gusto? — interrogó con acento sereno.

Ahora fui yo quien se asombró.

— No la conozco.

— Soy la Ammai, de los Verídicos.

— ¿Quiénes son los Verídicos?

Su mirada se posó en mí con interés.

— ¿No ha visto a los Verídicos?

— Ni siquiera sé qué son.

— ¿De dónde ha venido usted?

— Vine desde el hotel.

— ¿Ah, sí? Desde el hotel… — En su voz había una clara ironía —. ¿Y puede saberse dónde estaba antes…, antes de ir al hotel?

— Claro que se puede. En Fomalhaut.

— ¿Qué es eso?

— Una constelación.

— ¿Qué?

— Un sistema de estrellas que está a veintitrés años luz de distancia de aquí.

Parpadeó. Abrió la boca. Era muy hermosa.

— ¿Astronauta?

— Sí.

— Comprendo. Yo soy una realista… bastante conocida.

No dije nada. Guardamos silencio. La música continuaba.

— ¿Sabe bailar?

Casi me eché a reír.

— Lo que ahora se baila… no.

— Lástima. Pero puede aprender. ¿Por qué hizo aquello?

— ¿Qué?

— Allí, en el puente.

No contesté en seguida.

— Fue… una reacción involuntaria.

— ¿Lo conocía?

— ¿Este viaje artificial? No.

— ¿No?

— No.

Un momento de silencio. Sus ojos, antes verdes, eran ahora casi negros.

— Sólo puede verse algo así en algunas copias muy antiguas — dijo como de pasada —. Nadie puede fingirlo. Es imposible. Cuando le vi, pensé que usted…

Me quedé esperando.

— …sería capaz de hacerlo. Porque se lo tomó en serio, ¿no es verdad?

— No lo sé. Tal vez.

— No importa. Yo lo sé. ¿Le gustaría? Me llevo muy bien con Frenet. ¿Quizá ignora usted quién es? El productor jefe del real. Tengo que decírselo. Si usted quiere…

Solté una carcajada. Ella se estremeció.

— Perdone, pero… ¡por los cielos negros y azules! ¿Pensaba usted contratarme…?

— Sí.

No parecía ofendida, más bien lo contrario.

— Gracias, pero no. Lo prefiero, ¿sabe?

— ¡ Pero al menos dígame cómo lo hizo! ¿O es un secreto?

— ¿Qué quiere decir? Usted misma vio cómo lo hice. — Me interrumpí —. ¿Se refiere a cómo logré hacerlo?

— Es usted muy perspicaz.

Sabía, como nadie, sonreír sólo con los ojos.

«Espera, pronto te pasarán las ganas de halagarme», pensé.

— Muy sencillo. No es ningún secreto. No estoy be trizado.

— Ah…

Por un momento pensé que se levantaría, pero consiguió dominarse. Abrió mucho los ojos, grandes, lánguidos. Me miró como quien mira a una fiera que está a un paso de distancia, como si encontrara un placer perverso en el terror que yo le inspiraba. Esto constituyó una mayor ofensa para mí que el simple temor.

— ¿Puede usted…?

— ¿Matar? — pregunté, sonriendo ingenuamente —. Sí, puedo hacerlo.

Callamos. La música seguía sonando. Levantó la mirada hacia mí un par de veces. No habló, y yo tampoco. Música. Aplausos. Música. Continuamos así un buen cuarto de hora. De repente se puso en pie.

— ¿Quiere irse conmigo?

— ¿Adonde?

— A mi casa.

— ¿Para beber brit?

— No.

Dio media vuelta y empezó a andar. La odié. Sin volverse, caminaba de un modo diferente de todas las mujeres que había visto en mi vida. No caminaba: se deslizaba. Como una reina.

La alcancé entre los setos, donde ya era casi oscuro. El resto de luz del pabellón se mezclaba con el resplandor azulado de la ciudad. Ella debía de oír mis pasos, pero siguió andando sin volverse a mirar, como si estuviera sola, incluso cuando la cogí del brazo; fue como una bofetada. La agarré por los hombros y la volví hacia mí; su rostro, blanco en la oscuridad, se levantó: me miró a los ojos y no intentó desasirse. Por otra parte, no lo habría conseguido. La besé impetuosamente, lleno de odio, y noté que temblaba.

— Tú… — dijo con voz profunda cuando nos soltamos.

— Calla.

Pero ahora trató de apartarse.

— Aún no — le ordené, y volví a besarla. De pronto mi cólera se transformó en asco hacia mí mismo y la solté. Pensé que huiría, pero no se movió. Intentó ver mi rostro. Yo torcí la cabeza.

— ¿Qué tienes? — preguntó en voz baja.

— Nada.

Me cogió del brazo.

— Vamonos.

Una pareja pasó junto a nosotros y desapareció en la penumbra. Yo también me sumergí en ella. Allí, en la oscuridad, se tenía la impresión de que todo era posible. Cuando hubo más luz, mi ímpetu de unos momentos antes se me antojó ridículo. Sentí que me había metido en algo falso, tan falso como el peligro y la magia anteriores, y seguí caminando. Ni cólera ni odio ni nada; era como si todo me fuese indiferente. Me hallaba bajo unas luces altas e intensas y sentía mi presencia grande y pesada, que convertía en grotesco cada paso que daba a su lado. Pero ella no parecía notarlo. Caminaba a lo largo de la pared junto a la cual había hileras de gliders. Quise detenerme, pero ella dejó resbalar su mano por mi brazo hasta la muñeca, que apretó con fuerza. Yo habría tenido que dar un buen tirón, pareciendo así aún más ridículo; la imagen de un astronauta virtuoso, seducido por una Putifar. Subí tras ella y el glider se estremeció y partió como un rayo. Me encontraba en un glider por primera vez y ahora comprendí por qué no tenían ventanas. Desde dentro eran completamente transparentes, como de cristal. Viajamos en silencio durante largo rato. Los edificios del centro dejaron paso a las singulares formas de la arquitectura suburbana; bajo pequeños soles artificiales se elevaban entre los espacios verdes construcciones de líneas borrosas, hinchadas en extraños cojines, aladas, de tal modo que el límite entre el interior de las casas y sus inmediaciones resultaba impreciso. Invenciones fantasmagóricas, esfuerzos constantes para crear algo que no fuera una repetición de las formas antiguas. El glider abandonó el ancho carril, atravesó el oscuro parque y se detuvo ante una escalera que parecía una cascada de cristal; cuando me apeé, vi un invernadero extendido bajo mis pies.

La pesada puerta se abrió sin ruido. Un vestíbulo gigantesco, enmarcado por una elevada galería, pantallas color de rosa, sin apoyos ni soportes, en las paredes inclinadas. Nichos, como ventanas abiertas a otra habitación, y en ellos, ni fotografías ni maniquíes, sino la propia Aen, enorme, justo delante de mí, abrazada por un hombre de cabellos oscuros que la besaba sobre la catarata de la escalera; Aen envuelta en un vestido blanco y luminoso; más lejos, Aen inclinada sobre flores de color lila, enormes como su rostro. Caminando tras ella, la vi de nuevo en otra ventana, sonriendo como una niña, sola, mientras la luz temblaba en sus cabellos cobrizos.

Escaleras verdes. Habitaciones blancas. Escaleras plateadas. Pasillos y después una habitación que palpitaba en un movimiento lento e incesante. Las paredes se desplazaban quedamente, formando corredores allí donde ella dirigía sus pasos; parecía posible la idea de

que un espíritu intangible redondeaba las esquinas de las galerías, las cincelaba, y todo cuanto yo viera hasta ahora no había sido más que un umbral, un principio. Tras cruzar una habitación blanca, iluminada de tal modo por las más finas vetas de hielo que hasta las sombras se antojaban lechosas, entramos en una estancia de menor tamaño cuyo bronce era como un grito después de la inmaculada blancura de la otra. Aquí la única luz provenía de una fuente desconocida e indirecta que iluminaba nuestros rostros desde abajo; ella movió la mano y todo se oscureció; entonces se acercó a una pared y con algunos gestos provocó en ella una hinchazón que en seguida se extendió hasta formar una especie de doble estante; yo conocía la topología suficiente para saber cuánto trabajo de investigación debía de haber costado sólo la línea de apoyo.

— Tenemos un invitado — dijo, deteniéndose. Del revestimiento de madera surgió una mesita baja, con dos servicios completos, que corrió hacia ella como un perro. Las luces grandes se apagaron cuando, desde el nicho del asiento (¡no tengo palabras para describir tales asientos!), ordenó con un gesto que apareciese una pequeña lámpara, y la pared la obedeció con igual premura.

Al parecer ya consideraba suficiente el número de muebles surgidos ante nuestros ojos, pues se apoyó en la mesa y preguntó sin mirarme:

— ¿Blar?

— Como quieras — repuse. Me abstuve de hacer cualquier pregunta; no podía dejar de ser un salvaje, pero al menos podía ser un salvaje silencioso.

Me dio un cono alto con una cañita; brillaba como un rubí y era blando como una piel de fruta aterciopelada. Ella tomó otro. Nos sentamos. Era de una blandura insoportable, como sentarse sobre una nube. El líquido sabía a frutas frescas desconocidas, con grumos pequeños y duros que estallaban sobre la lengua de modo divertido e inesperado.

— ¿Bueno? — inquirió.

— Sí.

Tal vez era una bebida ritual. Para los elegidos, por ejemplo, o al revés, para domesticar a los especialmente peligrosos. Pero yo estaba decidido a no formular ninguna pregunta.

— Es mejor cuando estás sentado.

— ¿Por qué?

— Eres terriblemente alto.

— Ya lo sé.

— ¿Tratas de ser descortés?

— No. Lo soy sin ningún esfuerzo.

Empezó a reír suavemente.

— También soy mordaz — añadí —. Tengo muchas ventajas, ¿no crees?

— Eres diferente — dijo —. Nadie habla así. Dime, ¿cómo es? ¿Qué sientes?

— No te comprendo.

— Ahora disimulas. O has mentido…, pero no. No es posible. No habrías podido…

— ¿Saltar?

— No estaba pensando en eso.

— ¿En qué, pues?

Entrecerró los ojos.

— ¿No lo sabes?

— Veamos, dime — repliqué —, ¿es que ya no lo hace nadie?

— Sí, pero no de este modo.

— Ya. ¿Así que lo hago bien?

— No, no es eso…, es como si tú…

No termino la frase.

— ¿Qué?

— Ya lo sabes. Yo lo sentí.

— Estaba enfadado — confesé.

— Enfadado — dijo con desdén —. Pero ni yo misma sé qué pensaba! Nadie se atrevería a hacer algo parecido, ¿sabes?

Sonreí de forma casi imperceptible.

— ¿Y te ha gustado mucho?

— Oh, no comprendes nada. El mundo carece de miedo, pero tú puedes inspirarlo.

— ¿Quieres que lo repita? — pregunté.

Sus labios se abrieron, y volvió a mirarme como a un animal salvaje.

— Sí.

Se inclinó más hacia mí. Tomé su mano y la coloqué sobre la mía, muy plana; sus dedos apenas cubrían mi palma.

— ¿Por qué tienes la mano tan dura? — preguntó.

— Por las estrellas. Son muy puntiagudas. Y ahora pregúntame por qué mis dientes son tan horribles.

Sonrió — Tus dientes son completamente normales.

Entonces levantó mi mano con tanto cuidado que me recordó mis movimientos frente a los leones. En lugar de sentir confusión, me limité a sonreír. Al fin y al cabo, todo esto era terriblemente absurdo.

Se levantó y por encima de "mi hombro se sirvió algo de una botella pequeña y oscura y lo bebió.

— ¿Sabes qué es esto? — inquirió con los ojos cerrados y con una expresión como si se tratara de un líquido ardiente. Tenía unas pestañas enormemente largas, falsas, por supuesto. Las actrices

siempre llevan pestañas postizas.

— No.

— ¿No lo dirás a nadie?

— No.

— Es perto…

— Vaya, vaya — dije por decir algo_ Ella volvió a abrir los ojos.

— Te había visto antes. Ibas con un anciano espantoso y luego volviste solo.

— Era el hijo de un joven colega mío — expliqué. «Lo cómico del asunto es que es casi la verdad», pensé para mis adentros.

— Llamas la atención, ¿lo sabes?

— ¿Y qué puedo hacer?

— No sólo por tu altura. También andas de un modo diferente, y te quedas mirando como si…

— ¿Qué?

— Como si debieras ser precavido.

— ¿Por qué?

No respondió. El color de su rostro experimentó un cambio. Respiraba audiblemente y se contemplaba la mano. Las yemas de sus dedos temblaban.

— r-Ahora — dijo en voz baja, sonriendo, pero no a mí. Su sonrisa era como ausente, sus pupilas se ensanchaban tanto que el iris desapareció. Se inclinó lentamente hacia atrás, hasta que quedó tendida sobre el diván gris. Sus cabellos cobrizos se soltaron, y su mirada era triunfante y a la vez entorpecida —, bésame.

La abracé. Pero era espantoso: lo quería y no lo quería; tenía la sensación de que ella no era la misma, como si pudiera transformarse en otra cosa en un momento dado. Ella hundió los dedos en mi cabello y su aliento, cuando cayó a un lado, parecía un gemido. «Uno de los dos es irreal — pensé —, pero ¿quién? ¿ella o yo?» La besé, su rostro era dolorosamente hermoso, terriblemente extraño, y en seguida predominó el placer, imposible de frenar; pero incluso entonces seguí siendo un observador frío y silencioso, y no me perdí del todo. El diván, obediente, casi leyendo nuestros pensamientos, se convirtió en apoyo para nuestras cabezas: era como la presencia de un tercero. Me sentía vigilado, y no intercambiamos ni una sola palabra. Me dormí sobre su cuello, todavía con la sensación de que alguien nos contemplaba…

Cuando me desperté, ella dormía. Era otra habitación. No, la misma, pero cambiada en cierto modo: una parte de la pared se había desplazado y se veía el día naciente. Sobre nosotros, como olvidada, lucía una esbelta lámpara. Enfrente, sobre las copas de los árboles aún casi negras, el cielo se aclaraba. Con cuidado me trasladé hasta el borde del diván. Ella murmuró algo parecido a «Alan» y siguió

durmiendo. Atravesé grandes salas vacías. Todas las ventanas daban al este. Entró un destello de sol y llenó todos los muebles transparentes, tembloroso como un fulgor de vino tinto. Vi a través de la serie de habitaciones la silueta de un hombre; era un robot nacarado, sin rostro; su tronco brillaba débilmente, algo ardía en su interior, como una lamparilla ante la imagen de un santo; una pequeña llama de color granate.

— Quiero salir de aquí — dije.

— Muy bien, señor.

Escaleras plateadas, verdes, azules. Me despedí de pronto de todos los rostros de Aen en el vestíbulo de techo alto como el de una iglesia. Ya era de día. El robot me abrió la puerta. Le ordené que me pidiera un glider.

— Muy bien, señor. ¿Quiere utilizar el glider de la casa?

— De acuerdo. Quiero ir al hotel Alearon.

— Muy bien. Siempre a su servicio.

Alguien ya me lo había dicho una vez. Pero ¿quién? No podía acordarme.

Por una escalera empinada — para que nadie olvidase hasta el fin que esto era un palacio y no una casa corriente — bajamos los dos; a la luz del sol naciente me senté en el vehículo.

Cuando partió, miré a mi alrededor. El robot seguía allí en su actitud respetuosa, algo parecido a una mantis con sus flacos brazos cruzados.

Las calles estaban casi vacías. Las villas descansaban en los jardines como barcos abandonados. O como si se hubieran posado por unos instantes entre los setos y árboles y plegado sus alas triangulares y multicolores.

En el centro había más gente. Casas, aguja, de puntas calentadas por el sol, casas, palmeras, casas gigantescas sobre pilares muy separados entre sí; la calle pasaba por en medio y proseguía hacia el espacio azul; no miré más lejos. En el hotel tomé un baño y telefoneé a la agencia de viajes. Reservé el ulder para las doce. Era divertido hacer estos encargos con tanta facilidad, teniendo en cuenta que no tenía la menor idea de qué era un ulder.

Aún disponía de cuatro horas de tiempo. Llamé al infor del hotel y pregunté acerca de los Bregg. Yo no tenía hermanos, pero el hermano de mi padre había dejado dos hijos, un niño y una niña. Si éstos ya no vivían, tal vez sus hijos…

El infor me encontró once personas apellidadas Bregg. Entonces quise saber su genealogía y resultó que sólo una de ellas, Atal Bregg, pertenecía a mi familia. Era el nieto de mi tío, y ya no muy joven, pues casi tenía sesenta años.

Ahora ya sabía lo que quería saber. Llegué incluso a levantar el

auricular para llamarle, pero colgué de nuevo. ¿Qué iba a decirle? ¿O él a mí? ¿Cómo había muerto mi padre? ¿O mi madre? Yo había muerto antes para ellos y como póstumo no tenía el menor derecho a preguntar. Habría sido una verdadera perversidad, un engaño. Solamente yo podía esconderme en el tiempo, que para mí era menos mortal que para ellos. Ellos me habían enterrado en las estrellas, no yo a ellos en la Tierra.

No obstante, descolgué el auricular. La señal fue larga. Por fin contestó el robot doméstico y me dijo que Atal Bregg no se encontraba en la Tierra.

— ¿Dónde está? — interrogué rápidamente.

— En la Luna. Se fue por cuatro días. ¿Qué recado he de darle?

— ¿Qué hace? ¿Cuál es su profesión? — pregunté —. Porque no estoy seguro de que sea el caballero que busco, tal vez se trate de un error…

En cierto modo, a los robots era más fácil mentirles.

— Es psicópeda.

— Gracias. Volveré a llamar dentro de unos días.

Colgué. En todo caso, no era astronauta; menos mal.

Llamé de nuevo al infor del hotel y pregunté qué clase de distracción podían recomendarme para dos o tres horas.

— Le invitamos a nuestro realón — me dijo.

— ¿Qué se representa?

— La novia. Es el último real de Aen Aenis.

Bajé en el ascensor; estaba en la planta baja. La representación ya había comenzado, pero el robot de la entrada me dijo que no me había perdido casi nada, sólo unos minutos. Me guió en la oscuridad, extrajo de algún modo un asiento en forma de huevo, me aposentó en él y desapareció.

La primera impresión era parecida a la del teatro en las primeras filas, pero no del todo:

me hallaba en el escenario, tan cerca estaban los actores. Era como si pudiera alcanzarles con la mano. No habría podido acertarlo más: se trataba de una pieza de mi tiempo, o sea de un drama histórico; la época no estaba bien determinada, pero a juzgar por algunos detalles, la acción tenía lugar algunos años después de mi marcha.

Al principio me divertí con los trajes; la escenografía era naturalista y por ello me distraje encontrando una serie de anacronismos. El primer actor, un hombre muy guapo de cabellos oscuros, salía de su casa con frac — era por la mañana — y se dirigía en coche a ver a su amada; llevaba incluso sombrero de copa, y de color gris, como un inglés acudiendo al Derby.

Entonces apareció una romántica posada con un posadero

imposible en la realidad, parecido a un pirata; el héroe se sentó sobre los faldones del frac y bebió cerveza con una cañita. Y así continuó todo.

De repente dejé de sonreír: Aen entró en escena. Iba vestida de un modo absurdo, pero esto ya no era tan importante. El espectador sabía que ella amaba a otro y engañaba a este joven; el típico papel melodramático de una mujer infiel. Un cliché sentimental. Pero Aen no lo interpretaba así. Era una muchacha que siempre vivía el momento presente, libre de toda reflexión, sensitiva, sin rencor, un ser inocente gracias a la ilimitada ingenuidad de su crueldad, que hace infelices a todos porque no quiere hacer infeliz a nadie. En cuanto se hallaba en brazos de uno olvidaba al otro tan completamente que se creía de verdad en su momentánea honradez.

Todo aquel absurdo no importaba nada; sólo importaba Aen, la eximia actriz.

El real era algo más que un teleteatro: cuando yo miraba una parte del escenario, ésta se agrandaba y ensanchaba; el espectador decidía por sí mismo si quería ver un primer plano o toda la escena. Y las proporciones de lo que permanecía en el campo de visión no se desfiguraban. Era una endemoniada combinación óptica, que daba la ilusión de una vida sobrenatural, como ampliada.

Subí a mi habitación para hacer el equipaje, ya que debía partir dentro de pocos minutos.

Resultó que tenía más cosas de las que imaginaba. Aún no había terminado cuando el teléfono empezó a cantar: mi ulder ya estaba preparado.

— Bajo en seguida — contesté.

El robot del equipaje se llevó las maletas y yo ya salía de la habitación cuando el teléfono volvió a sonar. Vacilé. La suave señal se repetía incansablemente. «No ha de parecer una fuga», pensé y descolgué el auricular, no muy seguro de por qué lo hacía.

— ¿Eres tú?

— Sí. ¿Ya te has despertado?

— Hace mucho rato. ¿Qué has hecho?

— Te he visto. En el real.

— ¿Ah, sí? — dijo solamente, pero en su voz oí algo parecido a la satisfacción, como si pensara: «Ahora es mío.» — No — repliqué.

— ¿Qué quiere decir no?

— Eres una gran actriz, pero yo soy algo muy distinto de lo que crees.

— ¿No me lo ha parecido ya esta noche?

Interrumpió la frase. En su voz sonaba el regocijo, y de pronto volvió el sentido del ridículo. Apenas pude dominarlo: un cuáquero de las estrellas, que ya había caído una vez, desesperado, severo, casto.

— No — repuse, sobreponiéndome —, no te lo ha parecido. Y me voy de viaje.

— ¿Para siempre?

Le divertía esta conversación.

— Oye… — empecé, y no supe cómo continuar. Durante unos momentos sólo oí su respiración.

— Di, ¿qué más? — preguntó.

— No lo sé — y rectificando en seguida-: Nada. Me voy ahora mismo. Esto no tiene sentido.

— Claro que no tiene sentido — admitió —, y precisamente por esto puede ser maravilloso.

¿Qué has visto? ¿Los verdaderos?

— No. La novia. Escucha…

— Eso es un desastre completo. Ya no soy capaz de verlo. Lo peor que he hecho en mi vida.

Ve a ver Los verdaderos, o no, será mejor que vuelvas esta noche; te lo proyectaré. No, no, hoy no puedo. Ven mañana.

— Aen, no iré. Me voy de verdad…

— No me llames Aen, llámame «chica» — pidió.

— Chica, ¡vete al diablo! — exclamé.

Colgué el auricular, me sentí terriblemente avergonzado, lo descolgué, volví a colgarlo y salí corriendo de la habitación, como si alguien me persiguiera. Bajé al vestíbulo y allí me enteré de que el ulder se hallaba en el tejado, así que subí hasta arriba. En el tejado había un jardín con un restaurante y un aeródromo. En realidad un aeródromo restaurante, una combinación de niveles, andenes voladores y ventanas invisibles; ni en un año podría encontrar allí mi ulder. Pero me condujeron hasta él casi de la mano. Era más reducido de lo que creía. Pregunté cuánto duraría el vuelo, ya que me apetecía leer.

— Alrededor de doce minutos.

No valía la pena abrir un libro. El interior del ulder recordaba hasta cierto punto un cohete experimental, Termo-Fax, que había conducido una vez, pero con más comodidades. Sin embargo, cuando la puerta se cerró tras el robot, que me deseó cortésmente un buen viaje, las paredes se hicieron transparentes, y como ocupaba el primero de los cuatro asientos — los otros estaban vacíos —, tuve la impresión de que volaba en una silla dentro de un gran recipiente de cristal.

Muy gracioso, pero esto no tenía nada en común con un cohete o un avión; más bien con una alfombra voladora. Al principio, el extraño avión se elevó verticalmente, sin la menor vibración, silbó durante largo rato y después, como obedeciendo una orden, voló en línea recta. De nuevo ocurrió lo mismo que ya observara antes: la

aceleración no iba acompañada de un incremento de la inercia. Es difícil decir qué clase de sensación me dominó, pues en el caso de que hubieran sabido independizar la aceleración de la inercia, todos los problemas, tormentos, hibernaciones, pruebas, selecciones de nuestro viaje habrían sido completamente superfluos, por lo que podía sentirme como el conquistador de una cumbre del Himalaya que tras las indescriptibles dificultades del ascenso comprobara de improviso que allí arriba había un hotel lleno de excursionistas porque durante sus esfuerzos solitarios habían construido un funicular en la otra ladera. El hecho de que si me hubiera quedado en la Tierra no habría conocido este misterioso descubrimiento no me consoló en absoluto, sino mucho más la idea de que el nuevo invento quizá no habría podido aplicarse en la navegación cósmica.

Naturalmente, esto era prueba del más puro egoísmo, y yo era consciente de ello; pero el shock era demasiado grande para que pudiera sentir verdadero entusiasmo.

Entretanto, el ulder volaba sin ruido. Miré hacia abajo: estábamos dejando atrás la terminal, que quedaba rezagada como una fortaleza de hielo; sobre los pisos superiores, invisibles desde la ciudad, estaban las negras piqueras de los cohetes. Entonces volamos muy cerca de la casa aguja, la que tenía franjas plateadas y negras; sobrepasaba la altitud de mi vuelo. Desde la tierra no podía apreciarse su altura. Era como un puente que unía la ciudad con el cielo, y las «estanterías» que sobresalían de ella rebosaban de ulders y otros grandes vehículos. En estos lugares de aterrizaje, las personas se antojaban semillas de amapola sobre una bandeja de plata.

Volamos sobre colonias de casas blancas y azules, sobre jardines; las carreteras eran cada vez más anchas y los carriles policromos; los colores dominantes eran el rosa pálido y el ocre. Un mar de casas se extendía hasta el horizonte, dividido de vez en cuando por franjas verdes. Tuve miedo de que continuara así hasta Klavestra. Pero el ulder aumentó la velocidad, las casas se desintegraron, se desintegraron en los jardines y en su lugar aparecieron curvas y rectas gigantescas de los caminos que discurrían por diversos niveles, se juntaban, se cruzaban, desaparecían bajo tierra, se precipitaban en forma de estrella unos contra otros y fluían por la superficie lisa y verdegrís, iluminada por el sol del mediodía, por la que pululaban los gliders. Luego, entre cuadriláteros de árboles, se vieron enormes edificios con tejados que parecían espejos convexos; en sus centros brillaba un resplandor rojizo. Un poco más allá las carreteras se separaron y ahora el verdor lo dominaba todo, interrumpido de vez en cuando por un cuadrado de otras plantas — rojas, azules —, que no podían ser flores, ya que los colores eran demasiado intensos. «El doctor Juffon estaría orgulloso de mí — pensé —. El tercer día y ya…

Y qué comienzo. Nada de conquistas corrientes.

Una actriz famosa, conocida en todo el mundo. No sentía mucho miedo, y si lo tuvo, fue un miedo que le causó placer. Ojalá todo siguiera igual. Pero ¿por qué me habló de la proximidad? ¿Es éste el aspecto de la proximidad? Y de qué forma tan heroica salté a la catarata. Un gorila de nobles sentimientos. Pero de ello le ha resarcido ampliamente una belleza ante la cual se inclina la multitud: ¡cuan noble había sido también esto por parte de ella!» Me ardía el rostro. «Eres un estúpido — me dije a mí mismo con indulgencia —. ¿Qué más quieres? ¿Una mujer? Ahora ya tenías una mujer. Tenías todo cuanto se puede tener aquí, además del ofrecimiento de entrar en el real. Ahora tendrás una casa, pasearás por el jardín, leerás libros, contemplarás las estrellas y repetirás con serena modestia: he estado allí. He ido y he vuelto. Y eres tan afortunado que incluso las leyes de la física han trabajado para ti: aún tienes media vida por delante, y ¿qué aspecto tiene Roemer ahora, un siglo más viejo que tú?» El ulder empezó a bajar, se oyó un silbido, la comarca, llena de carreteras blancas y azules que brillaban como pintadas con esmalte, se acercaba a mí. Grandes estanques y pequeñas piscinas cuadradas enviaban hacia arriba los destellos del sol. Las casitas, colocadas sobre las cumbres planas de las colinas, fueron ganando tamaño y claridad. En el horizonte, azul como el aire, había una cordillera de cimas blanquecinas. Vi asimismo caminos de grava, parterres de flores, arriates, el frío verdor del agua en un marco de cemento, senderos en los jardines, arbustos, un tejado blanco; todo esto giró lentamente, me rodeó, se inmovilizó y me admitió en su seno.

# IV

La puerta se abrió. Un robot blanco y anaranjado esperaba en el césped. Me apeé.

— Bien venido a Klavestra — me dijo, y su vientre blanco empezó a zumbar inesperadamente; emitía unos sonidos agudos, como si tuviera una caja de música.

Sin dejar de reír, le ayudé a descargar mi equipaje. Entonces se abrió la puerta posterior del ulder, que yacía sobre la hierba como un pequeño zeppelín plateado, y dos robots de color naranja sacaron mi coche. Lo había olvidado por completo. Ahora todos los robots, cargados con mis maletas, cajas y paquetes, se dirigían en fila india hacia la casa.

La casa era un cubo con ventanas en lugar de paredes. Entramos en el vestíbulo por un panorámico y acristalado solarium, cruzamos el comedor y subimos las escaleras que conducían al piso superior — ¡todo en madera! — ; el robot de la cajita de música no olvidó llamar mi atención hacia esta rareza.

Arriba había cinco habitaciones. No escogí la mejor, sino la que estaba orientada al este, porque en las otras, sobre todo en la que daba a las montañas, había demasiado oro y plata. El decorado de la que miraba al este tenía franjas verdes en forma de hojas sobre un fondo de color crema.

Los robots colocaron todas mis cosas en armarios empotrados, trabajando rápida y silenciosamente. Me quedé ante la ventana. «Un puerto — pensé —, un albergue.» Hasta que me asomé no pude ver el vapor azulado de las montañas. Abajo había un gran jardín de flores y algunos árboles frutales bastante añosos; sus viejas y retorcidas ramas ya no daban fruta.

Un poco hacia el lado, junto a la avenida — que ya había visto desde el ulder y que ocultaban unos setos —, se veía sobre el verdor la torre del trampolín. De modo que allí debía de estar la piscina. Cuando me volví, los robots ya se habían ido. Empujé hacia la ventana la ligera mesa, que parecía inflada, y coloqué sobre ella el montón de revistas científicas, los cartuchos con los libros de cristal y el aparato de lectura; aparte llevaba mis libretas aún intactas y la pluma estilográfica. Era mi vieja pluma; con la gravitación intensificada se derramaba siempre, manchándolo todo, pero Olaf la había reparado a la perfección. Ordené los cuadernos de notas, y escribí en ellos «Historia», «Matemáticas», «Física», todo con gran apresuramiento, porque tenía prisa por bañarme.

Ignoraba si allí podía salir sólo en bañador; había olvidado el

albornoz, así que fui al cuarto de baño del pasillo y, con una botella de líquido espumoso, me cubrí con una prenda horrible que no se parecía a ninguna. La desgarré y empecé de nuevo. El segundo albornoz ya tenía mejor aspecto, aunque parecía una especie de vestimenta de Robinson; con un cuchillo corté las mayores desigualdades de las mangas y el bajo y entonces ya se me antojó más aceptable.

Bajé, todavía inseguro de que no hubiera ningún huésped en la casa. El vestíbulo seguía vacío, así como el jardín, donde el robot anaranjado recortaba el césped cerca de los rosales, que ya empezaban a quedarse sin flores.

Casi corriendo, llegué a la piscina. El agua refulgía y temblaba, y sobre ella flotaba un frescor invisible. Tiré el albornoz sobre la arena dorada, que me quemó las plantas de los pies, y, haciendo mucho ruido sobre los peldaños de metal, trepé hasta el trampolín. Era bajo, lo cual me convenía para empezar. Me di impulso para un salto sencillo — ¡no me atrevía a más después de tan largo intervalo! — y entré en el agua como un cuchillo.

Emergí feliz a la superficie. Con grandes brazadas crucé la piscina, volví y la crucé una vez más; debía de tener unos cincuenta metros de longitud. La recorrí ocho veces sin disminuir el ritmo, llegué hasta el borde y, chorreando como una foca, me tendí sobre la arena con el corazón desbocado. Era estupendo. ¡La Tierra aún tenía su encanto! Me sequé en pocos minutos, me levanté y miré a mi alrededor: nadie. Magnífico. Corrí de nuevo hacia el trampolín.

Primero salté de espalda; me salió bien, aunque me había dado demasiado impulso: en el extremo del trampolín había un trozo de plástico que actuaba de muelle. Luego vino un doble salto que fallé en parte, ya que me golpeé fuertemente con los muslos contra el agua. La piel enrojeció en seguida, como escaldada. Repetí el salto. Fue mejor, aunque no del todo.

Después de la segunda vuelta no tuve tiempo de enderezarme, y además no coloqué bien los pies. Pero era obstinado y tenía tiempo, ¡muchísimo tiempo!

Tercer salto, cuarto, quinto. Los oídos ya me zumbaban cuando — tras haber echado otra ojeada a mi alrededor — probé un salto de tirabuzón. Fue un fracaso, un completo desastre. Al caer en el agua perdí el aliento, tragué una gran cantidad de agua y me arrastré hasta la arena resoplando y ahogándome. Me senté en la escalerilla del trampolín, tan humillado y furioso que al final empecé a reír. Entonces volví a nadar: cuatrocientos metros, un descanso y otros cuatrocientos.

Cuando volví a la casa, el mundo tenía un aspecto muy diferente. «Es lo que más echaba de menos», pensé. Un robot blanco esperaba en

la puerta.

— ¿Desea comer en el comedor o en su habitación?

— ¿Comeré solo?

— Sí, señor. Los otros señores no llegarán hasta mañana.

— Me pueden servir en el comedor.

Fui arriba y me cambié de ropa. Aún no sabía muy bien con qué iniciaría mis estudios.

Con la historia, probablemente; sería lo más sensato, aunque me dominaba el deseo de hacerlo todo a la vez y cuanto más, mejor. Quería conocer el misterio de la gravitación dominada.

Oí un sonido cantarín. No era el teléfono. Como ignoraba de dónde procedía, llamé al infor doméstico.

— La comida está servida — dijo una voz melodiosa.

El comedor estaba lleno de una luz verde filtrada; los vidrios oblicuos del techo brillaban como el cristal. En la mesa había un solo cubierto. El robot trajo la carta.

— No, no — rechacé —, comeré lo que sea.

El primer plato recordaba una sopa de fruta El segundo, nada. Habría que despedirse para siempre de la carne, las patatas y la verdura.

Fue una suerte que comiera solo, pues el postre me explotó bajo la cuchara. Tal vez sea una expresión exagerada, pero en todo caso me salpiqué de crema las rodillas y la chaqueta.

La confección de este plato parecía un poco complicada: sólo era dura la parte superior, y yo clavé en ella la cuchara sin la menor precaución.

Cuando entró el robot le pregunté si podía tomar el café en mi habitación.

— Naturalmente — repuso —. ¿Ahora mismo?

— Sí, por favor. Pero mucho café.

Lo dije porque el baño me había dejado un poco soñoliento y de pronto me pareció perdido el tiempo dedicado al sueño. Oh, aquí todo era realmente muy distinto que en la cubierta de nuestra nave espacial. El sol de mediodía abrasaba los viejos árboles, las sombras eran cortas, se apretaban contra los troncos, el aire temblaba en la lejanía, pero en la habitación hacía casi fresco. Me senté ante la mesa, frente a los libros. El robot trajo el café. Un termo transparente capaz de contener tres litros. No dije una palabra. El robot había sobre sumado mi necesidad de café.

Quería empezar por la historia, pero primero me enfrasqué en la sociología, porque ansiaba enterarme en seguida de lo máximo posible. Pronto me convencí de que no iría a ninguna parte. Esta ciencia estaba salpicada de unas matemáticas difíciles, por su especialización, y — lo que era aún peor — los autores mencionaban

hechos totalmente desconocidos para mí. Además, había muchas palabras que no comprendía y tenía que buscar su significado en el diccionario técnico. Así pues, coloqué el segundo optón — tenía tres de ellos — y no tardé en perder el gusto de la lectura, ya que era un proceso demasiado lento, por lo que, olvidando mis pretensiones, me dediqué a un simple manual de historia.

Algo me había picado, dejándome sin una chispa de paciencia; a mí, a quien Olaf llamaba la última encarnación de Buda. En vez de leer por orden, busqué primero un capítulo sobre la betrización.

Esta teoría había sido formulada por tres personas: Bennet, Trimaldi y Sajárov. De ahí el nombre Con asombro leí que eran coetáneos míos y que la habían publicado un año después de nuestro lanzamiento. Como es natural, la oposición fue considerable. Al principio nadie quería tomar en serio este plan. Entonces llegó hasta el foro de la ONU. Durante un tiempo, vagó de una comisión a otra y daba la impresión de que acabaría fracasando después de interminables deliberaciones. Pero los trabajos experimentales se desarrollaron con bastante actividad, se introdujeron mejoras y se realizaron experimentos en masa con animales y más tarde con personas. Primero se sometieron a la intervención los propios investigadores.

Trimaldi quedó lisiado temporalmente; entonces aún no se conocían los peligros que amenazaban a los hombres maduros tras la betrización, y este incidente fatal interrumpió el proceso durante ocho años más…

Pero en el año diecisiete después de cero (ésta era mi cronología privada: cero significaba el lanzamiento del Prometeo), se decidió implantar la betrización; tal fue — el inicio y no el fin de la lucha por la humanización del género humano, como declaraba el libro de texto. En numerosos pzíses, los padres se negaban a que sus hijos fueran intervenidos, y las primeras betroestaciones fueron objeto de reiterados ataques. Muchas de ellas resultaron totalmente destruidas. La época de la agitación, represalias, coacción y resistencia duró veinte años. El libro de texto, como era de prever, se refería a ellos en términos muy generales. Me propuse buscar detalles más concretos en los originales, pero sin interrumpir por el momento la lectura.

No se produjo un cambio en la actitud de la gente hasta que la primera generación betrizada tuvo descendencia. El manual no decía nada sobre el aspecto biológico de la intervención. En cambio había varios panegíricos en honor de Bennet, Trimaldi y Sajárov.

Alguien propuso empezar la cronología de la Nueva Era a partir del inicio de la betrización, pero la idea no tuvo éxito. La cronología no cambió, pero los hombres sí. El capítulo se cerraba con patéticas palabras sobre la Nueva Era del Humanismo.

Busqué una monografía sobre la betrización, escrita por Ullrich. Una vez más todo era matemáticas, pero decidí masticarlas hasta el fin. La intervención no se realizaba en el plasma hereditario, tal como yo había temido. De ser así, ya no habría sido necesario betrizar a cada generación. Pensé en ello con esperanza: al menos teóricamente, existía una posibilidad de rectificación. Habían actuado — en una temprana fase de la vida — sobre la zona anterior del cerebro en desarrollo con un grupo de enzimas proteolíticas. Los resultados eran contundentes:

una reducción del impulso agresivo del ochenta al ochenta y ocho por ciento en comparación con los no betrizados: eliminación de las relaciones asociativas entre los actos agresivos y el ámbito de sentimientos pasivos; reducción de las posibilidades de arriesgar la vida personal en un promedio del ochenta y siete por ciento.

Se subrayaba como el más importante éxito el hecho de que estos cambios no afectaban negativamente el desarrollo de la inteligencia y la formación de la personalidad, y — lo que era tal vez aún más importante — que las limitaciones resultantes no funcionaban según el principio de las asociaciones de temor. En otras palabras: la persona no dejaba de matar porque tuviera miedo del acto en sí. Una forma semejante causaría neurosis y atemorizaría a toda la humanidad. No lo hacía porque «no se le podía ocurrir».

Me gustó una frase de Ullrich: «La betrización causa la desaparición de la agresividad por la falta de impulso, no por prohibición.» Pero tras reflexionar un poco se me ocurrió que esto no explicaba lo primordial, es decir, el modo de raciocinar de las personas sometidas a la betrización. Estas personas eran completamente normales y por lo tanto podían imaginarlo todo, incluso un asesinato. ¿Qué evitaba su realización?

Hasta que oscureció estuve buscando una respuesta a esta pregunta. Como ocurre casi siempre con los problemas científicos, lo que en una reseña o conferencia breve se antoja relativamente claro y sencillo se fue complicando a medida que iba necesitando explicaciones más concretas.

La señal cantarína me llamó para la cena; pedí que la subieran a mi habitación, pero ni siquiera la probé. Las explicaciones científicas que por fin logré encontrar no eran del todo congruentes. Una repulsión parecida al asco, un estado de máxima aversión que se incrementaba de modo incomprensible para una persona no betrizada; lo más interesante eran las declaraciones de los sometidos a estudio, que entonces, ochenta años atrás, en el instituto Trimaldi de Roma, se dedicaron a la tarea de abrirse paso a través de las barreras invisibles erigidas en sus cerebros. Esto era lo más singular que había leído en mi vida. Ninguno de ellos pudo atravesarlas, pero el relato de las

experiencias que acompañaron tales tentativas era distinto en cada caso. En algunos predominaban las manifestaciones psíquicas: la necesidad de eludir la situación en que se les había colocado, la repetición de las tentativas provocó en este grupo violentos dolores de cabeza, y la persistencia de estos dolores fue causa finalmente de una neuritis, que pudo curarse con facilidad. En otros dominaban las manifestaciones físicas: jadeos, asma; esta situación recordaba el miedo, pero ellos no se quejaban de miedo sino de malestar físico.

Según comprobó Pilgrin en sus investigaciones, la ejecución de un asesinato simulado — por ejemplo, en una muñeca — fue posible para el dieciocho por ciento de los betrizados, pero tenían que estar absolutamente seguros de que lo hacían contra un objeto inanimado.

La prohibición alcanzó a todos los animales de especies superiores, pero no a los reptiles, anfibios e insectos. Naturalmente, a los betrizados les faltaba un conocimiento científico de la sistemática zoológica. La prohibición estaba ligada sencillamente al grado de semejanza con la especie humana tal como se entiende en general. La cuestión quedaba zanjada con la explicación de que todo el mundo tomaba al perro por un animal más cercano al hombre que una serpiente.

Leí montones de otros trabajos y di la razón a cuantos afirmaban que a un betrizado sólo puede comprenderle introspectivamente otro betrizado. Dejé estos estudios con sentimientos encontrados. Lo que más me inquietaba era la falta de trabajos críticos, análisis de algún tipo que incluyeran las consecuencias negativas de esta intervención, ya que yo no dudaba un solo momento de que tenía que haberlas. No por falta de respeto y atención hacia los investigadores, sino sencillamente porque la esencia de todos los actos humanos es así: en lo bueno siempre hay algo malo.

Un pequeño ensayo sociográfico de Murwick contenía numerosos datos interesantes sobre el movimiento de resistencia contra la betrización, violento su sus comienzos. El más pertinaz había correspondido a países con una larga tradición de luchas sangrientas, como España y ciertos estados de Hispanoamérica. Por lo demás, las organizaciones ilegales para la lucha contra la betrización surgieron casi en todo el mundo, especialmente en Sudáfrica, México y ciertas islas tropicales. Utilizaban todos los medios, desde la falsificación de certificados médicos sobre intervenciones realizadas hasta el asesinato de los médicos que llevaban a cabo dichas intervenciones.

Cuando hubo pasado el tiempo de la resistencia masiva y los choques violentos, reinó una calma ilusoria. Era ilusoria porque entonces empezó a perfilarse un conflicto entre las generaciones. La juventud betrizada rechazó, al crecer, la mayor parte de los adelantos humanos: las costumbres y usanzas, el arte, toda la herencia cultural

fue revalorizada de modo espectacular. El cambio afectó a numerosos ámbitos, desde el erotismo y las costumbres sociales hasta la actitud hacia la guerra.

Se esperaba, como es natural, una gran división de los pueblos. La ley no entró en vigor hasta cinco años después de su promulgación. Durante este tiempo se formaron gigantescos cuadros de educadores, psicólogos y especialistas, que debían velar por el apropiado desarrollo de la nueva generación. Era necesaria una serie de reformas escolares, cambios de repertorio en los espectáculos, temas de lectura y películas. La betrización — para expresar en pocas palabras el alcance de este enorme cambio — absorbió en los diez primeros años el cuarenta por ciento de la renta nacional de toda la Tierra, debido a sus numerosas y ramificadas consecuencias y necesidades.

Fue una época de grandes tragedias. La juventud betrizada se alejó de sus propios progenitores. Ya no compartía sus intereses y aborrecía sus inclinaciones sangrientas. Durante un cuarto de siglo tuvieron que existir dos clases de revistas, libros y obras de teatro: una para los miembros de la vieja generación y otra para los de la nueva.

Todo esto ocurrió ochenta años atrás. Actualmente nacían los hijos de la tercera generación betrizada, y de los no betrizados sólo vivía un número insignificante: eran ya ancianos de ciento treinta años. Lo que había constituido la esencia de su juventud parecía tan lejano a la nueva generación como las tradiciones de la Edad de Piedra.

En el libro de historia encontré por fin informaciones sobre el segundo suceso en importancia del siglo pasado. Se trataba del triunfo sobre la gravitación. Incluso se había llamado a dicha época el «siglo de la parastática». Mi generación soñaba con dominar la gravitación, esperando que significara una transformación total de la astronáutica. La realidad fue distinta: la transformación tuvo lugar, pero afectó sobre todo a la Tierra.

Uno de los horrores de mi tiempo era el problema de la «muerte en tiempos de paz», causado por los accidentes de tráfico. Todavía recuerdo que los cerebros más preclaros se esforzaban por reducir las estadísticas siempre en ascenso de los accidentes mediante la disminución del tráfico en las calles y carreteras continuamente atestadas. Cientos de miles de personas perdían anualmente la vida en accidentes de circulación; el problema parecía tan insoluble como el de la cuadratura del círculo. «No existe una garantía de seguridad para el peatón — se decía-; el mejor avión, el coche o el tren más resistente puede escapar al control humano; los autómatas son más seguros que el hombre, pero también ellos sufren averías; así pues, incluso la técnica más perfeccionada tiene cierto límite de tolerancia, un tanto por ciento de errores.» La parastática, la ciencia de la gravitación,

introdujo una solución tan inesperada como necesaria. El mundo de los betrizados tenía que ser un mundo de total seguridad: de lo contrario, la perfección biológica de esta intervención no habría servido de nada. Roemer tenía razón. La esencia de este descubrimiento sólo podía expresarse a través de las matemáticas; de unas matemáticas infernales, añadiría yo. Emil Mitke, hijo de un funcionario de Correos, un genio lisiado, dio con una solución general, válida «para todos los universos posibles», que hacía con la teoría de la relatividad lo mismo que hiciera Einstein con la teoría de Newton. Era una historia larga, extraordinaria e inverosímil como todas las historias verdaderas, una mezcla de cosas insignificantes e importantes, de la ridiculez humana con la grandeza humana, que al final, al cabo de cuarenta años, culminó con la aparición de la «cajita negra».

Todo vehículo, todo barco y todo avión tenía que poseer imprescindiblemente esta cajita negra: garantizaba — como Mitke observó bromeando en el ocaso de su vida — la salvación en este mundo; en una situación de peligro — la caída de un avión, el choque de automóviles o trenes, en suma, cualquier catástrofe — liberaba una carga de «anticampo gravitacional», que al formarse y entrar en contacto con la inercia producida por el choque (dicho en términos generales, una deceleración repentina, una pérdida de velocidad), daba un cero como resultado final. Este cero matemático era una realidad absoluta: absorbía todo el choque, toda la energía del accidente, y de este modo no sólo salvaba a los pasajeros del vehículo, sino también a aquellos a quienes hubiese atropellado su incontrolada masa.

Había «cajitas negras» por doquier: incluso en grúas, ascensores, cinturones de paracaídas, transatlánticos y bicicletas. La sencillez de su construcción era tan asombrosa como complicada la teoría de su origen.

La mañana ya teñía de rojo las paredes de mi habitación cuando caí extenuado sobre la cama, consciente de haber conocido la mayor revolución de la época, después de la betrización, ocurrida durante mi ausencia de la Tierra.

Me despertó el robot, que entró con el desayuno. Era casi la una. Me senté en la cama y me aseguré de que tenía bajo la mano el libro de Starck que la noche anterior dejara a un lado:

Problemática de los vuelos estelares.

— Debe usted cenar, señor Bregg — me reprochó el robot —, pues de lo contrario perderá las fuerzas.

Tampoco es recomendable leer hasta que amanece. Los médicos lo desaconsejan, ¿sabe?

— Sí, pero ¿cómo lo sabes tú? — pregunté.

— Es mi deber, señor Bregg.

Me alargó la bandeja.

— Intentaré corregirme — observé.

— Espero que no haya interpretado mal una atención que no quería ser inoportuna — contestó.

— Claro que no — dije. Removí el café, noté cómo los terrones de azúcar se disolvían bajo la cucharilla y un asombro tan sereno como intenso me invadió; no sólo porque estaba realmente en la Tierra, porque había vuelto, no sólo por el recuerdo de la lectura nocturna, que todavía rumoreaba y fermentaba en mi cabeza, sino también por el sencillo hecho de estar sentado en la cama, de que mi corazón latiera, de estar vivo.

Me habría gustado hacer algo en honor de este descubrimiento, pero, como de costumbre, no se me ocurrió ninguna idea sensata.

— Escucha — dije al robot —, quiero pedirte una cosa.

— Siempre a su servicio.

— ¿Tienes tiempo? Entonces tócame otra vez la misma melodía de ayer, ¿quieres?

— Con mucho gusto — repuso, y al son de las alegres notas, apuré el café en tres grandes sorbos. En cuanto el robot se hubo ido, me puse el bañador y corrí hacia la piscina.

Realmente no sé por qué tenía siempre tanta prisa. Algo me impulsaba, como un presentimiento de que esta tranquilidad mía — inmerecida e inverosímil — pronto llegaría a su fin. Esta prisa constante me hizo cruzar el jardín y trepar a la palanca en un par de zancadas y sin mirar ni una sola vez a mi alrededor. Cuando ya me daba impulso, vi dos personas saliendo de detrás de la casa; por motivos evidentes, no podía observarlos desde más cerca.

Ejecuté un salto — no el mejor — y toqué el fondo. Abrí los ojos. El agua era como un cristal tembloroso, verde, las sombras de las olas bailaban sobre el fondo iluminado por el sol.

Nadé bajo el agua hasta la escalerilla, y cuando salí del agua ya no había nadie en el jardín.

Pero mis ojos bien entrenados habían fijado en su retina, a medio vuelo, la imagen invertida durante una fracción de segundo de un hombre y una mujer. De modo que ya tenía vecinos.

Dudé entre dar o no otra vuelta a la piscina, pero Starck salió victorioso. La introducción de este libro — donde hablaba de los vuelos a las estrellas, a los que calificaba de un error de juventud — me había encolerizado tanto que a punto estuve de cerrarlo con la determinación de no volver a mirarlo. Pero conseguí dominarme. Subí, me cambié y al bajar vi sobre la mesa del vestíbulo una sopera llena de frutas de color rosa pálido, que recordaban un poco a las peras. Llené de ellas los bolsillos de mis pantalones, encontré un lugar

apartado, protegido en tres lados por setos de jardín, trepé a un viejo manzano, busqué una rama apropiada para mi peso y empecé allí mismo el estudio de aquella oración fúnebre al trabajo de mi vida.

Al cabo de una hora ya no me sentía tan seguro. Los argumentos de Starck eran muy difíciles de refutar. Se basaba en los escasos datos procedentes de las dos primeras expediciones, que habían precedido a las nuestras; nosotros las llamábamos «pinchazos», ya que sólo eran sondeos a una distancia de algunos años luz. Starck hizo tablas estadísticas de la probable diseminación, o, dicho de otro modo, «densidad de población» de toda la galaxia.

Calculó que la probabilidad de encontrar seres inteligentes era de uno a veinte. En otras palabras: por cada veinte expediciones — dentro de los límites de mil años luz —, sólo una tenía la posibilidad de descubrir un planeta habitado. Pero este resultado — aunque sonaba más bien pobre — parecía a Starck bastante interesante; el plan de los contactos cósmicos no se desmoronaba, en su análisis, hasta la segunda parte de la argumentación.

Me irrité bastante al leer lo que escribía este autor desconocido para mí acerca de expediciones como la nuestra, es decir, las emprendidas antes del descubrimiento del efecto de Mitke y los inventos parastáticos: las consideraba absurdas. Sin embargo, gracias a él leí ahora por primera vez que — al menos en principio — es posible la construcción de una nave que pueda desarrollar una aceleración de. e incluso de. g. La tripulación de una nave semejante no notaría la aceleración ni el frenado: en las cubiertas habría una gravedad constante, igual a la de la Tierra. Así pues, Starck confesaba que eran posibles los vuelos a las fronteras galácticas, incluso a otras galaxias — la transgalaxodromia con la que tanto había soñado Olaf —, y ello dentro de pocos años. A una velocidad que sería solamente una minúscula fracción menor que la de la luz, la tripulación habría envejecido apenas unos meses cuando regresara a la Tierra después de volar hasta el centro de la metagalaxia.

Sin embargo, en la Tierra habrían pasado mientras tanto no cientos, sino millones de años.

La civilización hallada por los astronautas a su regreso ya no podría acogerles; un hombre de Neandertal se habría acostumbrado con más facilidad a nuestro modo de vida.

Pero esto no era todo. No se trataba de la suerte de un grupo de hombres. A través de ellos la humanidad formulaba preguntas que debían ser contestadas por sus enviados. Si sus respuestas estaban relacionadas con el grado de desarrollo de la civilización, la humanidad tenía que conocerlas antes de su regreso, ya que entre las preguntas y la llegada de la contestación habrían pasado millones de años.

Pero tampoco esto era todo. La contestación ya no tenía actualidad, no servía de nada, puesto que traía noticias del estado de otra civilización, extra-galáctica, que databan del tiempo de su llegada a otra galaxia. Pero aquel mundo no se había detenido durante su regreso, sino que había avanzado uno, dos o tres millones de años. De este modo, las preguntas y respuestas se cruzaban en zigzag, llevaban un retraso de centenares de siglos, los cuales convertían en ficción cualquier intercambio de experiencias, valores y pensamientos.

Así pues, los que volvían eran intermediarios y portadores de noticias muertas, y su obra un acto de atolondrada e irreversible alienación de la historia dé la humanidad. Las expediciones espaciales constituían una deserción hasta ahora desconocida, la deserción más costosa de todas de la esfera de los cambios históricos.

¿Y por una locura semejante, por un desatino sin recompensa ni utilidad tenía que malgastar la Tierra sus mayores esfuerzos y renunciar a sus mejores hombres?

El libro terminaba con un capítulo sobre la posibilidad de ulteriores expediciones con ayuda de los robots. Estos, naturalmente, tampoco traerían otra cosa que noticias pasadas, pero así se evitaría al menos la pérdida de vidas humanas.

Luego había un apéndice de tres páginas en el que se intentaba responder a la pregunta de si existía la posibilidad de viajar a velocidades superiores a la de la luz, tal vez en uno de los llamados «contactos instantáneos con el cosmos», es decir, el paso por todo el espacio casi sin emplear tiempo, gracias a las cualidades todavía desconocidas de la materia y el espacio, por medio de una especie de «telecontacto». Esta teoría, o mejor dicho, esta hipótesis, que no se apoyaba en casi ningún hecho, tenía su nombre: teletaxia. Starck creía poseer un argumento que también destruía esta última posibilidad. Si existía realmente — afirmaba —, tenía que haber sido descubierta por una de las civilizaciones más desarrolladas de nuestra galaxia, o de cualquier otra. En tal caso sus miembros podrían «televisitar» en un tiempo mínimo todos los soles y sistemas planetarios, incluyendo el nuestro. Sin embargo, la Tierra aún no había sido «televisitada», lo cual probaba que esta clase de viajes relámpago por el cosmos podían ser imaginados, pero no convertidos en realidad.

Volví a la casa un poco aturdido, con la sensación casi infantil de haber sido ofendido personalmente. Ese hombre, el tal Starck, a quien no había visto nunca, me ofendía como nadie lo había hecho. Mis conocimientos insuficientes son incapaces de transmitir la despiadada lógica de sus manifestaciones. Ya no recuerdo cómo llegué a mi habitación ni cómo me cambié de ropa; de improviso sentí deseos de fumar y observé que estaba fumando hacía rato, acurrucado sobre la cama, como si esperase algo.

Ah, claro: la comida, la comida en común. Ocurría que me atemorizaba un poco la gente, aunque no quisiera confesárselo a nadie, ni siquiera a mí mismo. Por eso había aceptado con tanta rapidez compartir la villa con unos extraños. Tal vez el hecho de que esperase a estos extraños era lo que me inspiraba aquella singular precipitación, como si tuviera que dejarlo todo hecho y prepararme para su presencia, iniciado ya en los secretos de esta nueva vida.

Quizá no habría dicho esto con tanta claridad por la mañana. Pero después de leer el libro de Starck me abandonó de pronto la timidez del encuentro. Saqué del aparato de lectura el cristal azulado, semejante a un pequeño grano, y lo dejé sobre la mesa, lleno de asombro y temor. Este objeto diminuto me había puesto fuera de combate. Por primera vez desde mi regreso pensé en Thurber y Gimma; deseé volver a verles. Tal vez este libro tenía razón, pero siempre hay otra razón detrás de nosotros. Nadie puede tener una razón absoluta; es imposible.

Una señal cantarína me sacó de mi aturdimiento. Me estiré el suéter y bajé, dueño de mí mismo y ya más tranquilo. El sol brillaba a través de la parra de la galería, el vestíbulo, como siempre por la tarde, estaba lleno de una luz indirecta y verdosa. En la mesa del comedor había tres cubiertos.

Cuando entré, la puerta de enfrente se abrió y los otros dos aparecieron. Eran bastante altos para este tiempo. Nos encontramos a medio camino, como los diplomáticos. Dije mi nombre, nos estrechamos la mano y nos sentamos a la mesa.

Sentía una especie de sosegada confusión, como un boxeador que acaba de ponerse en pie tras ser derrotado por una técnica impecable. Así es como contemplé a la joven pareja, como desde un palco.

La muchacha tendría apenas veinte años. No comprendí hasta mucho después que era imposible describirla y que seguramente no se parecía a sus propias fotos: ni siquiera al día siguiente podía recordar qué clase de nariz tenía — recta o algo respingona —. Su modo de alargar la mano para coger un plato me deleitaba como algo valioso, como una sorpresa que no se produce todos los días; sonreía con poca frecuencia y brevemente, como si desconfiara de sí misma o se considerase demasiado impulsiva, demasiado alegre, o quizá también demasiado insolente, y tratara de no demostrarlo. Pero cada vez huía de su propia seriedad, se daba cuenta de ello y se divertía.

Como es natural, no dejaba de atraer mis miradas, y yo tenía que luchar para desviarlas.

No obstante, seguía contemplándola fijamente; sus cabellos parecían estar llamando al viento.

Incliné la cabeza sobre el plato, alargué la mano hacia la fuente, casi sin mirar, y por dos veces estuve a punto de volcar el florero; en

resumen, me portaba de un modo abominable.

Sin embargo, ellos apenas me miraban. Tenían en sus propias miradas una mutua intimidad, hilos invisibles de una comprensión que les unía. No creo que en todo el rato intercambiáramos más de veinte palabras, que fueron acerca del buen tiempo que hacía y de lo fácil que era reponerse aquí.

El tal Marger era apenas una cabeza más bajo que yo, pero esbelto como un adolescente, pese a tener más de treinta años. Iba vestido más bien de oscuro; un tipo rubio de cabeza alargada y frente alta. Al principio me pareció extraordinariamente guapo, pero sólo cuando su rostro estaba inmóvil. En cuanto hablaba — casi siempre con una sonrisa para su mujer, y haciendo alusiones completamente incomprensibles para un extraño —, resultaba casi feo. No es que lo fuera en realidad, sólo que entonces sus proporciones parecían desdibujarse, la boca se torcía hacia la izquierda y perdía expresión, e incluso la sonrisa era inexpresiva, aunque tenía los dientes blancos y regulares. Y cuando se animó, el azul de los ojos se intensificó demasiado y su mandíbula se me antojó demasiado marcada; en conjunto, daba la impresión de ser un modelo de belleza masculina surgido de las páginas de una revista de modas.

En suma, me fue desde el principio extremadamente antipático.

La muchacha — pues así debía llamar a su mujer en mis pensamientos, incluso aunque no quisiera — no tenía ni ojos ni labios bonitos, ni tampoco un cabello que llamara la atención; no había en ella nada fuera de lo corriente. «Con una chica así — pensé — sería capaz de recorrer las Montañas Rocosas con una tienda de campaña a la espalda.» ¿Por qué precisamente montañas? Su figura despertaba en mí asociaciones de noches pasadas en la región de pinos negros, y laboriosos ascensos a las cumbres, y también de la orilla del mar, donde no hay nada más que arena y olas.

¿Sólo porque no llevaba los labios pintados? Yo sentía su sonrisa desde el otro lado de la mesa, incluso cuando no sonreía. En un arranque de atrevimiento, decidí contemplar su cuello; fue como si estuviera cometiendo un robo. La comida tocaba ya a su fin. Marger se volvió de pronto hacia mí; ¿seguro que no me ruboricé? Habló un rato antes de que le entendiera. La casa sólo poseía un glider y él, sintiéndolo mucho, tenía que tomarlo para ir a la ciudad. ¿Quería ir yo también, en lugar de quedarme aquí hasta la noche? Desde luego, podía enviarme otro glider desde la ciudad, o bien…

Le interrumpí. Empecé a decir que no quería ir a ninguna parte, pero en seguida titubeé y entonces oí mi propia voz contestando que sí, que de hecho tenía intención de ir a la ciudad, y puesto que él se ofrecía…

— De acuerdo — repuso. Ya nos habíamos levantado de la mesa

—. ¿Qué hora le parece más conveniente?

Intercambiamos frases amables hasta que logré hacerle confesar que tenía prisa. Le dije que para mí cualquier hora era buena. Acordamos encontrarnos al cabo de media hora.

Subí a la planta superior, algo asombrado del curso de los acontecimientos. El no me importaba nada, y yo no tenía absolutamente nada que hacer en la ciudad. ¿Para qué, pues, toda esta excursión? Además, su cortesía se me antojaba un poco exagerada. Si de verdad yo hubiera tenido prisa por llegar a la ciudad, los robots no habrían permitido que me marchase a pie. ¿Querría algo de mí? Pero ¿qué? No me conocía en absoluto. Me devané — inútilmentelos sesos hasta que pasó el tiempo y bajé al vestíbulo.

Su mujer no se veía por ninguna parte; ni siquiera se asomó a la ventana para decirle adiós desde lejos. Al principio permanecimos callados en el gran vehículo, contemplando las curvas y ondulaciones de la carretera, que serpenteaba entre las colinas. Luego empezamos a hablar.

Me enteré de que Marger era ingeniero.

— Precisamente hoy tengo que controlar la selectestación municipal — dijo —. Tengo entendido que usted también es cibernético, ¿verdad?

— De la Edad de Piedra — contesté —. Sí, pero… perdone…, ¿cómo lo sabe?

— En la agencia de viajes me hablaron de quién sería mi vecino. Como es natural, sentía curiosidad.

— Claro.

Callamos durante un rato. Por las aglomeraciones cada vez más frecuentes de policromas masas de plástico se adivinaba que ya nos acercábamos a la periferia.

— Si me lo permite, quería preguntarle si ustedes tuvieron alguna clase de dificultades con los mandos automáticos — me dijo de repente. Comprendí, mucho más por el tono que por el contenido de la frase, que mi respuesta le interesaba mucho. ¿Así que se trataba de esto?

Pero… ¿por qué?

— ¿Se refiere a los… defectos? Pues claro, los teníamos en cantidad, lo cual es comprensible:

los modelos, en comparación con los de ustedes, eran tan anticuados…

— No, no se trata de los defectos — se apresuró a replicar —, sino más bien de las oscilaciones de la efectividad en circunstancias tan diferentes… Actualmente no tenemos, por desgracia, ninguna posibilidad de probar los aparatos automáticos de forma tan extrema.

En el fondo se trataba de cuestiones puramente técnicas. Sentía

curiosidad por conocer ciertos parámetros de la actividad del cerebro electrónico en el ámbito de gigantescos campos magnéticos, en las nubes de polvo cósmico y durante perturbaciones gravitatorias, y no estaba seguro de si estos datos se encontrarían en el archivo de nuestra expedición, cuya publicación aún no había sido autorizada. Le conté lo que sabía y le aconsejé que consultara a Thurber para datos más específicos, ya que había sido ayudante del director científico de nuestra expedición.

— ¿Podré decirle que voy de su parte?

— Naturalmente.

Me dio las gracias efusivamente. Yo estaba algo decepcionado. ¿Conque eso era todo?

Pero gracias a esta conversación surgió entre nosotros una especie de vínculo profesional, y ahora le pregunté a mi vez sobre el significado de su trabajo: ignoraba qué era una selectestación.

— Oh, nada interesante. Es un almacén de chatarra… En realidad, yo querría dedicarme al trabajo científico; esto es solamente una especie de práctica, que por otra parte ni siquiera es muy útil.

— ¿Práctica? ¿Trabajar en un almacén de chatarra? ¿Cómo es eso? Usted es cibernético, así que…

— Es chatarra cibernética — me explicó con una sonrisa oblicua. Y añadió, casi despectivamente-: Porque somos muy ahorradores, ¿sabe? Se trata de que nada se pierda… En mi Instituto podría enseñarle muchas cosas interesantes, pero aquí…

Se encogió de hombros. El glider abandonó el carril y se deslizó por un alto tubo de metal hasta el espacioso patio de una fábrica; vi gran número de camiones de transporte y compuertas de \ reja, algo que me recordó un horno Siemens Martin modernizado.

— Ahora pongo el coche a su disposición — dijo Marger. Por una ventanilla de la pared frente a la que nos habíamos detenido, se asomó un robot y le dijo algo. Marger se apeó; empezó a gesticular y de pronto se volvió hacia mí, bastante malhumorado —. Mala suerte — explicó —.

Gloor, mi colega, está enfermo, y yo no puedo hacerlo solo… ¡Vaya problema!

— ¿De qué se trata? — pregunté, bajando del glider.

— El control debe ser efectuado por dos personas, como mínimo — me dijo Marger. Entonces su rostro se animó de improviso —. ¡ Señor Bregg! ¡Pero si usted también es cibernético!

¿Consentiría en ayudarme?

— ¡ Conque cibernético! — sonreí —. De antigüedad, debería añadir. Ya no sé nada de nada.

— Se trata de un mero formulismo — interrumpió —. Me encargaré gustosamente de la parte técnica; usted sólo tendrá que

firmar, ¡nada más!

— ¿Cree usted? — dije, vacilando. Comprendía muy bien que tenía prisa por volver al lado de su mujer, pero yo no podía hacerme pasar por quien no era; y no sirvo para comparsa. Se lo dije, aunque con palabras más suaves. El alzó los dos brazos.

— ¡Por favor, no me interprete mal! Si usted no tiene tiempo…; ahora recuerdo que quería hacer algo en la ciudad…; yo ya me arreglaré como pueda… Perdóneme por…

— Las otras cosas pueden esperar — contesté —. Hable, se lo ruego, y si puedo, le ayudaré.

Entramos en un edificio blanco que estaba un poco apartado. Marger me precedió por un pasillo vacío muy singular: en los nichos se mantenían inmóviles unos cuantos robots. En una oficina pequeña, amueblada con sencillez, sacó un montón de papeles de un armario, los colocó sobre la mesa y empezó a explicarme en qué consistía su función, o mejor dicho, la nuestra. No era buen conferenciante y pronto dudé de las posibilidades de su carrera como científico; mencionaba sin cesar una ciencia de la que yo no tenía ni idea, por lo que tenía que interrumpirle a cada momento y formular, avergonzado, preguntas elementales. Pero él, interesado en no desanimarme, se empeñaba en considerar como virtudes todas las pruebas de mi ignorancia. Al final supe que desde hacía varias décadas había una separación total entre la producción y la vida.

La producción era automática y se desarrollaba bajo la vigilancia de robots, los cuales a su vez dependían de otros robots; aquí ya no había lugar para las personas. La sociedad humana existía aparte de los robots y máquinas automáticas; sólo que para evitar cualquier confusión imprevisible en este orden establecido del ejército laboral mecánico, eran imprescindibles los controles periódicos, llevados a cabo por especialistas. Marger era uno de ellos.

— Sin duda — observó —, todo estará en orden. Y cuando hayamos examinado una por una todas las partes del proceso, estampamos nuestras firmas y ya está.

— Pero si ni siquiera sé qué se produce aquí… — dije, señalando los edificios al otro lado de la ventana.

— Nada, ¡absolutamente nada! — gritó —. De eso se trata precisamente…; nada en absoluto. Es un almacén de chatarra, ya se lo he dicho.

El papel que se me imponía no me entusiasmaba, pero no podía seguir ofreciendo resistencia.

— Bueno, está bien… ¿Qué debo hacer?

— Lo mismo que yo: examinar cada grupo por separado.

Dejamos los papeles en la oficina y empezamos el control. Lo primero era un almacén de clasificación donde perolas automáticas

recogían grandes montones de chapa, los aplastaban y los lanzaban bajo la prensa. Los bloques salidos de ésta eran conducidos hasta el contenedor principal por cintas transportadoras. En la entrada, Marger se colocó sobre la cara una pequeña máscara con filtro y me alargó otra; no podíamos hablar a causa del estruendo reinante. El aire estaba lleno de un polvillo herrumbroso que se levantaba de las prensas como nubes rojizas. Cruzamos la sala siguiente, dominada también por el estruendo, y llegamos por un pasillo deslizante al piso donde hileras de prensas se tragaban la chatarra que salía de los embudos y que ahora era más fina y no tenía ninguna forma. Una galería abierta conducía al edificio de enfrente. Marger comprobó allí los indicadores de control, y entonces fuimos al patio de la fábrica, donde un robot nos salió al encuentro con la noticia de que el ingeniero Gloor llamaba por teléfono al señor Marger.

— ¡Perdóneme un momento! ¡ En seguida vuelvo! — gritó Marger y bajó corriendo por una escalera de caracol hacia un cercano pabellón de cristal. Me quedé solo sobre las baldosas ardientes por el sol. Miré a mi alrededor: los edificios del otro lado ya los habíamos visitado, eran salas de prensado y clasificación; la distancia y la insonorización apagaban todos los ruidos.

Detrás del pabellón en el que había desaparecido Marger se levantaba un edificio aislado, bajo y extraordinariamente largo, una especie de barraca de hojalata; fui hacia allí para encontrar algo de sombra, pero las paredes metálicas emanaban un calor insoportable. Ya me iba cuando oí un singular ruido que no se parecía al de las máquinas en funcionamiento; venía del interior de esta barraca y era difícil de identificar. A treinta pasos encontré una puerta de acero; ante ella estaba un robot. Al verme, abrió la puerta y se hizo a un lado. Los incomprensibles sonidos adquirieron más fuerza.

Miré hacia dentro: no estaba tan oscuro como me pareció al principio. El resplandor muerto de la hojalata recalentada casi me quitó la respiración. Me habría ido inmediatamente si las voces ahogadas no me hubiesen paralizado. Eran voces humanas, pero alteradas; un coro de voces roncas, confusas, entrecortadas, hablando al unísono. Como si en la oscuridad emitieran sonidos una gran cantidad de teléfonos estropeados.

Di dos pasos inseguros, algo crujió bajo mi pie y desde el sucio alguien dijo claramente:

— Porr fevorr, señor…, porr fevorr…, le rrego…

Me quedé inmóvil. El aire sofocante olía a hierro. El murmullo venía de abajo.

— …Le rrego…, coidado, señorr…

A esta voz se unió otra que recitó monótona y rítmicamente:

— Anomalías excéntricas, asíntotas en forma de bala…, campo

del infinito…, sistema primitivo de líneas…, sistema holonómico…, espacio semimétrico…, espacio esférico…, espacio erizado…, espacio sumergido…

— Señorr…, a su servicio…, porr fevorr…, señorr, le rrego…

Los roncos murmullos penetraban literalmente la penumbra:

— Ser viviente planetario, su fétido pantano es el amanecer de la existencia, la fase inicial. Y de la sanguinolenta masa cerebral surgirá el amoroso cobre…

— Brek, break, brabsel, be…, bre…, veriscopio…

— Clase imaginaria… Clase fuerte… Clase vacía… Clase entre todas las clases…

— Señorr, porr fevorr, señorr, coidado, le rrego…

— Shshsh, basta…

— Tú…

— ¿Qué?

— ¿Me oyes?

— Te oigo…

— ¿Puedes tocarme?

— Break, break, brabsel…

— No tengo con qué…

— Lásstima… Ve…, verías lo luminoso y frío que soy… Que me devuelvan mi ar…, armadura y mi espada de oro… De noche me quitaron mi… herencia…

— Estos son los últimos esfuerzos de encarnación del maestro en descuartización y división, que ahora se levanta, se levanta sobre el reino tres veces despoblado de hombres…

— Soy nuevo…, soy completamente nuevo…, nunca he tenido un cortocircuito con el esqueleto…, puedo seguir…, por favor…

— Señorr, porr fevorr…

No sabía hacia dónde volverme, aturdido por el calor y estas voces roncas, que venían de todas partes; desde el suelo hasta la ventana en forma de hendidura del techo se amontonaban troncos abollados y retorcidos; un resto de luz brillaba en el interior de su hojalata.

— So…lo tenía un pequeño de…fecto; pero ya estoy bi…bien, ya veo…

— ¿Qué ves? Está oscuro…

— Pero aun así veo bi…bien…

— Por favor, escúcheme…; no tengo precio, soy muy valioso; encontraba cualquier pérdida de energía, cualquier escape de fluido, cualquier tensión excesiva; se lo ruego, póngame a prueba. Este…, este temblor es pasajero, no tiene nada que ver con…, se lo ruego.

— Porr fevorr, señorr, le rrego…

— Una masa por cabeza; tomaban a la propia fermentación por

espíritu, a la carne desgarrada por historia y a los medios contra la descomposición por civilización…

— A mí, por favor, sólo a mí…, es un error…

— Porr fevorr, señorr, le rrego…

— Os salvaré…

— ¿Quién es…?

— ¿Qué…?

— ¿Quién salva?

— Repetid conmigo: el fuego no me engullirá y el agua no me convertirá del todo en herrumbre, los dos elementos me conducirán hasta la puerta…

— ¡Shshshsh!

— Contemplación de los cátodos.

— Catodoplación.

— Estoy aquí por un error… Pienso…, puedo pensar..

— Soy el espejo de la traición…

— Señor…, a su servicio…, le rrego, coidado, porr fevorr…

— Salvación de los inmortales… Salvación de las nebulosas… Salvación de las estrellas…

— ¡ Está aquí! — proclamó un grito.

Y de repente reinó un silencio que con su indescriptible tensión fue todavía más penetrante que el anterior coro de voces.

— ¡Señor! — exclamó algo; ignoraba la causa de mi certeza, pero adiviné que esta palabra iba dirigida a mí. No reaccioné.

— Señor, se lo ruego, atienda un momento. Señor, yo… soy diferente. Estoy aquí por un error…

Una confusión de voces.

— ¡Silencio! ¡Yo estoy vivo! — gritó para dominar el estruendo —. Es cierto, me metieron aquí, me recubrieron de hojalata a propósito, para que no se vea, pero acerque la oreja, ¡verá como me oye el pulso!

— ¡Yo también! — exclamó otra voz —. ¡Yo también! ¡ Señor! Caí enfermo, y durante mi enfermedad pensé que era una máquina. ¡Tal fue mi desvarío, pero ahora ya estoy sano!

Hallister, el señor Hallister puede confirmárselo, ¡se lo ruego, pregúntele! ¡Sáquenme de aquí, por favor!

— Porr fevorr, señorr…, se lo rrego.

— Break, break.

— A su servicio…

La barraca retumbaba y crujía al son de las voces oxidadas, y de repente un angustioso grito la invadió. Retrocedí y salté hacia el sol, deslumbrado, parpadeando; me quedé largo rato con la mano sobre los ojos y oí detrás de mí un ruido prolongado y rechinante; era el robot, que cerraba la puerta y pasaba el cerrojo.

— Señor… — se oía todavía una voz ahogada detrás de la pared —. Se lo ruego…, a su servicio…, un error…

Pasé por delante del pabellón de cristal; no sabía adonde ir, pero quería alejarme lo más posible de aquellas voces, no volver a oírlas; y me estremecí cuando de pronto alguien me tocó el hombro. Era Marger, el rubio, apuesto y sonriente Marger. — Ah, perdóneme, señor Bregg, le pido mil perdones. He tardado mucho…

— ¿Qué ocurrirá con ellos? — le interrumpí casi con brusquedad, señalando con la mano la barraca aislada.

— ¿Cómo dice? — Sus párpados temblaron —. ¿Con quién? — De improviso me comprendió —.

¿De modo que ha estado allí? No era necesario…

— ¿Qué quiere decir con que no era necesario?

— Es chatarra.

— ¿Qué?

— Chatarra para fundir después de la selección. ¿Nos vamos? Tenemos que firmar los papeles.

— Un momento. ¿Quién realiza esa… selección?

— ¿Quién? Los robots.

— ¿Qué? ¿Ellos solos?

— Pues claro.

Al fijarse en mi mirada, enmudeció.

— ¿Por qué no son reparados?

— Porque no compensa — dijo lentamente, con expresión de asombro.

— ¿Y adonde los llevan?

— ¿La chatarra? La transportan hasta allí — y señaló el alto y solitario horno Siemens-Martin.

Sobre la mesa de la oficina ya estaban preparados los papeles — el documento de control y otros papeluchos —. Marger rellenó las columnas correspondientes, firmó y me alargó la estilográfica. Yo la hice girar entre los dedos.

— ¿Y no existe ninguna posibilidad de error?

— ¿Cómo?

— Allí entre esa… chatarra, como usted la llama, podrían encontrarse algunos útiles y en bastante buen estado, ¿no cree?

Me miró como si no comprendiera lo que le decía.

— Yo he tenido esta impresión — añadí lentamente.

— Pero este asunto no nos concierne — replicó.

— ¿Ah, no? ¿A quién, pues?

— Es asunto de los robots.

— ¿Por qué? Nosotros hemos venido a controlar.

— No, no — dijo sonriendo, aliviado de haber averiguado por fin la causa de mi error —. Esto no tiene nada que ver con lo otro.

Nosotros controlamos la sincronización de los procesos, su ritmo y su efectividad. No nos preocupamos de detalles como la selección. No es asunto nuestro. Aparte de que no es necesario, tampoco sería factible, ya que por cada persona hay actualmente dieciocho robots, y cinco de éstos terminan diariamente su ciclo y acaban en el montón de chatarra. Esto significa dos mil millones de toneladas por día.

Por lo tanto, comprenderá que sería imposible controlarlo. Además, la estructura de nuestro sistema reposa precisamente en el concepto opuesto: los robots nos sirven, no nosotros a ellos…

No pude aducir nada en contra. En silencio, firmé las hojas. Ya íbamos a separarnos cuando yo — de modo inesperado incluso para mí — le pregunté si producían robots a semejanza del hombre.

— Pues no — repuso, y añadió titubeando-: En un tiempo nos dieron mucho que hacer…

— ¿Por qué?

— Verá. ¡ Ya conoce a los ingenieros! Han llegado a ser tan perfectos en la imitación que ciertos modelos no podían distinguirse de los seres vivientes. Mucha gente no podía soportarlo.

De pronto recordé la escena en la nave con la cual había venido de la Luna.

— ¿No podían soportarlo? — repetí —. ¿Era tal vez una especie de… fobia?

— No soy psicólogo, pero creo que podría llamarse así. Pero ocurrió hace ya mucho tiempo.

— ¿Ya no hay robots semejantes?

— Sí, muchas veces se les ve en cohetes de corto alcance. ¿Ha visto alguno?

Di una respuesta evasiva.

— ¿Le queda tiempo para hacer sus gestiones? — preguntó con voz llena de ansiedad.

— ¿Qué gestiones?

Me vino a la memoria que había fingido tener que atender un asunto en la ciudad. Nos separamos a la salida de la estación, pues me acompañó hasta la puerta Deambulé un buen rato por las calles, fui al realon, salí sin esperar siquiera la mitad de la representación y volví a Klavestra de pésimo humor. A un kilómetro de la villa envié el glider a su punto de origen y caminé el resto del trayecto.

«No pasa nada. Son mecanismos de metal, alambres y vidrio, pueden montarse y desmontarse», dije para mis adentros. Pero no puedo huir del recuerdo de aquella sala, aquella oscuridad con las voces entrecortadas, aquel tartamudeo desesperado que ocultaba un significado excesivo, un exceso del temor más normal. Al fin y al cabo, yo era un experto en tales cosas. El horrible temor de una súbita destrucción no era irreal para mí como lo era para los otros, para estos

sensatos constructores que lo habían fabricado todo tan bien. Los robots trabajaban hasta el fin con los de su especie, y los hombres no se mezclaban en sus cosas. Era un círculo cerrado de maquinaria precisa, que se creaba a sí misma, se reproducía y se aniquilaba. Sólo que yo había escuchado innecesariamente los síntomas de su agonía mecánica.

Hice un alto en la colina. Bajo el sol oblicuo, el paisaje era de una belleza indescriptible.

De vez en cuando, luminoso como un proyectil negro, un glider pasaba por la cinta de la carretera, que apuntaba hacia el horizonte, sobre el cual se perfilaban los contornos de las montañas azulados y desdibujados por la distancia.

Y de pronto sentí que no podía contemplar aquello, como si no tuviera derecho a hacerlo y como si en ello se ocultara un terrible engaño. Me senté bajo los árboles, me cubrí el rostro con las manos y lamenté haber regresado. Cuando llegué a la casa, se me acercó el robot blanco.

— Le llaman por teléfono, señor — dijo en tono confidencial —. Conferencia de Eurasia.

Le seguí a toda prisa. El teléfono se encontraba en el vestíbulo, por lo que mientras hablaba podía ver el jardín a través de la puerta de cristal.

— ¡Hal! — gritó una voz lejana pero clara —. ¡Soy Olaf!

— ¡Olaf…! ¡Olaf! — repetí en tono triunfante —. Muchacho, ¿dónde estás?

— En Narvik.

— Y ¿qué haces? ¿Cómo te va? ¿Has recibido mi carta?

— Claro. Por eso he sabido dónde buscarte.

Una breve pausa.

— Dime, ¿qué haces? — repetí, inseguro de pronto.

— Vamos, ¿qué quieres que haga? Nada. ¿Y tú?

— ¿Estuviste en el ADAPT?

— Sí. Pero sólo un día. Luego me esfumé. No podía, ¿sabes?

— Sí, lo sé. Escucha, Olaf. He alquilado una villa aquí, ni yo mismo sé por qué, pero ¡escucha! ¡Ven a verme!

No contestó en seguida. Cuando habló de nuevo, en su voz había cierta vacilación.

— Me gustaría ir. Quizá iría, Hal; pero ya sabes lo que nos han dicho…

— Sí, pero no pueden hacernos nada. Por otra parte, ¡ que se vayan al cuerno! Limítate a venir.

— ¿Para qué? Reflexiona, Hal. Tal vez será…

— ¿Qué?

— Peor.

— ¿Cómo sabes que a mí no me va bien?

Oí su risa breve, en realidad un suspiro; tan tenue fue.

— ¿Y por qué quieres que vaya?

De pronto se me ocurrió una idea brillante.

— Olaf, escucha. Esto es como un veraneo, ¿sabes? Una villa con jardín y piscina. Bueno, ya sabes cómo es todo ahora, ya sabes cómo viven, ¿verdad?

— Más o menos.

El tono con que dijo estas palabras era más elocuente que ellas.

— Pues eso. Así que atiende bien: vienes, pero antes procura conseguir guantes de boxeo.

Dos pares. Practicaremos un poco. ¡Verás qué estupendo será!

— ¡Muchacho! ¡Hal! ¿De dónde quieres que saque los guantes de boxeo? Hace años que no existen esas cosas.

— Entonces encarga que los hagan. No pretenderás convencerme de que no saben hacer cuatro malditos guantes. Nos construiremos un pequeño ring, y nos atizaremos de lo lindo.

Nosotros podemos hacerlo. ¡Olaf! Supongo que ya habrás oído algo sobre la betriación, ¿me equivoco?

— Claro que no. Podría decirte lo que pienso de esto, pero prefiero no hacerlo por teléfono.

Alguien podría molestarse.

— Escucha. Vendrás, ¿eh? ¿Lo harás?

Calló bastante rato.

— No sé si tiene sentido, Hal.

— Está bien. Entonces dime qué planes tienes. En caso de que tengas alguno, no se me ocurrirá imponerte mis caprichos, naturalmente.

— No tengo ninguno — contestó —. ¿Y tú?

— Vine aquí para recuperarme, por así decirlo, aprender un poco, leer, pero esto no son planes, es simplemente que no tengo nada más que hacer.

— ¿Olaf?

— Me parece que hemos empezado igual — rezongó —. Hal, es posible que esto no signifique nada. Puedo volver en cualquier momento, en caso de que se demuestre que…

— ¡Vamos, cállate! — exclamé con impaciencia —. ¿De qué estás hablando? Haz el equipaje y ven. ¿Cuándo puedes estar aquí?

— Por mí, mañana temprano. ¿De verdad quieres boxear?

— ¿Tú no?

Se echó a reír.

— ¡Claro, hombre! Y seguro que por la misma razón que tú.

— Así pues, de acuerdo — dije muy de prisa —. Te espero. Hasta pronto.

Subí al piso de arriba. Busqué una cuerda entre las cosas que guardaba en una maleta especial. Encontré un grueso ovillo de cuerda. Para el ring. Ahora sólo faltaban cuatro pequeñas estacas, goma elástica o muelles, y ya tenemos un cuadrilátero de boxeo. Sin arbitro; no nos hará ninguna falta.

Entonces me senté ante los libros. Tenía la cabeza como embotada. En estos casos debía abrirme paso a través de cada texto como una carcoma por un tronco de roble. Pero nunca me había resultado tan difícil. Durante dos horas escarbé en veinte libros, pero en ninguno pude mantener la atención más de cinco minutos. Deseché hasta los cuentos; sin embargo, me propuse continuar, y elegí precisamente lo que me parecía más difícil: una monografía del análisis de los metagenes. Me lancé sobre las primeras ecuaciones como quien se lanza contra la pared.

No obstante, las matemáticas poseían ciertas cualidades salvadoras, especialmente para mí. Al cabo de una hora, de repente, comprendí lo que leía y, con la boca abierta, sentí una gran admiración por el tal Ferret: ¿cómo pudo conseguirlo? Incluso ahora, que he recorrido el camino desbrozado por él, me pregunto muchas veces cómo debió de ocurrir; yendo paso a paso aún podía comprenderlo, pero él había tenido que abarcarlo todo de un solo salto.

Daría todas las estrellas por tener en mi propia cabeza algo que sólo se pareciera a lo que él tenía en la suya…

Cantó la señal de la cena, e inmediatamente sentí una punzada en el corazón al pensar que ya no estaba solo. Durante un segundo pensé en cenar arriba, pero me avergoncé en seguida de esta idea. Tiré bajo la cama la horrible chaqueta de punto, que me convertía en un mono hinchado, me puse mi vieja y querida chaqueta y bajé al comedor.

Los otros dos ya estaban a la mesa. Exceptuando algunas frases corteses, en el comedor reinó el silencio. Porque ellos tampoco se hablaban. No necesitaban palabras; se comprendían con la mirada. Ella le hablaba con un movimiento de cabeza, un parpadeo, una sonrisa fugaz.

Lentamente empezó a invadirme una pesadez fría. Sentí que las manos estaban ávidas, queriendo agarrar algo, apretarlo y aplastar, mía sov tan salvaje? — pensé. desesperado —.

¿Por qué en lugar de pensar en el libro de Ferret, en los problemas de Starck, tengo que contenerme para no mirar como un lobo a esta muchacha?» Pero esto aún no era nada. Tuve un auténtico susto cuando, una vez arriba, cerré tras de mí la puerta de mi cuarto. En el ADAPT me dijeron después de las investigaciones que yo era completamente normal. El doctor Juffon me dijo lo mismo. Pero ¿podía un hombre normal tener sentimientos como los míos en este

momento? ¿A qué se debía? No era activo, solamente un testigo. Lo que ocurría era algo irrevocable, como el movimiento de un planeta; casi imperceptiblemente, algo todavía informe comenzaba a surgir. Fui a la ventana, miré hacia el jardín oscuro y comprendí que esto debía estar latente en mí desde la comida. Sólo necesitaba un cierto tiempo. Por esta causa había ido a la ciudad, por esta causa había olvidado las voces en la penumbra.

Era capaz de todo por aquella muchacha. No podía comprender por qué era así. No sabía si se trataba de amor o de locura. Me daba igual. No sabía nada, aparte de que todo lo demás ya no contaba para mí. Luché contra ello, inmóvil ante la ventana abierta, como jamás había luchado, apreté la frente contra el frío marco de la ventana y sentí un terrible miedo de mí mismo.

Mis labios formaron en silencio las palabras: «He de hacer algo, he de hacer algo.

Naturalmente ocurre porque hay algo que me falta. Pasará. Ella no puede interesarme. No la conozco, ni siquiera es muy bonita. ¡No lo haré, por todos los cielos que no lo haré!», me juré a mí mismo.

Encendí la luz. Olaf. «Olaf me salvará. Se lo contaré todo. Me llevará con él; nos iremos a alguna parte. Haré todo lo que él me diga, todo. Sólo él puede comprenderme. Y llega mañana. Qué bien.» Paseé por la habitación y sentí todos mis músculos, que eran como fieras: se tensaban y luchaban entre sí. De repente caí de rodillas ante la cama, mordí el cobertor y grité de una forma muy extraña; no se parecía a un sollozo, era algo seco, repugnante.

No quería hacer daño a nadie, pero sabía que no necesitaba engañarme a mí mismo y que ni Olaf ni nadie me ayudaría.

Me levanté. En el curso de diez años había aprendido a tomar decisiones por mí mismo.

Tenía que decidir sobre mi propia vida y la de otros y lo hacía siempre del mismo modo. En tales momentos estaba lleno de frialdad, mi cerebro se convertía en un mecanismo que sólo servía para sopesar el pro y el contra, juzgar y decidir irrevocablemente.

Incluso Gimma, que no sentía simpatía hacia mí, confesaba que yo era imparcial. Ahora, aun en el caso de que no quisiera, actuaría del mismo modo que actuaba entonces en los momentos críticos; porque también éste era un momento crítico.

Con la vista encontré el propio rostro en el espejo, las pupilas claras, casi blancas, el iris contraído; lo miré con odio, di media vuelta y comprendí que ni siquiera podía pensar en acostarme. Estaba frente a la ventana; subí al alféizar. Había cuatro metros hasta el suelo.

Salté y aterricé casi sin ruido. Cautelosamente corrí en dirección a la piscina. La pasé de largo y llegué al camino.

La carretera, un poco fosforescente, ascendía por las colinas y se

curvaba como una pequeña serpiente luminosa, hasta que por fin desaparecía en la oscuridad como una raya blanca. Corría cada vez más de prisa para fatigar el corazón, que latía con fuerza y regularidad; corrí durante casi una hora, hasta que vi directamente delante de mí las luces de algunas casas. Entonces corrí en dirección contraria. Ya estaba agotado, pero mantenía el ritmo y me repetía a mí mismo sin palabras: «¡Te está bien empleado, bien empleado!» Seguí corriendo hasta que encontré una doble hilera de setos: volvía a estar ante el jardín de la villa.

Me detuve junto a la piscina, jadeando con fuerza, me senté en el borde de cemento, bajé la cabeza y descubrí el reflejo de las estrellas. No quería ver ninguna estrella. No necesitaba ninguna. Estaba loco, demente cuando luché por tomar parte en la expedición, cuando permití que los gravirrotores hicieran de mí un saco que escupía sangre; para qué necesitaba aquello, por qué no sabía que hay que ser un hombre corriente, absolutamente comente, pues de lo contrario no vale la pena vivir.

Oí un ruido. Pasaban por mi lado. El le rodeaba los hombros; caminaban al mismo paso.

Entonces él se inclinó; las sombras de sus cabezas se fundieron.

Me levanté. El la besaba. Ella le abrazaba la cabeza. Vi las pálidas franjas de sus brazos.

Entonces me atravesó un terrible sentimiento de vergüenza, como si se tratara de un objeto muy afilado y muy real. Yo, un viajero de las estrellas, camarada de Arder, me hallaba en el jardín después de mi regreso y sólo pensaba en quitar la mujer a un hombre, sin conocerles ni a él ni a ella. Un animal, un animal declarado, y aún peor, mucho peor…

No podía mirar. Y no obstante, miraba. Por fin se alejaron lentamente, abrazados, y yo, después de correr alrededor de la piscina, seguí corriendo hacia delante y de pronto vi algo grande y negro y en seguida tropecé contra algo con las manos. Era el coche. A ciegas, encontré la puerta. Cuando se abrió, se encendió una pequeña luz.

Ahora empecé a hacerlo todo con una precipitación resuelta y concentrada, como si quisiera o debiera ir a alguna parte.

El motor zumbó. Moví el volante y a la luz de los faros me dirigí hacia la carretera. Mis manos temblaban un poco, así que agarré el volante con más fuerza. De pronto recordé la cajita negra, frené tan bruscamente que el coche patinó hasta la cuneta, me apeé de un salto, levanté el capot y me puse a buscar febrilmente. El motor era diferente, no podía encontrarla.

¿Tal vez muy hacia delante? Cables. Un bloque de hierro colado. Una caja. Algo desconocido, cuadrangular; sí, debía de ser esto. Saqué las herramientas. Trabajé con ímpetu, pero cuidadosamente, por lo

que mis manos apenas sangraban. Por fin levanté con ambas manos este pesado cubo negro, al parecer hecho de una sola pieza, y lo tiré entre los matorrales. Ya era libre. Cerré la portezuela y salí disparado. El viento se intensificó Aumenté la velocidad, el motor rugía y los neumáticos chirriaban con ruido sordo y penetrante. Un? curva. La tomé sin reducir la marcha, fui a parar a la izquierda y salí de ella por la derecha. Otra curva, ésta más pronunciada. Sentí que una fuerza gigantesca nos empujaba fuera de la curva al coche y a mí. Pero esto aún me pareció poco. Otra curva. En Apprenous había coches especiales para los pilotos. Con ellos realizábamos pruebas suicidas, a fin de comprobar nuestros reflejos. Un ejercicio excelente. También para el sentido de equilibrio. Por ejemplo: en una curva inclinar el coche sobre las dos ruedas exteriores y conducir así un buen rato. Entonces yo sabía hacerlo. Y ahora lo hice en la carretera vacía, lanzándome contra la oscuridad a la luz de los faros. No es que quisiera matarme; no tenía ninguna intención determinada. Si puedo ser desconsiderado con los demás, debo serlo también conmigo mismo. Entré en una curva y levanté mucho el coche, que avanzó un trecho de costado sobre neumáticos atronadores, y entonces lo enderecé e incliné hacia el lado opuesto, y al hacerlo choqué contra algo oscuro — ¿un árbol? — . Ahora ya no veía, sólo seguía oyéndose el ruido del motor y el silbido del viento; el cuadro de mandos se reflejaba pálidamente en el parabrisas. De improviso vi un glider delante de mí, que intentó sortearme arrimándose mucho a la cuneta. Yo giré el volante y pasé como una flecha por su lado; el pesado vehículo dio vueltas como una peonza, se oyó un impacto sordo, la plancha de ambos coches rechinó al rozarse, y en seguida reinó la oscuridad. Los faros estaban destrozados, el motor, parado.

Inspiré profundamente. No me había pasado nada; estaba apenas magullado. Traté de encender los faros: nada. Después, las luces de posición: la izquierda se encendió. Bajo este tenue resplandor, puse de nuevo el motor en marcha; jadeando y tambaleándose, el coche volvió a la carretera. Era realmente un buen coche, pues aún me obedecía, pese a los malos tratos a los que le había sometido. Regresé a menor velocidad, pero el pie seguía pisando el acelerador; el diablo volvía a dominarme en cuanto veía una curva. Y nuevamente puse el motor a toda marcha, hasta que, entre chirridos de neumáticos y lanzado hacia delante por el frenazo, me detuve justo delante del seto. Conduje el coche entre los árboles, haciendo crujir la hierba seca, y lo paré junto a un tronco. No quería que vieran lo que había hecho con él, así que arranqué algunas ramas y cubrí con ellas el radiador y los faros; la parte delantera era la única abollada. Detrás, sólo un pequeño hueco del encontronazo con un árbol, o lo que fuera, en la oscuridad.

Entonces agucé el oído. La casa estaba a oscuras y reinaba un

silencio completo. La gran quietud de la noche se elevaba hacia las estrellas. No quería volver a la casa. Me alejé del destrozado coche, y cuando la hierba, una hierba alta y húmeda, me rozó las rodillas, me tendí sobre ella y permanecí así hasta que mis ojos se cerraron y me quedé dormido.

Me despertó una carcajada. La conocía. Aun antes de abrir los ojos, desvelado inmediatamente, supe quién era. Yo estaba empapado, chorreando gotas de rocío; el sol aún estaba bajo. Un cielo con nubes de algodón. Y frente a mí, sentado sobre una pequeña maleta, Olaf, riendo. Saltamos los dos al mismo tiempo. Su mano era como la mía, grande y dura.

— ¿Cuándo has llegado?

— Ahora mismo.

— ¿Con un ulder?

— Sí. Yo también dormí así… las dos primeras noches, ¿sabes?

— ¿Ah, sí?

Dejó de reír. Yo también. Algo se interpuso ahora entre nosotros. En silencio, nos estudiamos con la mirada.

Era de mi misma estatura, tal vez incluso un poco más alto, pero más delgado. Sus cabellos rojizos revelaban a plena luz su origen escandinavo; los pelos de la barba eran muy claros. Una nariz torcida y muy expresiva y un labio superior fino que en seguida dejaba ver los dientes. Sus ojos, muy azules y sonrientes, se oscurecían cuando se animaba; los labios delgados, siempre algo torcidos, expresaban cierto escepticismo; tal vez a esto se debía que al principio no habíamos congeniado. Olaf tenía dos años más que yo; su mejor amigo había sido Arder. Nosotros no intimamos de verdad hasta que éste murió. Y fuimos amigos hasta el final.

— Olaf-dije —, debes de tener hambre. Ven, vamos a comer algo.

— Espera un momento — objetó —. ¿Qué es esto?

Seguí su mirada.

— ¡Ah, esto! Nada… Un coche. Lo compré, ¿sabes? sólo para recordar…

— ¿Has tenido un accidente?

— Sí. Verás, conducía de noche…

— ¿Tú has tenido un accidente? — repitió.

— Pues, sí, pero no es importante. Además, no ha pasado nada. Ven…, no vas a ir con esa maleta…

La levantó y no añadió nada más. Tampoco me miró. Tenía tensos los músculos de la mandíbula.

«Ha observado algo — pensé-: Ignora la causa de este accidente, pero la presiente, no cabe duda.» Arriba le dije que eligiera una de las cuatro habitaciones libres. Se quedó con la que daba a la montaña.

— ¿Por qué no preferiste ésta? Ah, ya sé — sonrió —. Este oro,

¿verdad?

— Sí.

Tocó la pared con la mano.

— Espero que sea una pared normal. ¿Ni imágenes ni televisión?

— Puedes estar tranquilo sonreí a mi vez; es una pared de verdad.

Telefoneé para pedir el desayuno. Quería tomarlo a solas con él. El robot blanco trajo café y una bandeja muy bien surtida; era un desayuno opíparo. Comimos en silencio. Le contemplé con satisfacción mientras masticaba; encima de la oreja se le movía un mechón de cabellos.

Entonces Olaf me preguntó:

— ¿No fumas?

— Sí. Me traje doscientos cigarrillos negros. No sé qué pasará cuando se terminen. Pero de momento sigo fumando. ¿Quieres uno?

— Sí.

Fumamos.

— ¿Y qué más? ¿Ponemos las cartas sobre la mesa? — preguntó después de largo rato.

— Sí. Te lo contaré todo. ¿Tú también?

— Siempre. Sólo que, Hal, no sé si vale la pena.

— Dime sólo una cosa: ¿sabes lo que es peor?

— Las mujeres.

— Sí.

Callamos de nuevo.

— ¿Así que se trata de esto? — inquirió.

— Sí. Lo verás a la hora de comer. Abajo. Ellos han alquilado la mitad de la villa.

— ¿Ellos?

— Una pareja joven.

Bajo su piel pecosa volvieron a tensarse los músculos de las mandíbulas.

— Eso es peor.

— Sí. Estoy aquí desde anteayer. No sé cómo ha empezado, pero… ya lo sentía cuando hablamos por teléfono. Sin ningún motivo, sin nada…, nada. Absolutamente nada.

— Curioso — dijo.

— ¿Por qué?

— Porque a mí me ha pasado lo mismo.

— ¿Conque por eso has venido?

— Hal, has hecho una buena acción, ¿me comprendes?

— ¿Que te beneficia a ti?

— No. A otra persona. Porque no habría tenido buen fin.

— ¿Por qué?

— Si no lo sabes, no podrías comprenderlo.

— Lo sé, Olaf, pero ¿de qué se trata? ¿Somos verdaderamente salvajes?

— No tengo idea. Pasamos diez años sin mujeres. Es lo primero que has de tener en cuenta.

— Pero eso no lo explica todo. Hay en mí una desconsideración tal, que no respetaría nadie, ¿comprendes?

— Eso no es cierto del todo — replicó —. No, no es cierto.

— De acuerdo, pero sabes a qué me refiero, ¿verdad?

— Claro que sí.

Callamos de nuevo.

— ¿Quieres seguir disparatando o boxeamos…? — me preguntó.

Me eché a reír.

— ¿Cómo has conseguido los guantes?

— Nunca lo adivinarías, Hal.

— ¿Los has hecho hacer?

— ¡Qué va! Los robé.

— ¡No puede ser!

— Que el cielo me ayude, si es mentira. Estaban en un museo…. por eso tuve que volar hasta Estocolmo, ¿sabes?

— Muy bien, pues adelante.

Deshizo su modesto equipaje y se puso el bañador. Nos echamos los albornoces sobre los hombros y salimos. Todavía era temprano. Faltaba media hora para que sirvieran el desayuno.

— Será mejor que vayamos detrás de la casa — propuse —. Desde allí no puede vernos nadie.

Nos detuvimos en un claro entre los altos arbustos. Primero pisamos concienzudamente la hierba, hasta aplastarla.

— Será resbaladizo — observó Olaf, sin dejar de pisar el improvisado cuadrilátero.

— Mejor. Así la lucha será más difícil.

Nos pusimos los guantes. Fue algo complicado, pues no teníamos a nadie que nos los atara, y yo no quería llamar a un robot.

Olaf se situó frente a mí. Tenía el cuerpo completamente blanco.

— Aún no te has bronceado — comenté.

— Más tarde te contaré la razón. No me apetecía echarme en la playa. Gong.

— Gong.

Empezamos cautelosamente. Pases. Movimientos para esquivarle. Seguí esquivándole y empecé a ponerme en forma, buscando el contacto, sin pegarle.

A fin de cuentas, no quería darle con fuerza. Pesaba doce kilos más que él y sus brazos, un poco más largos, no podían detener mis golpes, sobre todo porque yo era mejor boxeador que él. Por eso le dejé acercarse un par de veces, aunque lo podía evitar. De repente

dejó caer los guantes. Su rostro se puso en tensión, sus mandíbulas empezaron a moverse. Estaba furioso.

— Así no — dijo.

— ¿Qué pasa?

— No disimules, Hal. O se boxea de verdad o no se boxea.

— Está bien — dije, enseñando los dientes —. ¡Adelante!

Ahora me acerqué un poco más. Los guantes chocaron entre sí con fuerza. El sintió que yo iba en serio y se puso a la defensiva. El ritmo creció en intensidad. Repartí golpes a derecha e izquierda, en sucesión ininterrumpida, el último chocaba siempre contra su cuerpo; no podía seguirme. De pronto pasó al ataque y consiguió un buen derechazo que me hizo tambalear.

Pero en seguida me repuse. Bailamos unos segundos, me cubrí con el guante, retrocedí y coloqué desde media distancia un derechazo, empleando mucha fuerza en ello. Olaf se dobló, había descuidado su defensa unos instantes, pero no tardó en enderezarse, cubriéndose cuidadosamente. El minuto siguiente lo empleamos en ataques sucesivos. Los guantes golpeaban los brazos con breves ruidos sordos, sin causar ningún daño. Sólo una vez le esquivé con el tiempo demasiado justo; fue realmente un golpe contra la oreja que, de haberme dado de pleno, me habría derribado. De nuevo bailamos uno en torno al otro.

Recibió un fuerte golpe en el pecho, aún podía seguir pegándole, pero no me moví, estaba como paralizado: ella se había asomado a una ventana de la planta baja, con el rostro tan blanco como la prenda que le tapaba los hombros. Fue una fracción de segundo; inmediatamente después me alcanzó un enérgico puñetazo y caí de rodillas.

— ¡Perdona! — oí gritar a Olaf.

— No importa…, me convenía — murmuré, levantándome.

Ahora la ventana estaba cerrada. Seguimos luchando, tal vez medio minuto más, hasta que Olaf retrocedió de pronto.

— ¿Qué te pasa?

— Nada.

— Algo ha de ser.

— Sí, claro. Ya no tengo ganas. ¿Te importa?

— No, hombre. Tampoco tenía mucho sentido empezar tan pronto… Vamos.

Fuimos a la piscina. Olaf saltaba mejor que yo; hacía cosas magníficas. Intenté un salto de espaldas con tirabuzón, que él acababa de ejecutar, pero choqué fuertemente con los muslos contra el agua. Una vez sentado al borde de la piscina, me salpiqué la piel de agua, porque me quemaba como el fuego. Olaf se rió.

— Has perdido la práctica.

— No es eso. El tirabuzón no me ha salido nunca bien. En cambio, ¡ qué bien lo has hecho tú!

— Es algo que no se olvida nunca. Hoy ha sido el primer día que he vuelto a hacerlo.

— Vaya. En tal caso ha sido magnífico.

El sol ya estaba bastante alto. Nos echamos sobre la arena y cerramos los ojos.

— ¿Dónde están… ellos? — me preguntó tras un largo silencio.

— No tengo idea. Seguramente en la parte de la casa que les pertenece. Sus ventanas dan atrás. Yo no lo sabía.

Noté que se había movido. La arena estaba muy caliente.

— Sí, fue por eso — dije.

— ¿Nos han visto?

— Ella.

— Y se ha asustado — murmuró —, ¿verdad?

No contesté. Volvimos a guardar silencio.

— ¡Hal!

— ¿Qué?

— Ahora ya casi no se vuela, ¿lo sabías?

_sí — ¿Sabes también por qué?

— Opinan que carece de sentido…

Le resumí todo lo que había leído de Starck. El permaneció inmóvil, silencioso, pero yo sabía que me escuchaba con atención. Tampoco habló en seguida cuando yo paré de hablar.

— ¿Has leído a Shapley?

— No. ¿Quién es Shapley?

— ¿No? Pensaba que lo habías leído todo… Fue un astrónomo del siglo xx. Casualmente cayó en mis manos uno de sus trabajos, que trataba de este mismo tema. Muy parecido a lo que opina tu Starck.

— ¿Qué dices? Es imposible. El tal Shapley no podía saber… Será mejor que leas a Starck tú mismo.

— No hace falta. ¿Sabes lo que es? Una simple pantalla.

— ¿Qué quieres decir?

— Esto mismo. Creo que ya sé lo que pasó.

— ¿Qué?

— La betrización.

Me incorporé de un salto.

— ¿Tú crees?

Abrió los ojos.

— Está muy claro. Ya no vuelan — y jamás volverán a volar. Cada vez será peor. No pueden ver sangre. No pueden imaginarse qué ocurriría si…

— Espera — interrumpí —, esto es totalmente imposible. Hay médicos, tiene que haber cirujanos…

— ¿De modo que ignoras esto?

— ¿Qué?

— Los médicos planean las operaciones, pero los que las llevan a cabo son los robots.

— ¡ No es posible!

— Pues es cierto. Lo he visto yo mismo, en Estocolmo.

— ¿Y si un médico ha de practicar una operación de urgencia?

— Esto no lo sé con exactitud. Parece que existe un preparado que anula parcialmente las consecuencias de la betrización, por un tiempo muy breve; y no te figuras cómo lo vigilan. La persona que me lo dijo se negó a dar detalles concretos.

Tenía miedo.

— ¿De qué?

— Lo ignoro. Hal, me parece que han hecho algo espantoso. Han matado en el ser humano…

al ser humano.

— Bueno, esto no se puede afirmar — observé, indeciso —. Al fin y al cabo…

— Espera. Es algo muy sencillo. El que mata está preparado a morir a su vez, ¿no?

Callé.

— Y por eso es en cierto modo necesario que puedas ponerlo todo en juego, todo. Nosotros podemos. Ellos no. Por eso nos tienen tanto miedo.

— ¿Las mujeres?

— No sólo las mujeres. Todos. Escucha, Hal.

Se sentó de repente.

— ¿Qué hay?

— ¿Tienes un hipnagog?

— Un hip… ¿Ese aparato que te instruye mientras duermes? Sí.

— ¿Lo has utilizado? — casi gritó.

— No… ¿Por qué?

— Estás de suerte. Tíralo a la piscina.

— ¿Por qué? ¿Qué es? ¿Lo has usado tú?

— No. Tuve una corazonada y lo escuché todo estando despierto, aunque las instrucciones de uso lo prohibían. ¡No tienes idea, muchacho!

Ahora fui yo quien se sentó.

— ¿Qué hay en su interior?

Me miró con cara de pocos amigos.

— Cosas dulzonas. Lo más empalagoso que puedas imaginarte. Que has de ser amable y bueno. Que has de aceptar cualquier ofensa, pues si alguien no comprende o no quiere ser amable contigo — una mujer, claro — ha de ser culpa tuya, no de ella. Que el equilibrio

social, la estabilidad es el bien mayor, y así una y otra vez hasta llegar al centenar. Y la conclusión:

vivir tranquilamente, escribir las propias memorias, no para su publicación, sino para sí mismo, hacer deporte y continuar instruyéndose. Y escuchar a las personas mayores.

— Debe de ser una especie de sustituto de la betrización — murmuré.

— Claro. ¡Y había muchas cosas más! Que nunca hay que usar la fuerza o un tono agresivo hacia los demás y que sería más que una vergüenza, un crimen, pegar a alguien, ya que ello produce un terrible shock. Que nadie debe luchar, cualesquiera que sean las circunstancias, porque sólo luchan las bestias que…

— Espera un momento — le interrumpí —, ¿y en el caso de que una fiera se escape de una reserva…? Ah, claro, ya no existen fieras.

— No, fieras no — dijo —, pero, por si acaso, están los robots.

— ¿Qué dices? ¿Significa esto que es posible ordenarles que maten a alguien?

— Sí.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Nadie de manera concreta. Pero es lógico que estén preparados para todo; incluso un perro be-trizado puede volverse rabioso, ¿no?

— Pero…, pero esto es…, ¡espera! ¿Así que pueden matar? ¿Sólo dando una orden? ¿Acaso no es igual matar uno mismo que dar la orden de hacerlo?

— Para ellos no. Bueno, esto sólo ocurre en casos extremos. ¿Comprendes? Una catástrofe, una amenaza como la rabia. No ocurre normalmente. Y si nosotros…

— ¿Nosotros?

— Sí, si por ejemplo nosotros dos… intentáramos algo ya sabes…, serían los robots quienes se ocuparan de nosotros, no ellos. Ellos no pueden. Son buenos.

Callamos un rato. Su pecho, enrojecido por el sol y por la arena, parecía respirar a mayor velocidad.

— Hal, si lo hubiera sabido, si lo hubiera adivinado. Si lo hubiera… sabido…

— Basta.

—;Has tenido ya alguna experiencia?

— Sí.

— Entonces sabes a qué me refiero.

— Sí. Han sido dos. Una de ellas me invitó en seguida a su casa, en cuanto salí de la estación; es decir, no. Me perdí en aquella maldita estación. Pero después me invitó a su casa.

— ¿Sabía quién eras?

— Yo se lo dije. Al principio tuvo miedo; luego… pareció querer

infundir valor, tal vez por compasión, no sé, pero acabó realmente asustada. Me fui al hotel. Al día siguiente me encontré con…, no lo adivinarías nunca: ¡Roemer!

— ¡No puede ser! ¿Cuántos años debe tener ahora? ¿Ciento setenta?

— No, era su hijo, pero también él debe de pasar bastante de los cien. Es una momia.

Espantoso. Hablé con él. ¿Y sabes una cosa? Nos envidia…

— Tiene razón sobrada para ello.

— No lo comprende. Bueno, nos separamos. Entonces conocí a una actriz. Aquí se llaman realistas. Estaba encantada conmigo: ¡un auténtico pitecántropo! Fui a su casa y me quedé hasta el día siguiente. Era un auténtico palacio. Los muebles se abrían como una flor, las paredes se deslizaban, las camas adivinaban todos los deseos y pensamientos… En fin, lo tenía todo.

— Hum… ¿Y ésta no tenía miedo?

— No. Bueno, también lo tenía, pero bebió algo, no sé qué, tal vez una especie de droga. Se llamaba Perto, o algo similar.

— ¿Perto?

— Sí. ¿Sabes qué es? ¿Lo has probado?

— No — repuso —, no lo he probado. Pero es así como se llama el preparado que anula…

— ¿Anula? ¿La betrización? ¡ Imposible!

— Por lo menos, esto es lo que me dijo aquel hombre.

— ¿Quién?

— No puedo decírtelo. Le di mi palabra de honor.

— Está bien. Pero por eso…, por eso ella…

Me levanté de un salto.

— Siéntate.

Me senté.

— ¿Y tú? — pregunté —. No he hecho más que hablar de mí mismo…

— ¿Yo? Nada. Es decir…, nada me ha salido bien. Nada… — repitió una vez más.

Guardé silencio.

— ¿Cómo se llama este lugar?

— Klavestra. Pero la ciudad está a unos kilómetros de aquí. Escucha, hagamos una visita.

Tengo que llevar a reparar el coche. Y a la vuelta podemos correr a campo traviesa. ¿Qué te parece?

— Hal — dijo lentamente —, viejo alazán…

— ¿Qué?

Sus ojos sonreían.

— ¿Quieres echar al demonio con un poco de atletismo ligero? Un

asno, eso es lo que eres.

— Asno o alazán, tienes que decidirte — repliqué —. ¿Y qué hay de malo en ello?

— Que no saldrá bien. ¿Te has acercado demasiado a alguien?

— ¿Cómo… si le he ofendido? No. ¿Por qué?

— Si te has excedido, si le has tocado, o puesto las manos encima.

— No hubo motivo. ¿Por qué?

— Es algo que no te aconsejaría.

— Dime por qué.

— Porque equivale más o menos a dar una bofetada a tu ama de cría. ¿Comprendes?

— Más o menos. ¿Es que la has armado en alguna parte?

Intenté ocultar mi asombro. A bordo, Olaf era uno de los hombres más dueños de sí mismos.

— Sí. Y me convertí en un completo idiota. Ocurrió el primer día. O, mejor dicho, la primera noche. No sabía salir de la oficina de Correos; no tiene puertas, sólo esos inventos giratorios… ¿Los has visto?

— ¿Puertas giratorias?

— Qué sé yo. Supongo que deben de tener algo que ver con esa gravitación recién inventada. En suma: di vueltas como una peonza, y un tipo que iba con una muchacha me señaló con el dedo y empezó a reír…

De repente sentí que me tiraba la piel de las mejillas.

— Ama de cría o no — comenté —, espero que no vuelva a reírse de esta forma.

— No. Le rompí la clavícula.

— ¿Y no te hicieron nada?

— No, porque salí en seguida de aquel invento y era él quien me había provocado; yo no le golpeé sin motivo, Hal. Me limité a preguntarle qué era lo que encontraba tan gracioso, yo había llegado hacía poco a la Tierra, y entonces aquel tipo volvió a reírse y dijo, señalando hacia arriba con el dedo: «Ah, vienes de ese circo de monos…» — ¿Circo de monos?

— Sí, y entonces…

— Espera. ¿A qué se refería con «circo de monos»?

— No tengo idea. Tal vez había oído decir que a los astronautas se les mete en una máquina centrífuga. No lo sé, ya que no hablé más con él… Bueno, permitieron que me marchase, pero desde entonces el ADAPT de la Luna tiene que adiestrar mejor a los que vuelven.

— ¿Ha de volver alguien más?

— Sí. El grupo Simonadi, dentro de dieciocho años.

— En tal caso, disponemos de bastante tiempo.

— De mucho tiempo.

— Desde luego, hay que reconocer que son mansos — dije —. Le rompiste la clavícula y te dejaron escapar…

— Me parece que se debió a esta cuestión del circo — observó —. Ya sabes… Bueno, ya conoces sus sentimientos respecto a nosotros. Porque tontos no lo son. Y se habría producido un escándalo. Creo, Hal, que no sabes nada de nada.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Sabes por qué anunciaron nuestra llegada?

— Algo debieron de decir en el real. Yo no lo vi, t>ero alguien me habló de ello.

— Es cierto. Pero si lo hubieras visto, te habrías muerto de risa. «Ayer a! amanecer regresó a la Tierra una expedición de investigación del espacio extraplanetario. Los participantes se encuentran bien y ya han iniciado el estudio de los resultados científicos de su expedición.» Cierre, punto y fuera.

— ¿Qué?

— Palabra de honor. ¿Y sabes por qué lo han hecho así? Porque nos tienen miedo. Por eso nos reparten por todo el mundo.

— No. Esto no lo comprendo. No son idiotas; tú mismo lo has dicho. ¡No van a pensar que somos fieras dispuestas a saltar al cuello de la gente!

— Si lo hubieran pensado, no nos habrían dejado volver. No, Hal. No se trata de nosotros, se trata de algo más. ¿Por qué no puedes comprenderlo?

— Soy un estúpido. Habla.

— La gente no se da cuenta del hecho…

— ¿De qué hecho?

— De que está desapareciendo el espíritu investigador. Saben que ya no hay expediciones, pero no piensan en ello. Creen que no las hay porque no son necesarias y ya está. Pero existen personas que saben perfectamente lo que ocurre y las consecuencias que se derivarán. Y las que ya empiezan a manifestarse.

— Bueno…, ¿y qué?

— Bombón. Bombones para toda la eternidad. Nadie volverá a volar a las estrellas. Nadie volverá a arriesgarse a realizar un experimento peligroso. Nadie volverá a probar en su propio cuerpo una nueva medicina. ¿Crees que no lo saben? ¡Claro que lo saben! Y si ahora publicaran quiénes somos en realidad, qué hemos hecho, por qué volamos, cómo ha sido realmente, ¡jamás, entonces, jamás podrían volver a ocultar esta tragedia!

— ¿Bombón? — pregunté, usando su palabra, que tal vez se habría antojado ridícula a un extraño que escuchara esta conversación. En cambio, yo no tenía ganas de reír.

— Claro. Y tú qué opinas, ¿no es una tragedia?

— Lo ignoro. Oh, escúchame. Al fin y al cabo, para nosotros tiene que ser algo grande, y siempre lo será. Permitimos que nos arrebataran todos estos años, y muchas cosas más, porque para nosotros era más importante. Pero quizá no lo sea. Hay que ser objetivo. Después de todo, dime, ¿qué hemos conseguido?

— ¿Qué estás diciendo?

— Vamos, vacíate bien todos los bolsillos. Enseña de una vez lo que te has traído de Fomalhaut.

— ¿Te has vuelto loco?

— Claro que no. ¿Cuál es, pues, la utilidad de nuestra expedición?

— Nosotros sólo éramos pilotos, Hal. Pregúntaselo a Gimma o Thurber.

— Oh, no digas tonterías. Estuvimos allí juntos, y tú sabes muy bien qué hicieron; qué hizo Venturi antes de morir, qué hizo Thurber… Vamos, ¿por qué me miras así? ¿Qué hemos traído? Cuatro sacos llenos de los más diversos análisis, espectrales y los que quieras, y muestras de minerales; y además ese foco, o ese metaplasma, o como se llame esta porquería de Arturo-Beta. Normers pudo verificar su teoría del torbellino gravimagnético, y también se pudo determinar que en los planetas del tipo C pueden existir, no triploides, sino tetraploides de silicona, y que en esa luna donde Arder estuvo apunto de reventar no hay más que lava y geodas del tamaño de un rascacielos. Y sólo para convencernos de que esa lava se solidifica en semejantes enormes y malditas geodas, hemos desperdiciado diez años y regresado aquí para convertirnos en seres grotescos y figuras de circo; ¿por qué, entonces, por todos los diablos, hemos tenido que trepar hasta allí? ¿Acaso puedes explicármelo? ¿Era necesario?

— Serénate — me dijo.

Yo estaba furioso, y él también. Entrecerró los ojos. Ya estaba pensando que íbamos a pegarnos, y mis labios temblaron, cuando de pronto me sonrió.

— Viejo alazán — murmuró —. Eres capaz de encolerizar al más pintado, ¿lo sabías?

— Al grano, Olaf, al grano.

— ¿Qué significa eso aquí de «al grano»? Tú mis — ¡no te vas por las ramas. ¿Y si hubiéramos traído un elefante de ocho patas que supiera álgebra… estarías satisfecho? ¿Qué esperabas realmente de Arturo? ¿Un paraíso? ¿Un arco de triunfo? ¿Qué quieres? En diez años no te he oído decir tantas tonterías como ahora en un solo minuto.

Contuve la respiración.

— Olaf, no me trates como a un idiota. Sabes perfectamente a qué me refiero. Me refiero a que la humanidad también puede vivir sin esto…

— ¡Cómo no! ¡Desde luego!

— Espera. Pueden vivir igual, y si es cierto lo que tú dices, de que a causa de la betrización ya no volverán a volar, entonces, amigo mío, queda por contestar la pregunta de si ha valido la pena. De si compensa haber pagado un precio tan alto.

— Ya. ¿Y si te casas? ¿Por qué me miras así? ¿Acaso no puedes casarte? Claro que puedes.

Te lo digo yo: puedes casarte. Y tener hijos. Y entonces los llevarás con alegría a que sean betrizados. ¿O no…?

— Con alegría, no. Pero ¿qué otra cosa podría hacer? No voy a luchar contra el mundo entero…

— Muy bien. Entonces, que todos los cielos te sean benignos — replicó —. Y ahora, cuando quieras, podemos ir a la ciudad.

— Estupendo — accedí —. Dentro de dos horas y media servirán el almuerzo, así que podemos estar de vuelta a la hora oportuna.

— Y si no llegamos a la hora oportuna, ¿no nos dan de comer?

— Sí, pero…

Enrojecí mientras me miraba. El pareció no advertirlo, ocupado en sacudirse la arena de los pies. Subimos al piso de arriba, nos cambiamos y fuimos a Klavestra en el coche. El tráfico de la carretera era bastante intenso. Por primera vez vi gliders de colores: rosados y de color limón. Encontramos un taller de coches. Me pareció leer el asombro en los ojos de cristal del robot que examinó mi coche averiado. Dejamos allí el coche y volvimos a pie. Resultó que había dos Klavestras: la vieja y la nueva:

era en la vieja donde había estado la víspera con Marger, en el centro industrial. La barriada moderna, o ciudad de verano, estaba repleta de gente, casi exclusivamente joven, entre quince y veinte años. Con sus trajes luminosos, de vivos colores, la juventud parecía ir disfrazada de soldados romanos: el material de las prendas brillaba al sol como armaduras muy cortas.

Había gran número de muchachas, en su mayoría bonitas, muchas con traje de baño, más atrevidos que los que había visto hasta ahora. Durante el paseo con Olaf sentí las miradas de toda la calle. Grupos policromos se detenían bajo las palmeras, contemplándonos. Éramos más altos que todos ellos; la gente se paraba, se volvía a mirarnos; era una sensación penosa y ridícula.

Cuando por fin llegamos a la carretera y alcanzamos los campos en dirección al sur y a nuestra villa, Olaf se secó la frente con el pañuelo. Yo también estaba algo sudado.

— Que se les lleve el diablo — dijo.

— Reserva este deseo para mejor ocasión.

Sonrió sin ganas.

— ¡Hal!

— ¿Qué?

— ¿Sabes a qué se parecía? A una escena de un plato: romanos antiguos, cortesanas y gladiadores.

— ¿Los gladiadores éramos nosotros?

— Exactamente.

— ¿Echamos a correr? — pregunté.

— Ahora mismo.

Corrimos a través de los campos. Eran unos ocho kilómetros. Pero nos desviamos un poco hacia la derecha y tuvimos que volver atrás. De todos modos, aún nos sobró tiempo para bañarnos antes del almuerzo.

Llamé a la puerta de Olaf.

— Si no es un extraño, ¡adelante!

Estaba desnudo en medio de la habitación y se rociaba el cuerpo con un líquido amarillo que se convertía inmediatamente en algo esponjoso al salir de la botella.

— ¿Usas esta ropa líquida? — pregunté —. ¡No sé cómo puedes!

— No me he traído una camisa de quita y pon — rezongó —. ¿A ti no te gusta esto?

— No. ¿Y a ti?

— Es que me han roto la camisa.

Ante mi mirada inquisitiva, añadió con una mueca simpática:

— Ese tipo sonriente, ¿sabes?

No dije nada más. Se puso sus viejos pantalones, que yo ya conocía del Prometeo, y bajamos. En la mesa sólo había tres cubiertos y el comedor estaba vacío.

— Seremos cuatro — indiqué al robot blanco.

— No, señor. El señor Marger se ha marchado. La señora, usted y el señor Staave estarán solos. ¿Puedo servir o hemos de esperar a la señora?

— Esperaremos — se apresuró a contestar Olaf.

Un hombre educado. La muchacha entraba en aquel momento. Llevaba el mismo vestido de la víspera y sus cabellos estaban un poco húmedos, como si acabara de salir del agua. Le presenté a Olaf, que se portó con gravedad y expresión solemne. Yo nunca he sabido expresar tal solemnidad. Iniciamos una conversación. Ella dijo que su marido tenía que marcharse tres días a la semana a causa de su trabajo, y que, a pesar del sol, el agua de la piscina no estaba tan caliente como debiera. Esta conversación no tardó en languidecer, y aunque hice los mayores esfuerzos, no pude encontrar otro tema. Me limité a comer, sentado frente a los otros dos. Observé que Olaf la miraba, pero sólo cuando yo hablaba y ella estaba pendiente de mí.

El rostro de Olaf era inexpresivo, como si todo el rato estuviera pensando en otra cosa.

Al final de la comida se acercó el robot blanco y dijo que el agua

de la piscina sería calentada para la tarde, tal como deseaba la señora Marger. Esta le dio las gracias y se fue arriba. Olaf y yo nos quedamos solos. Me miró, y de nuevo enrojecí violentamente.

— Cómo es posible — comentó Olaf mientras se colocaba entre los labios el cigarrillo que yo le había ofrecido — que un tipo que fue capaz de meterse en aquel maloliente agujero de Kerenea, un viejo alazán como él…, ¡oh, no, no, no un alazán! sino más bien un rinoceronte de ciento cincuenta años, empiece de repente…

— Déjalo, por favor — gruñí —. Si quieres saberlo, volvería a bajar a aquel agujero, pero… — no terminé la frase.

— Muy bien, no diré nada más. Te doy mi palabra. Pero ¿sabes una cosa? puedo comprenderte. Y apostaría algo a que no sabes por qué…

Volvió la cabeza hacia la dirección por la que ella había desaparecido.

— ¿Por qué?

— ¿Lo sabes?

— No. Pero tú tampoco.

— Yo sí. ¿Te lo digo?

— Sí, pero sin vulgaridades.

— Estás completamente chiflado — se indignó Olaf —. El asunto está muy claro. Siempre has te nido este defecto: no ves lo que tienes delante de la nariz, sólo ves lo lejano, todas esas Cantoris, Korybasileas…

— No hagas teatro.

— Ya sé que es un estilo de estudiante, pero es que nuestro desarrollo se atascó cuando apretaron a nuestras espaldas aquellos seiscientos ochenta tornillos. ¿Lo sabías?

— Sí. Continúa.

— Es exactamente como una chica de nuestra época. No lleva esa porquería roja en la nariz y ningún plato en las orejas, y tampoco mechones luminosos en la cabeza. Además, no va dorada de arriba abajo. Una chica que también podrías encontrar en Ceberto o en Apprenous.

Recuerda bien a algunas muy parecidas. Esto es todo.

— Por todos los diablos — murmuré —, puede que sea cierto. Sí. Pero hay una diferencia.

— ¿Cuál?

— Ya te lo he dicho al principio. Entonces no me lo tomé tan a pecho. Si quieres que te diga la verdad, apenas me creía capaz de… Me tenía por un tipo frío y tranquilo.

— Ya, ya… Lástima que no te fotografié entonces, cuando saliste trepando de aquel agujero de Kerenea. Ahora no dirías eso del tipo frío. ¡Muchacho, si pensé…, oh!

— Olvídate del cucú de Kerenea y de todos sus agujeros — aconsejé —. Mira, Olaf, antes de venir aquí fui a ver a un médico. Se llama Juffon. Simpático. Tiene más de ochenta años, pero…

— Es nuestro sino — comentó Olaf, sereno. Expelió el humo, contempló una flor lila, que recordaba un jacinto desarrollado, y continuó-: Con esos ancianos es con quien nos encontramos mejor. Ancianos de barbas largas. Cuando pienso en ello, me salgo de mis casillas. ¿Sabes una cosa? Tendríamos que agenciarnos una gran cantidad de gallinas. Así podríamos torcerles el pescuezo.

— Para de decir tonterías. Pues bien, ese médico me dijo cosas muy sensatas. Que no tenemos… amigos de nuestra misma edad, y, naturalmente, no nos quedan familiares, por lo que sólo tenemos a las mujeres. Pero que ahora una mujer es mucho más difícil de encontrar que varias. Y tiene razón. Ya me he convencido de ello.

— Hal, sé que eres más inteligente que yo. Siempre has hecho cosas tan…, tan imposibles.

Cosas que debían de ser increíblemente difíciles, para que no pudieras conseguirlas así como así, sino tras inauditos esfuerzos. Nunca te gustó lo fácil. No me mires de ese modo. No me das miedo, ya lo sabes.

— Gracias a Dios. Sólo faltaría eso.

— Bueno, pues…, ¿qué iba a decirte? ¡Ah, sí! Al principio pensé que eras un solitario y que por eso te distraías con tus estudios, y que también querías ser algo más que un piloto y un hombre que vigila que el cacharro funcione. Esperaba el momento en que empezarías a arrugar la nariz ante todos nosotros, y debo decir que creí que ya empezabas a hacerlo cuando llevaste a Normess y Venturi hasta la desesperación con tus diversas preguntas y te mezclaste tan discretamente en sus discusiones técnicas. Pero entonces se produjo la explosión, ¿recuerdas?

— Sí. Durante la noche.

— Exacto. Y luego Kerenea y Arturo y aquella luna. Amigo mío, aún sueño de vez en cuando con esa luna, y una vez me caí de la cama soñando con ella. ¡Ah, esa luna! Pero ¿qué quería decir…? Ya empiezo a chochear, me olvido continuamente de todo… Ah, sí, entonces pasó todo aquello y yo comprendí que me había equivocado contigo. Eres así, no puedes ser de otro modo. ¿Recuerdas que pediste a Venturi su ejemplar de aquel libro rojo? ¿Qué clase de libro era?

— La topología del hiperespacio.

— Eso mismo. Y él dijo: «Esto es demasiado difícil para usted, Bregg. No tiene los conocimientos básicos…» Me eché a reír, porque Olaf imitó estupendamente la voz de Venturi.

— Y tenía razón, Olaf. Era demasiado difícil.

— Sí, entonces, pero después has logrado entenderlo, ¿no?

— Sí, pero… sin satisfacción. Ya sabes por qué. Un pobre diablo, el tal Venturi.

— No digas nada. No sé quién ha de compadecer a quién, a la vista de los sucesos posteriores.

— El ya no puede compadecer a nadie. Aquel día tú estabas en la cubierta superior, ¿verdad?

— ¿Yo? ¿En la cubierta superior? ¡Muchacho, estaba justo a tu lado!

— Sí. Si de pronto no lo hubiera soltado todo a la refrigeración, quizá el resultado habría sido unas simples quemaduras. Como en el caso de Arne. Debió de perder la cabeza.

— Desde luego. ¡ Vaya, no tienes precio! ¡Arne murió exactamente igual!

— Cinco años después. Cinco años son siempre cinco años.

— ¿De aquellos años?

— Ahora hablas así, y antes, en el agua, cuando lo he dicho yo, me has reconvenido.

— Porque había sido insoportable, aunque también magnífico. Vamos, confiesa…, pero no, ¿para qué? Cuando saliste de aquel agujero, en Kere…

— ¡Deja en paz de una vez ese agujero!

— No, no, porque fue entonces cuando comprendí qué hay dentro de ti en realidad. En aquella época no nos conocíamos tan bien como después. Cuando, un mes más tarde, Gimma me dijo que Arder volaría contigo, pensé… ¡Bueno, ya no me acuerdo! Fui a verle, pero no dije una palabra. Como es natural, él lo adivinó en seguida. «Olaf — me dijo —, no te enfades.

Eres mi mejor amigo, pero ahora volaré con él y no contigo porque…» ¿Sabes qué me dijo?

— No — contesté. Tenía un nudo en la garganta.

— «…Porque ha sido el único que ha bajado. Y completamente solo.» Nadie creía que se pudiera bajar. El tampoco. ¿Acaso tú pensaste que volverías?

Guardé silencio.

— ¡Lo ves! Me dijo: «O volverá conmigo, o no volverá ninguno de los dos…» — Y volví yo solo… — murmuré.

— Sí, volviste solo. No te reconocí. ¡Vaya susto que me diste! Estaba abajo, junto a las bombas…

— ¿Tú?

— Sí. Y entonces vi… a un desconocido. Un hombre totalmente desconocido. Pensé: «Es una alucinación.» Además, tu traje era rojo.

— Por el orín. Mi tubo se había reventado.

— Ya lo sé. ¿A quién se lo cuentas? Yo mismo arreglé después ese mismo tubo. Vaya aspecto que tenías. Y un poco después…

— ¿El incidente con Gimma?

— Sí. No figura en las actas. Y el propio Gimma cortó las bandas sonoras una semana después. Pensé que ibas a estrangularle. Por todos los cielos.

— No me hables de eso — dije. Sentía que pronto empezaría a temblar —. ¡No hables más de eso, Olaf, te lo ruego!

— No te pongas así. Arder era más amigo mío que tuyo.

— Más o menos amigo…, ¿qué tiene que ver aquí? Eres un idiota. ¡Si Gimma le hubiese dado un aparato de repuesto, ahora estaría aquí con nosotros! Pero Gimma siempre quería economizar en todo; tenía miedo de quedarse sin transistores. ¡ En cambio no tenía miedo de quedarse sin hombres! Yo… — me interrumpí —. ¡Olaf, esto es una locura! No sigamos.

— Hal, me parece que no podemos dejarlo, al menos mientras estemos juntos. Entonces Gimma no tenía más…

— ¡Déjame en paz con Gimma, Olaf! Basta, se acabó. ¡ No quiero oír ni una palabra más!

— ¿Tampoco puedo hablarte de mí?

Me encogí de hombros. El robot blanco se acercó para quitar la mesa, pero sólo miró desde el vestíbulo y se fue. Tal vez le había asustado el tono exagerado de nuestras voces.

— Hal, dime. ¿Por qué estás tan enfadado?

— No te hagas el tonto.

— No, dime la verdad.

— ¿Qué quiere decir «por qué»? Fui yo quien tuvo la culpa.

— ¿Qué?

— Sí, de lo de Arder.

— ¿Qué? — repitió.

— Claro. Si antes de la salida me hubiese negado, Gimma habría tenido que…

— ¡Vamos! ¿Cómo podías saber que se le estropearía precisamente la radio? ¿Y si hubiera sido otra cosa?

— Sí, sí… Pero no fue otra cosa. Fue la radio.

— Espera. ¿Y has llevado esto dentro durante seis años sin decir nada?

— ¿Qué iba a decir? Creía que estaba suficientemente claro, ¿no?

— ¡Por todos los cielos! ¡Qué dices, hombre! Reflexiona un poco. Si lo hubieras dicho, todos se habrían dado un golpe en la frente. ¿Y acaso también fue culpa tuya que a Ennesson se le desfocalizara el haz? ¿Eh?

— No. El… Las interferencias ocurren.

— ¡No voy a saberlo! Lo sé todo, igual que tú. No te preocupes, Hal, pero no estaré tranquilo hasta que me digas…

— ¿Qué quieres ahora?

— Que todo esto no son más que fantasías tuyas. Es una verdadera locura. El propio Arder te lo diría, si pudiera.

— Muchas gracias.

— Hal, si ahora te propinara un…

— Cuidado. Peso más que tú.

— ¡Pero yo estoy más furioso! ¿Comprendes, idiota, ahora?

— Olaf, no grites tanto. No vivimos solos aquí.

— Está bien, está bien. Pero es un absurdo, ¿sí o no?

— No.

Olaf inspiró aire hasta que se le blanquearon las ventanas de la nariz.

— ¿Por qué no? — preguntó casi con suavidad.

— Porque…, porque yo ya había observado antes la tacañería de Gimma. Mi deber era tenerla en cuenta y presionar a Gimma, y hacerlo antes de volver con la esquela de Arder. Fui demasiado blando. Por eso.

— Bien, está bien. Fuiste demasiado blando. ¿Es eso? ¡No! Yo… ¡Escucha, Hal! No puedo más. Me marcho de aquí.

Saltó de la silla. Yo también.

— Vamos, ¿es que te has vuelto loco? — grité —. ¿Te quieres marchar? Y sólo porque…

— Pues sí. ¿Acaso tengo que escuchar tus desvaríos? No pienso hacerlo. Arder no contestó, ¿verdad?

— Calla.

— ¿Contestó?

— No.

— ¿Pudo tener una pérdida de energía?

Guardé silencio.

— ¿Cuántas averías pudo tener? ¿Y si cayó en una franja de ecos? Tal vez su señal se extinguió entre las turbulencias cósmicas. Tal vez sus emisores se desmagnetizaron al pasar sobre la mancha, y…

— Ya es suficiente.

— ¿No quieres darme la razón? Deberías avergonzarte.

— Aún no he dicho nada.

— Precisamente. ¿Es que no podría haberle pasado cualquiera de las cosas que acabo de mencionar?

— Sí…

— Entonces, ¿por qué te empeñas en que fuera la radio, la radio y nada más que la radio?

— Tal vez tengas razón… — dije. Me sentía terriblemente cansado, y todo se me antojaba indiferente —. Tal vez tengas razón — repetí —. La radio… era sólo lo más probable, ¿sabes? No.

No añadas nada más ahora. Ya hemos hablado de ello demasiado. Lo mejor es no volver a mencionarlo.

Olaf se acercó a mí.

— Viejo alazán — dijo —, desgraciado y viejo alazán… Tienes demasiadas cosas buenas, ¿lo sabías?

— ¿Qué cosas buenas crees que tengo?

— El sentido de la responsabilidad. Pero hay que ser moderado en todo. ¿Y qué harás ahora?

— ¿Con qué?

— Ya lo sabes…

— No.

— Es difícil, ¿verdad?

— No puede serlo más.

— ¿Quieres marcharte conmigo? O solo, a cualquier parte. Si quieres, te ayudaré. Puedo llevarme tus cosas, o las dejas aquí, o…

— ¿Opinas que debo huir?

— No opino nada. Pero cuando te veo así, sólo un poco furioso, muy poco, como hace un rato, entonces…

— Entonces, ¿qué?

— Entonces empiezo a pensar.

— No quiero irme de aquí. ¿Sabes lo que te digo? No quiero moverme de aquí para nada. Ni siquiera si…

— ¿Qué?

— Nada. ¿Qué dijo el del taller? ¿Cuándo estará listo el coche? ¿Mañana u hoy mismo? Lo he olvidado.

— Mañana temprano.

— Bien. Fíjate: ya está oscureciendo. Hemos comadreado toda la tarde…

— ¡Que el cielo te proteja contra tales comadrees!

— ¿Nos bañamos otra vez?

— No. Me gustaría leer algo. ¿Qué me puedes dar?

— Elige lo que quieras. ¿Sabes manejar esos granos de cristal?

— Sí. Y espero que no tengas esa especie de… máquina de lectura con voz de caramelo.

— No. Sólo tengo el opton.

— Muy bien. Me lo llevo. ¿Y tú estarás en la piscina?

— Sí, pero antes subiré contigo. He de cambiarme.

Arriba le di unos cuantos libros, en su mayoría históricos, y un trabajo sobre la estabilización de la dinámica de la población, ya que le interesaba, y un libro de biología con un extenso apartado sobre la betrización. Entonces me desnudé y busqué el bañador, pero como no pude encontrarlo, me puse uno negro de Olaf, me eché el albornoz sobre los hombros y salí de la casa.

El sol ya se había puesto. Del oeste venían unos grandes nubarrones que oscurecían la parte más clara del cielo. Tiré el albornoz sobre la arena, que ya se había enfriado algo tras el calor del

día. Me senté y toqué el agua con los dedos de los pies. Aquella conversación me había afectado más de lo que quería confesarme a mí mismo. La muerte de Arder era como una astilla clavada en mi cuerpo. Pero quizá Olaf tenía razón. Quizá era sólo la memoria, que no quería resignarse a olvidar…

Me levanté y salté simplemente, con la cabeza hacia abajo. El agua estaba caliente, pero como la esperaba fría, me quedé algo desconcertado por la sorpresa. Nadé. El agua estaba tan caliente que me parecía estar nadando en un caldo. Salí por el lado opuesto, dejando en el borde las huellas oscuras de mis manos. Sentí una punzada en el corazón; la historia de Arder me había transportado a un mundo totalmente distinto. Sin embargo, ahora, quizá porque el agua estaba tan caliente, me acordé de la muchacha. Y fue como si me acordara de algo terrible, de una desgracia que no podía evitar y era preciso evitarla.

Tal vez esto era también una fantasía. Di vueltas a esta idea en mi mente, inseguro, acurrucado en la creciente oscuridad. Apenas veía mi propio cuerpo; mi bronceado me ocultaba en la penumbra. Las nubes llenaban ahora todo el cielo, y de repente, demasiado de prisa, se hizo de noche. Algo blanco se acercaba a mí desde la casa. Era el gorro de baño de ella. Me sobrecogió el pánico. Me levanté lentamente, a punto de echar a correr, pero ella ya me veía contra el fondo del cielo.

— ¿Señor Bregg? — preguntó en voz baja.

— Sí, soy yo. ¿Quiere bañarse? No…, no la estorbaré. Ya me iba…

— ¿Por qué? No me estorba en absoluto… ¿Está caliente el agua?

— Sí. Demasiado para mi gusto — contesté.

Fue hasta el borde y saltó con ligereza. Ahora sólo veía su silueta. El traje de baño era oscuro.

£ agua chapoteó. Sacó la cabeza delante de mis piernas.

— ¡Uf, horrible! — resopló —. ¿Qué han hecho? Hay que echar agua fría. ¿Sabe usted cómo se hace?

— No, pero lo sabré en seguida.

Salté por encima de su cabeza y nadé hasta el fondo, hasta que toqué el suelo con los brazos extendidos; entonces seguí nadando casi pegado al fondo de cemento. Como de costumbre, bajo el agua había más luz que fuera, por lo que pude encontrar las aberturas de las tuberías, que estaban en el lado que miraba a la casa. Emergí, algo falto de aliento por haber estado tanto rato bajo el agua.

— ¡ Bregg! — oí su voz, — Estoy aquí. ¿Qué pasa?

— Tenía miedo… — confesó en voz más baja.

— ¿Por qué?

— Tardaba tanto en subir…

— Ahora sé dónde están los conductos; ¡en seguida estará

arreglado! — grité y corrí hacia la casa. Podía haberme ahorrado la heroica inmersión, pues los grifos estaban bien a la vista, en una pequeña columna próxima a la veranda. Abrí el grifo del agua fría y volví a la piscina —.

Arreglado. Ahora tardará un poco.

— Sí.

Se hallaba bajo el trampolín y yo en el lado estrecho de la piscina, como si tuviera miedo de acercarme, así que me fui aproximando a ella lentamente, como sin darme cuenta. Ya me había acostumbrado a la oscuridad y podía distinguir sus facciones. Miraba hacia el agua. El gorrito blanco le sentaba realmente bien. Y parecía más alta que cuando iba vestida.

Así permanecí largo rato junto a ella, hasta que me pareció una falta de tacto y me senté bruscamente. «Eres un tarugo», me burlé de mí mismo'. Pero no logré que se me ocurriera nada. Las nubes eran más densas y la oscuridad también, pero no parecía que fuera a llover.

Hacía bastante fresco.

— ¿No tiene frío?

— No. ¿Señor Bregg?

— ¿Sí?

— El agua no da la impresión de estar subiendo.

— Porque he abierto el desagüe…, pero ahora ya es suficiente. Voy a cerrarlo de nuevo.

Cuando volví de la casa se me ocurrió la idea de que podía llamar a Olaf. Era una idea tan tonta que casi me eché a reír. De modo que tenía miedo de ella…

Di un salto plano y emergí casi en seguida.

— Creo — que ahora está bien. Si he exagerado un poco la nota, dígamelo y añadiré agua caliente.

Ahora se veía claramente cómo bajaba el nivel del agua, ya que el desagüe aún estaba abierto. La muchacha — vi su esbelta sombra y las nubes en último término — parecía indecisa.

Tal vez ya no deseaba bañarse. Tal vez quería volver a la casa, pensé con rapidez, y sentí una especie de alivio. Pero en el mismo momento, saltó sobre las piernas y emitió un ligero grito, porque el agua ya era muy poco profunda; yo no había tenido tiempo de avisarla. Debió de chocar contra el fondo con los pies; se tambaleó, pero no cayó. Salté en su ayuda.

— ¿Le ha pasado algo?

— No.

— Es culpa mía. Soy idiota.

Ahora estábamos ambos en el agua, que nos llegaba a la cintura. Ella se puso a nadar. Fui hasta el borde, corrí hacia la casa, cerré el desagüe, y volví. No podía verla en ninguna parte.

Me metí en el agua sin hacer ruido, nadé hasta el otro extremo de la piscina, me puse de espaldas y, moviendo ligeramente los brazos, me sumergí hasta el fondo. Cuando abrí los ojos vi la oscura superficie del agua, rizada por pequeñas olas. El agua me hizo flotar y empecé a nadar en posición vertical, y entonces la vi. Estaba junto a la pared de la piscina. Nadé hacia ella. El trampolín se encontraba en el lado opuesto; aquí el nivel del agua era más bajo, y pronto pude moverme sobre los pies. El agua rumoreaba a mi paso. Vi su rostro; me miraba.

Quizá por el ímpetu de mis últimos pasos — puesto que es difícil caminar por el agua, y tampoco es fácil detenerse de repente —, el caso es que de improviso me encontré muy cerca de ella. Tal vez no hubiera pasado nada si hubiese retrocedido, pero permaneció donde estaba, con la mano apoyada en el primer escalón que sobresalía del agua, y yo estaba ya demasiado cerca para poder decir algo, ocultarme detrás de un diálogo…

La abracé con fuerza; estaba fría, resbaladiza como un animal extraño y desconocido. Y de improviso, en este contacto fresco y casi inanimado, encontré una mancha ardiente — su boca-; ella no se movió y yo la besé, la besé una y otra vez; fue el más puro delirio. Ella no se defendió, no ofreció ninguna resistencia; parecía realmente como si estuviera muerta. La agarré por los hombros, levanté su rostro para verlo, para mirarla a los ojos, pero ya era tan oscuro que apenas habría podido adivinar su figura si no la hubiera tocado. No temblaba. Sólo había unos latidos; mi corazón o el suyo, no lo sabía. Así permanecimos hasta que ella, lentamente, empezó a liberarse de mis brazos. La solté inmediatamente. Subió los peldaños; la seguí, la abracé de nuevo; ahora sí que temblaba. Quise decir algo, pero no encontré la voz.

La apreté con fuerza contra mi pecho y así nos quedamos hasta que ella volvió a intentar desasirse, sin empujarme, como si yo no estuviera allí. Mis brazos cayeron. Ella se apartó. A la luz que salía de mi ventana le vi recoger el albornoz, que no se echó sobre los hombros, y dirigirse a las escaleras. En la puerta y en el vestíbulo aún había luz. Vi gotas de agua en su espalda y sus caderas. Entonces cerró la puerta y desapareció.

Durante un segundo tuve la tentación de saltar al agua y no emerger nunca más.

Realmente, nunca había tenido una idea semejante. Era todo tan insensato, tan imposible. Y aún había algo peor: ignoraba qué ocurriría y qué haría yo ahora. Y ella… ¿por qué se había portado de modo tan…, tan… singular? ¿Quizá el miedo la había paralizado? Ay, sólo miedo y nada más que miedo. No, era otra cosa. Pero ¿qué? ¿Cómo podía saberlo? Tal vez Olaf. Pero ¿acaso era yo un mozalbete de quince años, que besa a una chica y en seguida ha de correr a pedir

consejo a un amigo?

«Pues, sí — pensé —, eso es exactamente lo que voy a hacer.» Entré en la casa, después de sacudir la arena de mi albornoz. En el vestíbulo había mucha luz. Me acerqué a su puerta.

«Tal vez me permita entrar», pensé. Si lo hacía, quizá dejaría de importarme. Quizá sería el fin. O recibiría una bofetada. Pero no. Son buenos, están betrizados, no pueden hacerlo. Sólo me dará un bombón, lo que seguramente me hará bien.

Me quedé así durante unos cinco minutos y pensé en las cuevas subterráneas de Kerenea, en aquel famoso agujero del que tanto hablaba Olaf. ¡Bendito agujero! Al parecer era un antiguo volcán. Arder quedó atrapado entre unas rocas, sin poder moverse, y la lava ya empezaba a subir. En realidad no era lava, pues como afirmó después Venturi, aquello era una especie de geyser. Arder… Oímos su voz. Por radio. Entonces yo bajé y le saqué de allí. ¡Dios mío! Prefería diez veces más aquello que esta puerta. Ningún ruido. Nada.

Si al menos la puerta tuviera un picaporte. No, esto era una pequeña placa. En mi puerta de arriba no había este sistema. Apenas sabía si era algo parecido a una cerradura o si se abría empujando. Seguía siendo el mismo salvaje de Kerenea.

Levanté la mano y me detuve, indeciso. ¿Y si la puerta no se abre? Sólo la suposición de semejante fracaso me daría mucho que pensar durante largo tiempo. Y sentí que a medida que pasaba el rato, me iba debilitando, como si las fuerzas me abandonaran. Toqué la placa. No cedió. Apreté más.

— ¿Es usted? — preguntó su voz. Tenía que estar muy cerca de la puerta.

— Sí.

Silencio. Medio minuto, un minuto entero.

La puerta se abrió. Ella estaba en el umbral, vestida con una bata de tela esponjosa. Los cabellos se le esparcieron sobre el cuello de la bata. Era difícil de creer, pero hasta ahora no me había dado cuenta de que eran castaños.

Sólo había abierto una rendija y tenía la mano en la puerta. Cuando avancé un paso, ella retrocedió. La puerta se cerró detrás de mí, sola y sin el menor ruido.

Y de pronto, como si me cayera una venda de los ojos, me fijé en lo que me rodeaba. Ella, pálida, inmóvil, tenía la mirada fija en mí y sostenía con ambas manos el escote de la bata; yo estaba frente a ella, desnudo, chorreando agua, con el bañador negro de Olaf y un albornoz rebozado de arena en una mano, y la miraba fijamente…

De improviso, todas estas cosas me hicieron sonreír. Sacudí el albornoz, me lo puse y me senté. Vi dos manchas húmedas en el lugar donde me había detenido. Pero no tenía absolutamente nada que

decir. ¿Qué iba a decir? De repente lo supe. Fue como una inspiración.

— ¿Sabe quién soy?

— Sí.

— ¿Ah, sí? Estupendo. ¿Por la agencia de viajes?

— No.

— Es igual. Soy un salvaje, ¿lo sabe?

— ¿De verdad?

— Sí. Horriblemente salvaje. ¿Cómo se llama usted?

— ¿Es que no lo sabe?

— Su nombre de pila.

— Eri.

— Te llevaré conmigo, lejos de aquí.

— ¿Qué?

— Sí. Te llevaré conmigo. ¿Quieres?

— No.

— No importa. Te llevaré conmigo. ¿Sabes por qué?

— Más o menos.

— No, no lo sabes. Ni yo mismo lo sé.

Calló.

— No puedo evitarlo — continué —. Ocurrió en cuanto te vi. Anteayer. Durante la comida. ¿Lo sabes?

— Sí, lo sé.

— Espera. ¿Piensas tal vez que bromeo?

— No.

— ¿Cómo puedes…? En fin, es igual. ¿Tratarás de huir?

Calló.

— No lo hagas — rogué —. No te serviría de nada. No pienso dejarte en paz, hagas lo que hagas.

Aunque me gustaría. ¿Me crees?

Siguió callada.

— Verás, no sólo se trata de que no estoy betrizado. No me importa nada, ¿sabes? absolutamente nada. Aparte de ti. Tengo que verte. He de poder contemplarte. Tengo que oír tu voz. Es preciso, nada más me interesa. Nada. Todavía no sé qué será de nosotros. Me parece que esto puede terminar mal. Pero no me importa. Porque ya ahora tengo la compensación.

Porque lo digo en voz alta y tú lo oyes. ¿Comprendes? No, no puedes comprenderlo. Os habéis librado del drama del destino para vivir con toda tranquilidad. Yo no puedo hacerlo, ni tampoco lo necesito.

Continuaba en silencio. Respiré con fuerza.

— Eri — dije —, escucha…, siéntate aquí.

No se movió.

— Siéntate, por favor.

Nada.

— No puede hacerte ningún daño. Siéntate.

De pronto lo comprendí. Tensé los músculos de la mandíbula.

— Si no quieres, ¿por qué me has dejado entrar?

Nada.

Me levanté y la cogí por los hombros. No se defendió. La senté en un sillón y entonces acerqué tanto el mío que nuestras rodillas casi se tocaban.

— Puedes hacer lo que quieras. Pero escucha. No es culpa mía. Y tuya tampoco, claro. No es culpa de nadie. Yo no lo he querido, pero es así. Como ves, es una situación inevitable. Sé que me estoy portando como un pobre loco, pero también puedo decirte por qué. ¿De modo que no quieres hablar más conmigo?

— Depende — murmuró.

— Muchas gracias. Sí, ya lo sé. No tengo el menor derecho, etcétera. Pues bien, como iba a decirte hace millones de años había lagartos, brontosaurios, atlantosaurios… ¿Has oído hablar de ellos?

— Sí.

— Eran gigantescos, altos como una casa. Tenían una cola espantosamente larga que medía tres veces más que su cuerpo. Por eso no podían moverse como tal vez habrían querido, con ligereza y agilidad. Yo me parezco un poco a ellos, ¿sabes? Durante diez años, el cucú sabrá por qué, vagué alrededor de las estrellas. Quizá no era necesario. Pero ahora ya no tiene remedio. Y ésta es mi cola, ¿comprendes? No puedo comportarme como si nada de ello hubiera ocurrido, ni creo que a ti te gustara. Te lo digo ahora, te lo he dicho y volveré a decírtelo. Pero no sé encontrar una solución. He de tenerte todo el tiempo que sea posible; es lo único que importa. Y ahora, ¿quieres decirme algo?

Me miraba. Tuve la impresión de que estaba más pálida, pero podía ser efecto de la luz.

Envuelta en su bata aterciopelada, parecía estar temblando. Quise preguntarle si tenía frío, pero de nuevo me faltaron las palabras. Yo…, oh, no, yo no tenía frío.

# V

— ¿Qué… habría hecho usted… en mi lugar?

— ¡Muy bien! — la animé —. Creo que lucharía.

— Yo no puedo.

— Lo sé. ¿Te imaginas que esto me facilita las cosas? Todo lo contrario, te lo juro. ¿Quieres que me vaya ahora o puedo decirte algo más? ¿Por qué me miras así? Ahora ya sabes que lo haré todo por ti, ¿verdad? Por favor, no me mires así. En mis labios, «todo» significa algo muy distinto que en otras personas. ¿Y sabes una cosa?

Me sentía sin aliento, como si hubiera corrido durante mucho rato. Tenía sus dos manos entre las mías — ignoro desde cuándo —, ¿tal vez desde el principio? No lo sé. Eran tan frágiles.

— Eri, jamás había sentido lo que siento ahora. Piénsalo. Aquel horrible vacío… de allá lejos.

Es indescriptible. Yo no creía en mi regreso. Nadie lo creía. Hablábamos acerca de él, pero por hablar. Ellos se han quedado allí, Tom, Arne, Venturi, y ahora son como las piedras, las piedras heladas en la oscuridad. Y yo también tendría que haberme quedado allí, pero ya que he vuelto, si puedo tener tus manos entre las mías, y hablarte y que tú me oigas, hace que no sea tan malo. Ni tan vulgar. Tal vez no… ¡Eri! No me mires así, te lo suplico. Dame una oportunidad. No pienses que sólo es… amor. No lo pienses. Es algo más. Algo más. No me crees… ¿Por qué no me crees? Te estoy diciendo la verdad. Te lo prometo.

Calló. Tenía las manos heladas.

— No puedes, ¿verdad? — continué —. No es posible. Sí, ya lo sé que no es posible. Lo supe desde el primer momento. No debería estar aquí. Aquí tendría que haber un lugar vacío.

Pertenezco a allá arriba. Pero no es culpa mía que haya vuelto. Sí, no sé por qué te cuento todo esto. Esto no existe. ¿Qué es lo que no existe? Es igual, ya que a ti no te concierne.

¿Creías que podía hacer contigo lo que me viniera en gana? No me interesa, ¿comprendes? Tú no eres una estrella…

Silencio. La casa entera guardaba silencio. Incliné la cabeza sobre sus manos, que yacían entre las mías como paralizadas, y volví a hablarle.

— Eri, Eri. Ahora ya sabes que no has de tener miedo de mí, ¿verdad? Sabes que no te amenaza ningún peligro. Pero esto es tan… grande, Eri. Ignoraba que pudiese haber algo parecido. No lo sabía, te lo juro. ¿Por qué, pues, volar hacia las estrellas? No puedo comprenderlo. Esto está aquí. ¿O es que hay que estar primero allí para comprenderlo? Sí, es posible. Ahora me iré, ya me voy. Y tú lo

olvidarás todo. ¿Lo olvidarás?

Asintió.

— ¿Y no lo dirás a nadie?

Negó con la cabeza.

— ¿De verdad?

— De verdad.

Fue sólo un susurro.

— Te lo agradezco.

Salí. La escalera. Una pared color crema y otra verde. La puerta de mi habitación. Abrí la ventana de par en par y respiré profundamente. Qué bueno era el aire. Desde que había salido de su habitación estaba completamente tranquilo. Incluso sonreía, aunque no con el rostro ni con los labios. La sonrisa estaba dentro de mí, indulgente hacia mi propia insensatez y también hacia el hecho de que yo no sabía nada y, sin embargo, había sido tan sencillo. Agachado, rebusqué en el interior de mi maletín. ¿Bajo las prendas de punto? No. Un paquetito, no, no era eso, un momento…

Ya lo tenía. Me enderecé y sentí de pronto cierta vergüenza. Las luces. No. así no podría.

Ya iba a apagarlas cuando Olaf apareció en el umbral. Aún no se había desnudado. ¿No se habría acostado todavía?

— ¿Qué haces?

— Nada.

— ¿Ah, no? ¿Y qué tienes ahí? ¡No lo escondas!

— Nada…

— ¡ Enséñamelo!

— No.

— Ya lo sabía. ¡Tipo asqueroso! No había esperado este golpe. Abrí los dedos, el asa me resbaló de la mano y los dos empezamos a luchar; me abalancé sobre él, él saltó sobre mí, la mesa se volcó, la lámpara se estrelló contra la pared y toda la casa retembló. Ahora le tenía debajo, no podía moverse, sólo la cabeza; oí un grito, era de ella; le solté y retrocedí de un salto.

Ella estaba en el umbral.

Olaf logró arrodillarse.

— ¡Quería matarse! ¡Por ti! — jadeó.

Se agarró el cuello con ambas manos. Yo volví la cara y me apoyé en la pared, las piernas me temblaban. Estaba avergonzado, terriblemente avergonzado. Ella nos miró, primero al uno, luego al otro. Olaf seguía agarrándose el cuello.

— Salid de aquí — dije en voz baja.

— Antes tendrás que acabar conmigo.

!Por el amor de Dios!

— No.

— Se lo ruego, señor, váyase — dijo ella.

Enmudecí, con la boca abierta. Olaf, incrédulo, la miró con fijeza.

— Muchacha, él…

Ella negó con la cabeza.

Olaf nos miró, dio unos pasos a un lado, luego retrocedió un poco y desapareció. Ella no dejaba de mirarme.

— ¿Es cierto eso? — preguntó.

— Eri… — gemí.

— ¿Es preciso? — volvió a preguntar.

Asentí, pero ella negó con la cabeza.

— ¿Por qué? — inquirí, y repetí otra vez, con voz algo entrecortada-: ¿Por qué? — Ella calló. Me acerqué y vi que inclinaba la cabeza sobre el hombro y que las manos, que sostenían el borde de la bata, temblaban —. ¿Por qué, por qué tienes tanto miedo de mí?

Volvió a negar con la cabeza.

— ¿No?

— No.

— Pero estás temblando.

— No es por eso.

— Y… ¿te irás conmigo?

Asintió dos veces, como una niña. La abracé tan suavemente como pude. Como si fuera de cristal.

— No tengas miedo — dije —. Mira…

Ahora mis manos también temblaban. ¿Por qué no habían temblado cuando encanecí esperando a Arder? ¿A qué reservas, a qué ocultos rincones había llegado ahora para conocer por fin mi propio valor?

— Siéntate — rogué —, aún estás temblando. Oh no, ¡espera!

La eché sobre mi cama y la tapé hasta el cuello.

— ¿Estás mejor así?

— Sí, mejor — asintió.

Yo ignoraba si estaba tan callada debido a mi presencia o a que era algo inherente a su naturaleza. Me arrodillé junto a la cama.

— Háblame de algo — murmuré.

— ¿De qué?

— De ti. Quién eres, qué haces, qué quieres, o mejor, qué querías antes de que yo me abalanzara sobre ti.

Se encogió levemente de hombros, como si quisiera decir: «No hay nada que contar.» — ¿No quieres hablar de nada? ¿Por qué? Tal vez…

— No es importante — dijo.

Como si me hubiera golpeado con estas palabras, retrocedí, apartándome de ella.

— ¿Por qué, Eri, por qué? — logré tartamudear. Pero yo lo

comprendía. Demasiado bien.

Me puse en pie de un salto y empecé a pasear de un extremo a otro de la habitación.

— Así no lo quiero. Así no puedo. No puedo. Así no debe ser. Yo…

Me quedé inmóvil otra vez. Porque ella sonreía. Su sonrisa era tan tenue que apenas se percibía.

— Eri, ¿qué…?

— El tiene razón — dijo.

— ¿Quién?

— Ese…, ese amigo suyo.

— ¿En qué?

Le resulta difícil decirlo. Volvió la cabeza.

— En que usted no es… razonable.

— ¿Cómo sabes que me ha dicho algo semejante?

— Lo he oído.

— ¿Nuestra conversación de sobremesa?

Asintió. Y se ruborizó. Incluso sus orejas enrojecieron.

— No pude evitarlo. Hablaban en voz muy alta. Yo me hubiera ido. pero…

Comprendí. La puerta de su habitación daba al vestíbulo. «¡Idiota!», pensé, naturalmente, de mí. Estaba aturdido.

— ¿Lo has… oído todo?

Asintió de nuevo.

— ¿Y sabías que yo te…?

— Hum.

— ¿Cómo? No nombré a nadie…

— Ya lo sabía de antes.

— ¿Cómo?

Movió la cabeza.

— No lo sé, pero lo sabía. Es decir, al principio pensé que sólo me lo parecía.

— ¿Y después? ¿Cuándo fue?

— No sé. Durante el día. Lo noté.

— ¿Tuviste mucho miedo? — pregunté, casi gruñí.

— No.

— ¿No? ¿Por qué no?

Sonrió débilmente.

— Es usted totalmente como…, como…

— ¿Cómo qué?

— Como salido de un cuento. No sabía que… se podía… ser así, y si usted no…, ya sabe…, pensaría que estoy soñando…

— Te aseguro que no es un sueño.

— Oh, ya lo sé. Ha sido un decir. ¿Sabe usted qué pienso?

— No muy bien. Soy un poco estúpido, Eri. Sí, Olaf tenía razón. Soy un estúpido. Un perfecto idiota. De modo que háblame con claridad, ¿quieres?

— Bien. Usted cree que es horrible, pero no es cierto. Sólo es…

Enmudeció porque no encontró palabras. Yo la escuchaba con la boca abierta.

— Niña, Eri, yo…, yo no me creo horrible. Qué tontería. Te doy mi palabra. Pero cuando he vuelto y he oído y sabido tantas cosas., Basta. Ya he hablado bastante. Demasiado. No había sido tan charlatán en mi vida. Habla tú, Eri, habla.

Me senté sobre la cama.

— Ya lo he dicho todo…, de verdad. Sólo que… no sé…

— ¿Qué es lo que no sabes?

— Qué pasará ahora…

Me incliné hacia ella. Me miró directamente a los ojos. Sus párpados no se movían.

Nuestros alientos se juntaron.

— ¿Por qué te has dejado besar?

— No lo sé.

Rocé su mejilla con los labios. Luego su cuello. Me quedé así, con la cabeza sobre su hombro, apretando los dientes con todas mis fuerzas. Nunca había sentido algo igual. Ni siquiera sabía que se podía sentir. Tenía deseos de llorar.

— Eri — murmuré sin voz, sólo con los labios —. Eri, ¡ sálvame!

Yacía inmóvil. Oía los rápidos latidos de su corazón como desde una gran distancia. Me senté de nuevo.

— Si… — empecé, pero no tuve valor para terminar la frase. Me levanté, puse la lámpara en su sitio, coloqué la mesa donde estaba antes y tropecé con algo: era un cuchillo de cazador, tirado en el suelo. Lo dejé en la maleta y me volví —. Apagaré la luz — dije —. ¿Quieres?

Ninguna respuesta. Pulsé el interruptor. La oscuridad era total; ni siquiera en la ventana abierta había luces, ni las más distantes. Nada. Todo negrura. Tan negro como era muchas veces el espacio. Cerré los ojos. La quietud susurraba.

— Eri… — murmuré. No contestó. Sentí su temor y me acerqué a la cama en la oscuridad.

Intenté oír su respiración, pero solamente el silencio emitía un sonido universal, como si se materializara en aquella negrura y se transformara en ella, en Eri.

«Tendría que irme de aquí — pensé —. Sí, en seguida me voy.» Pero me incliné y encontré de repente su rostro, como por telepatía. Ella dejó de respirar.

— No — dije en un suspiro —. Nada. De verdad, nada.

Le toqué los cabellos. Lo rocé con las yemas de los dedos y lo reconocí, todavía tan extraño, tan inesperado. Tenía tanta ansiedad por comprenderlo todo. Pero ¿y si no había nada que comprender? Cuánto silencio. ¿Dormiría ya Olaf? Seguramente no. Debía de estar quieto, escuchando. Esperando. Yo debía ir a su habitación. Pero no, no podía. Coloqué la cabeza sobre su hombro. En un impulso, me eché a su lado. Noté que todo su cuerpo se ponía rígido.

Se apartó. Le susurré:

— No tengas ningún miedo.

— No.

— Estás temblando.

— No es nada.

La abracé. El peso de su cuerpo sobre mi hombro se trasladó al brazo. Estábamos acostados el uno junto al otro, y nos rodeaba la oscuridad silenciosa.

— Es muy tarde — susurré —. Muy tarde. Tienes que dormir. Por favor, duérmete.

La mecí únicamente con una lenta oscilación de mi hombro. Estaba quieta, y yo sentía el calor de su cuerpo y su aliento. Respiraba muy de prisa. Y su corazón latía con violencia.

Despacio, muy despacio, se fue tranquilizando. Debía de estar muy cansada. Escuché primero con los ojos abiertos, y después los cerré, pues así me parecía oír mejor. ¿Dormiría ya?

¿Quién era? ¿Por qué significaba tanto para mí? Estaba inmóvil en esta oscuridad, y por la ventana entraba el viento, que hacía crujir las cortinas. Me invadía un asombro mudo.

Ennesson, Thomas, Venturi, Arder. ¿Para esto fue todo aquello? ¿Para esto? Un puñado de polvo. Allí donde nunca sopla el viento. Donde no hay nubes, ni sol, ni lluvia, absolutamente nada, y de modo tan literal que parece imposible, que se antoja increíble. ¿Y yo había estado allí? ¿De verdad? Y ¿para qué?

Ahora ya no sabía nada, todo se había fundido en una oscuridad sin forma; estaba entumecido. Ella se estremeció. Lentamente, se volvió de lado, pero no movió la cabeza de mi hombro. Murmuró algo y continuó durmiendo.

Intenté imaginar la cromosfera de Arturo. Un espacio gigantesco y vacío por el que he volado muchas veces, girando en un espantoso e invisible carrusel de fuego, con los ojos hinchados y llorosos, repitiendo continua e insensiblemente: «Sonda. Cero. Siete. Sonda.

Cero. Siete. Sonda. Cero. Siete.» Miles y miles de veces, por lo que más tarde sólo el recuerdo de estas palabras me hacía estremecer. Las llevaba grabadas con fuego, como si fueran heridas; y como respuesta sólo crujió algo en los auriculares y se oyó un sonido ahogado en el cual mis aparatos transformaban las llamas de las protuberancias, y

allí estaba Arder, su rostro, su cuerpo y su cohete transformados en un gas radiante… ¿Y Thomas? El desaparecido Thomas, de quien nadie sabía qué… ¿Y Ennesson? No nos llevábamos bien; en realidad yo no podía soportarle. Pero en la cámara de presión luché con Olaf porque no me quería dejar ir hacia allí, pues era demasiado tarde; ¡vaya generosidad la mía, por todos los cielos! Sólo que no era generosidad sino una cuestión de precio. Ya lo creo que sí. Porque cada uno de nosotros era de un valor incalculable, la vida humana alcanzaba allí su valor máximo, allí donde ya no podía tener ninguno, donde sólo estaba separada del fin por un hilo ya casi inexistente. Aquel hilo o aquel contacto en la radio de Arder. Aquel empalme en el reactor de Venturi, que Voss no comprobó lo suficiente — tal vez se soltó de repente, pues también esto ocurre, que el metal envejezca —, y Venturi dejó de existir cinco segundos después. ¿Y el regreso de Thurber? ¿Y la prodigiosa salvación de Olaf, que se perdió cuando su antena de dirección resultó perforada? ¿cuándo? ¿De qué manera? Nadie lo sabía. Olaf regresó… por milagro. Sí, una posibilidad entre un millón. ¡Y yo mismo… vaya suerte que tuve! ¡Vaya suerte extraordinaria e imposible…! Tenía el brazo dormido, lo cual me daba una sensación agradable e indescriptible. «Eri — llamé en mis pensamientos —, Eri.» Como el trino de un pájaro. ¡Qué nombre!

Un gorjeo… Cómo fastidiábamos a Ennesson para que imitara los trinos de los pájaros.

Lo sabía hacer, ¡y qué bien! Y cuando perdió la vida, lo mismo ocurrió con todos esos pájaros…

Pero todo esto no tardó en ser confuso, y me hundí, nadé a través de la oscuridad. En el último momento antes de dormirme se me antojó estar allí, en mi puesto, en la litera, muy bajo y muy cerca del suelo de hierro, y junto a mí estaba el pequeño Arne… Entonces me desvelé de nuevo unos momentos. No, Arne ya no vivía, y yo estaba en la Tierra. La muchacha respiraba tranquilamente.

— Bendita seas, Eri — dije en un susurro, aspiré el olor de sus cabellos y me quedé dormido.

Abrí los ojos sin saber dónde estaba, ni desde luego, junto a quién. Los cabellos oscuros desparramados sobre mi hombro — no le sentía como si fuera algo extraño a mi cuerpo — me dejaron perplejo. Fue sólo una fracción de segundo. En seguida lo supe todo. El sol aún no había despuntado, y la mañana, de un blanco lechoso, sin un atisbo de amanecer, clara y de un frío penetrante, estaba en la ventana. A esta luz temprana vi el rostro de Eri como si lo viera por primera vez. Dormía profundamente, respirando con los labios muy cerrados; no debía estar muy cómoda sobre mi hombro, ya que colocó una mano bajo su cabeza y arqueó las cejas como si todavía la dominara el asombro. Este movimiento fue muy leve; pero yo la contemplaba con

atención, como si en aquel rostro estuviera escrito mi propio destino.

Pensé en Olaf. Con extremo cuidado, empecé a retirar el brazo. Esta precaución resultó totalmente innecesaria, pues ella dormía muy bien, y además soñaba; me detuve, no tanto para adivinar el sueño como para saber si era desagradable. Su rostro era casi infantil. No, no había nada desagradable en el sueño. Me aparté de ella y me levanté. Llevaba el albornoz puesto, tal como me había acostado. Salí descalzo al pasillo, cerré la puerta con cuidado, muy lentamente, y con las mismas precauciones entré en el cuarto de Olaf. La cama estaba intacta.

Se hallaba sentado ante la mesa y dormía, con la cabeza apoyada en una mano. No se había desnudado, tal como yo supuse. Ignoro qué le despertó; ¿mi mirada, tal vez? De pronto sus ojos claros me dirigieron una mirada penetrante, y se desperezó y estiró con grandes ademanes.

— Olaf — dije —, aunque viviera cien años…

— Cierra la boca — replicó con gran amabilidad —. Hal, siempre tuviste inclinaciones nefastas…

— ¿Ya empiezas otra vez? Sólo quería decirte…

— Ya sé qué querías decirme. Siempre sé qué quieres decirme con una semana de anticipación. Si en el Prometeo hubiéramos tenido un capellán, tú habrías sido el más indicado. ¡Por el mismísimo diablo, cómo no se me ocurrió antes! ¡ Entonces te habría hecho rezar, Hal! ¡Nada de sermones, ni grandes palabras, ni juramentos, imprecaciones y demás! ¿Cómo va todo? Bien, ¿no?

— No lo sé. Así parece. Si te… te interesa… entre nosotros no ha pasado nada.

— Primero tendrías que arrodillarte — observó —, y seguir hablando de rodillas. Viejo idiota, ¿te he preguntado semejante cosa? Hablo de las perspectivas y cosas por el estilo.

— No tengo idea. Y verás, voy a decirte algo: ella tampoco tiene idea. Le he dado en la cabeza como con una piedra.

— Ya. Esto es desagradable — opinó Olaf, mientras se desnudaba y buscaba su bañador —.

¿Cuánto pesas? ¿Ciento diez?

— Más o menos. No hace falta que busques; llevo puesto tu bañador.

— Por todos los diablos, siempre has de meter la pezuña en todo — gruñó, y al ver que yo iba a quitarme el bañador-: Déjalo, tonto. Tengo otro en la maleta.

— ¿Cómo se gestiona un divorcio? ¿Lo sabes, por casualidad? — pregunté.

Olaf, agachado ante la maleta, me miró. Sonrió entre dientes.

— No, no lo sé. Me gustaría saber cómo me podría haber

enterado. Sin embargo, oí decir que es como un estornudo. Y ni siquiera hay que brindar. ¿No existe por aquí un cuarto de baño decente, provisto de agua?

— Ni idea, pero no lo creo. Sólo los que ya conoces.

— Sí. Un chorro de aire refrescante que huele a elixir dental. Espantoso. Vamos a la piscina.

Sin agua no me siento lavado. ¿Duerme ella?

— Sí.

— Entonces, vamos.

El agua estaba fría y deliciosa. Hice un tirabuzón hacia atrás; me salió magnífico. Hasta ahora no lo había logrado nunca. Salí a la superficie resoplando y ahogándome, pues había tragado agua por la nariz.

— Cuidado — me advirtió Olaf desde el borde —, ahora tienes que ser precavido. ¿Te acuerdas de Markel?

— Sí. ¿Por qué?

— Estuvo en cuatro lunas de Júpiter llenas de amoníaco, y cuando regresó, aterrizó y salió serpenteando de su cohete, cubierto de trofeos como un árbol de Navidad, tropezó y se rompió la pierna. O sea que debes tener cuidado ahora, te lo digo yo.

— Lo tendré. El agua está terriblemente fría. Voy a salir.

— Bien hecho. Podrías pillar un resfriado. Yo no había tenido ninguno en diez años, y en cuanto llegué a la Luna, empecé a toser.

— Porque allí hay demasiada sequedad — dije con expresión muy seria. Olaf rió y me salpicó la cara de agua al saltar muy cerca de mí.

— Efectivamente, es muy seca — convino mientras nadaba —. Es una buena descripción. Seca y muy incómoda.

— Oí, me voy corriendo.

— Muy bien. Nos encontraremos para desayunar. ¿O no?

— Naturalmente.

Corría hacia arriba, secándome por el camino. Ante la puerta, contuve el aliento y miré hacia dentro con cuidado. Continuaba dormida. Aproveché la oportunidad y me vestí con rapidez. Incluso pude afeitarme en el cuarto de baño.

Entonces volví a asomarme a la habitación; me pareció que se había movido. Cuando me acerqué a la cama de puntillas, abrió los ojos.

— ¿He… dormido… aquí?

— Sí, sí, Eri.

— Me ha parecido que alguien…

— Sí, Eri…, he… sido yo.

Me miró largo rato, como si lo estuviera recordando todo lentamente. Al principio abrió mucho los ojos — ¿de asombro? — , y después los cerró, volvió a abrirlos, miró a hurtadillas, muy de prisa,

pero no tanto como para que yo no lo advirtiera, bajo la sábana, y me mostró su rostro ruborizado.

Carraspeé.

— Quiere? ir a tu habitación, ¿verdad? Entonces me voy…

— No — dijo —, llevo puesta la bata. — Cerró el escote y se sentó en la cama —. ¿Es así… ya… realmente?

— preguntó en voz baja y un tono como si se despidiera de algo.

Guardé silencio.

Ella se levantó, recorrió la habitación y volvió a mi lado. Levantó la vista y me miró a la cara; en sus ojos había una pregunta, una inseguridad y otra cosa que yo no sabía adivinar.

— Señor Bregg…

— Me llamo Hal. Es mi… nombre de pila…

— Se…, Hal, yo…

— ¿Sí?

— Yo… realmente no sé… querría…

— ¿Qué?

— Bueno…, él…

¿No podía o no quería decir «mi marido»?

— …Vuelve pasado mañana.

— ¿Y qué?

— ¿Qué pasará entonces?

Tragué saliva.

— ¿Debo hablar con él? — pregunté.

— ¿Cómo?

Ahora fui yo quien la miró confundido, sin comprender.

— Ayer… dijo usted…

Me quedé esperando.

— …Que… me llevaría consigo.

— Sí.

— ¿Y él?

— ¿No debo hablar con él? — repetí.

— ¿Cómo, hablar? ¿Usted solo?

— ¿Con quién, pues?

— ¿Así que… ha de ser el fin?

Me ahogaba; volví a carraspear.

— Pero… no hay otra salida.

— Yo… yo pensaba… que sería un mesk.

— Un… qué?

— ¿No sabe qué es?

— No, no lo sé. No entiendo una palabra. ¿Qué es? — interrogué, sintiendo un desagradable escalofrío. De nuevo tropezaba con estas repentinas barreras, con un confuso malentendido.

— Es eso, una… o uno… cuando encuentra a alguien… y durante

un tiempo le gustaría…, bueno, ¿de verdad no sabe nada de esto?

— Espera, Eri. No sé nada, pero ahora creo adivinar… ¿Se trata de algo provisional, de un estado interino, de una aventura pasajera?

— No — repuso ella, abriendo mucho los ojos —. Así que usted ignora cómo… Ni yo misma lo sé con exactitud — reconoció de repente —. Sólo lo conozco de oídas. Y creía que usted…

— Eri, no sé nada. Y que el diablo se me lleve si comprendo algo. ¿Tiene que ver…? Bueno, por lo menos se refiere al matrimonio, ¿no?

— Sí, claro. Hay que ir a una oficina y allí — no lo sé exactamente —, pero en todo caso, más tarde… ya es…

— ¿Qué?

— Definitivo. Así que nadie puede decir nada. Nadie. Ni siquiera él…

— De modo que se trata de… una especie de legalización…, vaya, qué diablos…, legalizacion del adulterio, ¿no?

— No. Sí. Es decir, entonces no es adulterio, o al menos, ya no lo dice nadie. No existe adulterio, ya que, bueno, yo con Seon… sólo por un año…

— ¿Qué? — exclamé, inseguro de si había oído bien —. ¿Qué quiere decir eso? ¿Por qué por un año? ¿Un matrimonio de un año? ¿Sólo por un año? ¿Por qué?

— Es un ensayo…

— ¡Por todos los cielos negros y azules! Una prueba, vaya. ¿Y esto es el… mesk? ¿Quizá un aviso para el año siguiente?

— No sé qué es un aviso. Del adulterio sí que he oído hablar. Pero aquí significa que si al cabo de un año una pareja se separa, lo otro empieza a tener validez. Como unas nupcias.

— ¿Este mesk?

— Sí.

— Y sin él, ¿qué pasa?

— Nada. Entonces no tiene ninguna importancia.

— Aja. Entonces ya lo sé. No. Nada de mesk. Para toda la eternidad. ¿Sabes qué significa esto?

— Sí. Señor Bregg…

— ¿Qué quieres?

— Este año haré mi licenciatura de arqueología…

— Ya comprendo. Me das a entender que yo, al tenerte por tonta, soy en el fondo un tonto de remate. ¿No es eso?

— Lo ha expresado con mucha fuerza — sonrió.

— Sí. Perdona. Por lo tanto, Eri, ¿puedo hablar con él?

— ¿Sobre qué?

Apreté la mandíbula. «¡Otra vez!»; pensé.

— Vaya, por to… — Me mordí el labio inferior —. Sobre nosotros.

— Pero eso no se hace.

— ¿No? Ah, vamos. ¿Qué se hace, pues?

— Se gestiona una separación. Pero, señor Bregg, de verdad… yo…, yo no puedo…

— ¿Qué?

Confundida, se encogió de hombros.

— ¿Quiere decir esto que hemos vuelto al punto de partida de anoche? — pregunté —. Eri, no te enfades porque hable así, pero ya sabes que estoy en situación de inferioridad. No conozco todos los formulismos y costumbres, ni siquiera sé lo que es cotidiano y lo que no, por consiguiente, cómo voy a saber…

— Sí, me hago cargo, me hago cargo. Pero él y yo… Seon…

— Comprendo — dije —. Escucha, ¿y si nos sentáramos?

— Pienso mejor de pie.

— Como quieras. Escucha, Eri. Sé lo que debería hacer. Llevarte conmigo, como te dije, y marcharnos a alguna parte… Ignoro de dónde procede esta seguridad. Quizá de mi ilimitada estupidez. Pero me parece que acabarías sintiéndote bien a mi lado. Ya lo creo que sí. Sin embargo, estoy hecho de un modo que… Bueno, resumiendo: no lo haré. Con objeto, si quieres, de no obligarte. Al fin y al cabo, toda la responsabilidad de esta… llamémosla decisión mía recae sobre ti… Por consiguiente, soy un cerdo no del lado derecho sino del izquierdo. Sí. Lo veo muy bien. Lo veo con mucha claridad. Así pues, te ruego que sólo me digas una cosa: ¿cuál prefieres?

— El derecho…

— ¿Qué?

— El lado derecho de este cerdo.

Tuve que reír. Quizá con algo de histerismo.

— Santo Dios… Bueno, está bien. ¿Así que puedo hablar con él? Después. Quiero decir, yo volvería solo…

— No.

— ¿No se hace así? Es posible. Pero tengo la sensación de que debería hacerlo, Eri…

— No. Se lo ruego… encarecidamente. De verdad. No. ¡No!

De repente brotaron lágrimas de sus ojos. La rodeé con ambos brazos.

— ¡Eri! ¡No! De acuerdo, no. Haré lo que tú quieras, pero no llores. Por favor, no llores así.

Para, ¿me oyes? O llora…, ni siquiera sé ya…

— Yo… no sabía que esto… te… — murmuró, sollozando.

La llevé de un lado a otro de la habitación.

— No llores, Eri… O si no, ¿sabes qué? Nos iremos… sólo por un mes. ¿Lo prefieres así? Y si entonces quieres volver, pues vuelves…

— Por favor… — dijo —, por favor…

La deposité en el suelo.

— ¿No se puede hacer así? Ya ves, no sé nada. Sólo pensé…

— Ay, ¡qué cosas tienes! Poder, no poder. No lo quiero así. ¡No lo quiero!

— Mi lado derecho se aumenta visiblemente — dije con sequedad inesperada —. Está bien, Eri.

Ya no quiero devanarme más los sesos. Cámbiate de ropa. Desayunaremos y nos marcharemos en seguida.

Me miró con huellas de lágrimas en los ojos. Se dominó a la perfección. Arqueó las cejas.

Me pareció que iba a decir algo más, algo poco halagador para mí, pero se limitó a suspirar y se fue en silencio. Me senté a la mesa. Mi repentina decisión, como en una historia de aventuras, había sido flor de un momento. En realidad estaba tan decidido como una rosa de los vientos.

Me sentía un majadero. «¿Cómo puedo — me preguntaba —, cómo puedo hacerlo?» ¡Vaya lío!

Olaf apareció en el umbral.

— Hijo mío — me interpeló —, lo lamento. Es el colmo de la indiscreción, pero lo he oído todo.

No pude evitarlo. Habría que cerrar las puertas, y además tu voz es muy potente. Hal… estás superándote. ¿Qué esperas de una muchacha? Que te salte al cuello sólo porque una vez, en Kere…

— ¡Olaf! — rugí.

— Sólo la paz puede salvarnos. Verás, una arqueóloga hizo un bonito descubrimiento. Ciento sesenta años ya pueden llamarse antigüedad, ¿no?

— Tu clase de humor…

— No te atrae, lo sé. A mí tampoco. Pero ¿qué me quedaría de él si no te conociera tan a fondo? El entierro de un amigo y punto final. Hal, Hal…

— Sé muy bien cómo me llamo.

— ¿Qué quieres, pues? ¡Vamos, capellán! Comamos y pongámonos en camino.

— Ni siquiera tengo idea de adonde ir.

— Por casualidad, yo sí que lo sé. Junto al mar aún se pueden alquilar unas casitas. Os vais en el coche…

— ¿Qué significa «os»?

— ¿Qué te parece? ¿Acaso pensabas en la Santísima Trinidad? Capellán…

— Olaf, si no dejas de bromear…

— Está bien, ya lo sé. Querrías hacer feliz a todo el mundo: a mí, a ella, al tal Saúl o Seon…

No, es imposible. Hal, iremos juntos en el coche, pero yo no iré

más lejos de Houl, pues allí tomaré un ulder.

— Vaya, vaya — dije —, qué bonitas vacaciones te he organizado.

— Si yo no me quejo, tú tampoco has de hacerlo. Quizá saque algo de todo esto. Y ahora, basta. Vamos.

El desayuno transcurrió en un ambiente singular. Olaf habló más que de costumbre, pero más bien al aire. Eri y yo apenas pronunciamos una palabra. Entonces el robot blanco trajo un glider, con el cual Olaf se fue a Klavestra a recoger el coche. Se le ocurrió en el último momento. Al cabo de una hora el coche ya estaba en el jardín; puse en él todo mi equipaje y Eri también se llevó sus cosas — no todas, según me pareció, pero no hice ninguna pregunta-; en realidad, no nos hablábamos. Y en el día soleado, que ya empezaba a ser caluroso, fuimos primero a Houl — que estaba algo apartado de la carretera —, donde Olaf se apeó; hasta que nos encontramos en el coche no nos explicó que ya había alquilado una casita para nosotros.

No hubo una despedida en toda regla.

— Escucha — le dije —, si algún día te escribo…, ¿vendrás?

— Claro. Te enviaré mi dirección.

— Escribe a la lista de Correos de Houl — observé. Me alargó su mano endurecida. ¿Cuántas manos como ésta quedarían en toda la Tierra?

La estreché hasta que me crujieron los huesos. Sin volverme, volví al coche. Viajamos apenas una hora; Olaf me había indicado dónde estaba la casa. Era pequeña — cuatro habitaciones, sin piscina, pero junto a la playa y al mar —. Cuando pasamos por un trecho más elevado, bordeado de casitas policromas que estaban diseminadas por las colinas, vimos el océano desde la carretera. Ya antes de verlo habíamos oído su distante y sordo rumor.

De vez en cuando, miraba a Eri. Callada, muy erguida, no volvía la cabeza para contemplar el paisaje. La casita — nuestra casita — era azul con un tejado color naranja. Cuando me pasé la lengua por los labios, noté sabor a sal. La carretera describió una curva y siguió paralela a la línea de la playa. El océano, con olas que parecían inmóviles desde lejos, mezclaba su voz con el ruido del potente motor.

La casita era una de las últimas. Un pequeño jardín, con arbustos grises por la sal, mostraba las huellas de una reciente tormenta. Las olas debían de haber llegado hasta la valla; aquí y allí se veían aún conchas vacías. El techo inclinado se elevaba en la parte delantera, formando una especie de ala muy caprichosa, que daba mucha sombra. La casita vecina asomaba detrás de una duna grande y de escasa vegetación, a unos seiscientos pasos de distancia. Abajo, en la playa en forma de media luna, se veían diminutas siluetas humanas.

Abrí la portezuela del coche.

— Eri…

Se apeó en silencio. Si pudiera adivinar qué pasaba tras su frente un poco arrugada.

Caminó a mi lado hacia la puerta.

— No, así no — dije —. No puedes cruzar por tu pie el umbral ¿sabes?

— ¿Por qué?

La levanté.

— Abre — pedí. Tocó la placa con los dedos y la puerta se abrió. Crucé el umbral llevándola en brazos, y entonces la dejé resbalar hasta el suelo —. Es una costumbre. Trae… suerte.

Primero fue a recorrer todas las habitaciones. La cocina estaba atrás; era automática y tenía un robot, pero no un robot verdadero, sino un muñeco eléctrico para la limpieza.

También podía servir las comidas. Obedecía órdenes, pero sólo hablaba un par de palabras.

— Eri — dije —, ¿quieres ir a la playa?

Negó con la cabeza. Nos hallábamos en medio de la habitación de mayor tamaño: blanca y dorada.

— ¿Qué quieres? Tal vez…

Antes de que terminara la frase, el mismo movimiento de cabeza. Vi lo que significaba.

Pero la suerte estaba echada y había que seguir jugando.

— Traeré las cosas — dije. Esperé por si decía algo, pero se sentó en uno de los sillones verdes como la hierba y comprendí que no quería decir nada. Este primer día fue espantoso. Eri no hizo nada demostrativo, ni siquiera me evitó intencionadamente e incluso intentó estudiar un poco después de la comida, cuando le pedí que me dejara permanecer en su habitación para poder contemplarla.

Le prometí no decir una sola palabra y no estorbarla. Pero después de un cuarto de hora (¡tan rápida fue mi intuición!) comprendí que mi presencia le pesaba como una piedra. La línea de su espalda, sus gestos pequeños y precavidos y su disimulada tensión me lo revelaron. Por lo tanto, salí corriendo, cubierto de sudor, y empecé a pasear arriba y abajo de mi habitación.

Aún no la conocía, aunque ya sabía que no era una chica tonta, sino tal vez todo lo contrario. En la situación recién creada, esto podía ser tanto una ventaja como un inconveniente. Ventaja: si no lo comprendía, por lo menos podía pensar quién era yo y no ver en mí a un bárbaro ni a un salvaje.

Inconveniente: si esto era cierto, entonces carecía de valor el consejo que me diera Olaf en el último momento. Me citó un aforismo del Libro Hon, que yo también conocía: «Para que la mujer sea como una llama, el hombre ha de ser como el hielo.» Así pues, veía mi única posibilidad en la noche, no en el día. No me gustaba esto y me

atormentaba de forma horrible pensarlo. Pero comprendía que en el breve tiempo de que disponía, no lograría ningún contacto por medio de las palabras. Dijera lo que dijese; todo quedaría sin efecto, porque no llegaría hasta sus motivos, hasta su corto y bien justificado arranque de cólera cuando empezó a gritar: «¡…no lo quiero, no lo quiero!». También el hecho de que entonces pudiera dominarse tan pronto me parecía una mala señal.

Al atardecer sintió miedo. Traté de ser más sereno que el agua y más bajo que una brizna de hierba, como Woow, ese pequeño piloto que sabía callar más tiempo que nadie; era capaz, sin decir una palabra, de expresar con claridad lo que quería y también hacerlo.

Después de la cena — no comió nada, lo cual provocó gran alarma en mí — sentí que me Dominaba la ira, hasta el punto de que muchas veces casi la odié por culpa de mi propio tormento. Y la terrible injusticia de este sentimiento no hacía más que incrementarlo.

Nuestra primera noche verdadera, cuando, todavía muy enardecida, se durmió en mis brazos y su respiración jadeante se fue serenando con suspiros cada vez más débiles, me sentí seguro de haber vencido. Ella había luchado sin cesar, no conmigo, sino con su propio cuerpo, que ahora yo empezaba a conocer. Desde las finas uñas, dedos diminutos, palmas de las manos, pies, fui abriendo y despertando a la vida con mis besos cada una de sus pequeñas partes y curvas, penetrándolas con.mi aliento, a pesar de ella misma, con infinita paciencia y lentitud, para que las transiciones fueran apenas perceptibles.

Y cuando sentí una protesta creciente, como la muerte, me aparté, empecé a susurrarle palabras pueriles, dementes, sin sentido, callé de nuevo y sólo la acaricié, la asalté durante horas con las caricias, hasta que sentí cómo se abría, cómo su rigidez se convertía en el temblor de la última resistencia… y entonces tembló de otra manera, ya vencida, pero yo seguía esperando, sin hablar, ya que esto estaba más allá de todas las palabras. En la oscuridad sostuve sus hombros esbeltos y su pecho, el izquierdo, porque allí latía el corazón, más de prisa, cada vez más de prisa… Respiraba con fuerza, después con desesperación, y entonces — ocurrió; ni siquiera fue deseo, sino la gracia de la extinción y la fusión, una tormenta más allá de nuestros cuerpos, para que en esta violencia se fundieran en uno solo. Nuestros alientos jadeantes, nuestros ardores terminaron en un desmayo; ella gritó una vez, débilmente, con voz alta e infantil, y me abrazó.

Más tarde sus manos fueron resbalando lejos de mí, como con una gran vergüenza y tristeza, como si ella hubiese comprendido de repente cuan horribles habían sido mis subterfugios y mentiras. Y lo empecé todo de nuevo: los besos entre los dedos, los juramentos mudos, toda esta campaña de ternura y también crueldad. Todo se

repitió como en un sueño oscuro y cálido. Y de improviso noté que su mano, oculta entre mis cabellos, apretaba mi cabeza contra su brazo desnudo con una fuerza que jamás habría adivinado en ella. Y entonces, agotada, respirando con rapidez, como si quisiera librarse del calor creciente y el temor repentino, se durmió. Yo permanecí inmóvil, como un muerto, tenso hasta el punto máximo, e intenté comprender si lo sucedido lo significaba todo o absolutamente nada. Poco antes de dormirme tuve la impresión de que estábamos salvados.

Y entonces llegó la paz, la gran paz, tan grande como en Kerenea cuando yacía sobre la cálida placa de lava con Arder inconsciente, pero al que veía respirar tras el cristal de su escafandra y así sabía que no todo había sido en vano. Pero ya no me quedaban fuerzas, aunque sólo fuera para abrir el grifo de su botella de repuesto; yacía como paralizado y con la sensación de que la mayor experiencia de mi vida acababa de pasar y, si ahora moría, no se produciría ningún cambio. Y esta indefensión mía era como el tácito silencio del triunfo.

Pero por la mañana todo volvió a ser igual. En las primeras horas ella seguía avergonzada, ¿o era tal vez desprecio hacia mí? Lo ignoro; quizá se despreciaba a sí misma por lo sucedido.

Hacia mediodía logré convencerla para dar un pequeño paseo. Seguimos la carretera de la gigantesca playa. El Pacífico reposaba al sol como un gigante lánguido, surcado por franjas de espuma blancas y doradas y repleto hasta el horizonte de pequeñas velas. Detuve el coche en el lugar donde terminaba la playa y aparecía un promontorio de rocas, La carretera describía allí una curva pronunciada: a un metro de distancia podían verse directamente las violentas oleadas. Luego volvimos para comer.

Todo era igual que la víspera; pero en mí se extinguía todo cuando pensaba en la noche.

Porque no quería aquello, no lo quería así. Cuando no la miraba, sentía sus ojos fijos en mí.

Traté de adivinar el significado de su ceño nuevamente fruncido y sus miradas ausentes; y de pronto — no sé cómo ni por qué, fue como si alguien me hubiera abierto el cráneo —, lo comprendí todo. Sentí deseos de golpearme la cabeza con los puños. ¡Qué estúpido egoísta era, qué cerdo insensible! Me quedé quieto, aturdido, con esta tormenta rugiendo en mi interior. De improviso la frente se me perló de sudor y me sentí muy débil.

— ¿Qué tienes? — preguntó ella.

— Eri — dije con voz ronca —, yo… no he comprendido hasta ahora, ¡te lo juro! que has venido conmigo porque tenías miedo de que yo…, ¿verdad que sí?

Sus ojos se abrieron llenos de asombro; me miró con atención, como si temiera un engaño, una comedia. Asintió.

Salté de la silla.

— Nos vamos.

— ¿Adonde?

— A Klavestra. Haz el equipaje. Dentro de — consulté el reloj —, dentro de tres horas estaremos allí.

No se había movido.

— ¿En serio? — interrogó.

— ¡En serio, Eri! No lo había comprendido. Sí, ya sé, parece imposible. Pero hay límites. Sí, límites. Eri, todavía no comprendo del todo cómo he podido; me he mentido a mí mismo.

Bueno, no lo sé, pero es igual, ahora ya no importa.

Hizo el equipaje ¡tan de prisa…! Todo en mí estaba roto y destrozado. Sin embargo, exteriormente parecía casi tranquilo. Cuando estábamos sentados en el coche, me dijo:

— Hal, te pido perdón.

— ¿Por qué? ¡Ah! — comprendí —. ¿Creías que yo lo sabía?

— Sí.

— Bueno. No hablemos más de ello.

Y nuevamente pisé el acelerador; a los lados pasaban casitas lilas, blancas, azules, la carretera se curvaba, aumenté más la velocidad, el tráfico era muy intenso y luego empezó a escasear, las casitas perdieron sus colores, el cielo se tino de azul oscuro, las estrellas aparecieron y nosotros corríamos en el prolongado silbido del viento.

Todo el paisaje se volvió gris; las colinas dejaron de ser abultadas y se convirtieron en siluetas, en una hilera de gibas, y la carretera, en la penumbra, era fosforescente. Reconocí las primeras casas de Klavestra, el característico recodo de la carretera, los setos. Detuve el coche frente a la entrada, entré sus cosas en el jardín bajo la baranda.

— Prefiero no entrar en la casa compréndelo.

— Sí.

No quería despedirme de ella, así que me limité a dar media vuelta. Ella rozó mi mano; me estremecí como si me hubiera quemado.

— Hal, gracias…

— No digas nada. Por el amor de Dios, no hables.

Me alejé corriendo, salté al coche y pisé el acelerador. El ruido del motor pareció calmarme durante un rato. Llegué a la recta sobre dos ruedas. Era para reír. Naturalmente, ella tenía miedo de que la matara; había presenciado cómo intentaba matar a Olaf, que era totalmente inocente, y sólo por esto, porque él no me permitía… ¡Oh, no importaba…, no importaba! Grité solo en el coche, podía hacer lo que quisiera, el motor cubría mi demente furia… y una vez más ignoro en qué momento supe lo que tenía que hacer. Una vez más — como antes — me invadió la paz. No la misma, claro. Porque el hecho

de que hubiera aprovechado tan vulgarmente la situación y la hubiese obligado a ella a seguirme, y todo hubiese ocurrido sólo por este motivo… era lo peor de todo cuanto podía imaginarme, pues me robaba incluso los recuerdos, los pensamientos sobre nuestra noche… sencillamente todo. Yo mismo la había destruido con mis propias manos por medio de un egoísmo ilimitado, de una ceguera que no me dejaba ver lo más visible y evidente; desde luego ella no había mentido cuando dijo que no tenía miedo de mí. Tampoco temía por ella, claro. Sólo por él.

Tras las ventanillas pasaban volando pequeñas luces, quedaban atrás, se desvanecían; la comarca era indescriptiblemente hermosa. Y yo, destrozado, mutilado, corría a toda velocidad sobre chirriantes neumáticos de una curva a otra, hacia el Océano Pacífico, hacia las rocas; en un momento en que el coche patinó con fuerza mayor de la esperada y rozó 'a cuneta con las ruedas del lado derecho, sentí miedo, pero sólo por una fracción de segundo; en seguida reí como un loco…, porque había tenido miedo de morir precisamente aquí, cuando me había propuesto morir en otra parte. Y esta risa se convirtió de pronto en un sollozo. «Debo hacerlo cuanto antes — pensé —, pues ahora ya no soy el mismo. Lo que me ocurra ya no es horrible, sino repugnante.» Y aún me dije algo más: que debía avergonzarme de mí mismo. Pero ahora estas palabras ya no tenían sentido ni importancia.

Era ya oscuro, la carretera estaba casi vacía, ya que por la noche no circulaba casi nadie — hasta que observé que me seguía un glider negro a no mucha distancia. Se deslizaba con ligereza y sin el menor esfuerzo, mientras yo forcejeaba con los frenos y el acelerador, porque los gliders se mantienen sobre el asfalto gracias a la fuerza de atracción o de la gravedad — el diablo lo sabe. En suma, me podía alcanzar fácilmente, pero permanecía a unos ochenta metros detrás de mí; una vez se acercó un poco más, pero volvió a reducir la marcha. En las curvas pronunciadas, donde yo barría la carretera con toda la parte posterior del coche y patinaba hacia la izquierda, él se quedaba atrás, aunque yo no creía que no pudiera mantener mi ritmo. Tal vez el conductor tenía miedo. Pero, no, claro, en él no iba ningún conductor. Y además, ¿qué me importaba a mí aquel glider?

Algo sí me importaba, pues sentía que no se mantenía tan cerca de mí sin un motivo. De pronto se me ocurrió pensar que podía ser Olaf. Olaf, quien, con toda la razón, no se fiaba en absoluto de mí, y que debía de haber esperado en los alrededores para vigilar el curso de los acontecimientos. Y al pensar que allí se encontraba mi salvador, mi viejo y querido Olaf, que una vez más no me dejaba hacer lo que yo quería, como un hermano mayor, como mi paño de lágrimas… me invadió la cólera. Durante un segundo, la ira me impidió ver la carretera.

«¿Por qué no me dejan en paz?», pensé, y empecé a exigir del coche sus últimas fuerzas, sus últimas reservas. Como si no supiera que el glider podía alcanzar el doble de mi velocidad. Y así corrimos en plena marcha, entre las colinas llenas de luces, y el penetrante silbido del viento que cortaban nuestros vehículos dejaba ya percibir el rumor creciente, gigantesco y como surgido de profundidades insondables del océano Pacífico.

«Sigue conduciendo — pensé —, conduce tranquilo. Tú no sabes lo que yo sé. Me persigues, me olfateas, no me dejas en paz… ¡Estupendo! Pero yo correré más que tú, saltaré ante tus mismas narices antes de que tengas tiempo de parpadear; hagas lo que hagas, no te servirá de nada, pues el glider no puede salirse de la carretera. De este modo, hasta en el último segundo podré tener la conciencia tranquila. Fabuloso.» Pasé por delante de la casita donde habíamos vivido; sus tres ventanas iluminadas me dijeron al pasar que no hay ningún sufrimiento que no pueda incrementarse. Y entonces llegué al trecho de la carretera que seguía paralelo al océano. Ante mi alarma, ahora el glider aumentó de pronto la velocidad y quiso adelantarme. Le corté brutalmente el paso, girando hacia la izquierda. El se quedó atrás, y continuamos maniobrando de esta manera; cada vez que intentaba adelantarme, le cerraba el paso ocupando el lado izquierdo de la carretera; creo que fueron cinco veces.

De repente, aunque yo no le dejaba sitio, empezó a adelantarme; mi coche estuvo a punto de rozar la negra y reluciente superficie del proyectil sin ventanas y al parecer sin conductor; en ese momento supe seguro que sólo podía ser Olaf, ya que nadie más se atrevería a hacer algo semejante. Pero yo no podía matar a Olaf; eso sí que no podía hacerlo. Así pues, le cedí el paso, y pensé que ahora sería él quien me lo cerrara. Pero sólo se mantuvo a unos quince metros de mi radiador. «Bueno — pensé —, no importa.» Y empecé a conducir más lentamente, con la débil esperanza de que él se alejara.

Pero no era su intención alejarse; aminoró asimismo la marcha.

Aún faltaba un kilómetro para la última curva junto a las rocas, cuando el glider disminuyó todavía más la marcha; ahora conducía por el centro, a fin de que yo no pudiera adelantarle. Pensé: «¡Tal vez ahora lo logre, ahora mismo!» Pero no había ninguna roca, sólo la arena de la playa, y el coche se habría encallado en la arena al cabo de cien metros, sin llegar siquiera al océano; no era cuestión de hacer semejante tontería. No tenía más remedio que seguir adelante.

El glider iba ahora con mayor lentitud, y observé que iba a detenerse; su carrocería negra brillaba a la luz de las señales del freno como salpicada de sangre. Intenté adelantarle con un giro repentino, pero me cerró el paso. El era más rápido y flexible que yo; al fin y al cabo, era conducido por otra máquina. La máquina siempre tiene un

reflejo más rápido. Pisé el freno; demasiado tarde. Un ruido espantoso, una masa negra apretada contra el parabrisas; fui proyectado hacia delante y perdí el conocimiento.

Abrí los ojos como después de un sueño; soñaba que estaba nadando. Algo frío y húmedo me pasó por la cara, sentí manos que me sacudían, y oí una voz.

— Olaf — murmuré —, Olaf, ¿por qué? ¿Por qué?

— ¡Hal!

Me estremecí; me apoyé sobre el codo y vi el rostro de ella muy junto al mío. Cuando me senté, tan confuso que no podía pensar, ella se deslizó lentamente sobre mis rodillas, sus hombros temblaban convulsivamente, y yo aún no podía creerlo. Mi cabeza parecía tener proporciones gigantescas y estar hecha de algodón.

— Eri — dije con labios entumecidos, grandes, pesados, y como muy distantes de mí —, Eri, ¿eres tú… o…?

De pronto me volvieron las fuerzas, la agarré por los hombros, la levanté, me levanté yo de un salto, nos tambaleamos los dos y caímos sobre la arena blanda y todavía caliente. Besé su cara húmeda y salada y lloré por primera vez en mi vida, y ella también lloró. Durante mucho rato no pronunciamos una sola palabra, y poco a poco fuimos cogiendo miedo — no sé de qué —, y ella me miró con ojos muy abiertos.

— Eri — repetí —, Eri, Eri…

No sabía nada más. Me eché en la arena, muy débil de pronto, y ella se asustó; trató de levantarme, pero no tenía suficiente fuerza para hacerlo.

— No, Eri — murmuré —, no me ha pasado nada… Es sólo…

— ¡ Hal! Entonces, habla, ¡habla!

— ¿Qué quieres que diga…, Eri…?

Mi voz la calmó un poco. Se fue corriendo y en seguida volvió con un recipiente plano; me mojó el rostro de agua — era salada —, claro, era agua de mar. «Yo quería beber mucha», me pasó por la mente, y parpadeé. Recuperé el dominio de mí mismo, me senté y moví la cabeza.

Ni siquiera una herida; los cabellos habían amortiguado el golpe; sólo tenía un chichón como una naranja, un poco de piel levantada, en las orejas aún notaba un zumbido, pero ya me sentía bien. Por lo menos, sentado. En cuanto traté de levantarme, las piernas no quisieron obedecerme.

Ella se arrodilló junto a mí y me miró con los brazos caídos.

— ¿Eres tú? ¿De verdad? — pregunté. Ahora empecé a comprenderlo; me volví y, en medio de un terrible mareo provocado por este movimiento de cabeza, vi a la luz de la luna nueva, a pocos metros de distancia, dos siluetas negras al borde de la carretera, una

empotrada en la otra. Me falló la voz cuando dirigí la mirada hacia ella.

— Hal…

— Dime.

— Trata de levantarte…, te ayudaré…

— ¿Levantarme?

Mi cerebro aún no parecía funcionar bien. Comprendía y no comprendía lo ocurrido. ¿Era Eri la que conducía el glider? Imposible.

— ¿Dónde está Olaf? — pregunté.

— ¿Olaf? Lo ignore.

— ¿Cómo…? ¿No estaba aquí?

— No.

— ¿Tú sola?

Asintió. Y de pronto me sobrecogió un temor horrible, espantoso.

— ¡Cómo pudiste! ¡Cómo pudiste!

Su rostro temblaba, su boca también; no era capaz de pronunciar una sola palabra.

— Era… preciso…

Volvió a llorar. Muy lentamente, fue tranquilizándose. Me tocó la cara, la frente, y yo seguía repitiendo:

— En…, ¿eres tú?

Delirio de la fiebre. Entonces, muy despacio, me levanté, ella me ayudó como pudo.

Llegamos a la carretera. Allí vi el estado en que había quedado el coche: el radiador, toda la parte delantera parecía un acordeón. En cambio el glider apenas había sufrido daños — ahora comprendí su superioridad —, a excepción de una pequeña abolladura en el 'lado del choque; nada más.

Eri me ayudó a subir, dio marcha atrás hasta que el coche, con un prolongado chirrido de hojalata, cayó a la cuneta, y nos alejamos. Volvíamos a la casa. Yo callaba, las luces pasaban de largo. La cabeza me colgaba sobre el hombro, cada vez más grande y pesada. Nos apeamos ante la casita. Las ventanas seguían iluminadas, como si nosotros aún estuviésemos dentro. Me ayudó a entrar. Me eché en la cama. Ella fue hacia la mesa, la rodeó y se dirigió a la puerta. Me incorporé con fuerza.

— ¿Te marchas?

Corrió hacia mí, se arrodilló junto a la cama y dijo con la cabeza:

— No.

— ¿No?

— No.

— ¿Y no te marcharás nunca?

— Nunca, La abracé. Ella puso la mejilla contra mi cara, y ahora me abandonó todo: los últimos vestigios de mi testarudez, cólera y

demencia de las últimas horas, el temor, la desesperación. Me quedé vacío, como muerto; sólo apretándola contra mí, cada vez más fuerte, como si hubiera recuperado las fuerzas. Reinaba el silencio, la luz resplandecía en el tapizado dorado de la habitación. En algún lugar de la lejanía, casi como en otro mundo, al otro lado de la ventana abierta, rumoreaba el océano Pacífico.

Puede parecer extraño, pero no hablamos ni aquel atardecer ni aquella noche una sola palabra. Nada. Sólo al día siguiente, ya tarde, me enteré de cómo había ocurrido: cuando yo me fui en el coche, ella adivinó para qué y me siguió poco después; estaba asustada, no sabía qué debía hacer; primero pensó en llamar al robot blanco, pero comprendió que esto no serviría de nada. Tampoco «él» — nunca le llamaba de otro modo — podría ayudarla. Tal vez Olaf. Seguramente Olaf. Pero no sabía dónde buscarle, y además no había tiempo que perder.

Así que tomó el glider de la casa y me siguió. Pronto me alcanzó y se quedó detrás de mí, pensando que aún había una posibilidad de que yo quisiera volver a la casita.

— ¿Hubieras entrado? — pregunté.

Titubeó.

— No lo sé. Creo que sí. Ahora creo que sí, pero no estoy muy segura.

Entonces, cuando vio que yo pasaba de largo la casita, se asustó aún más. Yo ya conocía el resto.

— No, no comprendo absolutamente nada — dije —. Todavía no lo comprendo. ¿Cómo pudiste hacerlo?

— Yo… pensé que no podía permitir que pasara nada.

— ¿Y sabías qué quería hacer yo, y dónde?

— Sí.

— ¿Cómo?

Al cabo de mucho rato:

— No sé. Quizá porque ya te conocía un poco…

Callé. Aún quería formular muchas preguntas, pero no me atrevía. Estábamos ante la ventana. Con los ojos cerrados, sintiendo la extensión del océano, interrogué:

— Bueno, Eri…, ¿y ahora? ¿Qué haremos… ahora?

— Ya te lo dije.

— Pero no lo quiero de ese modo — murmuré.

— No puede ser de otro — repuso tras una larga pausa —. Y además…

— ¿Además qué?

— No lo quiero de otro modo.

Aquella tarde fue aún peor. Porque esto vino, imperioso, y retrocedió. ¿Por qué? Lo ignoro. Ella tampoco lo sabía. Sólo

parecíamos acercarnos en los momentos decisivos, sólo entonces nos conocíamos y podíamos comprendernos.

Y la noche. Y otro día.

Y el cuarto día la oí telefonear y sentí un gran temor. Más tarde, lloró. Pero a la hora de comer ya sonreía.

Y así fue el principio y el fin. Porque a la semana siguiente fuimos a Mae, capital de distrito, y allí, ante un hombre vestido de blanco, pronunciamos los formulismos que nos convirtieron en marido y mujer. El mismo día telegrafié a Olaf. Al día siguiente fui a Correos, pero no había noticias suyas. Pensé que habría cambiado de domicilio y después me escribiría. Pero, a decir verdad, ya en Correos tuve una sensación angustiosa. Este silencio no era característico de Olaf. Sin embargo, a causa de todo lo ocurrido, pensé en ello muy brevemente y no le dije nada a ella.

Como si lo hubiese olvidado.

# VI

Para ser una pareja constituida solamente gracias al apremio de mi locura, era asombrosamente armoniosa. Nuestra vida se organizó de manera bastante singular: si había diferencias de opinión, Eri sabía defender su punto de vista, pero casi siempre se trataba de cuestiones generales. Por ejemplo, era partidaria decidida de la betrización, y la defendía con argumentos que no sacaba de los libros. Yo consideraba muy positivo el hecho de que opusiera su opinión a la mía de forma tan abierta, pero nuestras, discusiones tenían lugar durante el día. Ni siquiera entonces se aventuraba a hablar sobre mí de un modo sereno y objetivo… o quizá no quería, porque ignoraba cuáles de sus palabras podrían interpretarse como una crítica de mis defectos o cualidades ridículas y cuáles como un ataque contra los valores de mi tiempo. En cambio por la noche — como si la oscuridad redujese o menguara mi presencia — me hablaba sobre mí mismo, es decir, sobre nosotros. Y yo disfrutaba con estas conversaciones en la oscuridad, porque ésta encubría tan misericordiosamente mi asombro.

Me habló de sí misma, de su infancia. De este modo supe por segunda, o mejor, por primera vez — pues ahora tenía un contenido real y humano — lo ingeniosamente que esta sociedad estaba construida sobre una base de armonía duradera y estabilizada. Se consideraba natural el hecho de que tener hijos y educarlos en sus primeros años es un problema que requiere grandes cualidades y una vasta preparación y estudios muy especiales; sólo para obtener autorización para engendrar descendencia, una pareja debía someterse a una serie de pruebas; al principio esto me pareció inaudito, pero tras alguna reflexión tuve que reconocer que las costumbres paradójicas eran más bien las nuestras, las de los viejos. Porque en la antigua sociedad nadie podía construir una casa o un puente, ni curar una enfermedad, ni tomar la medida administrativa más sencilla sin poseer la formación profesional corres pondiente, y lo único que se dejaba a la ciega casualidad y a la concupiscencia momentánea era el problema de mayor responsabilidad, la procreación de hijos y el desarrollo de su mente. La sociedad no intervenía hasta que se cometían errores que ya no tenían remedio.

Así pues, el derecho a tener un hijo era una distinción especial que no podía ser otorgada a cualquiera; más tarde, los padres no podían aislar a los hijos de los de su misma edad: se formaban grupos cuidadosamente seleccionados de ambos sexos, en los que estaban representados los temperamentos más diversos; los llamados niños difíciles eran sometidos a intervenciones hipnogógicas adicionales, y

todos iniciaban muy pronto los estudios. Sin embargo, no se trataba de aprender a leer y escribir, lo cual se enseñaba mucho después; la singular formación de los pequeños consistía en iniciarles mediante juegos especiales en el funcionamiento del mundo, de la Tierra, en sus riquezas y las formas más diversas de la vida social; de este modo que puede llamarse natural se inculcaba a los niños de cuatro y cinco años los fundamentos de la tolerancia, de la vida en común, del respeto hacia las convicciones y actitudes ajenas, y de la falta de importancia de las distintas características físicas de los niños — o sea, de las personas — de diferentes razas.

Todo esto me parecía muy hermoso, pero con una objeción fundamental: que el más sólido fundamento de este mundo, su regla universal, fuese la betrización. La educación iba dirigida a que se considerase algo tan natural como el nacimiento y la muerte. Pero cuando supe por Eri cómo se aprendía en las escuelas la historia antigua, me invadió una cólera que me costó un gran esfuerzo vencer. Desde este punto de vista, eran tiempos de un mundo brutal, donde no se ponía límite a los nacimientos y se producían violentas catástrofes económicas y bélicas. Los logros de la civilización eran mencionados y se presentaban como expresión de aquellas fuerzas y tendencias que ayudaron a la humanidad a superar la oscuridad y la crueldad de aquella época. Frente a estos logros había la entonces generalizada tendencia de vivir a costa de otros. Aquello — se decía — que era muy difícil de alcanzar y que sólo ofrecía sus ventajas a muy pocas personas, y a la que conducía un camino lleno de peligros, renuncias, compromisos y derrotas morales, sólo compensados por los éxitos materiales, era en la actualidad algo cotidiano, fácil y seguro.

Asimismo resultaba fácil, al divulgar conocimientos generales, condenar numerosas características del pasado, como las guerras, por ejemplo — esto yo podía admitirlo —. Y la falta — ¡ total! — de política, divergencias, tensiones, conflictos internacionales (aunque al principio se antojaba asombroso y casi hacía pensar que existían, pero se silenciaban), tuve que considerarla un éxito y no un perjuicio. Lo que fue más difícil para mí en esta inversión de todos los valores se refería a mis circunstancias más íntimas, pues no había sido sólo Starck quien descartó las expediciones espaciales en su libro, escrito medio siglo antes de mi regreso. En este punto Eri, que terminó sus estudios arqueológicos, pudo aclararme muchas cosas. Ya las primeras generaciones betrizadas cambiaron radicalmente su actitud hacia la astronáutica, pero aún después del cambio de signos, del positivo al negativo, continuó siendo apasionada. Se opinaba que se había cometido un error trágico, cuyo punto culminante coincidió con los años de nuestra expedición, puesto que entonces se emprendieron muchas expediciones similares. Pero el error no estribaba solamente

en los exiguos resultados que se obtenían de ellas ni en que la investigación fuera del sistema solar — que sólo aportó el descubrimiento en algunos planetas de formas de vegetación primitivas y en general desconocidas para nosotros — no condujo en un radio de varios años luz a ningún contacto con alguna civilización altamente desarrollada. Ni siquiera se consideró lo peor que la terrible duración de estos viajes — puesto que cada vez sus objetivos se encontraban más alejados — tenía que convertir a las tripulaciones de las naves espaciales, estos representantes de la Tierra, en un puñado de seres infelices, mortalmente atormentados, que necesitarían tras su aterrizaje — aquí o allí — intensos cuidados en su convalecencia; ni que la decisión de enviar al espacio o estos exaltados era insensata y cruel. Fue considerado lo esencial el hecho de que la Tierra quisiera conquistar el cosmos, pese a no haber hecho lo suficiente para sí misma. Como si no resultara evidente que tan heroicos vuelos no podrían aliviar jamás los ilimitados sufrimientos, las injusticias, los temores y el hambre de la humanidad.

Pero así pensó sólo la primera generación betrizada. Después, en el curso natural de las cosas, llegó el olvido. La indiferencia. Y los niños, cuando se enteraron de la época romántica de los vuelos espaciales, se sorprendieron y tal vez tuvieron incluso un poco de miedo de sus incomprensibles antepasados, que se les antojaban tan extraños y absurdos como los antepasados aún más lejanos que se dedicaban a los saqueos y las expediciones en busca de oro. Esta indiferencia es lo que más me asustó, era peor que una sentencia injusta; la obra de nuestra vida yacía bajo una capa de silencio, enterrada y olvidada.

Eri no intentó despertar en mí entusiasmo por el nuevo mundo ni deseaba tampoco una conversión demasiado rápida; se limitaba a hablar sencillamente del tema. Y yo — precisamente porque hablaba de sí misma, como un testigo de este mundo — no podía cerrar los ojos a su resplandor.

Era una civilización que carecía de temor. Todo cuanto había estaba al servicio de la humanidad. Nada era tan importante como su comodidad, el cumplimiento de sus deseos naturales y también de los más exagerados. Por doquier, en todos los lugares donde la presencia humana, la debilidad de sus pasiones, la lentitud de sus reacciones podía representar el mínimo riesgo, se la eliminaba mediante el uso de maquinaria muerta: los autómatas.

Este mundo estaba libre de peligros. No había lugar para la crueldad, la lucha o cualquier clase de violencia; era un mundo de suavidad, de formas y costumbres blandas, de transiciones moderadas y situaciones sin dramatismo, igualmente digno de asombro que la reacción que despertaba en mí, o en nosotros. Al añadir esto pienso en

Olaf.

Porque precisamente nosotros habíamos sufrido durante diez años tantos horrores, tantas cosas contrarias a la naturaleza del hombre, que le hieren y le destrozan, y estábamos tan hartos, volvíamos tan hartos de todo ello, que si alguien nos hubiera dicho que el regreso podía demorarse, que deberíamos ofrecer la frente al vacío nueve meses más, le habríamos saltado al cuello. Y precisamente nosotros, que ya no podíamos soportar este riesgo constante, esta posibilidad ciega de ser blanco de un meteorito, esta continua tensión de la espera, los tormentos que sufrimos cuando un Arder o un Ennesson no volvían de un vuelo de reconocimiento… precisamente nosotros empezábamos de repente a considerar aquel tiempo espantoso como lo único bueno, que nos había conferido sentido y dignidad. Y, sin embargo, ahora todavía me estremecía cuando recordaba cómo habíamos esperado, sentados o acostados, colgados en singulares posiciones sobre la redonda cabina de radio, en medio de un silencio sólo interrumpido por el zumbido regular de una señal; procedente de la instalación automática de la nave, mientras veíamos bajo la luz muerta y azulada las gotas de sudor perlando la frente del radiotelegrafista, que estaba a la espera como nosotros, mientras la campanilla de alarma, accionada, funcionaba sin ruido, hasta que llegaba el momento en que la aguja rozaba el punto rojo de la esfera, trayendo el alivio. Alivio, porque ahora ya se podía iniciar la búsqueda y morir también, lo cual parecía mucho más fácil que este compás de espera. Nosotros, los pilotos, no científicos, éramos unos chiquillos viejos, nuestro tiempo ya se había detenido tres años antes del despegue. En el transcurso de estos tres años habíamos experimentado diversas etapas de un creciente malestar psíquico. Existían tres fases principales, tres estaciones, llamadas sucintamente Castillo de Fantasmas, Planchado y Coronación.

El Castillo de Fantasmas era el encierro en un pequeño recipiente, todo lo perfectamente aislado del mundo que uno pueda imaginar. A su interior no llegaba ningún sonido, ningún rayo de luz, ningún soplo de aire, ni el mínimo movimiento exterior. Este recipiente — parecido a un pequeño cohete — estaba provisto de aparatos y provisiones de agua, alimentos y oxígeno.

Y en él había que vivir inactivo, sin nada absolutamente que hacer, un mes entero, que se antojaba una eternidad. Nadie salía de él tal como había entrado. Yo, uno de los más duros según el doctor Janssen, no empecé hasta la tercera semana a ver aquellas cosas extrañas que los demás ya observaban al cuarto o quinto día: monstruos sin cara, multitudes sin forma que emergían de las esferas luminosas de los aparatos para entablar conmigo locas conversaciones y columpiarse sobre mi sudoroso cuerpo, que perdía sus fronteras. El

cuerpo se transformaba, adquiría proporciones gigantescas y al final — y esto era lo más repugnante — empezaba a independizarse de alguna manera: primero palpitaban una por una todas las fibras de los músculos, después — tras sensaciones de hormigueo y entumecimientos — venían las convulsiones y seguidamente movimientos que yo observaba rígido por el asombro, sin comprender nada, y sin el entrenamiento preliminar y las indicaciones teóricas habría estado dispuesto a creer que mis manos, mi cabeza y mi nuca habían sido poseídas por demonios. El interior acolchado de este recipiente — según se rumoreaba — había visto ya escenas indescriptibles e inmencionables. Janssen y su equipo eran testigos, mediante aparatos apropiados, de lo que tenía lugar allí dentro, pero ninguno de nosotros sabía — ¡entonces! — nada de ello. La sensación de aislamiento tenía que ser real y completa. Por esto nos resultó incomprensible la desaparición de algunos ayudantes del doctor. Hasta que estuvimos volando no me confió Gimma que simplemente se habían desmoronado. Uno de ellos, un tal Gobbek, llegó a intentar abrir el recipiente por la fuerza, porque no podía contemplar la tortura del hombre encerrado en él.

Pero esto era solamente el Castillo de Fantasmas. Después venía el Planchado, con sus caídas y centrifugaciones, con la endiablada máquina de aceleración, que podía dar g, una aceleración que, naturalmente, nunca pudo llevarse a la práctica, pues habría convertido a los hombres en un charco; pero g bastaban para que toda la espalda del sujeto se quedara pegajosa en una fracción de segundo por la sangre transpirada por la piel.

La última prueba, la Coronación, la resistí muy bien. Era el último tamiz, la última estación selectiva. Al Martin, un muchacho que entonces tenía en la Tierra el mismo aspecto que yo ahora, un coloso, un único ovillo de músculos duros como el hierro, la tranquilidad misma, o al menos eso parecía, volvió de la Coronación a la Tierra en un estado tal que hubo que llevarle inmediatamente al sanatorio.

Esta Coronación era algo muy sencillo. Se introducía al sujeto en un traje espacial, se le llevaba a una órbita cercana a la Tierra, y a una altitud de unos cien mil kilómetros, cuando la Tierra lucía como una Luna cinco veces mayor, se le echaba simplemente al vacío y los demás se alejaban. Y entonces, colgado de esta manera, moviendo manos y piernas, había que esperar su regreso, la salvación; el traje espacial era seguro, cómodo, tenía oxígeno y climatización, calentaba e incluso alimentaba al sujeto con una pasta nutritiva que salía cada dos horas de una boquilla especial, gracias a una ligera presión. Así pues, no podía ocurrir absolutamente nada, salvo si fallaba el pequeño aparato de radio acoplado a la parte exterior del traje, que emitía una señal automática para indicar el lugar exacto de la situación de su

propietario. En este traje espacial sólo faltaba una cosa que siempre llevaba incorporada: el transmisor, y deliberadamente, claro, por lo que no se podía oír ninguna voz que no fuese la propia. De este modo había que estar suspendido en medio de la oscuridad y las estrellas, girando por la falta de gravedad y esperando. Durante mucho tiempo, ciertamente, pero no demasiado. Y nada más.

Sí, pero hacía enloquecer a los hombres; en los cohetes de la base eran víctimas de convulsiones epilépticas. Esto era lo peor de todo para los hombres: esta destrucción total, este aislamiento, la muerte con plena conciencia; era la experiencia de la eternidad, que se infiltraba en los hombres y les dejaba probar su espantoso sabor. Se nos comunicaba el conocimiento, siempre considerado como imposible de alcanzar, de la insondabilidad sin fronteras de la existencia extraterrena; un abismo ilimitado, estrellas entre las piernas, que colgaban y se agitaban inútilmente, la superfluidad de las manos, de la boca, de los gestos, de todo movimiento e inmovilidad. Dentro de los trajes espaciales resonaba un grito, los infelices proferían alaridos… pero, basta.

Basta ya de recordar lo que sólo fue una prueba, una introducción, deliberada y cuidadosamente preparada, rodeada de todas las medidas de seguridad: a ninguno de los «coronados» le pasó nada en el sentido físico, nada; todos fueron encontrados sanos y salvos por los cohetes de la base. Claro que esto no nos lo decían, a fin de no restar nada a la autenticidad de la situación.

La Coronación me fue bien porque tenía un sistema propio. Era muy sencillo y totalmente deshonesto, pues era precisamente lo que no se debía hacer. Cuando me lanzaron por la escotilla, cerré los ojos. Luego pensé en las cosas más diversas. Lo único que se necesita en grandes cantidades en una situación así, es la voluntad. Había que proponerse con firmeza no abrir para nada estos desgraciados ojos, pasara lo que pasase. Creo que Janssen conocía este truco mío, pero no hubo consecuencias para mí, ciertamente.

Todo esto ocurría en la Tierra o sus proximidades. Pero después vino un vacío que no estaba preparado, ni procedía del laboratorio. Que mataba realmente, no sólo en apariencia.

Tuvo piedad de muchos: Olaf, Gimma, Thurber, yo, los otros siete del Ulises, e incluso nos permitió volver. Y entonces nosotros, que no anhelábamos otra cosa que paz, después de realizar tan perfectamente nuestro sueño, lo despreciamos. Fue Platón, me parece, quien dijo una vez: «Desgraciado, obtendrás lo que querías tener.»

# VII

Una noche, ya muy tarde, descansábamos después de hacer el amor, y el rostro de Eri se apoyaba de lado sobre mi brazo. Si miraba hacia arriba, podía. ver a través de la ventana abierta las estrellas brillando entre las nubes. No había viento, el visillo de la ventana parecía un fantasma blanco; pero del mar abierto venía una oleada muerta, oí el prolongado zumbido que la anunciaba, luego un rumor irregular cuando rompió en la playa, después un silencio que duró varios latidos del corazón, y en seguida volvieron las aguas invisibles a acometer la lisa playa. Pero apenas escuchaba este recuerdo incesante repetido de la existencia terrena, pues contemplaba con los ojos muy abiertos la Cruz del Sur, cuya Beta había sido nuestra guía; yo había empezado cada día con sus meditaciones, de manera que al final ya las hacía automáticamente y pensando en otras cosas; nos conducía de modo infalible, aquel fanal del vacío que jamás se extinguía. Casi notaba en mis manos la presión de los mangos de metal, que empujaba para colocar el punto luminoso, la cima de la oscuridad, en el centro del punto de mira, y mientras lo hacía, sentía la blanda goma del ocular en torno a las cejas y las mejillas. Esta estrella, una de las más distantes, apenas había cambiado al final del vuelo, mientras la Cruz del Sur se había desvanecido hacía tiempo y dejado de existir para nosotros, ya que nos dirigíamos hacia el interior de sus brazos; y entonces aquel punto blanco, aquella estrella gigantesca dejó de ser lo que había parecido al principio: un desafío; su igualdad perenne nos reveló su verdadero significado: era testigo de la insignificancia de nuestras acciones, de la indiferencia del vacío, del espacio, con la cual nadie se reconciliará jamás.

Pero ahora intenté distinguir la respiración de Eri entre el rumor del Pacífico, y me resultó difícil creer en tales cosas. Podía repetir para mis adentros: «He estado allí, sí, he estado allí realmente», pero esta afirmación no debilitaba mi infinito asombro. Eri se movió. Quise apartarme para hacerle más sitio, pero de pronto sentí su mirada.

— ¿No duermes? — susurré. Me incliné sobre ella y ya iba a rozar su boca con la mía cuando me puso sobre los labios las yemas de los dedos. Así permaneció un momento, y después deslizó los dedos hacia mis omóplatos y mi pecho, rodeó un profundo hueco entre las costillas y lo cubrió con la palma.

— ¿Qué es esto? — murmuró.

— Una cicatriz.

— ¿Cómo ocurrió?

— Tuve un accidente.

Guardó silencio. Sentí que me miraba. Levantó la cabeza. Sus ojos eran sólo oscuridad; sin luz, yo apenas veía el contorno de su brazo, blanco y palpitante.

— ¿Por qué no dices nada? — volvió a murmurar.

— Eri…

— ¿Por qué no quieres hablar?

— ¿De las estrellas? — comprendí de repente. Ella calló. Yo no sabía qué decir.

— ¿Crees que no lo comprendería?

La miré muy de cerca en la oscuridad, entre el rumor del océano, que llenaba la habitación y volvía a alejarse, y aún no sabía cómo debía explicárselo.

— Eri…

Quise abrazarla, pero ella se soltó y se sentó en la cama.

— No es preciso que hables, si no quieres. Pero dime por qué.

— ¿No lo sabes? ¿De verdad?

— Ahora ya lo sé. ¿Querías… ahorrármelo?

— No. Tengo miedo, simplemente.

— ¿De qué?

— Ni yo mismo lo sé bien. No quiero remover todo aquello. No lo olvido, sería imposible.

Pero hablar… creo que significaría… encerrarme en todo ello. Apartarme de lo… actual…

— Comprendo — dijo en voz baja. La mancha blanca de su rostro desapareció cuando bajó la cabeza —. Quieres decir que yo no lo considero im…

— No, no — traté de interrumpirla.

— Espera, ahora estoy hablando yo. Una cosa es lo que yo opine de la astronáutica y también el hecho de que nunca abandonaré la Tierra. Pero esto no tiene nada que ver contigo y conmigo. O puede que sí, ya que estamos juntos. De otro modo, no lo estaríamos. Para mí la astronáutica es… tú. Por eso me gustaría tanto…, pero es mejor que no hables, si te sientes como dices.

— Hablaré.

— Pero no hoy.

— Hoy.

— Acuéstate, por favor.

Caí sobre la almohada. Ella se levantó y caminó de puntillas, blanca en la oscuridad.

Corrió el visillo. Las estrellas desaparecieron; sólo quedó el prolongado ruido del Pacífico, volviendo siempre con ciega testarudez. Yo ya no veía casi nada. Un soplo de aire reveló sus pasos, la cama cedió.

— ¿Has visto alguna vez una nave espacial de la clase del

Prometeo?

— No.

— Es muy grande. En la Tierra alcanzaría un peso de más de trescientas mil toneladas.

— ¿Y vosotros erais tan pocos?

— Doce. Tom Arder, Olaf, Arne, Thomas: los pilotos. Ah, y yo también. Y siete científicos.

Pero si te refieres a que había mucho espacio libre, te equivocas. El combustible ocupaba las nueve décimas partes de la masa. El conjunto de aparatos fotográficos, los almacenes, las provisiones, las piezas de reserva… la parte de vivienda no es grande. Cada uno de nosotros tenía su camarote, aparte de la cámara común. En el centro del casco había los pequeños cohetes de aterrizaje y las sondas, todavía menores, para tomar las pruebas Korona…

— ¿Sobrevolaste Arturo en una de ellas?

— Sí. Con Arder.

— ¿Por qué no volasteis juntos?

— ¿En un cohete? Porque esto reduce las posibilidades.

— ¿Por qué?

— La sonda es la refrigeración, ¿sabes? Es como… una nevera volante. Con el sitio justo para poder sentarse. Se va metido en una coraza de hielo. Este hielo se derrite por fuerza y vuelve a helarse en los tubos. Los compresores pueden estropearse. Basta un segundo, un atascamiento, porque fuera hay ocho, diez o incluso doce mil grados. Por lo tanto, si el cohete fuese doble, tendrían que morir dos. De este modo, sólo muere uno. ¿Comprendes?

— Sí, comprendo. — Mantenía la mano sobre el lugar insensible de mi pecho —. ¿Fue allí donde… ocurrió esto?

— No. Eri, ¿y si primero te cuento otras cosas?

— Bueno.

— No creas que… Esto no lo sabe nadie.

— ¿Esto?

La cicatriz cambiaba bajo el calor de sus dedos… como si recobrara la vida.

— Sí.

— ¿Cómo es posible? ¿Y Olaf?

— Olaf tampoco. Les mentí, Eri. Ahora tengo que contártelo, ya he dicho demasiado. Eri…, esto ocurrió el sexto año. Ya regresábamos, pero dentro de una nube de polvo cósmico no se puede ir tan de prisa. Es una imagen espléndida: cuanto más veloz avanza la nube, tanto más violenta es la luminiscencia de la nube; detrás de nosotros iba una cola, no como una cola de cometa sino más bien como la luz polar, que tremola a ambos lados y en las profundidades del cielo, miles y miles de kilómetros hacia Alfa Eridani… Arder y Ennesson ya no

estaban.

Venturi tampoco. Yo siempre me despertaba alrededor de las seis, entonces la luz cambiaba y se volvía blanca en vez de azul. Oí la voz de Olaf, que hablaba en la cabina de mando. Había observado algo interesante. Bajé a la cabina. El radar mostraba una mancha pequeña, algo apartada del rumbo. Era demasiado grande para ser un meteoro, aparte de que los meteoros nunca están solos. Thomas se reunió con nosotros y reflexionamos sobre lo que podía ser. En cualquier caso, aminoramos todavía más la velocidad. Esto despertó a los otros. Cuando vinieron, Thomas dijo bromeando que ya lo sabía: era una nave. Lo decíamos a menudo. En el espacio tenía que haber naves de otros sistemas, pero era más fácil que se encontraran dos moscas llegadas de lados opuestos del globo terrestre. Estábamos casi al final de aquella fría nube; el polvo se hizo tan fino que a simple vista podían distinguirse las estrellas de sexta magnitud. Esta pequeña mancha resultó ser un planetoide. Algo así como Vesta. Alrededor de un cuarto de billón de toneladas, tal vez más. Extraordinariamente regular, casi redondo.

Esto es muy poco frecuente. Lo teníamos a proa, a dos miliparsecs. Iba delante, nosotros detrás. Thurber preguntó si podíamos acercarnos. Yo dije que sí, hasta un cuarto de nanoparsec.

«Nos acercamos. En el telescopio parecía un erizo, una bola con agujas clavadas. Algo digno de verse, casi una pieza de museo. Thurber discutió con Biel sobre si podía ser de origen tectónico. Thomas añadió que era posible determinarlo sin perder energía, ya que no llevábamos un gran impulso. Alguien vuela hasta allí, recoge un par de muestras y regresa.

Gimma estaba indeciso. La reserva de tiempo era suficiente; nos lo permitía. Al final accedió.

Quizá porque yo me encontraba allí. Aunque no había dicho ni una palabra. Tal vez precisamente por esto, porque nuestras relaciones eran tan…, pero ya hablaré de eso otro día.

Nos detuvimos; semejante maniobra dura bastante tiempo, durante el cual el minúsculo planeta se alejó de nosotros, pero lo seguíamos teniendo en la pantalla de radar. Yo estaba inquieto, pues desde el principio de nuestro regreso teníamos mala suerte. Averías tontas, pero difíciles de solucionar, y además, sin causa aparente. No me considero supersticioso, aunque creo, en la ley de la concatenación. Pero me faltaron argumentos. Parecía un juego de niños, pero a pesar de ello comprobé yo mismo el motor de Thomas y le dije que tuviera precaución. Con el polvo.

— ¿Con qué?

— Con el polvo. En el interior de una nube, los planetoides actúan de aspiradores de polvo, ¿sabes? Recogen el polvo del espacio

en el que giran, y tienen mucho tiempo para hacerlo. El polvo se asienta sobre ellos a capas, de tal modo que puede doblar su tamaño. Pero basta hacer funcionar el escape, o posarse con más firmeza, para que se levante una nube de polvo, que se queda flotando. Una pequeñez, en apariencia, pero entonces no se ve nada. Por lo tanto, se lo dije. Como es natural, él lo sabía exactamente igual que yo. Entonces Olaf lo disparó por la rampa de a bordo, y yo subí arriba, a la cámara de mediciones, para dirigirle. Le vi acercarse, maniobrar, deslizar el proyectil sobre el planetoide. En aquel momento le perdí de vista, naturalmente.

— ¿Le veías en el radar?

— No, en el óptico, es decir, por el telescopio. Infrarrojo. Pero hablé todo el rato con él por radio. Y en el momento en que pensé que jamás había visto en Thomas un aterrizaje tan cauteloso (todos empezamos a estar más atentos cuando iniciamos el regreso), vi un pequeño resplandor y una mancha oscura, que empezó a extenderse sobre el disco del planetoide.

Gimma, que se hallaba a mi lado, profirió un grito. Pensaba que Thomas había soltado la llama para frenar su caída. Así se llama, ¿sabes? Se da una única impulsión, pero no en estas circunstancias. Y yo sabía también que Thomas no lo habría hecho nunca. Tuvo que ser un rayo.

— ¿Un rayo? ¿Allí?

— Sí. Verás, todo cuerpo que se mueve a gran velocidad en una nube de polvo que circula por el roce grandes cargas de electricidad estática. Entre el Prometeo y el pequeño planeta reinaba una diferencia de potenciales. Podían ser de miles de millones de voltios, incluso más.

Cuando Thomas aterrizó, saltó una chispa. Eso fue el resplandor. El calor repentino levantó el polvo, y al cabo de un minuto el polvo cubría todo el disco. Dejamos de oírle, su radio sólo crepitaba. A mí me dominaba la cólera, sobre todo contra mí mismo, por no haber pensado lo suficiente. El cohete tenía pararrayos especiales, de púas, y la carga eléctrica debió haber resbalado como un fuego de San Telmo. No fue así. Por otra parte, a veces se producen descargas, pero no como aquélla, que fue de una potencia extraordinaria. Gimma me pidió mi opinión sobre cuándo se posaría la nube. Thurber no hizo ninguna pregunta; era evidente que tendrían que pasar días. Y noches. — ¿Días y noches?

— Sí, porque la gravitación es extremadamente exigua. Una piedra que cayera de la mano tardaría horas en llegar al suelo. ¡Cómo no aquel polvo, levantado en remolino a varios metros de altura! Dije a Gimma que se ocupara de sus chucherías, pues teníamos que esperar.

— ¿Y no se podía hacer nada? — No. Es decir, si yo hubiera tenido la seguridad de que Thomas estaba en el cohete, habría podido arriesgar algo. Podía dar la vuelta al Prometeo y desde un punto cercano soplar con toda la potencia, lo cual habría enviado a toda la galaxia aquella porquería.

Pero carecía de esta seguridad. ¿Y buscarle…? La superficie de aquel miniplaneta tenía un tamaño parecido al de qué sé yo… Córcega, por ejemplo. Además, entre aquella nube de polvo era posible pasar por su lado sin advertir su presencia. Sólo había una solución, y estaba en su mano. Podía despegar y volver. — ¿Y no lo hizo? — No. — ¿Sabes por qué?

— Creo que sí. Tendría que haber despegado a ciegas. Yo calculé que la nube debía alcanzar un kilómetro desde la superficie, pero él no lo sabía. Seguramente temía tropezar con alguna ladera o alguna roca. También podía aterrizar en el fondo de un profundo abismo. Así pues, seguimos dando vueltas a su alrededor, un día y otro día; el oxígeno y las provisiones le durarían seis días exactos. La ración de hierro. Naturalmente, nadie podía hacer nada. Sólo podíamos ir girando y pensar en las diversas posibilidades de sacar a Thomas de aquel maldito caos. Los emisores. Las distintas longitudes de onda. Incluso lanzamos cuerpos luminosos, pero ni siquiera emitieron destellos; la nube era oscura como una tumba.

«E tercer día…, la tercera noche. Las mediciones probaron que la nube descendía, pero yo no estaba seguro de que se posaría del todo antes de que pasaran las setenta horas que todavía le quedaban a Thomas. Sin comer aún podría resistir algo más, pero no sin aire. De improviso se me ocurrió una idea. Reflexioné del siguiente modo: el cohete de Thomas es en su mayor parte de acero. Si en este maldito planetoide no hay minerales de hierro, tal vez lograremos localizarlo con el ferromagneto. Un aparato que sirve para descubrir objetos de hierro, ¿sabes? Teníamos uno muy sensible. Reaccionaba a un clavo colocado a una distancia de tres cuartos de kilómetro. Encontraría un cohete situado a muchas millas. Entonces Olaf y yo revisamos el aparato; después informé de ello a Gimma… y despegué.

— ¿Solo?

— Sí.

— ¿Por qué solo?

— Porque sin Thomas no éramos más que dos, y el Prometeo necesitaba un piloto.

— ¿Y los otros estuvieron de acuerdo?

Sonreí en la oscuridad.

— Yo era el primer piloto. Gimma no podía darme ninguna orden, únicamente hacerme proposiciones; entonces yo sopesaba la cuestión y decía sí o no. Pero en situaciones críticas la decisión era

sólo mía.

— ¿Y Olaf?

— Bueno, a Olaf ya le conoces un poco y puedes imaginarte que no me pude ir en seguida.

Pero al fin y al cabo, era yo quien había enviado allí a Thomas, y él no podía negar este hecho. En suma, me marché. Naturalmente, sin cohete.

— ¿Sin cohete?

— Sí. En traje espacial y con una pistola de retropropulsión. Duró bastante rato, pero no tanto como parecía. Sólo tuve dificultades con el ferromagneto, pues era casi un arca, muy poco manejable. Allí, naturalmente, no pesaba nada, pero cuando entré en la nube, tuve que tener mucho cuidado para no chocar contra algo.

«Cuando me aproximé, dejé de ver la nube, y las estrellas empezaron a desaparecer.

Primero las cercanas, y luego la mitad del cielo se ensombreció. Miré hacia atrás, el Prometeo resplandecía a lo lejos; tenía un dispositivo de iluminación de la coraza. Parecía un lápiz blanco y alargado, con una seta en el extremo, que era el faro de fotones.

«De repente todo desapareció. Esta transición fue súbita: tal vez un segundo de niebla negra… y luego nada. Había desconectado mi radio; en su lugar zumbaba en los auriculares el ferromagneto. Tardé apenas unos minutos en llegar al borde de la nube, pero para posarme en la superficie empleé más de dos horas… tenía que estar muy atento. Mi linterna eléctrica resultó inservible, lo cual, por otra parte, ya había esperado. Inicié la búsqueda. ¿Sabes cómo son las grandes estalactitas de las cavernas…?

— Sí, lo sé.

— Pues algo parecido, pero más inquietante. Hablo de lo que vi más tarde, cuando la nube se hubo posado, pues durante la búsqueda no vi nada, como si alguien hubiese tapado con brea el visor de mi traje espacial. Llevaba el arca pendida de unas correas. Tenía que mover las pequeñas antenas, escuchar, caminar con los brazos extendidos… nunca en mi vida me he caído tan a menudo como allí. Gracias a la escasa gravedad no me contusionaba, y si hubiera podido ver un poco, habría recuperado todas las veces el equilibrio, pero así… En fin, contarlo a alguien que no lo ha pasado es muy difícil. Aquel miniplaneta consistía en rocas puntiagudas y montones de riscos movedizos; ponía un pie en el suelo y empezaba a volar de repente hacia alguna parte, sin nada donde agarrarme, con aquella lentitud de borracho naturalmente. No podía tomar empuje, porque había pasado un cuarto de hora volando hacia arriba. Había que esperar, simplemente, intentando andar hacia delante, pero entonces las masas de piedra se movían bajo mis pies. Estos escombros,

columnas, trozos de piedra, estaban apenas unidos unos con otros, ya que sólo los mantenía juntos una gravedad escasísima, lo cual no significa que un peñasco gigante no pudiera aplastar a un hombre si le caía encima…, porque entonces actúa la masa, no el peso, sólo que siempre se tiene tiempo de saltar hacia un lado, si se ve caer la piedra, naturalmente, o por lo menos se oye… Pero allí no había aire, por lo que sólo podía guiarme por los movimientos de las rocas bajo mis pies y comprender que una vez más había desplazado una de ellas con mi paso. Y esperar que de aquella brea no cayera una piedra que empezara a despedazarme… En resumen, vagué dando vueltas durante varias horas, y hacía mucho rato que había dejado de encontrar genial mi idea del ferromagneto… A cada paso tenía que vigilar para no salir volando por los aires, como hice varias veces, y quedarme allí flotando…, igual que en una pesadilla. Por fin capté la señal. Volví a perderla unas ocho veces, no sé con exactitud, en todo caso cuando encontré el cohete era ya de noche en el Prometeo.

«Estaba inclinado, enterrado a medias en aquel polvo infernal. Es algo extremadamente blando, extremadamente fino, lo más fino de todo el mundo, ¿sabes? Una sustancia casi intangible…, el plumón más ligero de la Tierra ofrece mayor resistencia. Las partículas son tan increíblemente minúsculas… Miré hacia el interior: no estaba en el cohete. He dicho que yacía inclinado; no podía tener en absoluto esta seguridad, pues allí era imposible determinar la posición vertical sin aparatos especiales, y eso hubiese durado alrededor de una hora. Un peso sencillo, ligero como una pluma, oscilaría al extremo de una cuerda como una mosca, en lugar de caer en línea recta… Así pues, no me sorprendió que no hubiese intentado el despegue. Me arrastré hacia el interior. Vi en seguida que había intentado confeccionar una plomada con objetos que tenía a mano, sin conseguirlo. Quedaban bastantes alimentos, pero nada de oxígeno. Debía de haber llenado la botella de su traje espacial y salido del cohete.

— ¿Por qué?

— Sí, yo también me formulé esta pregunta. Hacía tres días que estaba allí dentro. En estos cohetes hay un solo asiento, una pantalla, algunas palancas y una escotilla a la espalda.

Permanecí sentado allí unos momentos. Ya adivinaba que no le encontraría. Por un segundo pensé que tal vez había salido cuando yo aterricé, utilizado la pistola de retropropulsión para volver al Prometeo y ahora ya estaría allí, mientras yo vagaba por aquellos escombros sin vida…

Salí del cohete con tanta energía que volví a elevarme y a volar. Sin ningún sentido de la orientación, nada. ¿Sabes lo que es ver una chispa en la oscuridad total? ¿Cómo los ojos empiezan a fantasear sobre ella? Cuántos rayos y visiones vislumbran en ella… pues bien,

algo parecido ocurre con el sentido del equilibrio. Donde no existe la gravedad, uno llega a acostumbrarse a su falta. Pero cuando la gravedad es muy escasa, como en aquellos escombros, el oído se irrita y reacciona de modo defectuoso, por no decir loco. Ora te imaginas que te elevas en candelero, ora que te caes en un abismo, y así una y otra vez. Por añadidura, hay los giros y los movimientos desmañados de brazos, piernas y tronco, como si todos hubieran cambiado de lugar y como si la cabeza ya no estuviera en su sitio…

«Así volé, pues, hasta que choqué contra una pared, reboté de ella, me quedé colgado de algo y tuve tiempo de agarrarme de un saliente de las rocas. Alguien yacía allí. Thomas.

Ella guardó silencio. El océano Pacífico susurraba en la oscuridad.

— No, no es lo que estás pensando. Vivía. Incluso se sentó en seguida. Yo conecté la radio.

A una distancia tan pequeña podíamos entendernos perfectamente.

«-¿Eres tú? — empezó.

«-Sí, soy yo — dije. Una escena de comedia barata, realmente imposible. Pero era la realidad. Ambos nos levantamos —. ¿Cómo te sientes? — inquirí.

«-Estupendamente. ¿Y tú?

«Esto me confundió un poco, pero así y todo contesté:

«-Muy bien, gracias. Y todos los de casa están bien.

«Era idiota, pero pensé que él lo hacía adrede para demostrarme que estaba tranquilo, ¿comprendes?

— Sí.

— Cuando estuvo muy cerca de mí, vi su silueta a la luz de la linterna que llevaba sujeta al brazo; parecía una especie de oscuridad más densa. Toqué su traje espacial; estaba intacto.

«-¿Tienes oxígeno? — le pregunté. Esto era lo más importante.

«-Oh, eso no tiene importancia.

«Reflexioné sobre lo que debíamos hacer. ¿Despegar con su cohete? No, era demasiado arriesgado. A decir verdad, yo no me sentía muy aliviado. Tenía miedo, o estaba inseguro; es difícil explicarlo. La situación era irreal, yo encontraba algo singular en ella, pero no sabía qué era ni veía nada claro. Sólo que aquel milagroso reencuentro no me había alegrado. Pensé en cómo salvar el cohete. Pero esto no era lo más importante, me dije. Primero tenía que averiguar cómo se encontraba él. Mientras tanto permanecíamos allí, bajo la noche negra, sin estrellas.

«-¿Qué has hecho aquí todo este tiempo? — le pregunté. Quería saberlo, porque también esto era importante. Si había intentado hacer algo, aunque fuera buscar minerales, sería una buena señal.

«-Varias cosas — repuso —. ¿Y tú, Tom?

«-¿Cómo, Tom? — interrogué, sintiendo escalofríos, pues hacía un año que Arder había muerto, y él lo sabía muy bien.

«-Eres Tom, ¿verdad? Conozco tu voz.

«No dije nada, y él rozó mi traje con el guante y añadió:

«-Un mundo demente, ¿no crees? Nada digno de verse y tampoco nada especial. Me lo había imaginado muy diferente. ¿Y tú?

«Pensé que el hecho de que me confundiera con Arder no significaba gran cosa; a fin de cuentas… esto les había pasado ya a varios.

«-Sí — repuse —, es una región poco interesante. ¿Nos vamos, Thomas? ¿Qué te parece?

«-¿Irnos? — se asombró —. Pero ¿cómo… Tom?

«Su tono había dejado de gustarme.

«-¿Es que quieres quedarte aquí? — pregunté.

«-¿Y tú no?

«"Se hace el loco — pensé —, pero ya basta de tales tonterías."»-Vamos — dije —, hemos de volver. ¿Dónde está tu pistola?

«-La he perdido al morirme.

«-¿Qué?

«-Pero no importa — dijo —. Un muerto no necesita pistola.

«-Claro, claro — asentí —. Ven, te pondré el cinturón y nos marcharemos.

«-¿Estás loco, Tom? ¿Adonde?

«-Al Prometeo.

«-Ya no está aquí…

«-Está algo más lejos. Vamos, déjame ponerte el cinturón.

«-Espera — dijo, apartándome —. Hablas de un modo extraño. ¡Tú no eres. Tom!

«-Claro que no. Soy Hal.

«-¿Tú también has muerto? ¿Cuándo?

«Ahora yo ya sabía más o menos de qué iba, así que empecé a darle la razón.

«-Pues, mira — contesté —, hace algunos días, Ven, déjame ponerte el cinturón.

«Pero él no se dejaba, y empezamos a pelear, al principio como en broma y después en serio; traté de agarrarle, pero no lo conseguía por culpa del traje espacial. ¿Qué hacer? No podía dejarle solo ni un momento, pues ya no le encontraría por segunda vez; un mismo milagro no se produce dos veces. Y él quería quedarse allí como si hubiera muerto. Y entonces, durante nuestra disputa, cuando ya me parecía que le había convencido y estaba de acuerdo, permití que me cogiera la pistola… Acercó mucho su rostro al mío, de modo que yo casi vi por el doble cristal y gritó:

«-¡Cerdo, me has engañado! ¡Estás vivo! — y me disparó.

Hacía mucho rato que sentía el rostro de Eri apretado contra mi hombro. Al oír mi última palabra se estremeció como si hubiese recibido un golpe, y cubrió mi cicatriz con la mano.

Callamos durante argo rato.

— Era un buen traje espacial — dije —. No se rompió, ¿sabes? Cedió hasta el fondo, me rompió algunas costillas, las metió dentro, me aplastó algunos músculos, pero no se rompió. Ni siquiera perdí el conocimiento, sólo tuve inutilizado el brazo derecho durante un rato y sentí el calor de la hemorragia bajo el traje.

«Estuve aturdido algún tiempo, y cuando me levanté, Thomas ya no estaba allí y yo no tenía ni idea de cuándo había desaparecido o hacia dónde. Le busqué a tientas, y en vez de encontrarle a él, di con la pistola. Debió de tirarla en seguida después de disparar. Y fue con su ayuda que pude salir de allí.

«Ellos me vieron inmediatamente cuando salté sobre la nube. Olaf acercó más la nave y me recogieron. Dije que no le había encontrado, sólo descubierto el cohete vacío, y mi pistola se me cayó de la mano y se disparó cuando tropecé con algo. El traje espacial tiene doble grosor. Se desprendió un trozo de chapa de la parte interior, y lo tengo aquí, bajo las costillas.

De nuevo el silencio y el creciente y prolongado rumor de las olas, que volvían a bañar todas las playas sin dejarse amilanar por la derrota de las infinitas olas que las habían precedido. Al aplanarse, se arqueaban, rompían; se oía su chasquido suave, cada vez más tenue y cercano, hasta que se rendía en el nuevo silencio.

— ¿Os alejasteis?

— No. Esperamos. Al cabo de dos días la nube se posó, y yo volé de nuevo hacia allí, solo.

¿Comprendes por qué, aparte de todos los demás motivos?

— Sí, lo comprendo.

— Le encontré en seguida porque su traje brillaba en la oscuridad. Yacía bajo una pared de rocas. No se le veía el rostro, ya que el visor estaba cubierto de escarcha por dentro. Cuando le levanté, tuve la impresión de sostener una escafandra vacía… casi no pesaba nada. Pero era él, sin duda alguna. Le dejé allí y volví en su cohete. Más tarde lo examiné con atención y comprendí por qué había pasado aquello. Su reloj, un reloj corriente, se paró, y perdió la noción del tiempo. Aquel reloj indicaba los días además de las horas. Lo reparé y coloqué de nuevo, para que nadie pudiera descubrir el secreto.

Abracé a Eri. Sentí que mi aliento movía ligeramente sus cabellos. Ella tocó mi cicatriz, y de pronto esta caricia se convirtió en una observación:

— Tiene una forma tan singular…

— Sí, ¿verdad? Es porque hubo de coserla dos veces; la primera

no cicatrizaron los puntos…

Thurber me curó. Entonces Venturi, nuestro médico, ya no vivía.

— ¿El que te dio un libro rojo?

— Sí. ¿Cómo lo sabes, Eri? ¿Te lo he contado yo? No, es imposible.

— Se lo dijiste a Olaf… aquel día… ¿sabes?

— Es verdad. ¡Pero que te hayas acordado! Es una bagatela. Ah, soy realmente un cerdo.

Este libro se quedó en el Prometeo junto con todas las otras cosas.

— ¿Es allí donde tienes tus cosas? ¿En la Luna?

— Sí, pero no vale la pena ir a recogerlas.

— Claro que sí, Hal.

— Amor mío, todo ello formaría un museo de recuerdos, y esto me parece horrible. Si las recojo, será sólo para quemarlas. Sólo me guardaré un par de tonterías que he heredado de otros. Esta piedrecita…

— ¿Qué piedrecita?

— Tengo más como ella. Una es de Kerenea, otra del planetoide de Thomas…, ¡pero no pienses que he hecho una colección! Estas piedrecitas se metieron simplemente en las ranuras de mis suelas. Olaf las extrajo, les puso el letrero correspondiente y las conservó. No pude quitarle la idea de la cabeza. Es una tontería, pero… tengo que contarte esto. Sí, he de hacerlo para que no pienses que allí todo era horrible y no ocurría nada más que accidentes mortales.

Verás…, imagínate una reunión de mundos. Primero rosa, un espacio infinito del rosa más fino y pálido, y en él, penetrando en él, un segundo espacio ya más oscuro, y después, de un rojo ya casi azulado, pero muy lejos, y rodeándolo todo, la fosforescencia, sin gravedad, no como una nube ni como la niebla…, diferente. No encuentro palabras para explicarlo. Salimos los dos del cohete y lo contemplamos. Eri, no lo comprendo. Verás, incluso ahora siento un nudo en la garganta, de tan hermoso que era. Piensa esto: allí no hay vida. No hay plantas, ni animales, ni pájaros, nada, ningunos ojos que puedan contemplarlo. Estoy completamente seguro que desde la creación del mundo nadie lo había visto, y Arder y yo fuimos los primeros. Y si nuestro graví metro no se hubiera estropeado, por lo que tuvimos que aterrizar allí; para arreglarlo, pues el cuarzo estaba roto y se había escapado el mercurio. Nadie habría estado allí hasta el fin del mundo, nadie lo habría visto. ¡ Es realmente misterioso! Se tienen unos deseos directos… Oh, no sé… No podíamos irnos, sencillamente. Olvidamos por qué habíamos aterrizado y permanecimos quietos, mirando. — ¿Qué era, Hal?

— No lo sé. Cuando volvimos y lo explicamos, Biel quería volar hacia allí inmediatamente, pero no pudimos: no teníamos demasiada

energía de reserva. Tomamos muchas fotografías, pero no salió nada. En las imágenes todo era leche rosada con estacas lilas, y Biel disparó sobre la fosforescencia de las exhalaciones silihidrógenas, aunque me parece que ni él mismo lo creía; pero la desesperación de no poder investigarlo le inducía a buscar alguna explicación. Era como… como nada en el mundo. No conocemos nada semejante. No se parecía a ninguna cosa conocida. Tenía una profundidad gigantesca, pero no era un paisaje.

Ya te he mencionado esos matices que se alejaban y oscurecían hasta que la vista se nos iba.

Un movimiento…, no, no lo era. Fluía y al mismo tiempo estaba inmóvil. Cambiaba, como si respirase, pero continuaba siendo igual. Quién sabe si lo más importante de todo ello era tal vez aquella gigantesca magnitud. Como si detrás de la pavorosa negrura existiera una segunda eternidad, un segundo infinito, tan concentrado y grande, tan claro, que cuando el hombre cerraba los ojos dejaba de creer en él. Cuando nos miramos el uno al otro… Tendrías que haber conocido a Arder. Te enseñaré una foto suya. Era un muchacho más alto que yo, daba la impresión de poder atravesar cualquier muro y, además, sin darse cuenta de hacerlo.

Hablaba siempre con lentitud. ¿Has oído hablar del agujero… de Kerenea? — Sí.

— Estaba atrapado entre dos rocas; debajo de él borbotaba un pantano hirviente que en cualquier momento podía llenar el sifón donde él se encontraba. Y me hablaba: «Hal, espera.

Quiero observar un poco más lo que me rodea. Tal vez podría quitarme la botella… no. No me la quito, las correas se han enredado. Pero espera un poco.» Cosas así, como si hablara por teléfono en una habitación de hotel. No estaba fingiendo, es que era así. El más sensato de todos nosotros. Siempre lo calculaba todo. Por eso más tarde voló conmigo y no con Olaf, que era amigo suyo…, pero de esto ya nos has oído hablar…

— Sí.

— Pues bien… Arder. Cuando le miré allí… tenía lágrimas en los ojos. Tom Arder. Pero nunca se avergonzó de ellas, ni entonces, ni después. Cuando hablábamos de todo más adelante, y lo hacíamos con frecuencia, los otros se enfadaban. Porque entonces nos poníamos tan… tan serios. Cómico, ¿verdad? Bueno, continúo. Nos miramos y a los dos se nos ocurrió la misma idea, aunque no sabíamos si podríamos arreglar bien la escala del gravímetro. Y era preciso, pues de otro modo no volveríamos a encontrar el Prometeo. Pero pensamos que había valido la pena. Sólo estar allí y contemplar aquella sublimidad en colores.

— ¿Estabais sobre una montaña?

— No lo sé, Eri, allí la perspectiva era muy distinta. Mirábamos desde arriba, pero no era una montaña. Espera. ¿Has visto el gran Cañón del Colorado?

— Sí.

— Pues imagínatelo ampliado a mil veces su tamaño real. O a un millón de veces. Rojo y oro rosado, casi completamente transparente, todos los estratos, depresiones y capas geológicas de su formación, y todo ello sin gravedad, fluido, y casi son-riéndote, pese a carecer de rostro.

No, no es esto. Amor mío, tanto Arder como yo realizamos ímprobos esfuerzos para contárselo a los demás, pero no pudimos. Esta piedrecita procede de allí… Arder se la llevó como amuleto, y siempre la llevaba encima. También la tenía en Kerenea. Dentro de una cajita para vitaminas. Cuando empezó a desmoronarse, la envolvió;En algodón. Después…, cuando regrese solo, la encontré: estaba bajo la litera de su camarote. Seguramente se le había caído.

Olaf, según creo, pensaba que todo había ocurrido por esta causa, pero se guardaba de manifestarlo en voz alta, porque hubiera sonado a pura estupidez… ¿Qué relación podía haber entre una piedrecita tan pequeña y el hilo que causó la avería en la radio de Arder…?

# VIII

Entretanto, Olaf seguía sin dar señales de vida. Mi inquietud se convirtió en remordimientos de conciencia. Temía que hubiera hecho alguna locura. Estaba solo, todavía más de lo que yo lo había estado. No me gustaba mezclar a Eri en incidentes imprevisibles que pudieran surgir como consecuencia de la operación de búsqueda que pensaba iniciar, por lo que decidí ir primero a visitar a Thurber. No estaba seguro de si quería pedirle un consejo; sólo quería verle. Olaf me había dado su dirección; Thurber residía en el centro universitario de Maíleolan.

Le envié un telegrama notificándole mi visita y me separé de Eri por primera vez. En los últimos días había estado intranquila y silenciosa; yo lo atribuí a su preocupación por Olaf. Le prometí volver lo antes posible, probablemente en un par de días, y no dar ningún paso tras la conversación con Thurber sin consultarlo con ella.

Eri me llevó hasta Houl, donde tomé un ulder directo. Las playas del Pacífico ya estaban vacías, pues no tardarían en llegar las tormentas otoñales; de los lugares de veraneo desaparecieron los jóvenes vestidos de alegres colores, y no me sorprendió ser el único pasajero del proyectil plateado. El vuelo entre nubes, que hacía irreal la región, duró apenas una hora y terminó hacia el atardecer.

La ciudad se perfilaba en la penumbra gracias a sus luces multicolores; los edificios más altos, casas cáliz, brillaban en la niebla como llamas delgadas e inmóviles; sus siluetas, entre los blancos desgarrones de niebla, tenían la forma de mariposas gigantescas, unidas por los arcos de los más elevados niveles del tráfico, que colgaban del aire. Los planos inferiores de las calles formaban ríos policromos, que se cruzaban entre sí. Quizá se debía a la niebla, quizá a la influencia de los edificios de cristal; en todo caso, el centro semejaba desde aquella altura una masa de esmalte precioso rodeado de agua, una isla de cristal cubierta de joyas, erigida en un océano cuya superficie repetía los pisos cada vez menos luminosos, hasta los que eran casi invisibles, los últimos. Como si iluminara toda la ciudad un armazón rojo como el rubí, procedente de sus entrañas. Era difícil creer que aquella paleta de llamas y colores mezclados entre sí fuese simplemente el lugar de residencia de varios millones de personas.

El centro universitario se encontraba en las afueras de la ciudad. Mi ulder aterrizó allí, sobre la pista de cemento de un gran parque. De la ciudad cercana venía un débil resplandor, que iluminaba el cielo y el muro negro de los viejos árboles. Una larga avenida me condujo hasta el edificio principal, que estaba oscuro y como muerto.

Apenas abría la gran puerta de cristal, en el interior se

encendieron las luces. Me encontraba en una gran sala abovedada, cubierta de intarsias azul pálido. Un sistema de pasillos insonorizados me llevó a un largo corredor, recto y como severo, abrí una puerta y luego otra, pero todas las habitaciones estaban vacías y daba la impresión de que nadie las habitaba desde hacía mucho tiempo. Subí por una escalera corriente al piso superior; probablemente había un ascensor, pero no tenía ganas de buscarlo; además, esta escalera ya era de por sí algo digno de verse, ya que no era automática. Arriba, un pasillo se bifurcaba, conduciendo a ambos lados. También allí estaban desiertas las habitaciones; entonces vi en una puerta una pequeña tarjeta con las palabras: «¡Aquí, Bregg!» escritas a mano. Llamé y oí en seguida la voz de Thurber.

Entré. Estaba sentado encorvado frente a la oscuridad de una ventana grande como la pared, a la luz de una lámpara baja. La mesa donde trabajaba estaba repleta de papeles y libros — libros verdaderos —, y sobre una mesita auxiliar había montones de «granos» de cristal y aparatos diversos. Tenía ante sí un fajo de papeles y escribía notas al margen… ¡con una pluma mojada en tinta!

— Siéntate — ordenó sin mirarme —. En seguida termino.

Me senté en una silla baja que había ante la mesa y la empujé un poco hacia el lado, porque el rostro de Thurber era sólo una mancha bajo la luz, y yo quería verle bien.

Trabajaba a su manera, lentamente, con la cabeza baja y el ceño fruncido, defendiéndose de la luz. Era una de las habitaciones más modestas que había visto hasta el momento, con paredes mates, puertas grises, sin un solo adorno ni la menor huella del antipático oro; a ambos lados de la puerta había pantallas cuadrangulares, ahora ciegas; bajo la ventana había estanterías, y en una de ellas reposaba un gran rollo de mapas o dibujos técnicos, y esto era todo. Miré a Thurber. Calvo, macizo, pesado… escribía, y de vez en cuando se secaba una lágrima con el dorso de la mano. Sus ojos siempre lloraban, y Gimma (que gustaba de traicionar los secretos ajenos, sobre todo los que uno prefería no revelar) dijo una vez que Thurber temía por su vista. Por eso yo comprendía que fuese el primero en acostarse cuando cambiábamos la aceleración, y que más tarde confiara a otros el trabajo que siempre solía realizar él solo.

Reunió sus papeles con las dos manos, los golpeó contra la mesa, para igualar los bordes, los metió en una carpeta, la cerró y dijo, dejando caer sus manos de dedos gruesos y rígidos:

— Hola, Hal. ¿Cómo te va?

— No puedo quejarme. ¿Estás… solo?

— ¿Quieres decir si Gimma está aquí? No, no está aquí; ayer se fue a Europa.

— ¿Trabajas?

— Sí.

Siguió un breve silencio. Yo no sabía cómo reaccionaría a lo que iba a decirle… Antes quería saber su opinión sobre las cosas que habíamos observado en este mundo nuevo. Como le conocía bien, no esperaba ningún sentimentalismo. Siempre guardaba para sí la mayor parte de sus opiniones.

— ¿Hace tiempo que estás aquí?

— Bregg — me interpeló, impasible —, dudo de que esto te interese. Te estás yendo por las ramas.

— Es posible — asentí —. ¿Quieres decir que debo ir al grano?

Sentí de nuevo la misma discrepancia, algo entre la excitación y la timidez, lo mismo que siempre me había separado de él… y también a los demás. Nunca supe con seguridad si bromeaba, se burlaba o hablaba en serio; por mucha serenidad y atención que mostrara a su interlocutor, nunca fue totalmente transparente.

— No — repuso —. Quizá más tarde. ¿De dónde vienes?

— De Houl.

— ¿Directamente de allí?

— Sí… ¿Por qué lo preguntas?

— Bien — dijo, como si no hubiera oído mis últimas palabras. Me miró fijamente durante unos cinco segundos, como si quisiera asegurarse de mi presencia; su mirada carecía totalmente de expresión… Pero ahora yo ya había adivinado que había ocurrido algo; sólo ignoraba si él me lo diría. Su conducta no había sido nunca fácil de prever. Medité sobre la mejor manera de empezar, y entretanto él me contempló con atención creciente, como si me hubiera presentado a él en una forma completamente desconocida, — ¿Qué hace Vabach? — pregunté cuando esta contemplación muda se prolongó más de lo debido.

— Se ha ido con Gimma.

Mi pregunta no se refería a esto, y él lo sabía; pero al fin y al cabo yo no había venido a preguntar por Vabach. Otro silencio. Empecé a arrepentirme de mi decisión.

— Tengo entendido que te has casado — dijo de pronto, como a la ligera.

— En efecto — contesté, quizá con sequedad excesiva.

— Lo celebro por ti.

Traté por todos los medios de encontrar otro tema. Pero no se me ocurrió nada aparte de Olaf, y todavía no quería preguntarle acerca de él. Temía la sonrisa de Thurber; aún recordaba que era capaz de desesperar con ella a Gimma, y no sólo a él; pero se limitó a enarcar las cejas y preguntar:

— ¿Qué planes tienes?

— Ninguno — repuse, fiel a la verdad.

— ¿Y hay algo que te gustaría hacer?

— Sí, pero no cualquier cosa.

— ¿No has hecho nada hasta ahora?

Ahora sí que me enrojecí. La ira me dominaba.

— Se puede decir que no. Thurber…, yo… no he venido para hablar de mis asuntos. * — Ya lo sé — replicó con calma —. Staave, ¿no?

— Sí.

— Había cierto riesgo en esto — dijo, apartándose un poco de la mesa. La silla giró, obediente, en mi dirección —. Óswamm esperaba lo peor, sobre todo cuando Staave tiró su hipangog… Por otra parte, tú no utilizaste el tuyo, ¿verdad?

— Óswamm — repetí —, ¿qué Óswamm? ¿El de ADAPT?

— Sí. Staave era el que más le preocupaba. Después yo le saqué de su error.

— ¿Qué error?

— Gimma respondió por vosotros dos… — terminó Thurber su frase, como si no me hubiera oído.

— ¿Qué? — grité, levantándome de mi asiento —. ¿Gimma?

— Naturalmente, él no sabía nada — prosiguió Thurber —. Y así me lo dijo.

— ¡ Entonces por qué respondió por nosotros, diablos! — exclamé, excitado por sus palabras.

— Creyó que era su deber — explicó Thurber sucintamente —. El jefe de la expedición debía conocer a su gente.

— Tonterías.

— Sólo repito lo que dijo a Oswamm.

— ¿Ah, sí? — repliqué —. Y el tal Oswamm…, ¿de qué tenía miedo? ¿De que nos rebeláramos, o qué?

— ¿Nunca tuviste deseos de hacerlo? — inquirió Thurber, sereno.

Reflexionó honestamente.

— No — dije por fin-; en serio, nunca.

— ¿Y dejarás betrizar a tus hijos?

— ¿Y tú? — pregunté lentamente.

Sonrió por primera vez, con un temblor de sus labios exangües, pero no dijo nada.

— Escucha, Thurber, ¿te acuerdas todavía de aquella tarde que siguió al último vuelo de reconocimiento sobre Beta… cuando te dije…?

Asintió con indiferencia. Y de improviso mi tranquilidad se esfumó.

— Entonces no te lo dije todo, ¿sabes? Estábamos allí juntos, pero no teníamos los mismos derechos. Yo os obedecía, a ti y a Gimma, porque quería hacerlo. Todos querían obedeceros, Venturi, Thomas,

Ennesson y Arder, a quien Gimma no dio una pieza de repuesto porque la guardaba para una ocasión especial y mejor. Muy bien. Pero ¿con qué derecho me hablas ahora de este modo, como si hubieras estado todo el tiempo sentado en esa silla? Tú fuiste quien envió a Arder a Kerenea en nombre de la ciencia, Thurber, y yo le saqué de allí y volví con él en nombre de sus desgraciadas tripas. Y ahora resulta que el único válido ha sido el derecho de aquellos intestinos. Sólo éste sigue siendo importante; no el otro. Así que tal vez ahora tendría que ser yo quien te preguntase cómo te va y responder yo por ti, y no al revés.

¿Qué te parece? Sé muy bien qué te parece. Te has traído un montón de material, puedes atrincherarte detrás de él hasta el fin de tus días y sabes perfectamente que ninguno de estos supereducados te preguntará jamás: «¿Y cuanto ha costado este espectroanálisis? ¿Un hombre? ¿Dos hombres? ¿No cree usted, profesor Thurber, que ha sido un poco caro?» Ninguno te lo dirá porque no hay cuentas que saldar entre ellos y nosotros. Pero sí las hay con Venturi. Y con Arder y Ennesson. Y con Thomas. ¿Con qué pagarás ahora, Thurber? ¿Con la aclaración de Oswamm respecto a mí? ¿Y Gimma… con su fianza para mí y Olaf? Cuando te vi por primera vez, hacías lo mismo que hoy. Fue en Apprenous. Estabas sentado con tus papeles y mirabas como ahora; en una pausa entre cosas más importantes… en nombre de la ciencia…

Me levanté.

— Da las gracias a Gimma por haber intercedido tanto por nosotros…

Thurber también se levantó. Nos medimos con la mirada durante un segundo. Era más bajo que yo, pero no se notaba. Su estatura no tenía la menor importancia. Su mirada era la serenidad misma.

— ¿Me concedes ahora la palabra o ya estoy condenado? — preguntó.

Gruñí algo incomprensible.

— Entonces, siéntate — dijo y, sin esperar, se desplomó pesadamente en su asiento —. Así que has hecho algo — empezó en un tono como si hasta ahora sólo hubiéramos hablado del tiempo —.

Has leído, le has creído, y ahora te sientes traicionado y buscas a los culpables. Si esto fuera lo principal para ti, yo estaría dispuesto a cargar con la culpa. Pero no se trata de esto. ¿Starck te ha convencido… tras estos diez años? Bregg, yo ya sabía que eras un exaltado, pero nunca supuse que fueras tonto.

Se calló unos momentos. Y yo — cosa rara — sentí un gran alivio, y como un presagio de salvación. No tuve tiempo de pensar en mí mismo, pues él prosiguió:

— ¿Un contacto entre civilizaciones galácticas? ¿Quién te habló

de ello? Ninguno de nosotros y ninguno de los clásicos, ni Merquier, ni Simoniadi, ni Rag Ngamieli, nadie; ninguna expedición contaba con este contacto, por lo cual toda esa charla sobre arqueólogos que dan vueltas por el espacio, y sobre ese correo eternamente retrasado de las galaxias, no es más que una refutación de tesis que nadie ha formulado. ¿Qué se puede obtener, pues, de las estrellas? ¿Y qué utilidad tuvo la expedición de Amundsen? ¿Y la de Andree? La única utilidad concreta resultó ser… una posibilidad probada. Probar que puede hacerse algo como esto. Dicho con más exactitud: que se trata de lo más difícil que se puede realizar en un momento determinado. No sé si nosotros lo conseguimos, Bregg. En realidad no lo sé. Pero estuvimos allí.

Guardé silencio. Thurber ya no me miraba. Con los puños agarraba el borde de la mesa.

— ¿Qué te ha demostrado Starck? ¿La inutilidad de la cosmodromía? ¡Como si no lo supiéramos nosotros mismos! ¿Y los polos? ¿Qué había en los polos? Los hombres que los conquistaron sabían muy bien que allí no había nada. ¿Y la Luna? ¿Qué buscaba el grupo de Ross en el cráter Erastrótenes? ¿Brillantes? ¿Y por qué Bant y Yegorin han atravesado el centro del disco de Mercurio? ¿Para adquirir un buen bronceado? ¿Y Keilen y Offshag? Lo único que sabían cuando volaron a la fría nube de Cerbero era que allí se puede perder la vida.

¿Has entendido lo que Starck dice realmente? El hombre ha de comer, beber y vestirse; todo lo demás es una locura. Todos tenemos nuestro propio Starck, Bregg. Cada era lo ha tenido.

¿Para qué os envió Gimma a ti y a Arder? Para que recogierais muestras con el succionador Corona. Pero ¿quién envió a Gimma? La ciencia. Qué profesional suena esto, ¿verdad? El conocimiento de las estrellas.

«Bregg, ¿crees que no hubiéramos volado, de no existir las estrellas? Yo creo que sí.

Habríamos querido conocer el espacio, para justificar el todo de alguna manera. Geónidas o cualquier otro nos diría qué mediciones y descubrimientos valiosos se pueden hacer por el camino. No me interpretes mal. No estoy afirmando que las estrellas sean solamente un pretexto… El polo tampoco lo fue; Nansen y Andree lo necesitaban… El Everest fue más necesario para Irving y Mallory que el aire mismo. ¿Dices que os daba órdenes… en nombre de la ciencia? Tú sabes bien que no es cierto. Has querido poner a prueba mi memoria. ¿Y si ahora pongo yo a prueba la tuya? ¿Te acuerdas del planetoide de Thomas? Me estremecí.

— Entonces nos mentiste. Volaste allí por segunda vez sabiendo que ya no vivía. ¿Es verdad o no? Guardé silencio.

— Me lo imaginé ya entonces. No hablé de ello con Gimma, pero supongo que él también lo sabía. ¿Por qué volviste, Bregg? Aquello no era Arturo ni Kerenea, y no había nadie a quien salvar. ¿Por qué, pues, volaste allí una vez más?

Callé. Thurber sonrió imperceptiblemente.

— ¿Sabes en qué consistió nuestra mala suerte, Bregg? En que tuvimos éxito y ahora estamos aquí. El hombre vuelve siempre con las manos vacías…

Enmudeció. Su sonrisa se convirtió en una mueca, casi ausente. Durante un rato su respiración fue ruidosa, mientras seguía apretando con los puños el borde de la mesa. Le miré como si le viera por primera vez, y entonces pensé: «Ya es viejo.» Este descubrimiento fue un golpe para mí. Nunca había pensado nada semejante respecto a él, le había considerado siempre sin edad…, — Thurber — dije en voz baja —, escucha…, todo esto es un responso. Sobre la tumba de esos…, esos insaciables. Ya no existen, ni volverán a existir. Así que, a pesar de todo, Starck tiene razón…

Enseñó las puntas de sus dientes planos y amarillentos, pero no fue una sonrisa.

— Bregg, dame tu palabra de honor de que no repetirás a nadie lo que ahora voy a decirte.

Titubeé.

— A nadie — repitió con énfasis.

— Está bien.

Se levantó, fue al rincón, cogió un rollo de papel y volvió a la mesa.

El papel crujió en sus manos mientras lo desenrollaba. Vi un pez rojo cortado en secciones, como dibujado con sangre.

— ¡ Thurber!

— Sí — dijo tranquilamente, enrollando de nuevo el papel con ambas manos.

— ¿Una nueva expedición?

— Sí — repitió. Fue al rincón, dejó el rollo en su sitio, y lo apoyó contra la pared como un arma.

— ¿Cuándo? ¿Adonde?

— No muy pronto. Al centro.

— Nube de Sagitario… — murmuré.

— Sí. Los preparativos durarán algún tiempo. Pero gracias a la anabiosis…

Continuó hablando, pero a mí sólo me llegaron palabras aisladas. «Vuelo de lazo», «aceleración sin gravedad»… y la excitación que me dominó cuando vi la forma del gran cohete, dibujada por los constructores, se convirtió en una inesperada lasitud, de cuyo fondo, como a través de las tinieblas, contemplé mis manos, colocadas sobre

las rodillas. Thurber dejó de hablar, me miró de reojo, rodeó la mesa y empezó a amontonar sus carpetas, como si quisiera darme tiempo para digerir esta noticia tan extraordinaria. Yo tendría que haberle ametrallado a preguntas: quién de nosotros, los antiguos, tomaría parte, cuántos años duraría la expedición, cuáles eran sus objetivos. Pero no formulé ninguna pregunta. Como todo ello se consideraba un secreto, no quería saber nada.

Miré sus manos grandes y arrugadas en las que su edad avanzada se advertía con más claridad que en el rostro, y mi aturdimiento se mezcló con una especie de satisfacción, tan inesperada como malévola: que seguramente él no podría volar con los demás. «Tampoco yo presenciaré su regreso, ni siquiera aunque alcance la edad de Matusalén», pensé. Bueno, era igual. Nada de esto tenía ya la menor importancia. Me levanté.

Thurber hizo crujir sus papeles. — Bregg — dijo sin levantar la vista —, aún tengo algo que hacer aquí, pero si quieres, podemos cenar juntos. Y puedes pernoctar en la residencia, que ahora está completamente vacía.

Musité «Está bien» y me dirigí a la puerta. Ya había empezado a trabajar, como si yo no existiera. Permanecí un momento en el umbral y salí. Durante unos segundos no supe dónde estaba, hasta que oí un golpeteo claro y rítmico: el eco de mis propios pasos. Me detuve.

Estaba en el centro de un largo pasillo, entre una doble hilera de puertas iguales. Aún se oía el eco de los pasos. ¿Una ilusión? ¿Acaso había alguien caminando detrás de mí? Me volví y distinguí una alta silueta que desapareció por una puerta muy lejana. Fue tan breve que no vi a la persona, sino sólo el movimiento, una parte de su espalda y la puerta que se cerraba.

No tenía nada que hacer allí. Continuar no tenía sentido, ya que el pasillo terminaba al fondo. Di media vuelta y pasé junto a una ventana muy alta. Sobre la mancha negra del parque flotaba el resplandor plateado de la ciudad. De nuevo me paré ante la puerta que ostentaba el letrero: «Aquí, Bregg», tras la cual trabajaba Thurber. No quería verle más. No tenía nada que decirle, y él a mí, tampoco. ¿Por qué había venido? De pronto, asombrado, lo recordé: debía entrar y preguntar por Olaf.

Pero no ahora. No en este momento. Fui hacia la escalera. Frente a ella se encontraba la última puerta de la hilera, precisamente aquella por la que acababa de desaparecer la silueta desconocida. Recordé que al principio, al entrar en el edificio, buscando a Thurber, había mirado hacia el interior de esta habitación; reconocí los arañazos del barniz. En esta habitación no había nada; ¿qué buscaba en ella el hombre que acababa de entrar?

Estaba seguro de que sólo había entrado para esconderse de mí.

Permanecí largo tiempo indeciso frente a la escalera vacía, alumbrada por una luz blanca e inmóvil. Lentamente, me volví, centímetro a centímetro. Me dominaba una inquietud singular, que no era realmente inquietud; me sentía como si acabaran de inyectarme un tranquilizante: tenso, pero templado, di dos pasos, entorné los ojos, y entonces me pareció oír respirar a. alguien al otro lado de la puerta. No era posible.

«Voy a marcharme», me propuse, pero también esto era imposible: había dedicado demasiada atención a esta puerta para marcharme así como así. La abrí y miré hacia dentro.

Bajo la pequeña lámpara del techo, en el centro de la habitación vacía, estaba Olaf.

Llevaba su viejo traje con las mangas arremangadas, como si acabara de dejar las herramientas de trabajo.

Nos miramos. Cuando comprendió que yo no tenía intención de iniciar el diálogo, habló primero:

— ¿Cómo te va, Hal…?

Su voz no sonaba del todo segura. Yo no quería fingir nada; sencillamente, las circunstancias de este encuentro inesperado me habían dejado sin palabras. Tal vez influía algo el efecto de las palabras de Thurber. En cualquier caso, no le contesté. Fui hacia la ventana, desde la que se veía la misma perspectiva del parque oscuro y el resplandor de la ciudad, y entonces me volví y me recosté en el alféizar.

Olaf no se movió. Seguía en el centro de la habitación; del libro que tenía en la mano sobresalía un trozo de papel que resbaló hasta el suelo. Los dos nos inclinamos al mismo tiempo para recogerlo, y pude distinguir el boceto del mismo proyectil que Thurber acababa de enseñarme. Debajo había anotaciones en la letra de Olaf. «Es probable que se tratara de esto — pensé —. No me había hablado porque él quería volar y prefirió ahorrarme esta noticia.

Tenía que decirle que se equivocaba, que a mí no me importa nada esta expedición. Ya me he cansado de las estrellas, y además, ya estoy enterado de todo por Thurber, así que puede hablar conmigo con la conciencia tranquila.» Con el dibujo en la mano, observé sus líneas con atención, como si quisiera reconocer la velocidad del cohete, pero no dije ni una palabra y le devolví el papel, que él tomó con cierta vacilación, lo dobló y metió de nuevo en el libro. Todo esto ocurrió en silencio. Estoy seguro de que no fue premeditada, pero esta escena — quizá precisamente porque se desarrolló en silencio — adquirió un significado simbólico. Yo debía tomar sin entusiasmo su presunta participación en la expedición, pero también aceptarla sin envidia.

Cuando busqué su mirada, la desvió, para mirarme de reojo casi

inmediatamente. ¿Era inseguridad o confusión? ¿Incluso ahora, que yo lo sabía todo? El silencio en la pequeña habitación se hizo insoportable. Oí su respiración algo acelerada. Tenía el rostro cansado y en sus ojos no había la animación que se veía en ellos en nuestro último encuentro. Como si hubiera trabajado mucho y dormido poco; pero había además otra expresión que yo no conocía.

— Estoy bien — dije —, ¿y tú?

En cuanto pronuncié estas palabras me di cuenta de que ya no eran oportunas; habrían sonado bien en el momento de mi entrada, pero ahora parecían un reproche o incluso una ironía.

— ¿Has visto a Thurber?

— Sí.

— Los estudiantes se han marchado…, ya no queda nadie, nos han dado todo el edificio… — empezó a hablar, como a la fuerza.

— ¿Para que podáis elaborar el plan de la expedición? — interrogué, a lo que me respondió pronta-mente:

— Sí, Hal, sí. Bueno, ya sabes muy bien la clase de trabajo que representa. Ante todo somos muy pocos, pero tenemos una maquinaria magnífica, esos autómatas, ya sabes…

— Estupendo.

Tras estas palabras se hizo de nuevo el silencio. Y — cosa extraña —, cuanto más duraba, más evidente era la inquietud de Olaf, su exagerada inmovilidad, ya que seguía quieto en el centro de la habitación, directamente bajo la lámpara, como preparado para lo peor. Decidí poner fin a esto.

— Escucha — dije en voz muy baja —, ¿qué te imaginabas? La política del avestruz no sirve de nada. ¿Acaso has supuesto que sin ti yo nunca me enteraría?

Callé, y él hizo lo propio, con la cabeza inclinada hacia un lado. Yo había exagerado demasiado la nota, pues Olaf no era culpable de nada y es probable que yo en su lugar hubiera actuado del mismo modo. Tampoco me sentía ofendido por su silencio del pasado mes. Lo que me molestaba era su intento de huida, que se hubiera ocultado en esta habitación vacía cuando me vio salir del despacho de Thurber. Pero no me atrevía a decirle esto directamente.

Levanté la voz, le llamé idiota, pero ni siquiera entonces intentó defenderse.

— ¿De modo que en tu opinión no había nada que decir al respecto? — le reproché, excitado.

— Eso depende de ti…

— ¿Por qué de mí?

— De ti — repitió tozudamente —. Lo más importante era por quién te ibas a enterar…

— ¿Lo crees de verdad?

— Así me lo pareció…

— Es igual… — murmuré.

— ¿Qué… harás? — preguntó en voz baja.

— Nada.

Olaf me miró con desconfianza.

— Hal…, yo querría…

No terminó la frase. Sentí que con mi presencia le sometía a todas las torturas, pero aún no podía perdonarle esta repentina huida. Y marcharme ahora, sin palabras, sería todavía peor que la inseguridad que me había llevado hasta allí. Ignoraba qué debía decirle; todo lo que nos unía estaba prohibido. Le miré un momento en que él también me miraba; cada uno de nosotros esperaba ahora la ayuda del otro…

Bajé del alféizar.

— Olaf…, ya es tarde. Me voy, pero no pienses que… te reprocho algo, nada de eso. Además, volveremos a vernos, quizá nos harás una visita — dije con esfuerzo, pues todas estas palabras no eran naturales y él lo advertía.

— ¿No… no quieres pasar aquí la noche? — No puedo, lo he prometido, sabes… No pronuncié el nombre de ella. — Como quieras — gruñó Olaf —. Te acompaño hasta la puerta.

Juntos salimos de la habitación y bajamos las escaleras; fuera reinaba ya una oscuridad completa. Olaf caminaba en silencio a mi lado. De pronto se detuvo. Yo le imité.

— Quédate — murmuró, como si estuviera avergonzado. Yo sólo veía la mancha confusa de su rostro.

— Bueno — accedí inesperadamente y di media vuelta. El no estaba preparado para esto; permaneció quieto un momento más y entonces me agarró por el hombro y me condujo a otro edificio, más bajo que el primero. En una sala vacía, sólo iluminada por dos lámparas, tomamos una cena fría, sin sentarnos. Durante todo este rato sólo pronunciamos unas diez palabras. Luego volvimos al primer piso.

Me llevó a una habitación casi cuadrada, de una blancura mate, con una gran ventana que daba al parque, pero desde otro lado, ya que no podían verse las luces de la ciudad sobre los árboles; allí había una cama recién hecha, dos sillones pequeños y uno mayor, apoyado contra la ventana. Tras una puerta pequeña, que estaba entornada, refulgían los azulejos del cuarto de baño. Olaf se quedó en el umbral con los brazos colgando, como si esperase alguna palabra mía. Pero como yo callaba, me paseaba por la habitación y pasaba mecánicamente la mano por los muebles, a fin de tomar una efímera posesión de ellos, me preguntó en voz baja:

— ¿Puedo…, puedo hacer algo por ti?

— Sí — repuse —. Déjame solo.

Permaneció allí, sin moverse. De repente enrojeció con violencia, luego palideció, y en seguida esbozó una sonrisa… con la cual intentó borrar el insulto. Porque mis palabras habían sido realmente ofensivas. Esta sonrisa débil y lastimera desencadenó algo en mí; al intentar con torpe esfuerzo librarme de la máscara de indiferencia que había adoptado porque no podía hacer otra cosa, salté hacia él cuando ya se había vuelto para irse le cogí la mano y casi se la machaqué. Este fuerte apretón fue mi disculpa. Olaf, sin volverse, contestó con el mismo apretón y salió. Yo aún sentía la fuerte presión de su mano en la mía cuando él cerró la puerta tras de sí con tanta suavidad como si abandonara la habitación de un enfermo. Yo me quedé solo, como había querido.

En la casa reinaba un silencio absoluto. Ni siquiera oí los pasos de Olaf al alejarse; en el cristal de la ventana se dibujaba débilmente mi corpulenta figura, de un lugar desconocido brotaba aire caliente y sobre los contornos de mi silueta vi las copas oscuras de los árboles, que desaparecían en la oscuridad; recorrí de nuevo la habitación con la mirada y me senté en el gran sillón, junto a la ventana.

La noche de otoño acababa de caer. Yo no podía ni pensar en dormir. Volví a levantarme.

La oscuridad reinante al otro lado de la ventana debía estar llena de frescor y el susurro de las ramas sin hojas, rozándose entre sí — y de improviso me asaltó la necesidad de ir allí, de vagar en la penumbra, en su caos, que nadie había planeado. Rápidamente abandoné la habitación.

El pasillo estaba vacío. Fui de puntillas hacia la escalera, lo cual fue una precaución excesiva; seguro que Olaf ya estaba en otro piso y en otra ala del edificio. Bajé corriendo, ya sin preocuparme del ruido de mis pasos, salí y eché a andar.

No elegí ninguna dirección; caminé de modo que las luces de la ciudad quedaran a un lado. Las avenidas del parque no tardaron en llevarme a sus límites, señalados con un seto.

Me encontré en la calle, que seguí durante un rato, hasta que me detuve repentinamente.

Quería abandonar esta calle, ya que conducía a un barrio, a la gente, y yo quería estar solo.

Recordé lo que Olaf me había dicho en Klavestra a propósito de Melleolan, esa nueva ciudad construida en las montañas después de nuestra marcha; varios kilómetros de la calle que acababa de recorrer sólo consistían, efectivamente, en serpentinas y curvas, que debían evitar las laderas, pero en plena oscuridad yo no podía fiarme de mi propia vista. La carretera no estaba iluminada, como todas las demás, ya que su superficie era fosforescente, lo cual bastaba para distinguir los arbustos que crecían a pocos pasos de ella. Dejé, pues, la carretera,

llegué a tientas a la espesura de un pequeño bosque que me condujo por un terreno escarpado a un promontorio más extenso, sin árboles… lo advertí porque allí el aire soplaba sin obstáculos. Vi varias veces desde lejos, al fondo, la pálida serpiente de la carretera, y poco después incluso esta última luz desapareció; me detuve por segunda vez e intenté — no tanto con la impotente vista como con todo el cuerpo y el rostro, que volví hacia la dirección del viento — orientarme en este lugar desconocido. Como un planeta extraño. Quería llegar por el camino más corto a una de las cumbres que rodeaban el valle donde se asentaba la ciudad, pero ¿qué dirección debía tomar? De pronto, cuando ya me parecía imposible, oí un susurro distante y prolongado a mi derecha. Recordaba vagamente la voz de las olas…, no, era el susurro del bosque, del viento que soplaba con fuerza mucho más arriba que el lugar donde yo me encontraba. Esa era mi dirección.

La ladera, cubierta de hierba vieja y seca, me llevó a los primeros árboles. Pasé a su lado con los brazos extendidos, protegiéndome la cara de las espinosas ramas. La colina no tardó en ser menos escarpada y los árboles desaparecieron; nuevamente tuve que elegir la dirección de mi marcha. Escuché en la oscuridad, esperando con paciencia una ráfaga de viento más fuerte.

Entonces el aire me trajo una voz: de las cumbres lejanas llegó un largo alarido. Sí, el viento era mi aliado esta noche; fui a campo traviesa, sin darme cuenta de que perdía altura; la pendiente descendía hasta una negra garganta. Empecé a subir de nuevo, rítmicamente, y un arroyo cantarín me indicó el camino. No lo vi ni una vez; fluía seguramente bajo una capa rocosa, y la voz del agua se fue haciendo más tenue a medida que fui subiendo, hasta que al fin enmudeció del todo y volvió a rodearme el bosque de elevados troncos. El suelo apenas tenía musgo y hierba; sólo estaba cubierto por una blanda capa de viejas agujas.

Esta caminata en la oscuridad debió de durar unas tres horas; las raíces con las que tropezaba crecían alrededor de grandes rocas diseminadas por el terreno pedregoso. Empecé a temer que la cumbre estuviera cubierta de árboles y en su laberinto tuviera que acabarse mi escalada. Pero tuve suerte: a través de un pequeño paso pelado llegué a un campo sembrado de piedras. Estas piedras se hicieron cada vez más puntiagudas y al final apenas podía mantenerme derecho, pues empezaron a rodar con estruendo bajo mis pies. Saltando sobre una pierna y luego sobre la otra, cayéndome también en varias ocasiones, alcancé el borde de un estrecho sendero y por él, ya más de prisa, me dirigí hacia la cumbre.

De vez en cuando me paraba y trataba de ver lo que me rodeaba, pero la oscuridad no me lo permitía. No veía la ciudad ni sus luces;

tampoco había rastro de la carretera luminosa por la que había venido. El sendero entre rocas me condujo a un lugar pelado, donde sólo crecía una hierba seca; las estrellas cada vez más grandes me revelaron que estaba a bastante altura.

Se ve que las otras cimas que las escondían tenían la misma altura que la que yo había conquistado. Unos cien pasos más allá estaban los primeros grupos de pinos negros.

Si en esta oscuridad me hubiese detenido alguien y preguntado adonde iba y para qué, no habría sido capaz de responderle. Por suerte, no había ni un alma. La oscuridad y la soledad de esta marcha nocturna producían un efecto tranquilizador, aunque de esto yo sólo era consciente a medias.

La pendiente era cada vez más pronunciada, y trepar, cada vez más difícil; pero yo sólo me preocupaba de no perder el camino, como si tuviera un destino determinado. Mi corazón latía con fuerza, mis pulmones jadeaban, y yo continuaba subiendo como un poseso. Sentía instintivamente que un esfuerzo así me era muy necesario. Apartaba las ramas de los pinos, muchas veces me quedé atascado en su espesura y tuve que abrirme paso para seguir adelante. Las agujas me arañaban el rostro, el pecho, se prendían en mis ropas, y mis dedos estaban ya pegajosos de resina. En un lugar despejado me sorprendió de repente el viento, que me atacó en la oscuridad, bramó, libre de trabas, y luego silbó en alguna parte, muy arriba, donde me imaginé habría un collado. Entretanto, más grupos de pinos negros, muy densos, me rodearon completamente. En su interior descansaban, como si fueran islas, capas invisibles de un aire cálido e inmóvil, saturado de la fragancia del bosque. En mi camino surgían invisibles obstáculos: rocas, montones de pequeñas piedras que rodaban bajo los pies.

Debía de hacer ya bastantes horas que caminaba así, pero todavía me quedaban bastantes fuerzas. Estaba desesperado, pues el sendero que conducía al desconocido paso de montaña, o tal vez a la cima, se había estrechado tanto que podía ver sus dos lados destacados contra el cielo; casi verticales, sus oscuros bordes apagaban las estrellas.

Hacía rato que había dejado atrás la zona de las nieblas, pero la fría noche no tenía luna y las estrellas daban muy poca luz. Por ello me asombré tanto cuando sobre mí y a mi alrededor aparecieron largas formas blanquecinas. Descansaban en la oscuridad, sin aclararla, como si sólo hubiesen absorbido la luz del día, y hasta que oí el primer crujido bajo las suelas no comprendí que estaba pisando nieve.

Cubría con una capa delgada casi todo el resto de la empinada pendiente. Yo llevaba ropa ligera y me habría helado hasta los huesos si el viento no se hubiera calmado de forma inesperada. Ahora sonaba

con más claridad el eco de mis pasos; con cada uno de ellos rompía la capa de la nieve dura y me hundía hasta las pantorrillas.

En el paso apenas quedaba nieve. En el campo de piedras había unas rocas gigantescas y negras, relucientes de tan barridas por el viento. Me detuve con el corazón desbocado y miré en dirección a la ciudad. La cubría la ladera, y sólo unos reflejos rojizos en la oscuridad revelaban su situación en el valle. En lo alto parpadeaban grandes estrellas. Di unos pasos más y me senté en una roca que tenía forma de silla. Tenía algo de nieve traída por el viento.

Ahora no veía siquiera los últimos reflejos de la ciudad. Ante mí las montañas se elevaban en la oscuridad, fantasmales, con cimas coronadas por la nieve.

Cuando miré con atención la parte este del horizonte, vi una franja de aurora, que borraba las estrellas… — el comienzo de un nuevo día —. A esta luz se dibujó la cresta de la montaña, hendida en el centro. Y entonces ocurrió algo con mi inmovilidad; la informe oscuridad exterior (¿o la que estaba dentro de mí?) empezó a cambiar de sitio, a resbalar hacia abajo, a variar sus proporciones. Me quedé tan aturdido que por un momento casi perdí la visión, y cuando la recuperé, todo era diferente.

El cielo se aclaraba débilmente por el este, sobre el valle totalmente oscuro, e intensificaba también la negrura de las rocas; sin embargo, yo podía encontrar a ciegas cada una de sus rugosidades, cada una de sus grietas, sabía ya qué panorama me descubriría el día, porque esta imagen había sido grabada en mí para siempre y no inútilmente. Esta era la posesión inalterable por la que había sentido tanta nostalgia y que había continuado intacta mientras todo mi mundo se desmoronaba y desaparecía en el abismo del siglo y medio trascurrido.

Aquí, en este valle, había pasado mis años de juventud, en la vieja posada de madera que se levantaba al otro lado de la cumbre, en la ladera cubierta de hierba. Seguramente ya no quedaba ni una sola piedra de la vieja construcción, y las últimas vigas se habrían convertido en polvo haría mucho tiempo; pero el macizó rocoso seguía allí, invariable, como si hubiese esperado este encuentro.

La emoción de este encuentro dio rienda suelta a la debilidad que yo tan desesperadamente ocultaba primero con mi fingida calma y después con la dura marcha hacia la cumbre. Toqué el suelo a tientas, no me avergoncé del temblor de mis dedos y me llevé un poco de nieve a la boca, que se fundió, fría, en la lengua; no apagó mi sed, pero incrementó mi serenidad. Así permanecí, comiendo nieve, sin confiar del todo en lo que veía y esperando que los primeros rayos de sol corroboraran mis pensamientos.

Mucho antes de que amaneciera, de las alturas, de las estrellas

que se iban desvaneciendo lentamente, bajó un pájaro, plegó las alas, se hizo más pequeño, se posó sobre una roca y empezó a moverse en mi dirección. Me quedé inmóvil para no ahuyentarlo. Dio saltitos a mi alrededor y volvió a alejarse, y cuando yo ya pensaba que no se había fijado en mí, llegó del otro lado y dio vueltas en torno a mi roca. Y así nos miramos durante bastante rato, hasta que yo dije a media voz:

— Hola, ¿de dónde vienes?

Observé que no tenía miedo de mí, y continué comiendo nieve. El bajó la cabeza, me miró con las negras perlas de sus ojos y de pronto, como si ya me hubiese mirado bastante, desplegó sus alas y desapareció volando. En cambio yo, apoyado contra la tosca pared de roca, acurrucado, con las manos muy frías por la nieve, esperé el amanecer, y la noche entera volvió a mí en breves imágenes, vivas e inacabadas; Thurber, sus palabras, este silencio entre Olaf y yo, la vista de la ciudad, la niebla roja y las transparencias de esta niebla, formadas de bolas de luz, calientes ráfagas de aire, la inspiración y expiración de un proceso de descomposición de millones, las avenidas y plazas colgantes, los edificios en forma de cáliz, con alas llameantes, los colores que dominaban en los diversos niveles…, mi pregunta al pájaro en el paso de montaña, y también el hecho de que tragara la nieve con avidez…; y todas estas imágenes eran ellas mismas y a la vez no lo eran, como ocurre muchas veces en los sueños. Eran un recuerdo y un esquivar las cosas que yo no me atrevía a tocar, porque durante todo el tiempo trataba de encontrar en mí mismo una aprobación de lo que no podía aprobar.

Pero todo esto había ocurrido antes, como un largo sueño. Ahora estaba despierto y sereno, esperando el día, en un aire que la aurora tino de plata y ante las rocas severas, que lentamente fueron apareciendo como riscos, peñas y laderas y que surgieron de la noche como una corroboración silenciosa de la realidad de mi regreso. Solo por primera vez, pero no un extraño en la Tierra y ya sometido a sus leyes, pude pensar, sin rebelión ni arrepentimiento, en los que se preparaban para ir a buscar el vellocino de oro de las estrellas…

La nieve de la cima ardió en oro y blanco, destacó, poderosa y eterna, contra las sombras violentas del valle. Y yo, sin cerrar los ojos llenos de lágrimas, en los que irrumpía esta luz, me levanté despacio y empecé a bajar por la ladera. En dirección al sur, donde estaba mi casa.